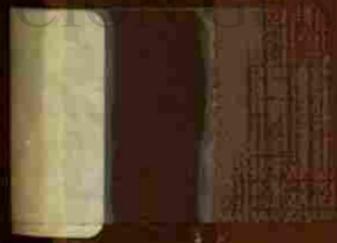


IAS

JUAN

AUTÓNOMA DE NUEVO
GENERAL DE BIBLIOTE



DICKENS

VENTURES
OF PICKWICK

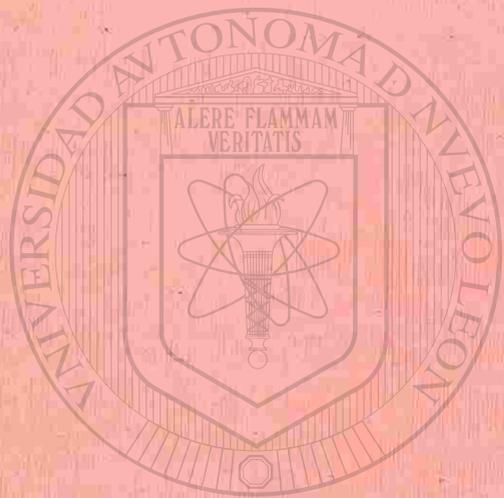
93

PR4569

.A67

V5

v. 3

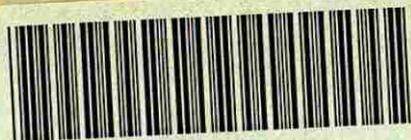


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





1020028692



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 - MONTERREY, MEXICO

UANL

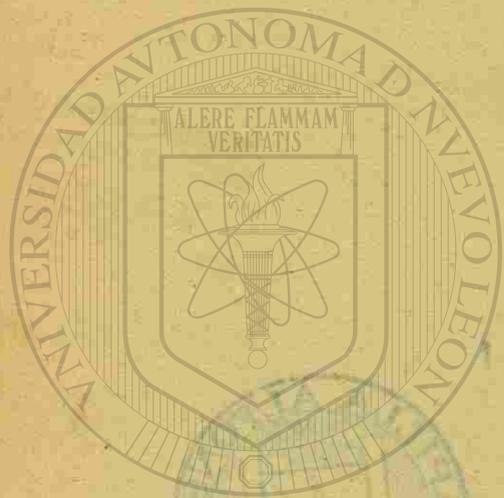
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Agosto 1975 MONTERREY, MEXICO

AVENTURAS DE PICKWICK

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

D-5487/100
Núm. Clas. _____
Núm. Autor _____
Núm. Adg. 29082
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó 69
Catalogó _____

CARLOS DICKENS

Aventuras
de Pickwick

Traducción de "La Vida Literaria"

TOMO TERCERO



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1905. 1925 MONTERREY, MEXICO

BARCELONA

TORIBIO TABERNER, Editor

Calle Rosellón, núm. 224

1905

098581
29082

Tip. Anuario de la Exportación, Paseo San Juan, 102. — BARCELONA

6
823
9

PR 4569
.A67
v.5
No.3



Es propiedad del Editor

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

TOMO TERCERO

CAPITULO XL

Donde se ve á Mr. Pickwick en una nueva escena del gran drama de la vida.

El resto del tiempo que Mr. Pickwick había destinado á su estancia en Bath, pasó sin que ocurriera nada notable. El término de la trinidad empezaba, y antes de que concluyera la primera semana, Mr. Pickwick, de vuelta en Londres con sus amigos, fué á establecerse al hotel de *El Buitre*.

Tres días después de su llegada, precisamente cuando los relojes de la ciudad daban las nueve de la mañana, estaba Sam en el patio, cuando vió llegar á la puerta del hotel á un extraño vehículo pintado recientemente, y del cual saltó ligeramente un hombre extraño también, que dió las riendas á un hombre gordo que venía sentado junto á él.

Aquel vehículo no era precisamente un tilbury ni un faetón; no era lo que se llama vulgarmente una berlina, ni un cupé, ni carricoche, ni un carretón, y sin embargo, tenía algo del carácter de estas máquinas.

Su caja estaba pintada de amarillo claro, sobre el cual se destacaban en negro las ruedas; el conductor estaba sentado según el estilo clásico, sobre cojines apilados: el caballo era bayo, de buena presencia; pero tenía un aire de mal tono, que cuadraba perfectamente al vehículo y al que iba dentro.

El amo mismo era un hombre de unos cuarenta años, con cabellos negros, arreglados cuidadosamente; vestía

con singular esmero, y llevaba muchas piedras preciosas, tres veces mayores que las que suele llevar generalmente un caballero. Estaba envuelto en un ancho redingote peludo.

En cuanto bajó metió la mano izquierda en uno de los bolsillos de su redingote, mientras con la derecha sacaba de otro bolsillo un pañuelo muy brillante, del cual se sirvió para quitarse el polvo de las botas.

Mientras este personaje bajaba del coche, Sam notó que otro personaje, vestido con un viejo redingote pardo sin botones, atravesó la calle y se paró quedando inmóvil en la puerta.

—Vamos, mozo — dijo el caballero con tono imperioso, tratando de empujar á Sam.

—¡Vamos, mozo! ¿qué es esto? — replicó Sam, devolviéndole el empujón con el interés compuesto.

—Vamos, vamos, mozo, cuidado con lo que haces — replicó el desconocido alzando la voz y poniéndose blanco; — ¡aquí, Smouch!

—¿Qué hay? — gruñó el hombre del redingote pardo, que durante aquel corto diálogo se había acercado gradualmente al patio.

—Este joven, que es un insolente — dijo el principal empujando á Sam de nuevo.

—Basta de tonterías — dijo Smouch empujando á Sam más fuerte aun.

Aquel cumplimento tuvo el resultado que esperaba el hábil Mr. Smouch, porque mientras Sam, apresurado á responder, le estrujaba contra la puerta, el principal se colaba dentro, penetrando hasta el mostrador; Sam le siguió inmediatamente, después de haber cambiado con Mr. Smouch algunos argumentos, compuestos principalmente de epítetos.

—Buenos días, querida — dijo el principal dirigiéndose á la joven del mostrador; — ¿dónde está la habitación de Mr. Pickwick?

—Guíadle — dijo la joven al mozo, sin dignarse mirar al elegante.

El mozo se puso en marcha seguido del personaje; Sam venía detrás, y por todo lo largo de la escalera se desahogaba con innumerables gestos de desafío y desdén supremo, causando gran satisfacción á los criados y demás espectadores de la escena. Mr. Smouch, que se vio turbado por un golpe de tos, se quedó abajo y espectador en el patio.

Mr. Pickwick estaba profundamente dormido en su lecho, cuando el visitador matinal entró en su cuarto, siempre seguido de Sam; el ruido de aquella intrusión le despertó.

—Agua para afeitarme, Sam — dijo sin abrir los ojos.

—Sí, sí, vamos á afeitarnos, Mr. Pickwick — dijo el desconocido apartando las cortinas del lecho; — tengo una orden de prisión contra vos; he aquí la sentencia dada por los tribunales.

Diciendo esto, el oficial del sheriff, porque tal era su título, dió un amistoso golpecito en el hombro de mister Pickwick, después puso el papel sobre la cama, y sacó del bolsillo del chaleco un mondadientes de oro.

—Namby es mi nombre — continuó mientras Pickwick tomaba sus espejuelos y se los ponía para leer la sentencia; — Namby Bell Aley, calle de Coleman.

Entonces Sam, que tenía los ojos fijos en el resplandeciente sombrero de Mr. Namby, le interrumpió.

—¿Sois cuáquero? — le preguntó.

—Yo os haré saber lo que soy antes de salir de aquí — respondió el oficial indignado; — yo os enseñaré la buena crianza, mocito un día de estos.

—Gracias — replicó Sam; — yo haré lo mismo con vos; quitaos el sombrero.

Al decir esto, Sam lanzaba de un puñetazo el sombrero de Mr. Namby al otro extremo de la habitación, y fué hecho con tal violencia, que el mondadientes estuvo á punto de tomar el mismo camino.

—Observad esto, Mr. Pickwick — exclamó el oficial desconcertado y recobrando aliento; he sido atacado en vuestra habitación por vuestro criado en el ejercicio de mis funciones; os tomo por testigo.

—No seáis testigo de nada, señor; cerrad los ojos fuertemente — dijo Sam; — yo lo arrojaría por la ventana, pero es que no caería muy lejos á causa del plomo.

—¡Sam! — exclamó Mr. Pickwick mientras su criado hacía varias demostraciones de hostilidad; — si hablas una palabra más, si causas la menor molestia á esta persona, te despido inmediatamente.

—Pero, señor...

—Calla y recoge el sombrero.

A pesar de la severa reprensión de su amo, Sam rehusó decididamente recoger el sombrero; y como el oficial del sheriff tenía prisa, se decidió á levantarlo él mismo. No lo hizo sin lanzar contra Sam un diluvio de amenazas, que éste recibía con la mayor tranquilidad, contentándose con observar que si Mr. Namby se volvía á poner el sombrero, se lo enviaría de un sopapo á las Indias. Mr. Namby, creyendo que semejante operación podría causar algún desperfecto en su persona, no quiso exponer á su adversario á tan gran tentación, y poco después llamó á Mr. Smouch.

Informándole de que la captura estaba hecha, y que sólo era preciso esperar á que el preso se vistiera. Namby se fué pavoneándose y subió á su vehículo; Smouch suplicó á Mr. Pickwick que *no se durmiera*, puso una silla junto á la puerta, y permaneció sentado allí, hasta que nuestro héroe se vistió.

Sam fué en busca de un coche de plaza, en el cual el triunvirato se trasladó á la calle de Coleman. El trayecto no era largo felizmente, porque además de que Mr. Smouch no tenía un trato muy agradable, su presencia se hacía muy molesta á causa de la debilidad física de que hablamos antes.

El coche entró en una calle muy sombría y muy estrecha, y se detuvo delante de una casa, cuyas ventanas estaban todas llenas de rejas; en la muralla se veía un cartel que decía: *Namby, oficial de los sheriffes de Londres*. Se abrió la puerta, y Mr. Pickwick fué introducido en la sala del café.

Esta sala del café era notable principalmente por la arena fresca que cubría el piso y por el olor de tabaco que perfumaba el aire. Mr. Pickwick saludó al entrar á tres personas que había allí, y habiendo mandado á Sam en busca de Mr. Perker, se retiró á un rincón obscuro y de allí miró con curiosidad á sus nuevos compañeros.

Uno de éstos era un joven de diez y nueve á veinte años, que bebía aguardiente y ginebra y fumaba un cigarro; frente á él estaba un joven de treinta años, poco más ó menos, grueso, vulgar, de rostro amarillo, de voz dura y poseedor indudablemente de esos modales desenvueltos y libertinos que se adquieren en los cafés y en los billares. El tercer prisionero era un hombre de cierta edad, vestido con un traje negro muy viejo; su rostro era pálido y siniestro, y recorría incesantemente la habitación, deteniéndose de tiempo en tiempo para mirar por la ventana con mucha inquietud, como si hubiera esperado á alguno; después volvía á pasear.

—Haréis bien en aceptar mi navaja de afeitar, mister Ayresleigh — dijo el joven pálido guiñando el ojo á su amigo el mozalvete de diez y nueve años.

—No, gracias, no la necesito; espero estar libre dentro de una hora ó dos, — replicó el otro con precipitación; después, yendo á la ventana y volviendo desconcertado, suspiró profundamente y salió de la habitación. Los otros dos rieron fuertemente.

—¡No he visto nunca un farsante como ese! — dijo el caballero que había ofrecido la navaja, y cuyo nombre parecía ser Price. — ¡Jamás!

Y confirmó este aserto con un juramento, lo cual

fué imitado por el joven, que le miraba evidentemente como un modelo acabado.

—¿Creeréis — continuó Price volviéndose hacia mister Pickwick, — que ese pobre hombre que está aquí hace ocho días, no se ha afeitado una sola vez? Se cree tan seguro de salir dentro de media hora, que prefiere esperar á encontrarse en su casa.

—¡Pobre hombre! ¿y tiene efectivamente probabilidades de verse libre?

—¿Probabilidades? ni una siquiera. Yo no doy un ochavo por la probabilidad que tiene de salir dentro de diez años.

Mr. Price, al decir esto, sacudía sus dedos. Un instante después tiró de la campanilla.

—Traedme papel, Crookey — dijo al criado. — Un vaso de ponche, Crookey. Voy á escribir á mi padre, y necesito estimulante.

Es inútil decir que el joven se pasmó al oír estas palabras.

—No hay que dejarse abatir. Esto es divertido.

—¡Famoso! — dijo el joven.

—Tenéis aplomo — dijo Mr. Price. — ¿Habéis visto el mundo?

—Un poco — replicó el joven.

Lo había visto al través de los vidrios sucios de un café.

A Mr. Pickwick le repugnaba el diálogo de aquellos dos hombres, lo mismo que sus maneras. Iba á preguntar si no era posible tener una habitación particular, cuando vió entrar dos ó tres personas desconocidas, de apariencia respetable. Al verlas, el joven tiró al fuego su cigarro, y dijo en voz baja á Mr. Price que venían á ponerle en libertad; después se retiró con ellos junto á una mesa, al otro extremo de la sala.

Parecía, sin embargo, que no ponían en libertad al joven tan pronto como él creía; porque siguió una larga conversación, de la cual Mr. Pickwick no pudo menos de oír algunos pasajes, concernientes á la conducta disoluta y á los perdones repetidos. Al fin, el más viejo de los tres desconocidos hizo alusiones muy claras á la calle de Whitecross, donde está la prisión por deudas, á cuyo nombre, el joven, á pesar de su aplomo y conocimiento del mundo, apoyó la cabeza en la mesa y se puso á llorar lastimosamente.

Muy satisfecho de haber visto abatirse tan pronto el tono y la arrogancia del joven, Mr. Pickwick tocó la campanilla y fué conducido á una habitación particular, adornada con un tapiz, una mesa y muchas sillas, con un espejo y algunas láminas viejas. Allí, mientras le apar-

taban el almuerzo, tuvo ocasión de oír tocar el piano á mistress Namby, y cuando llegó el almuerzo, mister Perker llegó también.

— ¡Ah! ¡ah! — dijo el pequeño procurador. — ¡Empaquetado al fin! Vamos, vamos. No lo siento mucho, porque vuestra conducta imprudente es la causa; yo he anotado la suma de gastos y costas, y es preciso arreglar esto sin pérdida de tiempo. Namby debe estar de vuelta á esta hora. ¿Queréis escribir un pedimento, ó queréis que yo lo haga?

Al decir esto, Perker se frotaba las manos con afectada alegría; pero notando el ademán de Mr. Pickwick, no pudo menos de echar á Sam una mirada de desaliento.

— Perker — dijo Mr. Pickwick, — os suplico que no me habléis de eso. Yo no veo la conveniencia de estar aquí; así es que iré á la prisión esta tarde.

— No podéis ir á Whitecross — exclamó el procurador. — ¡Imposible! Hay sesenta lechos en cada dormitorio.

— Yo preferiría ir á cualquiera otra prisión. Si no, allí me arreglaré lo mejor que pueda.

— Podéis ir á la prisión de la calle Fleet, si os determináis á ir á alguna parte.

— Bien; iré en cuanto almuerce.

— Poco á poco, amigo mío — dijo el procurador. — No hay necesidad de ir tan aprisa á un sitio de donde tantos quieren salir tan pronto. Primero es preciso que tengamos un *habeas corpus*. No habrá jueces en los tribunales hasta después de las cuatro. Esperaremos hasta entonces.

— Muy bien — dijo Mr. Pickwick con una paciencia inquebrantable. — Entonces, comeremos aquí á las dos una chuleta. Encargaos de eso, Sam, y que sea puntual.

Mr. Pickwick permaneció inmutable á pesar de las observaciones de Mr. Perker; las chuletas vinieron y desaparecieron pronto. Después se esperó por espacio de una hora ó dos á Mr. Namby, que tenía personas distinguidas en su mesa y no podía molestarse por ningún pretexto. Por último, Mr. Pickwick entró con él y mister Perker en un coche que los transportó á Chancery-Lane.

Había dos jueces de servicio en Serjeants' Inn, uno del banco del rey, otro del juzgado. Cuando Mr. Pickwick y sus acólitos llegaron á la arcada por donde se entra á Serjeants' Inn, Mr. Perker fué detenido algunos minutos para parlamentar con el cochero en la cuestión de paga, y Mr. Pickwick, apartándose á un lado para librarse de la corriente de los que entraban y salían, miró en torno suyo con curiosidad.

Los personajes que más llamaron su atención eran tres ó cuatro hombres de ademán á la vez pretencioso y miserable. Se quitaban el sombrero ante todos los procuradores que pasaban, y parecían estar allí para algún asunto, cuya índole no podía adivinarse mister Pickwick.

Era muy curioso observar á estos individuos. El uno era alto y cojo, con levita negra y raída y corbata blanca. El otro era gordo, igualmente vestido de negro, y su corbata, en otro tiempo negra, tenía un color rojizo; el tercero era flaco y pequeño, de rostro vinoso y color encendido. Se paseaban con las manos á la espalda y alguna vez murmuraban dos ó tres palabras al oído de las personas que pasaban junto á ellos con paquetes de papeles. Mr. Pickwick se acordó de haberlos visto antes bajo la arcada, cuando pasó por allí, y experimentó una viva curiosidad de saber qué clase de gente era aquella.

Iba á preguntárselo á Mr. Namby, que estaba junto á él, cuando Mr. Perker vino muy apresurado á decirle que no había tiempo que perder, y se dirigió al interior de la casa. Mr. Pickwick se disponía á seguirle, cuando el cojo se acercó á él, se quitó políticamente el sombrero y le alargó un tarjeta escrita con pluma. Nuestro excelente amigo no quiso desairar al desconocido, aceptó graciosamente el papel, y lo metió en el bolsillo de su chaleco.

— Ya estamos — dijo Mr. Perker volviéndose para ver si sus compañeros estaban junto á él antes de entrar en las oficinas. — Por aquí, amigo mío. ¡Eh! ¿qué queréis?

Esta última pregunta era dirigida al cojo, que se había unido á los tres, sin que Mr. Pickwick lo notara. Por toda respuesta, el cojo se quitó el sombrero con mucha política, y señaló al filósofo.

— No, no — dijo Perker sonriendo; — no necesitamos de vos.

— Perdonadme, caballero, este señor ha tomado mi tarjeta. Espero que me emplearéis. El señor me ha hecho un signo. Consiento en ser juzgado por él mismo. Me habéis hecho un signo.

— ¡Bah! ¡bah! ¡locura! Vos no habéis hecho signos á nadie, Pickwick; es un error.

— Este señor me ha dado una tarjeta — dijo mister Pickwick sacándola del bolsillo. — Yo la he aceptado, como él parecía desear. La verdad es que tenía mucha curiosidad de mirarla; yo...

El procurador soltó una carcajada, y dando la tarjeta al cojo, le dijo que había sido un error. Después, mien-

tras aquel hombre se retiraba de muy mal humor, dijo á media voz á Mr. Pickwick que era simplemente una fianza.

—¿Una qué...? — preguntó Mr. Pickwick.

—Una fianza.

—¡Una fianza!

—Sí, mi querido amigo; hay aquí media docena. Os sirven de fianza á cualquier precio, y no reciben más que una media corona. Un curioso oficio, ¿eh? — dijo Perker tomando un polvo de tabaco.

—¡Cómo! — exclamó Mr. Pickwick, sorprendido de aquel descubrimiento; — ¿debo creer que estos hombres se hacen una renta jurando en falso ante los jueces por una media corona?

—En cuanto á jurar en falso... no sé... es una frase severa, muy severa... Es una ficción legal y nada más.

Al decir esto, el procurador entró en la oficina del pasante del juez.

Era una habitación de una apariencia esencialmente sucia, cuyo techo era muy bajo; las paredes estaban cubiertas de viejas tapicerías. Estaba tan mal alumbrada, que aun en pleno día ardían velas sobre la mesa. A un extremo se abría una puerta que conducía á la habitación del juez, y junto á ella se encontraban reunidos una multitud de procuradores y escribientes que iban entrando por orden. Cada vez que esta puerta se abría para dejar entrar un grupo, otro grupo se precipitaba dentro; y como los que habían visto al juez mezclaban sus discusiones bastante íntimas á los ruidosos diálogos de los que no le habían visto aun, resultaba una algarabía tan grande que parecía imposible en un espacio tan reducido.

Sin embargo, estas conversaciones no eran el único ruido que molestaba las orejas. En pie, sobre una caja, detrás de una barrera de madera, al otro extremo de la habitación, estaba un escribiente armado de espejuelos, que recibía las declaraciones; y de tiempo en tiempo, otro escribiente llevaba enormes paquetes á la habitación del juez para que los firmara. Había un gran número de pasantes que debían prestar juramento, y como era imposible tomarles á todos juramento de una vez, los esfuerzos de aquellos caballeros para acercarse al de los espejuelos eran semejantes á los de la multitud que asedia las puertas del paraíso de los teatros, cuando Su Majestad lo honra con su presencia. Otro funcionario ejercitaba amenudo la fuerza de sus pulmones en llamar por su nombre á los que habían prestado juramento, para devolverles sus certificados cuando fueran despachados por el juez, lo cual ocasionaba nuevas

luchas; y todas aquellas cosas, pasaban al mismo tiempo formando el bullicio que puede desear la persona más activa. Había además otra clase de individuos que no era menos ruidosa; eran los que acudían á las conferencias pedidas por sus patronos. El procurador de la parte contraria podía ir ó no, según su gusto; y los pasantes en cuestión no tenían más trabajo que gritar de tiempo en tiempo el nombre del procurador contrario, á fin de asegurarse de que no estaba allí.

Junto al asiento de Mr. Pickwick estaban apoyados contra la pared dos pasantes, de los cuales uno tenía voz de bajo y otro de tenor.

Otro pasante entró con un paquete de papeles y se puso á mirar en torno suyo.

—Sniggle y Blink, — dijo el tenor maullando.

—Porkin y Snob, — dijo el bajo mugiendo.

—Stumpy y Deacon, — exclamó el recién venido.

Nadie respondió, y el primer individuo que entró después de esto, fué saludado tres veces y gritó otros nombres.

Después otro personaje vociferó á su vez, y así sucesivamente.

Entre tanto, el de los espejuelos trabajaba en hacer jurar á los pasantes. Su juramento era administrado sin ninguna especie de puntuación, y ordinariamente en los términos siguientes:

«Tomad el libro en la mano derecha; este es vuestro nombre y vuestra escritura; en el nombre de Dios, juráis que el contenido de vuestra presente declaración es verdad; un shilling es preciso que busquéis, dinero no tengo.»

—Sam, — dijo Mr. Pickwick, — supongo que se prepara el *habeas corpus*.

Sam parecía imaginarse que un *habeas corpus* era una máquina destructora; pero no podemos decir por qué creía tal cosa porque en aquel momento volvió Perker al lado de Pickwick.

Hechas las formalidades ordinarias, fué confiado el cuerpo de Samuel Pickwick á la custodia de un uger, para ser entregado al gobernador de la prisión de la Flote y retenido allí hasta que la cuenta de los gastos del proceso Bardell contra Pickwick fuera pagada y saldada.

—No será muy pronto, — dijo Mr. Pickwick riendo; — Sam, trae un coche; Mr. Perker, amigo mío, adiós.

—Quiero ir con vos, para veros establecido con seguridad.

—Prefiero estar solo con Sam; en cuanto me encuentre establecido, os escribiré para deciroslo, y os espero

inmediatamente; hasta luego.

Dicho esto, Mr. Pickwick subió al coche que acababa de llegar; el ugiar le siguió y Sam se colocó en el asiento.

—He aquí un hombre como hay pocos, — dijo mister Perker deteniéndose para ponerse los guantes.

—¡Qué gran banquero hubiera sido para una quiebra! — dijo Lowten, que se encontraba junto á él. — ¡Cómo hubiera jugado con los comisarios! Si le amenazaban con encarcelarle, los hubiera desafiado.

El procurador no pareció muy complacido de la manera profesional con que Lowten había juzgado el carácter de Mr. Pickwick; se alejó sin dignarse responderle.

El coche de Mr. Pickwick se arrastró á lo largo de la calle de Fleet. Los caballos iban mejor, decía el cochero, cuando tenían otro coche delante (habían de llevar un paso extraordinario, como no lo tenían). Por consiguiente, el cochero los hizo andar aquel día detrás de una carreta; cuando la carreta se detenía el coche se detenía, y cuando la carreta andaba, el coche andaba también. Mr. Pickwick estaba sentado frente al ugiar y el ugiar estaba sentado con su sombrero en las rodillas, silbando y mirando por la portezuela.

El tiempo hace milagros, y con ayuda de aquel poderoso viejo, un coche de plaza puede recorrer una milla de distancia. Volviendo á la izquierda, entraron por una puerta á un vestíbulo, en el extremo del cual había otra puerta que conducía al interior de la prisión; esta se hallaba guardada por un vigoroso carcelero que tenía un manajo de llaves en la mano.

El *trío* se detuvo bajo el vestíbulo, mientras el ugiar entregaba sus papeles; y Mr. Pickwick supo que había de estar allí hasta que se verificara la ceremonia de tomarle la filiación.

Mr. Pickwick accedió á la invitación del carcelero, y cuando se hubo sentado, Sam se apoyó en la espalda de la silla y le dijo en voz baja que *tomar la filiación* equivalía á sujetarse á una inspección de carceleros, á fin de que pudieran distinguir á los prisioneros de los que venían á visitarles.

—Deseo que vengan de una vez, — dijo Mr. Pickwick.

—No tardarán, señor, tranquilizaos; he aquí un reloj de pesas, señor.

—Ya lo veo.

—Y una jaula de pájaros; una prisión dentro de otra prisión; ¿no es verdad?

Mientras Sam daba curso á sus reflexiones filosófi-

cas, Mr. Pickwick notaba que la sesión había principiado. El vigoroso carcelero se había sentado no lejos de nuestro héroe y le miraba negligentemente de tiempo en tiempo, mientras que un hombre alto y delgado, puesto delante de él con las manos en los bolsillos, le examinaba á sus anchas.

Un tercero que tenía cara de mal humor y acababa sin duda de levantarse de la mesa, porque comía aún una tostada de pan con manteca, se había colocado junto al filósofo, y apoyando las manos en las caderas, le contemplaba minuciosamente; en fin, otros dos individuos estudiaban las facciones con mucha atención.

Mr. Pickwick se estremeció muchas veces durante esta ceremonia, mientras la cual parecía muy incómodo en su asiento; pero no lo dijo á nadie, ni aún á Sam, que inclinado sobre el respaldo de su silla, reflexionaba sobre la situación de su amo, y además sobre la satisfacción que hubiera experimentado atacando uno después de otro á todos los carceleros presentes, si fuera cosa legal y conforme á la paz pública.

Cuando la filiación fué terminada, dijeron á mister Pickwick que podía entrar en la prisión.

—¿Dónde dormiré esta noche? — preguntó.

—En verdad, no lo sé, — respondió el carcelero; — lo que es por esta noche... mañana se os pondrá con alguno, y entonces ya estaréis más cómodo; la primera noche es fácil pasarla al aire libre; pero todo se arregla al siguiente día.

Después de algunas discusiones, se descubrió que algunos carceleros tenían un lecho que alquilar para la noche, y Mr. Pickwick lo arregló con premura.

—Si queréis venir conmigo, voy á enseñároslo inmediatamente, — dijo el hombre; — no es muy grande, pero se duerme bien en él; por aquí, caballero.

Atravesaron la puerta interior y bajaron una pequeña escalera; la puerta fué cerrada tras ellos, y mister Pickwick se encontró por la primera vez de su vida en una prisión por deudas.

CAPITULO XLI

Lo que sucedió á Mr. Pickwick en la prisión por deudas, qué especie de acreedores vió allí, y cómo pasó la noche.

El hombre que acompañaba á nuestro filósofo, y que se llamaba Tom Roker, volvió á la derecha, bajando la escalera, atravesó una puerta de rejas que estaba abierta, y subiendo algunos escalones, entró en una galería larga y estrecha, baja y sucia, empedrada y alumbrada tan sólo por dos ventanas colocadas en las dos extremidades.

—Esta, — dijo el hombre metiéndose las manos en los bolsillos y mirando con negligencia á Mr. Pickwick por encima del hombro, — esta es la escalera de la sala.

—¡Oh! — replicó Mr. Pickwick bajando los ojos para mirar una escalera sombría y húmeda, que parecía llevar á una bóveda de piedra, colocada bajo el nivel de la escalera. — Allí, según creo, están las cuevas donde los prisioneros tienen su pequeña provisión de carbón de piedra. Son malos sitios cuando se ha de bajar á sentado sobre otro lecho, aplaudía á los ejercitantes con ademán de profundo conocedor y les animaba con gestos de entusiasmo.

Este último personaje era una admirable muestra de esa clase de gentes que no pueden ser contemplados en toda su perfección sino en semejantes sitios; se les encuentra varias veces en estado imperfecto, en las cuerdas y en las tabernas; pero no llegan á su entero desarrollo sino en estos cursos calientes que parecen sabiamente establecidos por el legislador con el propósito de propagarlos.

Era un bribonazo de color aceitunado, de cabellos largos y negros, de patillas negras, espesas y reunidas bajo la barba; el cuello de su camisa estaba abierto y no tenía corbata, porque había estado jugando al tejo todo el día; llevaba en la cabeza un gorro negro, cuya borla caía sobre la espalda; sus piernas, que eran muy largas y delgadas, embellecían un pantalón destinado

á hacer resaltar la simetría de aquellas, aunque como estaba negligentemente puesto y apenas abotonado, caía por una sucesión de pliegues sobre un par de zapatos bastante rotos, que dejaban ver unas medias blancas sumamente sucias. En fin, había en aquel personaje una especie de esmero soez y de infamia impudente, que valían un montón de oro.

Este fué el primero que vió á Mr. Pickwick; guió el ojo al danzante, y le mandó con gravedad burlona que no despertase á aquel caballero.

—¡Cómo! — exclamó el danzante volviéndose y afectando gran sorpresa; — ¿ese caballero está despierto? ¿cómo estáis, caballero? ¿cómo está María y Sofía? ¿y la vieja de la casa? ¿queréis tener la bondad de ofrecerles mis cumplimientos en el primer correo que mandéis allá, añadiendo que antes los hubiera mandado, si no temiera que se rompan en la carretera?

—No fastidiéis á ese señor con cumplidos, cuando véis que se muere con ganas de beber alguna cosa, — continuó jovialmente el de las patillas negras; — ¿por qué no le preguntáis qué quiere tomar?

—¡Truenos y rayos! ¡lo había olvidado! — exclamó el otro; — ¿qué queréis tomar, caballero? ¿queréis Oporto ó Jerez? Yo os arreglaré la cerveza; permitidme acomodar vuestro gorro de mecha.

Al decir esto, el orador quitó á Mr. Pickwick su gorro y lo puso en un abrir y cerrar de ojos sobre la cabeza del borracho, que continuaba cantando sus canciones cómicas, de la manera más lúgubre que se puede imaginar, pero en la firme persuasión de que hacía las delicias de una sociedad escogida y numerosa.

Apesar de toda la gracia que tiene el quitarle el cabeza.

—No esperábais encontrar una habitación como esta en el hotel Farringdon, ¿eh? — dijo mister Roker con una sonrisa llena de complacencia.

Sam respondió á esto cerrando uno de sus ojos. Después preguntó á Mr. Roker cuál era el lecho particular que había designado diciendo que se dormía en él perfectamente.

—Aquí está, — dijo Mr. Roker mostrando en un rincón un viejo lecho de hierro oxidado. — Esto hará dormir á cualquiera, aún sin quererlo.

—Me lo parece, — dijo Sam, mirando el mueble con excesiva repugnancia. — Y supongo, — dijo, volviéndose á su amo para ver si su rostro indicaba algún arrepentimiento de la determinación que había tomado, — supongo que los otros caballeros que duermen aquí son verdaderos caballeros.

—Ni más ni menos. Hay uno que se bebe sus dos pintas de cerveza al día, y no deja de fumar ni aún en la comida.

—Debe ser un gran hombre, — dijo Sam.

—El número 1, — replicó Roker.

Mr. Roker dijo á Mr. Pickwick que podía retirarse á dormir á la hora que más le conviniera sin otra formalidad, — y lo dejó en la galería con Sam.

Comenzaba á oscurecer, es decir, en aquel sitio donde nunca había claridad acababan de encender algunos mecheros de gas, á modo de cumplimiento á la noche, que avanzaba por fuera.

Como hacía bastante calor, algunos habitantes de las numerosas habitaciones que se abrían á derecha é izquierda habían abierto sus puertas. Mr. Pickwick miraba al interior con mucho interés y curiosidad. Aquí cuatro ó cinco gandules, que apenas se distinguían al través de una nube de tabaco, gritaban y disputaban en medio de los vasos medio llenos de cerveza, ó jugaban con naipes excesivamente grasientos. Allí, un pobre viejo, solitario, encorvado sobre papeles amarillos y desgarrados, escribía á la débil luz de una lámpara la relación de sus desdichas, con la esperanza de hacerlas llegar á un gran personaje que no había de fijar los ojos en aquel papel.

En una tercera habitación se podía ver á un hombre ocupado con su mujer en arreglar sobre el suelo un mal colchón para acostar al más joven de sus muchos hijos. Por último, en los demás cuartos, el ruido y la cerveza, las cartas y el humo del tabaco, iban cada vez más en aumento.

En la misma galería, y principalmente en las escaleras, paseaban unos cuantos hombres y andaban de aquí para allí; los unos, porque sus habitaciones estaban vacías y solitarias; los otros, porque estaban atestadas; la mayor parte, porque estaban inquietos, incómodos, y no sabían que hacer de ellos mismos.

Había allí gente de todas clases, desde el obrero, con su blusa basta, hasta el elegante pródigo, con su bata de cachemira. Pero todos se asemejaban en un pronto; tenían todos cierto aire negligente, inquieto, extraviado; una fisonomía imprudente y fanfarrona, que es imposible describir con palabras, pero que cada cual puede conocer cuando quiera, porque basta para esto poner el pie en la prisión por deudas más cercana, y contemplar el primer grupo de prisioneros que se presente, y el mismo interés que revelaba el rostro inteligente de mister Pickwick.

—Lo que me llama la atención, Sam, — dijo el filósofo, apoyándose en la baranda de la escalera, — es que

el aprisionamiento por deudas es apenas un castigo.

—¿Vos lo creéis, señor?

—Ya ves cómo beben, fuman y rebuznan esos bribones. No creo que la prisión les afecte mucho.

Mr. Pickwick bajó lentamente las escaleras. Después de haber dado algunas vueltas en el patio pintado, que estaba desierto á causa de la obscuridad, dijo á Sam que se retirara por la noche y buscara una cama en cualquier posada vecina, á fin de que viniera al día siguiente y trajera todos sus efectos de la fonda de *El Buitre*. Sam se preparó á obedecer, pero con notorio descontento. Llegó hasta expresar la conveniencia de acostarse en uno de los patios de la prisión por aquella noche; pero viendo que Mr. Pickwick se mostraba sordo á aquellas sugerencias, se retiró definitivamente.

Mr. Pickwick estaba muy poco cómodo y bastante melancólico. En efecto, aunque la prisión estaba llena de gente, y una botella de vino le hubiera proporcionado una sociedad escogida sin el embarazo de presentaciones formales, se hallaba absolutamente solo entre aquella multitud soez. No podía pues resistir el abatimiento inspirado por la perspectiva de una prisión perpétua; pero ni siquiera quiso pensar en librarse satisfaciendo la infamia y la rapacidad de Dodson y Fogg.

En esta disposición de espíritu, entró en la galería del café y se paseó lentamente. El lugar era extremadamente sucio y muy sofocante el olor del tabaco; se oía un perpétuo ruido de puertas cerradas y abiertas, y el rumor de los pasos y las voces resonaba allí continuamente. Una joven, que tenía entre sus brazos á un niño, marchaba á lo largo del corredor, hablando con su marido, que no tenía otro asilo donde recibirla.

Cuando esta mujer pasaba junto á Mr. Pickwick, este la oía sollozar amargamente, y una vez se dejó llevar á tan grande arrebatado de dolor, que se vió obligada á apoyarse contra el muro para sostenerse, mientras el marido tomaba el niño en sus brazos y se esforzaba en consolarla.

El corazón de nuestro excelente amigo estaba demasiado oprimido para poder soportar semejante espectáculo; subió las escaleras y entró en la habitación.

Aunque la sala de guardas fuera extremadamente incómoda, siendo por el decorado y la comodidad muy inferior á la más mala enfermería de una prisión de provincia, tenía en aquel momento el mérito de estar enteramente desierta; Mr. Pickwick se sentó al pie de un pequeño lecho de hierro y empezó á calcular cuanto dinero se podría sacar de aquella repugnante habitación; habiendo convenido, mediante una sencilla operación

aritmética, en que producía tanta renta como una pequeña calle de un barrio de Londres, se preguntó con admiración qué tentación podría tener una mosca negruzca que se había posado en su pantalón, para venir á aquel sitio infecto, pudiendo ir á otros más agradables. Estas reflexiones le llevaron por una serie de deducciones á pensar que el insecto estaba loco; después de haber decidido esto, empezó á notar que se adormecía, sacó de su bolsillo el gorro de dormir, y desnudándose poco á poco, se metió en su lecho y durmió profundamente.

— ¡Bravo, hurrah! bien cantado; ¡la ópera es vuestro elemento! Vamos, ¡hurrah!

Estas exclamaciones, muchas veces repetidas en tono ruidoso y acompañadas de grandes carcajadas, arrancaron á Mr. Pickwick á uno de esos sueños letárgicos, que no durando sino media hora, le parece al durmiente que se prolongan tres semanas ó un mes.

Apenas había cesado el ruido de las voces, cuando el piso de la habitación se estremeció con tanta violencia, que resonaron los vidrios y tembló el techo.

Mr. Pickwick despertó sobresaltado, se incorporó y permaneció absorto algunos minutos ante la escena que pasaba ante sus ojos.

En medio del cuarto, un hombre vestido de verde, con pantalón de terciopelo y medias de algodón gris, ejecutaba el paso más popular de una contradanza, con una exageración burlesca de gracia y ligereza, que unida á la extravagancia de su traje, producía el efecto más absurdo del mundo.

Otro individuo, evidentemente borracho, y que sin duda había sido llevado al lecho por sus compañeros, estaba sentado, envuelto en sus sábanas, y tarareaba de una manera prodigiosamente lúgubre todos los pasajes que podía recordar de una canción cómica. Un tercero, ellos, pero una vez dentro, apuesto á que son cómodos.

— Ya lo creo que son cómodos, porque muchos se arreglan y viven en ellos muy ricamente.

— Amigo, — continuó Mr. Pickwick, — ¿queréis decir qué seres humanos viven en esos miserables calabozos?

— ¿Que si digo? — exclamó Mr. Roker, con asombro lleno de indignación; — ¿y por qué no?

— ¿Que viven, que viven ahí?

— Que viven, sí, y que mueren también muchas veces; ¿y por qué no? ¿Qué hay que decir de esos calabozos? Viven, sí; ¿y no es un buen sitio para vivir?

Como Mr. Roker, al decir esto, se volvió hacia mister Pickwick con cierta expresión feroz, y murmuró ade-

más en tono acre algunas expresiones mal sonantes, nuestro filósofo creyó conveniente no proseguir aquella conversación. Mr. Roker empezó entonces á mostrar otra escalera más sucia que la anterior, y fué seguido á esta ascensión por Mr. Pickwick y por Sam.

Quando llegaron á otra galería de las mismas dimensiones que la de abajo, Mr. Roker se detuvo para respirar, y dijo á Mr. Pickwick:

— Este es el piso del café; el de encima es el tercero, y el de más arriba, el granero. La habitación donde vais á dormir esta noche se llama la sala del guarda, y este es el camino; venid.

Mr. Roker mostró otra escalera; Mr. Pickwick y Sam le seguían siempre.

Aquella escalera recibía la luz por muchas ventanillas colocadas á poca distancia del techo, que daban á un patio lleno de arena y rodeado de ladrillos. Aquel patio, según dijo mister Roker, era el juego del disco. Además, había otro patio más pequeño, llamado el patio pintado, porque sus paredes habían sido en otro tiempo decoradas con ciertas representaciones de buques de guerra, bogando á toda vela, ejecutados sin duda en las horas de recreo por algún dibujante aprisionado.

El guía entró en otra galería, penetró en un pequeño corredor que se encontraba al extremo, abrió una puerta y descubrió á los ojos de los recién venidos una habitación de un aspecto muy poco agradable, que contenía ocho ó nueve lechos de hierro.

— Aquí tenéis una habitación, — dijo Mr. Roker mirando á Mr. Pickwick con aire de triunfo.

La fisonomía de Mr. Pickwick expresaba tan poca satisfacción por la apariencia de su alojamiento, que Mr. Roker miró á Sam Weller, esperando encontrar más simpatía en su rostro.

— ¡He aquí una habitación, joven! — exclamó.

— Sí, ya la veo, — respondió Sam con un signo de gorro de dormir á un hombre y ponerlo en la cabeza de un desconocido, aquella broma fué un poco atrevida. Considerando el hecho bajo este punto de vista, mister Pickwick, sin haber hecho previamente advertencias de ninguna clase, se lanzó rápidamente fuera de su lecho, dió al danzante en el estómago un puñetazo bastante fuerte para privarlo de la respiración, y tomando su gorro, se puso en actitud defensiva.

— Ahora, — exclamó sofocado por la excitación y por la energía, — ahora, avanzad los dos, los dos juntos.

Y al hacer esta liberal invitación, el digno caballero imprimía á sus puños cerrados un movimiento de rotación, á fin de esparitar á sus enemigos con aquella de-

mostración científica.

Ya fuese por la manera complicada con que mister Pickwick había salido de su lecho para caer de golpe sobre el danzante, ya sea por la inesperada prueba de valor que dió, lo cierto es que sus antagonistas se conmovieron; porque en lugar de procurar cometer un asesinato, como el filósofo esperaba firmemente, se detuvieron, se miraron unos á otros durante algún tiempo y rompieron á reír simultáneamente.

—Vamos, sois un valiente, — exclamó el danzante; — meteos en vuestro lecho ó cogereis un constipado; ¡basta de discordias! — continuó alargando á Mr. Pickwick una mano capaz de llenar esos guantes de estaño rojo que se balancean encima de las puertas de los guanteros.

—Sí, basta, — respondió Mr. Pickwick, porque pasada la excitación empezó á sentir frío en las piernas.

—Permitidme tener el mismo honor, — dijo el caballero de las patillas negras, alargando su mano derecha.

—Con mucho gusto, — respondió Mr. Pickwick, y se metió en el lecho después de haberles dado un apretón de manos muy solemne.

—Yo me llamo Smangle, — dijo el de las patillas.

—¡Oh! — dijo Mr. Pickwick.

—Y yo Mivins, — dijo el de las medias grises.

—¡Tengo mucho gusto en saberlo! — respondió mister Pickwick.

Mr. Smangle tosió.

—¿Me hablabais, caballero? — preguntó Mr. Pickwick.

—No señor, — replicó Mr. Smangle.

—Me pareció, — dijo Mr. Pickwick.

Todo esto fué muy culto y muy agradable, y para aumentar la buena armonía, Mr. Smangle aseguró muchas veces á Mr. Pickwick que le inspiraban mucho respeto los sentimientos de un caballero.

—¿Vais á declararos insolvente? — preguntó mister Smangle.

—¿Declararme qué?

—Insolvente.

—¡Oh! no.

—¿Vais á salir quizás? — dijo Mr. Mivins.

—Me temo que no; me niego á pagar una indemnización, y me han metido aquí.

—¡Ah! — dijo Mr. Smangle; — el papel ha sido mi ruina.

—¿Sois papelerero? — dijo Mr. Pickwick inocentemente.

—¡No, no, diablo! nunca he caído tan bajo; ¡nada de tienda! Cuando digo papel, quiero decir letra de cambio.

—¡Ah! ¡empleáis la palabra en ese sentido!

—¡Demonio! un caballero debe entenderlo así; ¿pero qué? ¿estoy en la prisión de Fleet? Bueno; ¿soy más pobre por eso?

—Al contrario, — replicó Mr. Mivins.

Y en efecto, en vez de ser más pobre en la cárcel, Mr. Mivins era más rico, porque lo que le había llevado á la cárcel era que con un papel había adquirido la posesión de ciertos artículos de bisutería, que desde entonces habían sido colocados por él en casa de un prestamista sobre alhajas.

—¡Vamos, vamos! — exclamó Mr. Smangle, — todo eso es muy seco; es preciso refrescarnos la boca con un poco de Jerez caliente; el último que ha llegado, pagará. Mivins irá á buscarlo y yo ayudaré á beberlo; esto es lo que yo llamo una imparcial división del trabajo.

No queriendo suscitar otra querrela, Mr. Pickwick consintió; dió dinero á Mr. Mivins, que no perdió un instante en ir al café, porque eran cerca de las once.

—Decid, — preguntó en voz baja Mr. Smangle en cuanto su amigo salió de la habitación, — ¿cuánto le habéis dado?

—Medio soberano.

—Es un caballero muy amable... No conozco á nadie que no lo sea.

Mr. Smangle movió la cabeza en ademán de duda.

—¿No os parece probable que aplique aquel dinero á sus necesidades personales? — preguntó Mr. Pickwick.

—¡Oh! no, no quiero decir eso; he dicho que era un caballero muy amable; pero no sería malo que uno de nosotros bajara á ver si se bebe el vino ó si se le pierde el dinero por el camino. ¡Eh! id abajo y ved lo que hace el caballero que ha ido por vino.

Esta orden iba dirigida á un hombre pequeño, de ademán tímido y modesto, cuyo exterior indicaba una gran pobreza, y que durante todo aquel tiempo había permanecido en su lecho, petrificado aparentemente por la novedad de la situación.

—¿Sabéis dónde está el café? Bajad y decid á ese caballero que vais tan sólo á ayudarle á subir el vino, ¿ois?... ó si no, esperad. Ya veréis cómo le atraparemos.

—¿Cómo? — preguntó Mr. Pickwick.

—Mandadle á decir que emplee lo demás en cigarros; ¡famosa idea! Corred á decirselo; ¡buena idea! no se perderán, — continuó Mr. Smangle volviéndose hacia Mr. Pickwick; — yo los fumaré si es preciso.

Esta treta era tan ingeniosa y fué hecha con tan admirable aplomo, que Mr. Pickwick no hubiera podido oponerse a ella, aunque hubiera querido.

Poco después volvió Mr. Mivins con el Jerez, que Mr. Smangle distribuyó en pequeñas tazas; brindó por la sociedad, y apuró una de un sorbo.

Habiéndose establecido una gran armonía, Mr. Smangle empezó a contar varias anécdotas románticas de su vida privada, relativas, entre otras cosas, á un caballo de pura sangre y á una judía muy bella y singularmente deseada por la nobleza de los tres reinos.

Mucho antes de la conclusión de los elegantes extractos de la biografía del caballero, mister Mivins se metió en la cama y empezó á roncar, dejando á Mr. Pickwick y al tímido que aprovecharan solos la experiencia de Mr. Smangle.

Sin embargo, aquellos dos individuos no estuvieron mucho tiempo atentos á los tiernos relatos del otro; Mr. Pickwick se encontraba en un estado de somnolencia, cuando tuvo una clara percepción de que el borracho había empezado á salmodiar sus cantos cómicos, y que Mr. Smangle le hacía notar que el auditorio no estaba dispuesto musicalmente.

Nuestro héroe cayó en un profundo sueño, con la idea confusa de que Mr. Smangle estaba aun ocupado en contar una larga historia, cuyo punto principal parecía ser que en cierta ocasión se había ocupado en hacer una letra de cambio.

CAPITULO XLII

Donde se demuestra, como en el precedente, la verdad de aquel viejo proverbio que la adversidad os obliga á conocer extraños camaradas de alcoba, y contiene además la increíble declaración que Mr. Pickwick hizo á Sam.

Quando Mr. Pickwick abrió los ojos al día siguiente, el primer objeto que vió fué á Sam Weller, sentado so-

bre un pequeño saco negro, y contemplando con profunda abstracción la majestuosa figura del resplandeciente mister Smangle, mientras este, medio sentado y vestido en su lecho, se ocupaba en la empresa desesperada de hacer bajar los ojos al susodicho Sam. Decimos desesperada, porque Sam continuaba examinando á mister Smangle con viva satisfacción, y sin inquietarse de los sentimientos de aquel sujeto más que si mirara una estatua ó el cuerpo embalsamado de una efigie de Guy-Faux.

—¿Me reconocéis? — dijo Mr. Smangle frunciendo las cejas.

—Juraría que sí, — respondió Sam con buen humor.

—No digáis impertinencias á un caballero.

—No; si queréis avisarme cuando despierde, le haré algunos cumplimientos superfluos.

Esta observación, que parecía tener una tendencia indirecta á decir que Mr. Smangle no era caballero, excitó un poco su cólera.

—Mivins, — dijo en tono irritado.

—¿Qué hay? — respondió este desde su cama.

—¿Quién diablos es ese?

—En verdad, — dijo Mr. Mivins, — yo debiera preguntároslo. ¿Qué viene á hacer aquí?

—Nada, — replicó Mr. Smangle.

—Entonces, echadlo por la escalera abajo, y mandadle que no se levante hasta que yo vaya á buscarle.

Y al dar esta orden, el excelente caballero se volvió á dormir.

Como la conversación mostraba síntomas inequívocos de hacerse personal, Mr. Pickwick creyó conveniente intervenir.

—Sam, — dijo.

—Señor.

—¿No hay nada de nuevo desde ayer?

—Nada importante, señor, — respondió Sam contemplando las patillas de Mr. Smangle. — La humedad y el calor parecen favorables al desarrollo de ciertas malas hierbas.

—Voy á levantarme, — interrumpió Mr. Pickwick. — Dadme la ropa blanca.

Por hostiles que fueran al principio las intenciones de Mr. Smangle, se suavizaron inmediatamente con ver el saco, cuyo contenido pareció darle de repente una favorable opinión, no sólo de Mr. Pickwick, sino también de Sam. Por consiguiente, aprovechó una ocasión de declarar en tono elevado, para que aquel escéntrico personaje pudiera oírle, que lo reconocía como un original de pura sangre, y por lo tanto, como un hombre de

Esta treta era tan ingeniosa y fué hecha con tan admirable aplomo, que Mr. Pickwick no hubiera podido oponerse a ella, aunque hubiera querido.

Poco después volvió Mr. Mivins con el Jerez, que Mr. Smangle distribuyó en pequeñas tazas; brindó por la sociedad, y apuró una de un sorbo.

Habiéndose establecido una gran armonía, Mr. Smangle empezó a contar varias anécdotas románticas de su vida privada, relativas, entre otras cosas, á un caballo de pura sangre y á una judía muy bella y singularmente deseada por la nobleza de los tres reinos.

Mucho antes de la conclusión de los elegantes extractos de la biografía del caballero, mister Mivins se metió en la cama y empezó á roncar, dejando á Mr. Pickwick y al tímido que aprovecharan solos la experiencia de Mr. Smangle.

Sin embargo, aquellos dos individuos no estuvieron mucho tiempo atentos á los tiernos relatos del otro; Mr. Pickwick se encontraba en un estado de somnolencia, cuando tuvo una clara percepción de que el borracho había empezado á salmodiar sus cantos cómicos, y que Mr. Smangle le hacía notar que el auditorio no estaba dispuesto musicalmente.

Nuestro héroe cayó en un profundo sueño, con la idea confusa de que Mr. Smangle estaba aun ocupado en contar una larga historia, cuyo punto principal parecía ser que en cierta ocasión se había ocupado en hacer una letra de cambio.

CAPITULO XLII

Donde se demuestra, como en el precedente, la verdad de aquel viejo proverbio que la adversidad os obliga á conocer extraños camaradas de alcoba, y contiene además la increíble declaración que Mr. Pickwick hizo á Sam.

Quando Mr. Pickwick abrió los ojos al día siguiente, el primer objeto que vió fué á Sam Weller, sentado so-

bre un pequeño saco negro, y contemplando con profunda abstracción la majestuosa figura del resplandeciente mister Smangle, mientras este, medio sentado y vestido en su lecho, se ocupaba en la empresa desesperada de hacer bajar los ojos al susodicho Sam. Decimos desesperada, porque Sam continuaba examinando á mister Smangle con viva satisfacción, y sin inquietarse de los sentimientos de aquel sujeto más que si mirara una estatua ó el cuerpo embalsamado de una efigie de Guy-Faux.

—¿Me reconocéis? — dijo Mr. Smangle frunciendo las cejas.

—Juraría que sí, — respondió Sam con buen humor.

—No digáis impertinencias á un caballero.

—No; si queréis avisarme cuando despierde, le haré algunos cumplimientos superfluos.

Esta observación, que parecía tener una tendencia indirecta á decir que Mr. Smangle no era caballero, excitó un poco su cólera.

—Mivins, — dijo en tono irritado.

—¿Qué hay? — respondió este desde su cama.

—¿Quién diablos es ese?

—En verdad, — dijo Mr. Mivins, — yo debiera preguntároslo. ¿Qué viene á hacer aquí?

—Nada, — replicó Mr. Smangle.

—Entonces, echadlo por la escalera abajo, y mandadle que no se levante hasta que yo vaya á buscarle.

Y al dar esta orden, el excelente caballero se volvió á dormir.

Como la conversación mostraba síntomas inequívocos de hacerse personal, Mr. Pickwick creyó conveniente intervenir.

—Sam, — dijo.

—Señor.

—¿No hay nada de nuevo desde ayer?

—Nada importante, señor, — respondió Sam contemplando las patillas de Mr. Smangle. — La humedad y el calor parecen favorables al desarrollo de ciertas malas hierbas.

—Voy á levantarme, — interrumpió Mr. Pickwick. — Dadme la ropa blanca.

Por hostiles que fueran al principio las intenciones de Mr. Smangle, se suavizaron inmediatamente con ver el saco, cuyo contenido pareció darle de repente una favorable opinión, no sólo de Mr. Pickwick, sino también de Sam. Por consiguiente, aprovechó una ocasión de declarar en tono elevado, para que aquel escéntrico personaje pudiera oírle, que lo reconocía como un original de pura sangre, y por lo tanto, como un hombre de

corazón. En cuanto á Mr. Pickwick, el afecto que experimentó por él en aquel momento no tuvo límites.

—¿Puedo hacer algo por vos? — le dijo.

—Nada que yo sepa, gracias, — respondió el filósofo.

—¿No tenéis ropa que mandar á la lavandera? Conozco una admirable lavandera cerca de aquí. Viene por mi casa dos veces á la semana. ¡Por Júpiter! ¡hoy le toca venir! ¿Queréis que ponga alguna ropa vuestra entre la mía? No andéis con cumplidos; aquí no se gastan cumplidos. ¿De qué serviría la humanidad, si un caballero desgraciado no se molestara un poco para servir á otro caballero que se halla en el mismo caso?

Así hablaba Mr. Smangle, acercándose al saco lo más posible, y mostrando en sus miradas el fervor de la amistad más desinteresada.

—¿Tenéis algo que dar á limpiar al mozo? — continuó.

—Nada, — dijo Sam encargándose de la respuesta.

—¿Y no hay nada que pueda yo mandar á mi lavandera? — añadió Mr. Smangle volviéndose á Mr. Pickwick con desconfianza.

—Nada, — respondió Sam; — ni un camisolín. Creo que ya la cesta estará colmada con vuestra ropa.

Estas palabras fueron acompañadas de una mirada expresiva, dirigida á aquella parte del traje. Así es que aquel caballero se creyó obligado á girar sobre sus talones y á abandonar por el momento toda clase de pretensiones á la bolsa y á la ropa de Mr. Pickwick.

Se retiró de muy mal humor al juego del tejo, donde almorzó lijera y sanamente con un par de cigarros de los que habían sido comprados la noche anterior.

Mr. Mivins, que no era fumador, permaneció en su lecho, y según su propia expresión, pidió de almorzar á Morfeo.

Mr. Pickwick almorzó en su pequeño gabinete, cuyos habitantes tenían el privilegio de oír cuanto se decía en el café vecino; después mandó á Sam á hacer algunas comisiones necesarias y fué á preguntar á Mr. Roker cuál era su alojamiento futuro.

—¡Ah! — dijo este consultando un enorme libro. — Ya tenéis sitio. Vuestro cuarto será el 27 en el tercero.

—¿En el tercero?

—Tan claro como el día.

—¿Hay muchos presos allí?

—Tres.

Mr. Pickwick tosió.

—Uno de ellos es un ministro, — continuó Mr. Roker escribiendo en un pedazo de papel; — el otro es un

carnicero.

—¿Eh? — dijo Mr. Pickwick.

—Un carnicero, — repitió Mr. Roker, apoyando el pico de su pluma en la mesa para obligarle á escribir. — Neddy, ¿os acordáis de Tom Martin? ¡Qué casamentero era! — dijo Mr. Roker á otro hombre que había en el despacho, y que se entretenía en quitar el lodo de sus zapatos con un corta plumas de veinticinco hojas.

—Ya lo creo que me acuerdo, — respondió el interpelado.

—¡Dios nos bendiga! — continuó Mr. Roker moviendo la cabeza y mirando con distracción por entre las rejas.

—¿Sabéis cuál es el tercer caballero del número 27? — preguntó Mr. Pickwick.

—Neddy, ¿quién es ese Simpton? — dijo Mr. Roker, volviéndose hacia su compañero.

—¿Qué Simpton?

—El del número 27 en el tercero.

¡Oh! no es nadie. En otro tiempo era compañero de un chalán.

—Eso es lo que yo pensaba, — replicó Mr. Roker cerrando su libro y entregando un pedazo de papel á Mr. Pickwick. — He aquí vuestro billete, caballero.

Mr. Pickwick entró en la prisión, reflexionando sobre lo que tenía que hacer.

Convencido de que antes de dar cualquier paso, era útil ver á los caballeros con quienes se le quería colocar, se dirigió al tercer piso.

Después de haber estado mucho tiempo por la galería procurando descifrar los números que había sobre las diferentes puertas, se dirigió al fin á un mozo de taberna, que se ocupaba en pegar los jarros de estaño.

—¿Dónde está el número 27? — preguntó mister Pickwick.

—Cinco puertas más lejos, respondió el mozo. — Hay en el exterior de la puerta el retrato en yeso de un caballero ahorcado, que fuma su pipa.

Guiado por aquellas instrucciones, anduvo lentamente á lo largo de la galería, hasta que encontró el retrato del caballero arriba descrito. Tocó á la puerta suavemente, y después con fuerza. Después de haber repetido inútilmente esta operación, se aventuró á abrir y á mirar en el interior.

Había en la habitación un sólo hombre, que se inclinaba asomado á la ventana todo lo que podía sin perder el equilibrio, y que se esforzaba con perseverancia en escupir sobre el sombrero de un amigo íntimo suyo que estaba en el patio.

Mr. Pickwick no pudiendo indicarle su presencia, ni hablando ni tosiendo ni estornudando, se decidió por fin á acercarse á la ventana y tirarle del vestido á aquel individuo. Este se retiró de la ventana bruscamente, y preguntó á Mr. Pickwick en tono agrio lo que buscaba.

—Creo, — dijo Mr. Pickwick, consultando su billete, — creo que es este el número 27 del piso tercero.

—¿Y qué?

—He venido aquí en virtud de este pedazo de papel.

—Veámoslo.

Mr. Pickwick obedeció.

—Mr. Roker hubiera podido meteros en otra parte, — dijo contrariado Mr. Simpton (porque aquel era el caballero de industria).

Mr. Pickwick pensaba lo mismo; pero en aquella ocasión creyó conveniente guardar silencio.

Mr. Simpton reflexionó durante algunos minutos; después, asomando la cabeza por la ventana, dió un silbido agudo y pronunció en voz alta algunas palabras.

Mr. Pickwick no pudo entenderlas, pero creyó que sería algún apodo que distinguía á Mr. Martín, porque en seguida, muchas voces gritaron desde el patio ¡el carnicero!, el carnicero! imitando el grito por el cual los miembros de aquella útil clase de la sociedad acostumbran dar á conocer cuotidianamente su presencia junto á las rejas de las casas de Londres.

Los acontecimientos confirmaron la exactitud de aquella hipótesis, porque al cabo de algunos segundos, un caballero prematuramente gordo para su edad, vestido de azul, con botas de vuelta, entró muy sofocado en la habitación; fué seguido inmediatamente por otro caballero vestido con levita negra raída y gorro de piel de zorra. Este se ocupaba en el camino en abrocharse la levita hasta la barba, mediante unos botones de alfileres. Tenía una cara muy roja y muy vulgar, y hacia el efecto de un capellán borracho, lo cual era efectivamente.

Aquellos dos caballeros recorrieron el billete de mister Pickwick, y después, los dos se miraron entre sí y miraron á Mr. Pickwick, en medio de un silencio profundo.

—¡Qué fastidio! Esto pasa en el momento en que habíamos formado una pequeña sociedad muy agradable, — dijo el capellán mirando tres colchones sucios, envueltos cada uno en una manta, y que ocupaban un rincón del cuarto.

Mr. Martín expresó la misma opinión, en términos más enérgicos, y Mr. Simpton, después de haber lanzado una gran cantidad de adjetivos sin ningún sustanti-

vo que les acompañara, se volvió las mangas y comenzó á lavar los cardos para comer.

Mientras todo esto pasaba, Mr. Pickwick se ocupaba en considerar la habitación, que era sucia y húmeda. No había vestigios de alfombra, ni de cortinas, ni de celosías. No había ni siquiera un armario. A la verdad, si hubiera habido alguno, no había gran cosa que poner en él; pero, aunque poco numerosos y poco considerables individualmente, sin embargo, los pedazos de queso, las cortezas de pan, los cabos de vela, los restos de comida, los pedazos de vajilla, los fuelles sin caño, los tenedores sin mango, presentan un conjunto poco agradable cuando están esparcidos sobre el piso de una pequeña habitación, que representa á la vez el salón y la alcoba de tres individuos desocupados.

—Supongo, sin embargo, que esto puede arreglarse, — dijo el carnicero después de un largo silencio: — ¿qué queréis por marcharos?

—Perdón, — replicó Mr. Pickwick. — ¿Qué decís? no he oído.

—¿Cuánto pedís por marcharos? Lo ordinario es tres francos, pero se os darán cuatro. ¿Os conviene?

—¡Vaya! os ofrecemos cuatro shillines por semana si os váis.

—Además, haremos subir un botella de cerveza, — dijo Mr. Simpton.

—Y la beberemos inmediatamente, — añadió el capellán.

—Estoy tan ignorante de las costumbres de estos sitios, — respondió Mr. Pickwick, — que no acabo de comprenderos. ¿Puedo acomodarme en otra parte? Yo no lo creía.

Al oír esta pregunta, Mr. Martín miró á sus dos amigos con excesiva sorpresa, y entonces, cada uno de los tres caballeros extendió su dedo pulgar derecho por encima del hombro izquierdo.

—¿No lo creáis? — repitió Mr. Martín con una sonrisa de piedad.

—¡Pues bien! — dijo el eclesiástico; — si yo fuera tan poco conocedor del mundo, me comería mi sombrero.

—Y yo *item*, — añadió el carnicero solemnemente.

Después de un corto prefacio, los tres personajes informaron á Mr. Pickwick de que el dinero tenía en la prisión la misma virtud que fuera; le dijeron que el dinero le proporcionaría instantáneamente todo lo que pudiera desear, y que si Mr. Pickwick tenía dinero, y quería gastarlo, no tenía más que manifestar su deseo de tomar una habitación apartada, y que la encontra-

ría amueblada en menos de media hora.

Nuestros personajes se separaron entonces con satisfacción mútua. Mr. Pickwick volvió al despacho, y los otros tres fueron al café para gastar allí los tres shillines que el capellán, con admirable previsión, había pedido prestados al cándido filósofo.

Cuando Mr. Pickwick declaró á Mr. Roker por qué volvía, este exclamó:

—Ya me lo figuraba yo. ¿No te lo dije, Neddy?

El sabio poseedor del cuchillo universal lanzó un gruñido afirmativo.

—¡Pardiez! Yo sabía que necesitábais una habitación para vos solo. ¡Veamos! necesitaréis muebles. Yo os los alquilaré. Estaréis bien.

—Con mucho gusto.

—Hay en la escalera del café una habitación magnífica que pertenece á un prisionero de cancillería. Os costará una libra esterlina por semana. Supongo que no os fijaréis en eso.

—No.

—Venid conmigo, — exclamó Mr. Roker tomando su sombrero con gran vivacidad. — El asunto se concluirá en cinco minutos. ¡Qué diablos! ¿por qué no empezadéis diciendo que queríais hacer las cosas bien?

Como Mr. Roker lo había predicho, pasó. El negocio terminó prontamente. El prisionero de la cancillería estaba allí mucho tiempo, por haber perdido amigos, fortuna, costumbres, felicidad, y por haber adquirido en cambio el derecho de tener una habitación particular. Sin embargo, como experimentaba el ligero contratiempo de carecer con frecuencia de un pedazo de pan, consentió en ceder su habitación á Mr. Pickwick mediante la suma semanal de veinte shillines.

Mientras este contrato se hacía, Mr. Pickwick examinaba al prisionero con penoso interés. Era un hombre alto, descarnado, cadavérico, envuelto en un gabán viejo y con los pies metidos en unas babuchas rotas. Su mirada era inquieta, sus mejillas colgantes, sus labios pálidos, sus ojos pequeños. ¡Infeliz! se veía que el diente de hierro del aislamiento y de la necesidad le había lentamente roído en el espacio de veinte años.

—Y vos, caballero, ¿dónde vais á vivir ahora? — le preguntó Mr. Pickwick apoyando suavemente sobre la mesa el importe de la primera semana de alquiler.

El hombre recogió el dinero con mano trémula, y respondió que no sabía, y que iba á ver dónde ponía su cama.

—Temo, caballero, — continuó Mr. Pickwick apoyando suavemente la mano sobre el brazo del prisionero,

—temo que tengáis que albergaros en un sitio ruidoso y atestado de gente. Pero continuad considerando esta habitación como vuestra, cuando tengáis necesidad de un poco de calma, ó cuando vuestros amigos vengan á veros.

—¡Mis amigos! — interrumpió el prisionero con voz ronca. — Si yo estuviera clavado en mi ataúd, enterrado en la fosa infecta que se abre bajo los cimientos de esta prisión, no estaría más olvidado, más abandonado que como estoy aquí. Soy un hombre muerto, muerto para la sociedad, sin haber obtenido la piedad que se concede á aquellos cuyas almas han ido á comparecer delante de Dios. ¡Amigos á visitarme, Dios mío! Mi juventud se ha consumido en aquella torre, y no habrá nadie que levante su mano sobre mi lecho cuando yo muera, para decir: «Alabado sea Dios. ¡Ya no sufre!»

El fuego inusitado que la excitación del viejo había encendido en su mirada, se extinguió cuando concluyó de hablar. Oprimió una contra otra las manos descarnadas y salió de la habitación.

—¡Eh! ¡eh! ¡se enfada el mozo! — dijo Mr. Roker sonriendo. — ¡Es como los elefantes! sienten la punta de tiempo en tiempo, y se ponen furiosos.

Concluida esta observación llena de simpatía, mister Roker se ocupó con tanta actividad en los arreglos necesarios á la comodidad de Mr. Pickwick, que en poco tiempo fué adornada la habitación con una alfombra, seis sillas, una mesa, un sofá, utensilios necesarios para el te y otros objetos.

Todo debía costar á Mr. Pickwick la razonable cantidad de veinte y siete shillines por semana.

—¿Podemos hacer algo más por vos? — preguntó Mr. Roker, mirando en torno suyo con gran satisfacción, y haciendo sonar en su mano la primera semana de alquiler.

—Sí. — respondió Mr. Pickwick, que hacía un rato que reflexionaba profundamente. — ¿Hay aquí alguien para hacer mandados?

—¿Alguien?

—Sí, alguien que pueda salir á un recado.

—Ya comprendemos. Hay un pobre diablo que tiene un amigo en el cuartel de los pobres, y que quiere que le empleen. Hace dos meses que hace comisiones y lleva recados para ganarse la vida. ¿Queréis que os lo enviemos?

—Si queréis... esperad... no. ¿El cuartel de los pobres decís? Tengo curiosidad de ver eso; iré yo mismo allá.

El cuartel de los pobres en una prisión por deudas es,

como lo indica su nombre, la vivienda de los deudores más indigentes. Un prisionero que se declara para el cuartel de los pobres, no paga ni renta ni tasa de habitación; el derecho que adquiere al entrar y salir de una prisión, es extremadamente reducido y recibe una pequeña cantidad de alimento, comprado con la renta de los excasos legados que dejan de tiempo en tiempo para tal objeto las personas caritativas. Hace algunos años, se veía en el exterior de las murallas de la prisión de la Flotte una especie de jaula de hierro, donde se ponía un hombre de rostro hambriento, que gritaba de tiempo en tiempo con voz lúgubre: «No olvidéis á los pobres deudores!» El producto de esta limosna era partido entre los pobres prisioneros, que se relevaban por turno en aquel empleo degradante.

Aunque esta costumbre ha sido abolida y se ha suprimido la jaula, la condición miserable de los pobres prisioneros es siempre la misma; no se consiente que imploren la compasión del transeunte; pero para admisión de las edades futuras, se han dejado subsistir leyes justas y bienhechoras que declaran que el criminal vigoroso será alimentado y vestido, mientras el deudor sin dinero será condenado á morir de hambre y desnudez.

Esto no es una ficción; no se pasa una semana sin que un preso por deudas no perezca inevitablemente en las lentas agonías del hambre, á no ser que les socorra algún camarada de prisión.

Pensando en estas cosas y subiendo la estrecha escalera, al pie de la cual había dejado al carcelero, mister Pickwick se irritó gradualmente hasta llegar al último extremo de indignación, y tan excitado estaba por aquellas reflexiones, que entró en el departamento que se le había indicado como cuartel de los pobres, sin tener idea clara, así del sitio en que se encontraba como del objeto de su visita. El aspecto de la habitación le hizo volver en sí; pero cuando sus miradas se fijaron en un hombre desfallecido que yacía junto á un mal fuego, dejó caer su sombrero de sorpresa y quedó inmóvil y como petrificado.

Sí; aquel hombre sin levita, sin chaleco, con el pantalón desgarrado y la camisa hecha girones, con los cabellos caídos en desorden y las facciones demacradas por el hambre y el sufrimiento, era Mr. Alfredo Jingle; tenía la cabeza apoyada entre las manos, sus ojos estaban fijos en el fuego, y todo su exterior demostraba la miseria y el abatimiento.

Junto á él, negligentemente apoyado en la pared, se encontraba un vigoroso campesino, acariciando con

un látigo de caza la bota que tenía en el pie izquierdo; los caballos, los perros, la caza, habían causado su ruina; todavía tenía en aquella bota una espuela enmohecida, con que hendía el aire, haciendo chasquear el látigo y murmurando algunas de aquellas interjecciones por las cuales un caballero anima á un caballo. ¡Pobre diablo! El mejor caballo de su cuadra no le había hecho andar una carrera tan rápida como la terminada en la cárcel de Flotte.

Al otro lado de la habitación, un viejo, sentado en una caja de madera, tenía los ojos fijos en el suelo; una profunda desesperación mantenía inmóvil su rostro; una niña, su biznieta, se inclinaba hacia él, procurando atraer su atención con mil invenciones infantiles; pero el viejo no la veía ni la oía; la voz que le había parecido tan musical, los ojos que habían sido su luz, no producían ninguna impresión en sus sentidos; la enfermedad hacía temblar sus rodillas y la parálisis había elado su espíritu.

En otro rincón de la sala, dos ó tres individuos formaban un grupo y hablaban ruidosamente; más lejos, una mujer de rostro flaco y mirada indecisa, la mujer de un prisionero, se ocupaba en regar los miserables restos de una planta seca, que jamás debía reverdecer; emblema cierto del deber con que debía cumplir en la prisión.

Tales eran los pobres prisioneros que se presentaron á los ojos de Mr. Pickwick, mientras miraba en torno suyo con admiración; oyendo los pasos precipitados de alguno que entraba, volvió los ojos hacia la puerta, y en el recién venido reconoció al través de sus harapos, de su suciedad y de su miseria, las facciones familiares de Job Trotter.

—Mr. Pickwick — exclamó Job en alta voz.

—¿Eh? — dijo Jingle, estremeciéndose y levantán dose de su asiento... — Mr... es verdad... ¡mal sitio!... ¡cosa extraña! Yo lo merecía; está bien hecho.

Al decir estas palabras, Mr. Jingle metió las manos en el sitio donde estaban los bolsillos de sus calzones, y dejando caer la cabeza sobre el pecho, se sentó de nuevo en la silla.

Mr. Pickwick se conmovió; aquellos dos hombres tenían un aspecto tan miserable. ¡La mirada fámélica que Mr. Jingle había echado á un trozo de carnero crudo traído por Job, explicaba más claramente que una narración de dos horas el estado de miseria á que se hallaba reducido. Pickwick miró á Jingle con ternura y le dijo:

—Quisiera hablaros aparte; ¿queréis salir conmigo

un instante?

—Ciertamente — respondió Jingle, levantándose con premura; — puedo ir muy lejos; no hay peligro de apartarse de aquel parque cerrado por una muralla... lindo terreno, pintoresco, pero poco externo; la entrada abierta al público; la familia siempre fuera; el ama de casa terriblemente cuidadosa.

—¿Habéis olvidado vuestro vestido?—dijo Mr. Pickwick bajando la escalera.

—¡Ah! sí... está clavado en casa de una de mis buenas parientas, mi tía materna; no podía ser de otra manera; es preciso conocer... necesidades de la Naturaleza.

—¿Qué queréis decir?

—Mi vestido ha firmado un contrato voluntario... ¡último vestido! ¡Bah! á lo hecho pecho; yo he vivido de un par de botas quince días, de un paraguas de seda con puño de marfil toda una semana. Preguntad á Job, él lo sabe muy bien.

—¿Habéis vivido tres semanas de un par de botas y un paraguas de seda! — exclamó Mr. Pickwick horrorizado, porque no había oído hablar de cosas semejantes, más que en las historias de los naufragos.

—Es verdad — contestó Jingle moviendo la cabeza; ahí están los recibos. Prestamistas sobre alhajas; ladrones todos... no dan nada.

—¡Oh! — dijo Mr. Pickwick aliviado por esta explicación; — ya comprendo; habéis puesto en prenda esos efectos.

—Todos; Job también; todas las camisas están allá; eso economiza la lavandera; se acuesta uno; se muere de hambre; vienen á ver; ¡pobre prisionero! ¡miserable! echarle tierra. Los caballeros del jurado, inspectores de la prisión, dicen: muerte natural; nada de ostentación... entierro de pobres; bien merecido... todo concluyó; bajad el telón.

Jingle refirió este singular sumario de su porvenir con su volubilidad acostumbra y esforzándose con muecas sucesivas en fingir una sonrisa. Sin embargo, Mr. Pickwick notó que aquella negligencia era afectada, y mirándole de frente, pero no con severidad, vió que sus ojos estaban llenos de lágrimas.

—Buen amigo! — dijo Jingle estrechando la mano del filósofo y volviendo la cabeza. ¡Perro ingrato! mala fiebre, débil, hambriento... merezco esto... pero sufro mucho, ¡ah! ¡mucho!

Incapaz de sostenerse, y tal vez encorvado por los esfuerzos que había hecho para conseguirlo, el histrión abatido se sentó en la escalera, y cubriéndose el rostro

con las manos, se puso á sollozar como un niño.

—¡Vamos, vamos! — dijo Mr. Pickwick con mucha emoción; veré lo que se puede hacer cuando conozca vuestra historia; Job, ¿dónde está?

—Aquí, señor — dijo Job, mostrándose en la escalera.

—Venid acá — dijo Mr. Pickwick, procurando mostrarse severo mientras dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas; — tomad esto.

Alguna cosa salió del bolsillo de Mr. Pickwick, alguna cosa que sonó en la mano de Job; y cuando nuestro excelente amigo se alejó precipitadamente, su corazón estaba oprimido.

Al entrar en su habitación, Mr. Pickwick encontró á Sam, que contemplaba sus nuevos arreglos con sombría satisfacción, oponiéndose decididamente á que su amo viviese allí; consideraba como un deber moral no parecer contento de nada de lo que allí se hiciera.

—¿Qué hay, Sam?

—¿Qué hay, señor?

—Muy cómodo ahora, ¿no es verdad?

—Sí, no está mal — respondió Sam mirando en torno suyo con desdén.

—¿Habéis visto á Mr. Tupman y á los demás amigos?

—Sí, señor; vendrán mañana y se han sorprendido mucho de saber que no podían venir hoy.

—¿Me has traído las cosas que necesitaba?

Por toda respuesta, Sam mostró diferentes paquetes que estaban en un rincón del cuarto.

—Muy bien — dijo Mr. Pickwick.

Después de un momento de vacilación, añadió:

—Escucha lo que tengo que decirte.

—Ya escucho.

—Sam — continuó Pickwick con mucha solemnidad; — yo he notado desde el principio que no era este un sitio conveniente para un joven.

—Ni tampoco para un viejo, señor.

—Tienes razón, Sam; pero los viejos pueden venir aquí á causa de su imprudente confianza, y los jóvenes pueden ser traídos por el egoísmo de aquellos á quien sirven. Vale más para los jóvenes bajo todos conceptos que no permanezcan aquí; ¿me comprendes, Sam?

—En verdad, no — respondió Sam con obstinación.

—Trata de comprenderlo.

—Pues bien — repuso Sam después de una corta pausa: — creo comprender dónde vais á parar, y en mi opinión es un poco lejos.

—Ya veo que me comprendes, Sam; como te he

dicho, deseo en primer lugar que no estés perdiendo el tiempo en un sitio como este; y además, veo que es un monstruoso contrasentido que tenga criado un prisionero por deudas; es preciso que me dejes por algún tiempo, Sam.

—¿Por algún tiempo? — repitió Sam con un ligero acento de sarcasmo.

—Sí; por el tiempo que yo estuviese aquí, yo continuaré pagándote el salario, y alguno de mis tres amigos podrá llevarte consigo, aunque no fuese sino por respeto hacia mí; si algún día salgo de aquí, te doy mi palabra de que volverás conmigo.

—Pues ahora voy á deciros lo que hay — replicó Sam con voz grave y solemne. — Eso no puede ser; con que no hablemos más.

—Sam, hablo seriamente; estoy resuelto.

—¿Estais resuelto, señor? pues yo también.

Al pronunciar estas palabras con voz firme, Sam se puso el sombrero, y salió bruscamente de la habitación.

—Sam — gritó Mr. Pickwick. — Sam, ven acá.

Pero la larga galería había cesado ya de repetir el eco de sus pasos. Sam había partido.

CAPITULO XLIII

De cómo Sam Weller llegó á estar mal en sus negocios

En una sala con mala luz y peor ventilación, situada en la calle de Portugal, forman tribunal durante todo el año, uno, dos, tres ó cuatro caballeros de peluca, que tienen delante unos pequeños pupitres mal charolados; las tribunas de los abogados están á la derecha; á la izquierda, el sitio de los deudores insolventes, y en parte un plano inclinado de figuras especialmente sucias. Estos caballeros de peluca son los comisarios del tribunal de insolventes, y el sitio donde se entronizan el sitio de insolventes mismo.

Desde tiempo inmemorial, aquel tribunal es mirado

como el refugio durante el día de todos los pelagatos de Londres; la sala está siempre llena, los vapores de cerveza y los espirituosos suben constantemente hacia el techo y se condensan con el frío y bajan en forma de lluvia ó á lo largo de las paredes. Allí se encuentran más viejos vestidos que los que ponen en venta durante todo un año los judíos del barrio de *Hounditch*, y más pieles grasientas, más barbas largas, que las que todas las bombas y las barberías de *Tyburn* podrían limpiar en un día.

No hay que suponer que algunos de estos individuos tengan que hacer en aquel sitio; si tuvieran que hacer, su presencia no sería sorprendente y la singularidad de la cosa cesaría inmediatamente. Algunos duermen durante el día la mayor parte de la sesión; otros llevan la comida en el pañuelo ó en su sombrero roto, y comen oyendo á los abogados con doble delicia; pero ninguno tiene el más ligero interés personal en los asuntos tratados por el tribunal. Cualquiera que sea la manera que tienen de gastar el tiempo, permanecen allí desde el principio al fin de la sesión. Cuando lueve, llegan todos mojados, y entonces los vapores que se elevan en la audiencia semejan á los de un pantano.

Un observador que se encontrara allí por casualidad, podría imaginar que es un templo elevado al genio de la pobreza raída. No hay uno solo que lleve una levita cortada para él; no hay en todo el establecimiento un solo hombre pasablemente fresco y limpio, si se exceptúa un pequeño ugiar de cabellos blancos y rostro amoratado; en fin, las pelucas de los abogados están mal empolvadas y mal rizadas.

Pero, después de todo, los abogados que se sientan detrás de una gran mesa sin tapiz, son la más notable curiosidad de aquel sitio. El establecimiento profesional del más opulento de aquellos señores consiste en un saco azul, donde llevan la toga, y en un pequeño pasante, ordinariamente judío; no tienen bufete, pero tratan en las tabernas los asuntos legales, ó en el patio de las prisiones, donde van en tropel y se disputan los chalanes á la manera de conductores de ómnibus. Tienen una fisonomía ajada y angulosa, y si se les sospecha algún vicio, es la embriaguez y la malignidad.

Mr. Salomón Pell, uno de los miembros de esta ilustrada corporación, era un hombre gordo, pálido y repulsivo; su vestido parecía tan pronto verde como pardo, según los reflejos de la luz, y estaba adornado con un cuello de terciopelo que ofrecía la misma particularidad: su frente era estrecha, su rostro ancho, su cabeza enorme y su nariz vuelta hacia un lado. Por lo demás, como

dicho, deseo en primer lugar que no estés perdiendo el tiempo en un sitio como este; y además, veo que es un monstruoso contrasentido que tenga criado un prisionero por deudas; es preciso que me dejes por algún tiempo, Sam.

—¿Por algún tiempo? — repitió Sam con un ligero acento de sarcasmo.

—Sí; por el tiempo que yo estuviese aquí, yo continuaré pagándote el salario, y alguno de mis tres amigos podrá llevarte consigo, aunque no fuese sino por respeto hacia mí; si algún día salgo de aquí, te doy mi palabra de que volverás conmigo.

—Pues ahora voy á deciros lo que hay — replicó Sam con voz grave y solemne. — Eso no puede ser; con que no hablemos más.

—Sam, hablo seriamente; estoy resuelto.

—¿Estais resuelto, señor? pues yo también.

Al pronunciar estas palabras con voz firme, Sam se puso el sombrero, y salió bruscamente de la habitación.

—Sam — gritó Mr. Pickwick. — Sam, ven acá.

Pero la larga galería había cesado ya de repetir el eco de sus pasos. Sam había partido.

CAPITULO XLIII

De cómo Sam Weller llegó á estar mal en sus negocios

En una sala con mala luz y peor ventilación, situada en la calle de Portugal, forman tribunal durante todo el año, uno, dos, tres ó cuatro caballeros de peluca, que tienen delante unos pequeños pupitres mal charolados; las tribunas de los abogados están á la derecha; á la izquierda, el sitio de los deudores insolventes, y en parte un plano inclinado de figuras especialmente sucias. Estos caballeros de peluca son los comisarios del tribunal de insolventes, y el sitio donde se entronizan el sitio de insolventes mismo.

Desde tiempo inmemorial, aquel tribunal es mirado

como el refugio durante el día de todos los pelagatos de Londres; la sala está siempre llena, los vapores de cerveza y los espirituosos suben constantemente hacia el techo y se condensan con el frío y bajan en forma de lluvia ó á lo largo de las paredes. Allí se encuentran más viejos vestidos que los que ponen en venta durante todo un año los judíos del barrio de *Hounditch*, y más pieles grasientas, más barbas largas, que las que todas las bombas y las barberías de *Tyburn* podrían limpiar en un día.

No hay que suponer que algunos de estos individuos tengan que hacer en aquel sitio; si tuvieran que hacer, su presencia no sería sorprendente y la singularidad de la cosa cesaría inmediatamente. Algunos duermen durante el día la mayor parte de la sesión; otros llevan la comida en el pañuelo ó en su sombrero roto, y comen oyendo á los abogados con doble delicia; pero ninguno tiene el más ligero interés personal en los asuntos tratados por el tribunal. Cualquiera que sea la manera que tienen de gastar el tiempo, permanecen allí desde el principio al fin de la sesión. Cuando lueve, llegan todos mojados, y entonces los vapores que se elevan en la audiencia semejan á los de un pantano.

Un observador que se encontrara allí por casualidad, podría imaginar que es un templo elevado al genio de la pobreza raída. No hay uno solo que lleve una levita cortada para él; no hay en todo el establecimiento un solo hombre pasablemente fresco y limpio, si se exceptúa un pequeño ugiar de cabellos blancos y rostro amoratado; en fin, las pelucas de los abogados están mal empolvadas y mal rizadas.

Pero, después de todo, los abogados que se sientan detrás de una gran mesa sin tapiz, son la más notable curiosidad de aquel sitio. El establecimiento profesional del más opulento de aquellos señores consiste en un saco azul, donde llevan la toga, y en un pequeño pasante, ordinariamente judío; no tienen bufete, pero tratan en las tabernas los asuntos legales, ó en el patio de las prisiones, donde van en tropel y se disputan los chalanes á la manera de conductores de ómnibus. Tienen una fisonomía ajada y angulosa, y si se les sospecha algún vicio, es la embriaguez y la malignidad.

Mr. Salomón Pell, uno de los miembros de esta ilustrada corporación, era un hombre gordo, pálido y repulsivo; su vestido parecía tan pronto verde como pardo, según los reflejos de la luz, y estaba adornado con un cuello de terciopelo que ofrecía la misma particularidad: su frente era estrecha, su rostro ancho, su cabeza enorme y su nariz vuelta hacia un lado. Por lo demás, como

Mr. Pell era gordo y apático, respiraba principalmente por aquel órgano, que de este modo compensaba en utilidad lo que le faltaba en belleza.

—Estoy seguro de sacarlo bien — decía Mr. Pell.

—¿Seguro? — preguntó la persona á quien daba aquella seguridad.

—Seguro y cierto — replicó Mr. Pell; — pero si hubiera encontrado á un práctico irregular, yo no hubiera respondido de las consecuencias.

—Ah! — dijo el otro abriendo la boca.

—No, no hubiera respondido — repitió Mr. Pell.

Y se mordió los labios, frunció las cejas y movió la cabeza misteriosamente.

El sitio donde se entablaba esta conversación era la taberna que está frente por frente al tribunal de insolventes, y la persona á quien Mr. Pell hablaba, no era otro que Mr. Weller, el mayor.

Había venido á confortar á un amigo suyo, cuya petición en calidad de deudor honradamente insolvente debía ser presentada aquel mismo día.

—¿Y Jorge, dónde está? — preguntó Mr. Weller.

Mr. Pell inclinó la cabeza en dirección de la tienda, y Mr. Weller fué allá en seguida, siendo saludado afectuosamente por media docena de compañeros suyos. El caballero insolvente, que había hecho un préstamo imprudente para establecer descansos de postas, tenía un ademán agradable y se esforzaba en calmar la excitación de su espíritu con sendos vasos de cerveza.

El saludo cambiado entre Mr. Weller y sus amigos se limitó estrictamente á la francmasonería del gremio, es decir, á hacer un gesto con el puño derecho, elevando el dedo meñique.

—¿Qué hay, Jorge? — dijo Mr. Weller quitándose su redingote y sentándose con su gravedad acostumbrada. — ¿Cómo van los asuntos?

—Todo va bien, viejo camarada — respondió el hombre que iba mal en sus negocios.

—¿La yegua gris ha pasado á alguno? — preguntó Mr. Weller con ansiedad.

Jorge hizo un signo afirmativo.

—Bien; ¿han cuidado aquí de los coches?

—Están en sitio seguro — dijo comiendo sin más ceremonia.

—Muy bien, muy bien — dijo Mr. Weller, — atended á la máquina cuando bajéis una cuesta: ¿Está arreglada la cédula de camino?

Mr. Pell, adivinando el pensamiento de Mr. Weller, tomó la palabra y dijo:

—El inventario del activo y del pasivo está tan claro, como pueden hacerlo la pluma y la tinta.

Mr. Weller hizo con la cabeza un signo que implicaba su aprobación, y en seguida, volviéndose á mister Pell, le dijo mostrando á su amigo Jorge:

—¿Cuándo le quitáis la cobertura?

—¿Eh? es el tercero en la lista de los deudores, cuya insolvencia no quiere reconocer el acreedor, y preveo que su turno llegará dentro de media hora; he dicho á mi escribiente que venga á avisarme cuando llegue la hora.

Mr. Weller contempló al abogado de los pies á la cabeza, y dijo enfáticamente:

—¿Qué queréis tomar?

—En verdad... sois muy... pero no acostumbro... es tan temprano... Pues bien, traed tres peniques de rom.

La joven que servía puso un vaso delante Pell, y se retiró.

—Caballero — dijo Mr. Pell mirando á todos; — ¡buena suerte á vuestro amigo! Yo no acostumbro elogiarle; no está en mis hábitos; pero no puedo menos de decir que si vuestro amigo no hubiera tenido la suerte de caer en mis manos... pero no quiero acabar lo que iba á decir... Señores, á vuestra salud.

Habiendo vaciado un vaso en un abrir y cerrar de ojos, Mr. Pell miró con complacencia el círculo de cocheros, á cuyos ojos pasaba sin duda por una especie de oráculo.

—Veamos — continuó; — ¿qué decía yo, señores?

—Decíais que no rehusaríais otro vaso — dijo mister Weller con gravedad.

—¡Ah! no es malo... bien... pues bien, venga la segunda edición, señores, — continuó; — el difunto canceller me quería mucho.

—Mucho honor para él — interrumpió Mr. Weller.

—¡Escuchad! — gritó el cliente del hombre de negocios. — ¿Y por qué?

—¡Ah! sí, es verdad — repitió un hombre de rostro muy colorado, que no había dicho nada hasta entonces, y parecía no tener tampoco nada que decir. — ¿Por qué no?

Un murmullo de asentimiento circuló en la sociedad.

—Yo me acuerdo, señores, de que comiendo con él cierto día... estábamos los dos solos, pero la mesa estaba tan espléndida como si hubiera habido veinte convidados. El gran sello estaba á la derecha, y á la izquierda, un hombre armado y cubierto con una gran peluca, guardaba la mesa con un sable desnudo y medias de seda. El canceller me dijo... no es inmodestia... «Pell, me dijo,

sois un hombre de talento; vos podéis sacar libre al que se os antoje, en el tribunal de insolventes. Vuestro país debe estar orgulloso de vos, Pell.» Estas son sus propias palabras. «Milord, le dije, me lisonjeáis.» «Pell, dijo él, si es lisonja, que el diablo me lleve».

—¿Ha dicho eso? — interrumpió Mr. Weller.

—Lo ha dicho.

—Pues bien, entonces yo digo que el parlamento debía imponerle una multa por haber jurado; y si el canceller hubiera sido un pobre diablo, no se escapa sin multa.

—Pero si él me decía aquello en confianza... y bien conocía él mi discreción.

—Eso cambia la cuestión. Continúad.

—No, no continuaré — dijo Mr. Pell en voz baja y con seriedad. — Me habéis recordado que era una conversación privada... privada y confidencial. Señores, yo soy hombre de ley. Es posible que yo sea muy estimado en mi profesión; es posible que yo no lo sea. Cada cual puede saberlo; yo no digo nada. Ya se han hecho aquí observaciones injuriosas á la memoria de mi noble amigo. Vos me acusaréis, señores. Comprendo que no tengo derecho á hablar de este asunto sin su consentimiento. Os doy gracias, señores, por habérmelo recordado.

Mr. Pell se metió las manos en el bolsillo, hizo resonar con una terrible determinación tres medios peniques que allí tenía y frunció las cejas mirando en torno suyo.

Apenas había acabado de expresar la virtuosa relación, cuando el galopin y el saco azul, dos inseparables compañeros, se precipitaron en la habitación; dijeron (ó al menos el galopin lo dijo, porque el saco no tomó parte alguna en este asunto) que la causa se iba á ver al instante. Todos se apresuraron á atravesar la calle y á penetrar en la sala, ceremonia preparatoria que en los casos ordinarios se ha calculado que dura veinticinco ó treinta minutos.

Mr. Weller, que era fuerte, se precipitó en medio de la multitud, con esperanzas de llegar al fin; pero el éxito no correspondió á sus esperanzas, y su sombrero, que se había olvidado de quitar, fué repentinamente enterrado hasta los ojos por una persona invisible. Aquel individuo sintió su impetuosidad, porque un momento después, lanzando una exclamación de sorpresa, arrastró al gordo hacia la sala, y con violentos esfuerzos le sacó el sombrero de la cabeza.

—¡Samuelillo! — exclamó Mr. Weller, cuando pudo ver la luz.

Sam hizo un signo con la cabeza.

—¡Eres un hijo afectuoso y sumiso!

—¿Cómo podía yo figurarme que erais vos? ¿Podía yo conoceros en el peso de vuestros pies?

—¡Eh! es verdad, Samuelillo — continuó Mr. Weller inmediatamente. — ¿Pero qué haces aquí? Tu amo no puede sacar nada bueno de aquí.

—Y Mr. Weller sacudió la cabeza con gravedad enteramente judiciaria.

—Ayer he ido á buscaros al *Marqués de Bramby* — dijo Sam.

—¿Has visto á la marquesa de Gramby? — preguntó Mr. Weller suspirando.

—Sí.

—¿Qué cara tiene la pobre mujer?

—Muy mala. Creo que se deteriora gradualmente con el rom y las otras medicinas del mismo género que se administra.

—¿Tú lo crees, Sam? — exclamó Mr. Weller con vivo interés.

—Sí, estoy seguro.

Mr. Weller cogió la mano de su hijo, la estrechó, después la dejó caer, y durante esta acción, su ademán no revelaba ni temor ni dolor, sino más bien la dulce expresión de la esperanza. Un rayo de resignación y aun de contento iluminó su rostro, mientras decía:

—No estoy enteramente seguro de la cosa, Sam; no quiero asegurarlo por temor á equivocarme; pero me parece que el buen pastor tiene una enfermedad del hígado.

—¿Tiene mala cara?

—Horriblemente pálido, excepto la nariz que está más roja que nunca. Su apetito es mediano; pero bebe prodigiosamente.

Mientras Mr. Weller pronunciaba estas palabras, algunas ideas, asociadas con el rom, pasaban probablemente por su espíritu, porque se puso triste y pensativo; pero bien pronto se restableció.

—Ahora, vamos al asunto — continuó Sam. — Abrid las orejas, y no digáis una palabra hasta que haya concluido.

Después de un corto exordio, Sam contó lo más sucintamente que pudo la última y memorable conversación que tuvo con Mr. Pickwick.

—¡Pobre criatura! — exclamó Mr. Weller. — Estar allí solo, y sin nadie que le ayude, eso no puede ser, Samuelillo.

—Pardiez, yo sabía eso antes de venir.

—Se lo comerán crudo.

29082

Sam manifestó por un signo que era de la misma opinión.

—Y si no lo devoran, saldrá tan desplumado que sus propios amigos no lo conocerán.

Sam repitió el mismo signo.

—No puede quedar así — dijo Mr. Weller gravemente.

—No será — dijo Sam.

—Ciertamente no — repitió el padre.

—Pues bien, vos profetizáis como la burra de Ba-

laan.

—¿Qué burra era esa, Sam?

—Eso no hace al caso.

—Yo he conocido un palafrenero de ese nombre.

—No es él; el mío era un profeta.

—¿Y qué es un profeta? — preguntó Mr. Weller mirando á su hijo con severidad.

—Un hombre que dice lo que ha de pasar.

—Quisiera conocerle, á ver si me daba alguna luz sobre esa enfermedad del hígado, de que he hablado.

Continúa, Sam.

—Pues bien, vos habéis profetizado lo que le ha de pasar á mi amo, si sigue solo. ¿Os ocurre algún modo de cuidarle?

—No, Samuelillo, no — respondió Mr. Weller con ademán pensativo.

—¿Ningún modo?

—Ni uno solo. Al menos que...

Un rayo de inteligencia iluminó el rostro de Mr. Weller. Redujo su voz á un débil cuchicheo, y aplicando la boca á la oreja de su hijo, le dijo:

—Al menos que no le hagamos salir en un colchón doblado, sin que lo sepa el carcelero, ó que lo disfracemos de mujer con un velo verde.

Sam escuchó con desdén estos dos consejos y repitió su pregunta.

—No, si no quiere que estés con él, no me ocurre medio alguno.

—Pues entonces voy á deciros lo que hay. A ver si me prestáis veinticinco libras.

—¿Qué vas á hacer con eso?

—No os inquietéis. Tal vez os ocurra pedírmelas cinco minutos después; tal vez á mí me ocurra no devolvéros las, y me haré el inocente; y vos sois capaz de hacer prender á vuestro propio hijo por un poco de dinero. ¡Sois capaz de mandarlo á una prisión, padre desnaturalizado!

Al oír estas palabras, padre é hijo cambiaron un código completo de signos telegráficos, después de lo

qual, Mr. Weller se sentó sobre una piedra, y empezó á reír tan violentamente, que se puso de color de púrpura.

—¿Qué vieja carátula! — exclamó Sam indignado de aquella pérdida de tiempo. — Pero no tenemos nada que hacer. ¿Dónde está el dinero?

—En el cofre, Sam, en el cofre — dijo Mr. Weller, dando á sus facciones su expresión acostumbrada. — Toma mi sombrero, Sam.

Desembarazado de aquel ornamento, Mr. Weller se volvió de lado, y por un movimiento hábil, consiguió insinuar su mano derecha en un bolsillo inmenso, de donde pudo extraer después de muchos esfuerzos y suspiros una cartera grande en octavo, cerrada con una enorme correa de cuero. Sacó de la cartera un par de mechas de látigo, tres ó cuatro bucles, un pequeño saco de muestra de avena, y un rollo de billetes de Banco muy sucios, de entre los cuales cogió la suma necesaria, que entregó á Sam.

—Y ahora, Sammy — dijo después de haber reintegrado en la cartera las mechas, los bucles y el saco de avena, y después de haber depositado nuevamente la cartera en el fondo de su gran bolsillo; ahora, Sam, yo conozco un caballero que hará por nosotros el resto de la tarea; un leguleyo, Sammy, que tiene cerebro hasta en las puntas de los dedos, como las ranas, un amigo del lord canceller, el que no tiene más que hacer un signo con la cabeza para encerrarte toda tu vida si quisiera.

—¡Alto ahí! — interrumpió Sam, — eso no.

—¿Cómo no?

—Nada de medios inconstitucionales. Después del movimiento perpetuo, el *habeas corpus* es una de las cosas más excelentes que se han inventado. He leído esto muchas veces en los periódicos.

—¿Y á qué viene ahora eso?

—Es que yo quiero favorecer la invención y hacerme meter dentro de esta manera. Nada de jugarretas con el canceller. Eso no me gusta.

Conforme con los sentimientos de su hijo en este asunto, Mr. Weller fué en busca de mister Pell, y le comunicó su deseo de obtener inmediatamente un auto de prisión, por la suma de veinte y cinco libras esterlinas, contra un tal Samuel Weller; los gastos habían de ser pagados á Mr. Salomon.

El hombre de negocios estaba de muy buen humor, porque su cliente acababa de recibir su descargo. Aprobó altamente el afecto de Sam por su amo, declaró que esto le recordaba sus propios sentimientos hacia su

amigo el canciller y llevó á Mr. Weller á Tumble, para prestar juramento consecutivo de la deuda cuya declaración acababa de ser espedida por el escribiente del saco azul.

Durante este tiempo, Sam fué presentado al hombre que había sido libertado del peso de sus deudas, como el vástago de Mr. Weller, y le trataron con notoria distinción, invitándole á regalarse con ellos en honor de las circunstancias, invitación que aceptó sin ninguna especie de dificultad.

La alegría de los caballeros de aquella clase es ordinariamente de un carácter grave y tranquilo; pero se trataba de un regocijo particular, y se desahogaron en proporción de su gravedad acostumbrada. Después de algunos brindis bastante tumultuosos en honor del jefe de los comisarios y de Mr. Salomon Pell, que acababa de desplegar una gravedad de tanta trascendencia, un caballero que tenía una corbata azul pidió que se cantara.

—Todo va bien, Sammy — dijo Mr. Weller.

—El oficial estará aquí á las cuatro — añadió mister Pell. — Supongo que no os escaparéis esperando. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!

—Tal vez mi cruel papá se arrepentirá — balbuceó Sam con una sonrisa cómica.

—No, no, á fe mía — dijo Mr. Weller.

—Yo os lo suplico — continuó Sam.

—Por nada del mundo — contestó el inexorable acreedor.

—Os hará un pagaré para daros cinco peniques al mes.

—No quiero.

—¡Bien! ¡bien — exclamó Mr. Salomon Pell, que se empeñaba en hacer la pequeña cuenta de los gastos. Es un incidente muy divertido en verdad. Benjamín, copiad eso.

Mr. Pell empezó á sonreír, mostrando el total á mister Weller.

—Gracias, gracias — dijo el leguleyo, tomando el gracioso billete de Banco que el viejo cochero sacaba de su cartera. — Tres libras, diez chelines y una libra y diez shellines, hacen cinco libras esterlinas. Muchas gracias, Mr. Weller; vuestro hijo es un joven muy interesante; es un rasgo este que honra mucho á ese joven, — continuó guardándose el dinero.

—¡Buena farsa! — dijo Mr. Weller riendo; — es un verdadero hijo pródigo.

—¿Pródigo? ¿hijo pródigo? — preguntó mister Pell.

—No os inquietéis por eso — replicó Mr. Weller con dignidad; — yo sé ahora qué es; cuando no lo sepa os lo preguntaré.

Cuando el oficial llegó, Sam era ya tan popular, que los caballeros reunidos en la taberna se determinaron á conducirlo á la prisión. Se pusieron en camino; el demandante y el demandado iban dándose el brazo; el oficial á la cabeza, y ocho poderosos cocheros formaban la retaguardia. Después de detenerse en el café de *Seijeants Jun* para refrescarse y terminar todos los arreglos legales, la procesión se puso en marcha.

Una ligera conmoción se suscitó en Fleet-Areet por el buen humor de los ocho caballeros de la retaguardia, que persistieron en marchar de cuatro en fondo. Cuando al fin llegaron delante de la prisión, la caminata, dirigida por Mr. Weller, lanzó tres grandes exclamaciones y no le dejó hasta que no hubo sacudido calurosamente la mano de cada uno de sus amigos.

Sam fué formalmente entregado en las manos del gobernador de al cárcel de Flotte, con inmensa sorpresa de Roker y del mismo Neddy; después entró en la prisión, se fué derecho á la habitación de su amo, y tocó á la puerta.

—¡Adelante! — dijo Mr. Pickwick.

Sam apareció y se quitó el sombrero sonriendo.

—¡Ah! Sam — dijo muy contento de ver á su buen amigo; — no tuve la intención de ofenderte ayer con lo que te dije, mi fiel servidor; ponte el sombrero, Sam, y deja que te explique mis ideas.

—¿No puede ser más tarde?

—Sí, pero ¿por qué no ahora?

—Me parece mejor después.

—¿Por qué?

—Porque... — dijo Sam vacilando.

—¿Por qué? — preguntó Mr. Pickwick alarmado por las maneras de Sam. — Habla claramente.

—Porque... tengo que hacer una cosa.

—¿Qué cosa? — preguntó Mr. Pickwick, sorprendido de la confusión de Sam.

—No es cosa muy urgente.

—¡Ah! entonces puedes oírme ahora.

—Creo que terminaré pronto mi asunto — replicó Sam vacilando.

Mr. Pickwick aparentó mucha sorpresa, pero no respondió.

—El hecho es... — dijo Sam deteniéndose.

—¿Qué?

—El hecho es que voy á ver si me enseñan mi lecho.

—¿Tu lecho?

—Sí, mi lecho, señor; soy prisionero, me han cogido esta tarde... pero por deudas.

—¡Preso por deudas! — exclamó Pickwick dejándose caer sobre una silla.

—Sí, señor, y el hombre que me ha puesto aquí no me dejará salir mientras vos estéis.

—¿Qué dices?

—Digo que estoy prisionero, aunque esto dure cuarenta años, y estoy contento; y si hubierais estado en Newgate, lo mismo hubiera pasado. A lo hecho pecho.

Al pronunciar estas palabras, que repitió muchas veces con gran violencia, Sam aplastó su sombrero contra el suelo en un estado de excitación muy extraordinario en él. Después, cruzando los brazos, miró de frente á su amo.

CAPITULO XLIV

Donde se encuentran varias aventuras ocurridas en la prisión, lo mismo que la conducta misteriosa de mister Winkle. — De cómo al fin fué puesto en libertad el pobre prisionero de la cancillería.

Mr. Pickwick estaba muy conmovido de la inquebrantable adhesión de su criado para manifestarse descontento de la precipitación con que se había hecho encarcelar por un período indefinido. La única cosa sobre la cual persistió en pedir explicación fué el nombre del acreedor de Sam, pero éste perseveró en no decirlo.

—De nada serviría eso, señor — repetía constantemente. — Es una criatura maliciosa, avarienta, vengativa, rencorosa, con un corazón que no es posible conmover.

—En verdad, Sam, la suma es tan pequeña, que sería fácil pagarla; y puesto que estoy decidido á guardarte conmigo, debes atender á que me serás muy útil pudiendo estar fuera.

—Os doy las gracias, señor, pero no quiero.

—¿Qué es lo que no quieres?

—No quisiera rebajarme á pedir un favor á aquel enemigo sin piedad.

—Pero no es pedirle un favor devolverle su dinero.

—Os pido perdón, señor; gran favor sería el pagarle, pero él no lo merece.

Mr. Pickwick se frotó la nariz con ademán de contrariedad, y Sam creyó conveniente cambiar de tema.

—Señor — dijo, — yo tomo mi determinación por principio, como vos tomáis la vuestra.

Así eludía Sam las preguntas de su amo durante la primera noche de su residencia en la cárcel. Al fin, viendo que todo era inútil, Mr. Pickwick consintió, aunque con esfuerzo, en que se albergara á un tanto por semana en la habitación de un zapatero que vivía en una de las galerías superiores. Sam llevó á aquella humilde estancia un colchón, unas sábanas y una manta alquiladas á Mr. Roker, y cuando se tendió sobre su lecho improvisado, estaba tan á sus anchas como si se hubiera criado en la prisión, y toda su familia hubiera vejetado allí durante tres generaciones.

—¿Fumáis después de acostado? — preguntó Sam á su huésped cuando uno y otro se colocaron horizontalmente.

—Sí, joven — respondió el zapatero.

—¿Queréis permitirme que os pregunte por qué hacéis vuestro lecho bajo la mesa?

—Porque estoy acostumbrado á dormir en una cama de dosel y me parece que la mesa hace el mismo efecto.

—Tenéis un famoso carácter — dijo Sam.

—No sé nada — respondió el zapatero sacudiendo la cabeza; pero si vos queréis adquirir un buen carácter, aquí es cosa fácil.

Durante este diálogo, Sam estaba extendido sobre su colchón á un extremo del cuarto, y el zapatero en el suyo al otro extremo. La pieza estaba iluminada por la luz de una vela y por la pipa del zapatero, que lucía bajo la mesa como una ascua. Por corta que fuera esta conversación, había predispuesto á Sam en favor de su compañero de cuarto; se incorporó y estuvo examinándole atentamente.

Era un hombre pálido; todos los zapateros lo son; tenía una barba ruda y erizada; todos los zapateros la tienen así; su rostro era una grotesca obra maestra, contraído, anguloso; reinaba en él el buen humor, y sus ojos habían tenido gran expresión, porque todavía resplandecían mucho.

El zapatero tenía sesenta años de edad, y Dios sabe cuántos de prisión, de modo que era singular descubrir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTESDEY, MEXICO

—Sí, mi lecho, señor; soy prisionero, me han cogido esta tarde... pero por deudas.

—¡Preso por deudas! — exclamó Pickwick dejándose caer sobre una silla.

—Sí, señor, y el hombre que me ha puesto aquí no me dejará salir mientras vos estéis.

—¿Qué dices?

—Digo que estoy prisionero, aunque esto dure cuarenta años, y estoy contento; y si hubierais estado en Newgate, lo mismo hubiera pasado. A lo hecho pecho.

Al pronunciar estas palabras, que repitió muchas veces con gran violencia, Sam aplastó su sombrero contra el suelo en un estado de excitación muy extraordinario en él. Después, cruzando los brazos, miró de frente á su amo.

CAPITULO XLIV

Donde se encuentran varias aventuras ocurridas en la prisión, lo mismo que la conducta misteriosa de mister Winkle. — De cómo al fin fué puesto en libertad el pobre prisionero de la cancillería.

Mr. Pickwick estaba muy conmovido de la inquebrantable adhesión de su criado para manifestarse descontento de la precipitación con que se había hecho encarcelar por un período indefinido. La única cosa sobre la cual persistió en pedir explicación fué el nombre del acreedor de Sam, pero éste perseveró en no decirlo.

—De nada serviría eso, señor — repetía constantemente. — Es una criatura maliciosa, avarienta, vengativa, rencorosa, con un corazón que no es posible conmover.

—En verdad, Sam, la suma es tan pequeña, que sería fácil pagarla; y puesto que estoy decidido á guardarte conmigo, debes atender á que me serás muy útil pudiendo estar fuera.

—Os doy las gracias, señor, pero no quiero.

—¿Qué es lo que no quieres?

—No quisiera rebajarme á pedir un favor á aquel enemigo sin piedad.

—Pero no es pedirle un favor devolverle su dinero.

—Os pido perdón, señor; gran favor sería el pagarle, pero él no lo merece.

Mr. Pickwick se frotó la nariz con ademán de contrariedad, y Sam creyó conveniente cambiar de tema.

—Señor — dijo, — yo tomo mi determinación por principio, como vos tomáis la vuestra.

Así eludía Sam las preguntas de su amo durante la primera noche de su residencia en la cárcel. Al fin, viendo que todo era inútil, Mr. Pickwick consintió, aunque con esfuerzo, en que se albergara á un tanto por semana en la habitación de un zapatero que vivía en una de las galerías superiores. Sam llevó á aquella humilde estancia un colchón, unas sábanas y una manta alquiladas á Mr. Roker, y cuando se tendió sobre su lecho improvisado, estaba tan á sus anchas como si se hubiera criado en la prisión, y toda su familia hubiera vejetado allí durante tres generaciones.

—¿Fumáis después de acostado? — preguntó Sam á su huésped cuando uno y otro se colocaron horizontalmente.

—Sí, joven — respondió el zapatero.

—¿Queréis permitirme que os pregunte por qué hacéis vuestro lecho bajo la mesa?

—Porque estoy acostumbrado á dormir en una cama de dosel y me parece que la mesa hace el mismo efecto.

—Tenéis un famoso carácter — dijo Sam.

—No sé nada — respondió el zapatero sacudiendo la cabeza; pero si vos queréis adquirir un buen carácter, aquí es cosa fácil.

Durante este diálogo, Sam estaba extendido sobre su colchón á un extremo del cuarto, y el zapatero en el suyo al otro extremo. La pieza estaba iluminada por la luz de una vela y por la pipa del zapatero, que lucía bajo la mesa como una ascua. Por corta que fuera esta conversación, había predispuesto á Sam en favor de su compañero de cuarto; se incorporó y estuvo examinándole atentamente.

Era un hombre pálido; todos los zapateros lo son; tenía una barba ruda y erizada; todos los zapateros la tienen así; su rostro era una grotesca obra maestra, contraído, anguloso; reinaba en él el buen humor, y sus ojos habían tenido gran expresión, porque todavía resplandecían mucho.

El zapatero tenía sesenta años de edad, y Dios sabe cuántos de prisión, de modo que era singular descubrir

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTESDEY, MEXICO



en él algo parecido á la alegría. Era un hombre pequeño, y como estaba replegado en su lecho, aparecía en toda su longitud; tenía en la boca una enorme pipa roja, y al fumar, contemplaba la pipa con una beatitud verdaderamente digna de envidia.

—¿Hace mucho que estáis aquí? — le preguntó Sam después de algunos minutos de silencio.

—Doce años — respondió el zapatero, mordiendo para hablar la punta de la pipa.

—¿Por despreciar el tribunal de la cancillería? — preguntó Sam.

El zapatero hizo un signo afirmativo.

—Pues bien, entonces — continuó Sam con descontento, — ¿por qué os obstináis en pasar vuestra vida aquí en este gran horno? ¿por qué no decís al canciller que sentís mucho haber faltado al respeto al tribunal, y que prometéis no volverlo á hacer?

El zapatero se puso la pipa en el extremo de la boca para sonreír, y la volvió á poner después en su sitio; no respondió nada.

—¿Por qué? — continuó Sam con más fuerza.

—¡Ah! — dijo el zapatero; — no entendéis de esos asuntos. Veamos; ¿cuál suponéis vos que ha sido la causa de mi ruina?

—¿Eh? — dijo Sam despabilando la vela; — supongo que habéis contraído deudas para empezar.

—Nunca he debido un ochavo; adivinad, pues.

—Pues bien; tal vez habéis comprado casas, lo cual quiere decir volverse loco en términos cultos; ó bien os habéis metido á edificar, lo cual se llama incurable en lenguaje médico.

El zapatero sacudió la cabeza y dijo:

—Probad otra vez.

—Supongo que no os habéis divertido en pleitear — continuó Sam en tono sospechoso.

—Eso no está en mis costumbres; el hecho es que me he arruinado por haber heredado.

—¡Vamos, vamos! eso no es creíble; yo quisiera tener un rico enemigo que me transmitiera una destrucción de esa especie; yo le dejaría obrar.

—¡Ah! bien sabía yo que no me creeríais — dijo el zapatero fumando su pipa con una resignación filosófica; — lo mismo me hubiera parecido á mí; sin embargo, es muy cierto.

—¿Cómo puede ser eso? — preguntó Sam, convencido á medias por el ademán tranquilo del zapatero.

—He aquí cómo: Un caballero viejo por quien yo trabajaba en provincias, tuvo un ataque y se murió; yo estaba casado con una parienta suya; ¡ella ha muerto,

Dios la bendiga!

—¿Dónde? — preguntó Sam, que después de los numerosos acontecimientos del día, estaba un poco adormecido.

—Yo no sé — respondió el zapatero hablando por la nariz, para gozar mejor de su pipa. — El murió.

—¿Y después?

—Después dejó cinco mil libras esterlinas.

—No me parece mal.

—Me dejó á mí mil libras, por estar casado con una de sus parientas.

—Muy bien — murmuró Sam.

—Y como estaba rodeado de una multitud de sobrinas y sobrinos que se disputaban, me hizo executor testamentario, encargándome de dividir el resto entre ellos, como fidei-comisario.

—¿Qué queréis decir con eso? Si eso no es dinero contante, ¿de qué sirve eso?

—Es un término de ley, que quiere decir que tenía confianza en mí.

—No creo eso — contestó Sam inclinando la cabeza.

—Pero es igual; seguid.

—Cuando fui á hacer registrar el testamento, las sobrinas y sobrinos, que estaban furiosos por no tener todo el dinero, se opusieron por un *caveat*.

—¿Y qué es eso?

—Un instrumento legal. Como quien dice: alto ahí.

—Ya entiendo; un pariente del *habeas corpus*.

—Después, viendo que no podían entenderse en la ejecución del testamento, retiraron el *caveat* y yo pagué todos los legados. Apenas había hecho esto, cuando un sobrino pide la anulación del testamento. El negocio se pleitea algunos meses; después, ante un viejo sordo, en una pequeña habitación junto al cementerio de San Pablo, y después de que cuatro abogados pasaron un día en embrollar el asunto, el juez pasó una semana ó dos en reflexionar sobre las piezas, que hacían seis gruesos volúmenes, y sentenció que, como quiera que el testador no tenía sólido el cerebro, yo debía pagar todo el dinero y todos los gastos.

Yo apelé. El negocio pasó ante tres ó cuatro caballeros muy dormidos, que ya habían entendido de él en el otro tribunal, donde eran abogados sin causa. La diferencia es que allí se les llamaba delegados, y aquí doctores. Bien; confirmaron la sentencia del juez sordo. Mi abogado me había cogido desde mucho antes todo mi dinero, así es que, entre lo principal, como ellos llaman esto, y los gastos, estoy aquí por diez mil libras esterlinas, y aquí estaré remendando zapatos hasta que

muera. Algunos señores han hablado de llevar el pleito ante el parlamento, y creo que lo hubieran hecho; solamente no tenían tiempo para venir á verme, y yo no podía ir á hablarles; se han fastidiado de mis largas cartas, han abandonado el asunto, y esto es la verdad ante Dios, sin una palabra de más ni de menos, como lo saben muy bien cincuenta personas aquí.

El zapatero se detuvo para ver qué efecto producía en Sam su historia. Pero Sam estaba dormido. El zapatero sacudió la ceniza de su pipa, la puso en el suelo al lado suyo, suspiró, tiró de su manta y se durmió también.

Al día siguiente por la mañana, Sam estaba activamente ocupado en limpiar los zapatos de su amo y en cepillar las polainas negras en la habitación del zapatero. Mr. Pickwick estaba solo almorzando, cuando tocaron ligeramente á la puerta.

Antes de que tuviera tiempo para gritar *adelante*, vio aparecer una cabeza melenuda y un pantalón de terciopelo, artículos de vestir que reconoció ser propiedad de Mr. Smangle.

—¿Cómo va? — preguntó este virtuoso personaje, acompañando su pregunta de dos ó tres signos de cabeza. —¿Esperáis á alguien hoy por la mañana? Hay ahí tres caballeros muy elegantes, que preguntan por vos y tocan en todas las puertas.

—¿Pero en qué piensan? — dijo Mr. Pickwick levantándose. —Sí, son sin duda algunos amigos que yo esperaba ayer.

—¡Amigos vuestros! — exclamó Mr. Smangle, estrechando la mano de Mr. Pickwick. — Desde este momento son mis amigos, y amigos de Mivins también. Es muy agradable y distinguido ese Mivins, ¿no es cierto? —añadió Smangle con sensibilidad.

—En verdad, — respondió Mr. Pickwick vacilando; —conozco tan poco á ese caballero, que...

—Lo sé, — interrumpió Smangle, dándole un golpecito en la espalda. — Mejor le conoceréis algún día; os encontrará. Este hombre, — continuó Mr. Smangle con solemne apostura, — tiene talentos cómicos, que harían honor al teatro de Drury-Lane.

—¿De veras?

—¡Sí, por Júpiter! ¡Si lo oyérais cuando imita el gato en un tonel! Son cuatro gatos distintos, claros; os doy mi palabra de honor. ¡No veis que es tan espiritual! No puede uno menos de amar á un hombre que tiene un talento semejante! No tiene más que un defecto; aquella pequeña debilidad de que os he hablado.

Como al decir esto, Mr. Smangle movió la cabeza de

un modo confidencial y simpático, Mr. Pickwick comprendió que debía decir alguna cosa.

—¡Ah! — exclamó mirando con impaciencia á la puerta.

—¡Ah! — repitió Mr. Smangle con un profundo suspiro; — este hombre es un delicioso compañero; no conozco otro mejor; no tiene más que un pequeño defecto; si la sombra de su abuelo se le apareciera, hacía una letra de cambio sobre papel timbrado y le suplicaría que lo endosara.

—¡No es posible! — exclamó Mr. Pickwick.

—Sí, — añadió Mr. Smangle; — si tuviera poder para evocarlo otra vez, lo evocaría al cabo de dos meses y tres días, para renovar su billete.

—¡Esos son negocios muy notables! — dijo Mr. Pickwick; — pero mientras hablamos aquí, temo que mis amigos estén buscándome.

—Voy á traerlos, — respondió Smangle dirigiéndose hacia la puerta. — Adiós, no os incomodaré mientras estén aquí; apropósito...

Al pronunciar estas dos palabras, Mr. Smangle se detuvo de repente, cerró la puerta que había abierto á medias, y andando sobre la punta de los pies, se acercó á Mr. Pickwick, diciéndole en voz baja al oído:

—¿No podríais sin molestia prestarme media corona hasta el fin de la semana próxima?

Mr. Pickwick no pudo menos de reirse: sin embargo, pudo conservar su gravedad, sacó media corona y la puso en manos de Mr. Smangle. Este, después de guiñar el ojo con misterio, desapareció para buscar á los tres forasteros, con los cuales volvió poco después; entonces, habiendo tosido tres veces y hecho á Mr. Pickwick otros tantos signos con la cabeza como asegurándole que no olvidaría su deuda, dió algunos apretones de manos á todos y se retiró.

—Mis queridos amigos, — dijo Mr. Pickwick estrechando alternativamente las manos de Mr. Tupman, de Mr. Winkle y de Mr. Snodgrass, que eran los tres visitantes en cuestión. — ¡Cuánto me alegro de veros!

El triunvirato estaba muy afectado; Mr. Tupman movió la cabeza con ademán de consuelo; Mr. Snodgrass sacó el pañuelo con emoción visible; Mr. Winkle se retiró al hueco de la ventana y lloró en voz alta.

—Buenos días, — dijo Sam que entraba en aquel momento con los zapatos y las polainas. — Basta de melancolía; bien venidos seáis á la prisión.

—Este loco de Sam, — dijo Mr. Pickwick dándole un golpecito en la cabeza, mientras el criado se arrodillaba para abotonar las polainas á su amo; — ese loco

de Sam, que se ha hecho poner preso para estar conmigo.

— ¡Cómo! — exclamaron los tres amigos.

— Sí señores, — dijo Sam, — yo estoy... estáis quieto, señor. Yo estoy prisionero.

— ¡Prisionero! — exclamó Mr. Winkle con una vehemencia inconcebible.

— ¡Eh, señor? — respondió Sam levantando la cabeza... — ¿qué es eso?

— Yo esperaba. Sam... es decir... nada, nada, — respondió Mr. Winkle precipitadamente.

Había algo de brusco y extraviado en las maneras de Mr. Winkle. Mr. Pickwick miró involuntariamente á sus dos amigos como para pedirles una explicación.

— Nada sabemos, — dijo Mr. Tupman respondiendo á aquella intimación; — hace dos días que está muy agitado y muy distinto de lo que es ordinariamente; sospechamos que tenía alguna cosa; pero se obstina en callarla.

— No, no, — dijo Mr. Winkle sonrojándose ante la mirada de Mr. Pickwick; — no tengo nada; os aseguro que no tengo nada; solamente me veré obligado á dejar la ciudad por algún tiempo para un asunto privado, y yo esperaba que me permitiríais llevar conmigo á Sam.

La fisonomía de Mr. Pickwick expresó aún más admiración.

— Creo, — balbuceó Mr. Winkle, — que Sam no rehusaría; pero evidentemente es cosa imposible, puesto que está prisionero aquí; me veré obligado á ir solo.

Mientras Mr. Winkle decía esto, Mr. Pickwick advirtió con alguna sorpresa que los dedos de Sam temblaban al abrochar las polainas, como si estuviera sorprendido ó conmovido. Cuando Mr. Winkle cesó de hablar, Sam levantó la cabeza para mirarle, y aunque la mirada que cambiaron no duró sino un instante, pareció que se entendieron.

— Sam, — dijo Mr. Pickwick; — ¿sabes tú algo de esto?

— No señor, — replicó Sam, empezando á abotonar de nuevo con una asiduidad extraordinaria.

— ¿Estáis seguro de ello, Sam?

— ¡Eh! estoy seguro de haber jamás oído cosa alguna de esto hasta ahora. Si hago algunas conjeturas, — añadió Sam mirando á Mr. Winkle, — no tengo derecho á decir lo que es, por miedo á equivocarme.

— Y yo no tengo derecho á ingerirme en los asuntos de un amigo por íntimo que sea, — continuó Mr. Pickwick después de un corto silencio. — Ahora diré tan sólo que

no comprendo nada; pero ya basta.

Mr. Pickwick varió de conversación, y Mr. Winkle se mostró más tranquilo, aunque estaba muy distante de estarlo. Sin embargo, nuestros amigos tenían tantas cosas que decir, que la mañana pasó rápidamente; á eso de las tres, Sam puso sobre la mesa un pedazo de carnero y un pastel enorme, con sus correspondientes platos de legumbres y algunos jarros de cerveza. Aunque esta comida había sido preparada en una cocina próxima á la carcel, todos estuvieron dispuestos á honrarla.

A la cerveza sucedieron una botella ó dos de excelente vino, por el cual había mandado Mr. Pickwick un expreso al café de *Corne*.

Si la conducta de Mr. Winkle había sido inexplicable por la mañana, fué enteramente sorprendente cuando, bajo la influencia de las botellas vacías, se despidió de su amigo. Permaneció apartado hasta que Mr. Tupman y Mr. Snodgrass desaparecieron; y entonces, estrechando la mano de Mr. Pickwick con una fisonomía en que la calma de una resolución desesperada se mezclaba horriblemente con la tristeza, le dijo:

— Buenas noches, mi querido amigo.

— ¡Dios os bendiga, joven! — exclamó Mr. Pickwick estrechando con calor la mano de su joven amigo.

— ¡Vamos, pues! — gritó Mr. Tupman desde la galería.

— Sí, sí, inmediatamente, — respondió Mr. Winkle; — buenas noches.

— Buenas noches, — dijo Mr. Pickwick.

Diéronse otra vez las buenas noches, después una media docena de veces; y sin embargo, Mr. Winkle tenía aún sólidamente entre sus manos la del filósofo, y contemplaba su rostro con la misma expresión extraordinaria.

— ¿Os pasa alguna cosa? — dijo Mr. Pickwick cuando tuvo el brazo fatigado de tanta sacudida.

— No, no.

— Pues bien, entonces, buenas noches, — dijo tratando de desprender su mano.

— Mi amigo, mi bienhechor, mi respetable mentor, — murmuró Mr. Winkle asiéndole por el puño; — no me juzguéis severamente, y cuando sepáis los obstáculos insuperables...

— ¡Vamos, pues! — dijo Mr. Tupman reapareciendo en la puerta. — Si no venís, vamos á ser encerrados aquí.

— Sí, sí; estoy pronto. — replicó Mr. Winkle; y por un violento esfuerzo, salió de la habitación de *msiter* Pickwick.

Nuestro filósofo le siguió con la vista á lo largo del corredor con muda sorpresa, cuando Sam apareció en lo alto de la escalera, y habló un instante al oído de mister Winkle.

— ¡Oh! ciertamente, contad conmigo, — respondió este en voz alta.

— Gracias; ¿no lo olvidaréis?

— No.

— Buena suerte, señor, — dijo Sam quitándose el sombrero; — me hubiera alegrado ir con vos; pero el amo es antes que nadie.

— Tenéis razón, esto es honra mucho, — dijo mister Winkle.

Al decir esto, los interlocutores bajaban la escalera y desaparecían.

— ¡Es muy extraordinario! — pensó Mr. Pickwick entrando en su habitación y sentándose junto á la mesa en actitud de reflexionar. ¿Qué le pasará á ese joven?

Hacia algún tiempo que meditaba así, cuando la voz de Mr. Roker preguntó si podía entrar.

— Sí, — dijo Mr. Pickwick.

— Os he traído una almohada más blanda, en vez de la provisional que teníais la noche última.

— Gracias; ¿queréis tomar un vaso de vino?

— Sois muy amable, — replicó Mr. Roker aceptando el vaso. — A vuestra salud, caballero.

— Muchas gracias.

— Tengo el sentimiento de anunciaros que vuestro propietario no está hoy muy bueno, — dijo el carcelero mirando el ala de su sombrero antes de ponerlo en la cabeza.

— ¿Cómo? ¿el prisionero de la cancillería? — exclamó Mr. Pickwick.

— No será mucho tiempo más prisionero de la cancillería, — replicó Mr. Roker.

— Me hacéis estremecer, — continuó Mr. Pickwick; — ¿qué queréis decir?

— Hace mucho tiempo que está enfermo del pecho, y anoche respiraba con mucho trabajo, hace seis meses que el médico nos ha dicho que sólo un cambio de aires podía salvarlo.

— ¡Gran Dios! Ese hombre ha sido lentamente asesinado por la ley, durante seis meses.

— No sé, — contestó Mr. Roker. — Yo creo que lo mismo se hubiera muerto en otra parte. Ha ido á la enfermería esta mañana. El doctor ha dicho que es preciso sostener sus fuerzas todo lo que sea posible, y el gobernador le manda vino y caldo de su casa. No es culpa del gobernador.

— No, sin duda, — replicó Mr. Pickwick.

— Apesar de todo esto, — continuó Mr. Roker, — temo que haya muerto ya. He ofrecido á Neddy apostar con él dos cuartos contra diez á que no vuelve en sí; pero no ha querido apostar, y ha hecho bien. Buenas noches, señor.

— Esperad, — dijo Mr. Pickwick, — dónde está la enfermería?

— Debajo de vuestra habitación; voy á enseñárosla, si queréis.

Mr. Pickwick tomó su sombrero y siguió al carcelero.

Este le condujo en silencio, y abriendo la puerta de la enfermería, le hizo entrar.

Era una pieza grande, desnuda, desolada, donde había muchas camas de hierro; una de ellas contenía la sombra de un hombre flaco, pálido, cadavérico. Su respiración era lenta y penosa; á cada minuto gemía lastimosamente. En la cabecera del lecho estaba sentado un viejo pequeño, que tenía puesto un delantal de zapatero, y que, mediante unos grandes espejuelos con montura de cuerno, leía en voz alta un pasaje de la Biblia. Era el feliz legatario.

El enfermo puso su mano sobre el brazo del viejo, y le hizo señas de que se detuviera. Este cerró el libro y le colocó junto al lecho.

— Abrid la ventana, — dijo el enfermo.

La ventana fué abierta, y el ruido de las carretas y coches, los gritos de los hombres y los niños, todos los ruidos de la multitud ocupada, penetraron en la habitación, confundidos en un violento murmullo. Se elevaban de tiempo en tiempo algunas alegres risas ó canciones cómicas que se perdían entre el tumulto de las voces y de los pasos, sordos gemidos de las agitadas olas de la vida, que rodaban pesadamente en el exterior.

En todas las situaciones estos sonidos confusos y lejanos parecen melancólicos al que los escucha á sangre fría; pero mucho más al que vela junto á un lecho de muerte.

— ¡No hay aire aquí! — dijo el enfermo con voz débil. — Estos muros lo corrompen. Era fresco alrededor, cuando yo paseaba hace muchos años; pero al entrar en la prisión se ha hecho caliente. No puedo respirar.

— Le hemos respirado durante mucho tiempo, — dijo el zapatero. — Vamos, vamos, paciencia.

Sucedió un corto silencio, durante el cual los dos espectadores se acercaron al lecho. El enfermo tomó la mano de su viejo camarada de prisión, y la tuvo estrechada con afecto entre las gúyas.

— Espero, — dijo con voz entrecortada y tan débil

que los circunstantes se inclinaron sobre el lecho para recoger los sonidos medio formados que se escapaban de sus labios lívidos; — espero que mi juez, lleno de clemencia, no olvidará el castigo que yo he sufrido sobre la tierra. ¡Veinte años, amigo, veinte años en esta horrible tumba! Mi corazón se ha desgarrado cuando murió mi niña, y no he podido ni abrazarla en su pequeño ataúd. Desde entonces, en medio de este ruido, mi soledad ha sido terrible. ¡Que Dios me perdone! ¡Ha visto mi agonía solitaria y prolongada!

Después de estas palabras el viejo unió las manos y murmuró algo más; pero tan bajo, que no podía oírsele. Después se durmió: los circunstantes le vieron sonreír.

Durante algunos minutos hablaron entre sí en voz baja; pero el carcelero que se había inclinado sobre la almohada, se enderezó precipitadamente.

— Ya está libre, — dijo.

Era verdad. Pero durante su vida había sido tan parecido á un muerto, que no se supo nunca en qué instante había espirado.

CAPITULO XLV

Donde se describe una tierna entrevista entre Mr. Samuel Weller y su familia. Mr. Pickwick da una vuelta al pequeño mundo que habita, y toma la resolución de mezclarse en él lo menos posible.

Algunas mañanas después de su encarcelación, Sam, habiendo arreglado la habitación de su amo con todo el cuidado posible, y habiendo dejado al filósofo confortablemente sentado junto á sus libros y papeles, se retiró para emplear una hora ó dos lo mejor que pudiera. Como el día estaba bello, pensó que una pinta de cerveza al aire libre podría embellecer su existencia mejor que nada.

Dirigióse á la taberna, compró su líquido, adquirió además un periódico de la antevíspera, dirigió una mi-

rada platónica á una joven lady que estaba ocupada en pelar las patatas; después abrió el periódico y lo dobló de manera que quedara á la vista la revista de tribunales. Leyó dos líneas y se detuvo para contemplar á dos individuos que concluían una partida. Cuando ésta terminó, Sam les gritó, *muy bien*; después miró en torno suyo para saber si la opinión de los espectadores coincidía con la suya.

Apenas se había recogido en el estado de abstracción necesaria, creyó oír que le llamaban de lejos. No se había engañado, porque su nombre pasaba rápidamente de boca en boca, y pocos segundos después el aire resonaba con los gritos de Weller, Weller.

— Aquí — exclamó Sam con voz estentórea. — ¿Qué hay? ¿quién me necesita? ¿ha venido un expreso á decirme que mi casa de campo se ha incendiado?

— Os llaman en la sala — dijo uno acercándose.

— Gracias — respondió Sam. Tened cuidado con mi periódico y mi cerveza; vuelvo en seguida. Si me llaman á la barra del tribunal, no harían más ruido que para esto.

Sam acompañó estas palabras con un golpecito dado en la cabeza del caballero arriba citado, el cual, no creyendo estar tan cerca de la persona por quien preguntaban, gritaba con todas sus fuerzas Weller. Después se dirigió á la sala. Cuando llegó, lo primero en que se fijaron sus ojos fué su padre, que estaba sentado en lo alto de la escalera, y con el sombrero en la mano vociferaba ¡Weller! cada medio minuto.

— ¿Por qué rugís? — preguntó Sam impetuosamente. — Tenéis la apariencia de un soplador de botellas encolerizado. ¿Qué hay?

— ¡Ah! — replicó Mr. Weller. — Yo empezaba á temer que hubierais ido á dar una vuelta por el parque.

— Vamos, no insultéis á la víctima de vuestra avaricia. Quitaos de ese escalón. ¿Por qué estáis sentado ahí? Esta no es mi habitación.

— Vas á oír una cosa buena, Samuelillo — dijo mister Weller levantándose.

— Esperad un minuto — dijo Sam; estaré todo blanco por detrás.

— Tienes razón, Samuelillo. Quitate eso — dijo mister Weller, mientras su hijo se sacudía la cal.

— Veamos ahora: ¿qué es lo que me tenéis que decir?

— Adivina á qué he venido aquí, Samuelillo — dijo Mr. Weller, retrocediendo un paso ó dos, mordiéndose los labios y frunciendo las cejas.

— ¿Mr. Pell?...

Mr. Weller movió la cabeza, y sus mejillas se hin-

que los circunstantes se inclinaron sobre el lecho para recoger los sonidos medio formados que se escapaban de sus labios lívidos; — espero que mi juez, lleno de clemencia, no olvidará el castigo que yo he sufrido sobre la tierra. ¡Veinte años, amigo, veinte años en esta horrible tumba! Mi corazón se ha desgarrado cuando murió mi niña, y no he podido ni abrazarla en su pequeño ataúd. Desde entonces, en medio de este ruido, mi soledad ha sido terrible. ¡Que Dios me perdone! ¡Ha visto mi agonía solitaria y prolongada!

Después de estas palabras el viejo unió las manos y murmuró algo más; pero tan bajo, que no podía oírsele. Después se durmió: los circunstantes le vieron sonreír.

Durante algunos minutos hablaron entre sí en voz baja; pero el carcelero que se había inclinado sobre la almohada, se enderezó precipitadamente.

— Ya está libre, — dijo.

Era verdad. Pero durante su vida había sido tan parecido á un muerto, que no se supo nunca en qué instante había espirado.

CAPITULO XLV

Donde se describe una tierna entrevista entre Mr. Samuel Weller y su familia. Mr. Pickwick da una vuelta al pequeño mundo que habita, y toma la resolución de mezclarse en él lo menos posible.

Algunas mañanas después de su encarcelación, Sam, habiendo arreglado la habitación de su amo con todo el cuidado posible, y habiendo dejado al filósofo confortablemente sentado junto á sus libros y papeles, se retiró para emplear una hora ó dos lo mejor que pudiera. Como el día estaba bello, pensó que una pinta de cerveza al aire libre podría embellecer su existencia mejor que nada.

Dirigióse á la taberna, compró su líquido, adquirió además un periódico de la antevíspera, dirigió una mi-

rada platónica á una joven lady que estaba ocupada en pelar las patatas; después abrió el periódico y lo dobló de manera que quedara á la vista la revista de tribunales. Leyó dos líneas y se detuvo para contemplar á dos individuos que concluían una partida. Cuando ésta terminó, Sam les gritó, *muuy bien*; después miró en torno suyo para saber si la opinión de los espectadores coincidía con la suya.

Apenas se había recogido en el estado de abstracción necesaria, creyó oír que le llamaban de lejos. No se había engañado, porque su nombre pasaba rápidamente de boca en boca, y pocos segundos después el aire resonaba con los gritos de Weller, Weller.

— Aquí — exclamó Sam con voz estentórea. — ¿Qué hay? ¿quién me necesita? ¿ha venido un expreso á decirme que mi casa de campo se ha incendiado?

— Os llaman en la sala — dijo uno acercándose.

— Gracias — respondió Sam. Tened cuidado con mi periódico y mi cerveza; vuelvo en seguida. Si me llaman á la barra del tribunal, no harían más ruido que para esto.

Sam acompañó estas palabras con un golpecito dado en la cabeza del caballero arriba citado, el cual, no creyendo estar tan cerca de la persona por quien preguntaban, gritaba con todas sus fuerzas Weller. Después se dirigió á la sala. Cuando llegó, lo primero en que se fijaron sus ojos fué su padre, que estaba sentado en lo alto de la escalera, y con el sombrero en la mano vociferaba ¡Weller! cada medio minuto.

— ¿Por qué rugís? — preguntó Sam impetuosamente. — Tenéis la apariencia de un soplador de botellas encolerizado. ¿Qué hay?

— ¡Ah! — replicó Mr. Weller. — Yo empezaba á temer que hubierais ido á dar una vuelta por el parque.

— Vamos, no insultéis á la víctima de vuestra avaricia. Quitaos de ese escalón. ¿Por qué estáis sentado ahí? Esta no es mi habitación.

— Vas á oír una cosa buena, Samuelillo — dijo mister Weller levantándose.

— Esperad un minuto — dijo Sam; estaré todo blanco por detrás.

— Tienes razón, Samuelillo. Quitate eso — dijo mister Weller, mientras su hijo se sacudía la cal.

— Veamos ahora: ¿qué es lo que me tenéis que decir?

— Adivina á qué he venido aquí, Samuelillo — dijo Mr. Weller, retrocediendo un paso ó dos, mordiéndose los labios y frunciendo las cejas.

— ¿Mr. Pell?...

Mr. Weller movió la cabeza, y sus mejillas se hin-

charon con la risa que trataba de reprimir.

—¿El cochero de los espejuelos?

Mr. Weller sacudió otra vez la cabeza.

—¿Quién es, pues?

—Tu madrastra, Samuelillo — exclamó el cochero á punto que sus carrillos parecía que iban á estallar; — tu madrastra y el hombre de la nariz roja. ¡oh! ¡oh! ¡oh!

Al decir esto, Mr. Weller tuvo un acceso de convulsiones mientras Sam le miraba sonriendo.

—Han venido para tener una pequeña conversación seria contigo, Samuelillo, — exclamó Mr. Weller enjugándose los ojos. — No les dejes sospechar nada de este acreedor desnaturalizado.

—¿Cómo, no saben quién es?

—No.

—¿Dónde están? — preguntó Sam, cuyo rostro repetía todas las muecas del viejo.

—En el desván, junto al café. Hemos dado un agradable paseo esta mañana al venir del mercado aquí; yo conduje la vieja al charaban; se puso un sillón para el de la nariz roja, y creo que le pusieron una escalera para que subiera.

—¡Bah! no es posible.

—Es verdad, Sammy, y yo hubiera querido que lo hubieras visto subir con las manos en la cintura, temiendo caerse á cada paso. A pesar de todo, subió al fin, y partimos.

Esta conversación llevó á nuestros dos personajes á la puerta de la sala; Sam se detuvo un instante, miró malignamente al respetable autor de sus días, después abrió la puerta y entró.

—¡Madrastra! — dijo abrazando cortésmente á la dama; — ¡cuánto os agradezco vuestra visita! Pastor, ¿cómo estáis?

—¡Ah! Samuel — dijo mistress Weller; — esto es espantoso.

—Un poco, señora. ¿No es verdad, pastor?

Mr. Stiggins levantó las manos al cielo y abrió los ojos de manera que no se le viera más que lo blanco, ó más bien, lo amarillo; pero no dió respuesta ninguna oral.

—¿Pero está malo este caballero? — preguntó Sam á su madrastra.

—Este excelente hombre está apesadumbrado de veros aquí.

—¡Oh! ¿no es más que eso? Al verle, creí que se había olvidado de poner pimienta en los últimos pepinos que comió. Sentaos; las sillas no se pagan.

—Joven — dijo Mr. Stiggins con ostentación, — temo

que no os enmendéis con la prisión.

—Perdón, señor; ¿qué es lo que tenéis la bondad de decir?

—Temo, joven, que este castigo no os sirva de escarmiento — repitió Mr. Stiggins con voz sonora.

—¡Ah! señor, sois muy bueno. Os doy las gracias por vuestra buena opinión.

Al llegar aquí, un sonido muy parecido á una carcajada se oyó del lado donde estaba sentado Mr. Weller, y su mitad, al ver tal desacato, creyó conveniente sentirse atacada de los nervios.

—¡Weller! — exclamó, — venid acá.

(El viejo cochero estaba sentado en un rincón).

—Gracias, querida; estoy muy bien aquí.

Al oír esto, mistress Weller rompió á llorar.

—¿Pero, qué tenéis, mamá? — le preguntó Sam.

—¡Oh! ¡Samuel! vuestro padre me hace muy desgraciada. Nada le conmueve.

—¿Oís esto? mamá dice que nada os conmueve.

—Gracias por el cumplimento, Samuelillo; creo que no me conmoviera si me regalara una pipa.

Mistress redobló las lágrimas y Mr. Stiggins lanzó un gemido.

—¡Oh! también á este caballero le da algo — dijo Sam volviéndose; — ¿dónde tenéis el mal?

—En el mismo sitio, en el mismo sitio.

—¿Pero dónde es? — preguntó Sam con gran naturalidad.

—En mi seno, joven — respondió Mr. Stiggins apoyando su paraguas en su chaleco.

—Al oír esta tierna respuesta, mistress Weller, incapaz de contener su emoción, sollozó aun más ruidosamente, afirmando que el hombre de la nariz roja era un santo.

—Mamá — dijo Sam; — temo que este caballero esté un poco sediento, á causa del melancólico espectáculo que tiene ante sus ojos. ¿Es eso, mamá?

La digna lady miró á Mr. Stiggins esperando una respuesta; éste, haciendo grandes movimientos con los ojos, apretó su garganta con la mano derecha. é imitó el acto de tragar, para expresar que tenía sed.

—Samuel — dijo mistress Weller con voz doliente, — temo que estas emociones le hayan alterado.

—¿Qué es lo que tomáis ordinariamente, señor? — preguntó Sam.

—¡Ay, mi joven amigo! todas las bebidas no son más que vanidades.

—Es muy cierto, muy cierto — murmuró mistress Weller con un gemido y haciendo una señal de aproba-

ción con la cabeza.

—Yo también lo creo — dijo Sam; — ¿pero cuál es vuestra vanidad particular, señor? ¿qué vanidad es la que más os gusta?

—¡Oh, amigo mío! las desprecio todas; hay sin embargo, una que desprecio menos que las otras, y es el licor llamado rom; caliente, mi querido amigo, con tres terrones de azúcar por vaso.

—Eso me contraría mucho, señor, porque no me es posible vender esa clase de vanidades en mi establecimiento.

—¡Oh, corazones endurecidos! ¡corazones endurecidos! — exclamó Mr. Stiggins; — ¡crueldad maldita de esos tiranos perseguidores!

Después de haber dicho estas palabras, el hombre de Dios empezó á girar los ojos golpeando el pecho con el paraguas. Para hacerle justicia, habremos de decir que su indignación no fué floja ni ligera.

Cuando mistress Weller y el reverendo señor se hubieron desahogado contra las bárbaras reglas que impedían la satisfacción de aquella vanidad, y lanzado contra los autores gran número de execraciones piadosas, pidió Mr. Stiggins una botella de vino de Oporto, mezclada con un poco de agua caliente, especias y azúcar, como una mezcla agradable para el estómago y menos abundante de vanidad que otras muchas composiciones.

Mientras se preparaba esta famosa mistura, el hombre de la nariz roja y mistress Weller se ocupaban en contemplar á Mr. Weller, lanzando gemidos.

—Espero, Sammy — dijo éste, — que te hallarás reanimado con tan agradable visita; una conversación alegre é instructiva, ¿no es cierto?

—Sois un réprobo — dijo Sam, — y os suplico que no volváis á dirigirme observaciones impías.

Lejos de quedar edificado por esta réplica llena de conveniencias, Mr. Weller reincidió en sus murmuraciones, y habiendo ocasionado esta conducta impertinente que la virtuosa dama y Mr. Stiggins cerrasen los ojos y se balancearan en las sillas como si hubieran tenido cólico, se permitió además el jovial cochero actos pantomímicos indicando el deseo de reblandecer la cabeza y de estirar la nariz del reverendo personaje. Estuvo en muy poco que no fuese descubierto, porque habiéndose estremecido Mr. Stiggins á la llegada del vino caliente, puso su cabeza en contacto violento con el puño cerrado de Mr. Weller, que describía hacia tiempo en torno de las orejas del reverendo fuegos artificiales imaginarios.

—¿Tenéis necesidad de adelantar la mano como un salvaje para tomar el vaso? — exclamó Sam con gran

presencia de ánimo; — ¿no veis que habéis alcanzado al caballero?

—No lo he hecho de intento, Sammy — contestó Weller un poco desconcertado por tan inesperado incidente.

—Señor — dijo Samuel al reverendo Stiggins, que frotaba su cabeza con aire dolorido; — ensayad una reparación interior. ¿Cómo encontraréis esto para vanidad, señor?

Mr. Stiggins no dió respuesta verbal, pero los gestos fueron expresivos; gustó el contenido del vaso que había colocado Sam ante él, puso su paraguas en tierra, sorbió de nuevo un poco de licor, pasó dulcemente la mano por el estómago y tragó en fin el resto de una sola vez, haciendo chascar los labios y tendiendo el vaso para obtener una nueva dosis.

Mistress Weller no tardó tampoco en hacer justicia al vino caliente; la buena señora había comenzado por protestar que no podía tomar ni una sola gota; aceptó en seguida una gota pequeña, después una gota grande, luego un gran número de gotas; y como su sensibilidad era aparentemente de la naturaleza de esas substancias que se disuelven en el espíritu de vino, á cada gota de licor vertía una lágrima, llegando á verse el cabo en un grado de sensibilidad enormemente patético.

Mr. Weller manifestaba un profundo disgusto observando estos síntomas, y cuando después de su segundo bol, Mr. Stiggins comenzó á suspirar de una manera terrible, el ilustre cochero no pudo contenerse en expresar su desaprobación, murmurando frases incoherentes, entre las cuales una colérica repetición de la palabra *borracho* era la sola perceptible al oído.

—Samuelito, hijo mío — balbuceó al fin, dirigiéndose á su hijo, después de una larga contemplación de su mujer y del hombre de la nariz roja; — voy á decirte lo que hay aquí; es necesario que haya algo desconocido en el interior de tu madrastra y de mister Stiggins.

—¿Qué es lo que queréis decir?

—Quiero decir que todo lo que beben no tiene sin embargo apariencias de alimentarlos. Todo se cambia en seguida en agua caliente, y viene á salir en seguida por los ojos. Créeme, Samuelillo, esa es una enfermedad orgánica.

Mr. Weller confirmó esta opinión científica con un gran número de guiños y movimientos de cabeza, que desgraciadamente fueron notados por mistress Weller; entendiendo esta amable señora que aquello debía encerrar alguna significación ultrajante para Mr. Stiggins

ó para ella misma, ó para los dos, iba á encontrarse ya mucho peor, cuando el reverendo poniéndose en pie como pudo, comenzó á balbucear un conmovedor discurso acerca de los beneficios de la buena compañía, y principalmente de la de Samuel Weller. Le amonestó especialmente para que estuviese prevenido en el pozo de iniquidades en que había caído; pero que se abstuviera de toda hipocresía y de todo orgullo, tomando modelo de él mismo (Mr. Stiggins). Llegó con esto á la agradable conclusión de que pronto sería como él, esencialmente sobrio y virtuoso, mientras que todos sus conocidos y amigos no serían más que miserables viciosos dejados de la mano de Dios, y sin ninguna esperanza de salvación. Esto, añadió Mr. Stiggins, es un gran consuelo. Le suplicó que evitase sobre todas las cosas el vicio de la embriaguez, que comparaba á los desagradables hábitos de los cerdos, ó á esas dragas malhechoras que destruyen la memoria del que las gusta. Desgraciadamente, en esta parte de su discurso el reverendo se hizo muy incoherente, y como estuvo á punto de perder el equilibrio, á causa de los grandes movimientos de su elocuencia, se vió obligado á cogerse al respaldar de una silla para asegurar la posición perpendicular.

Mr. Stiggins excitó á su auditorio á desconfiar de esos falsos profetas, de esos hipócritas, mercaderes de religión, que careciendo de la inteligencia necesaria para expresar las más sencillas doctrinas, y de un corazón á propósito para sentir los principios más rudimentarios, son más peligrosos para la sociedad que los criminales ordinarios, porque arrastran al error á los individuos más ignorantes ó más débiles, atrayendo el desprecio sobre lo que debía ser más sagrado, y que hacen nacer la desconfianza y el desdén hacia más de una secta virtuosa y honorable. Sin embargo, como Mr. Stiggins permaneció largo tiempo apoyado sobre el respaldar de la silla, teniendo uno de sus ojos cerrado y guiñando perpendicularmente el otro, es de presumir que pensase todo esto, pero que lo guardase para sí.

Mistress Weller lloraba á lágrima viva durante el curso de esta oración, y sollozaba al final de cada párrafo; Sam se había puesto á caballo sobre una silla, con los brazos apoyados en el respaldar, mirando al predicador con un semblante lleno de dulzura y compunción, y contentándose con echar á su padre alguna mirada de inteligencia, de vez en cuando. El viejo, en fin, que había parecido encantado al principio, acabó por dormirse.

— ¡Bravo! ¡bravo! ¡precioso! — dijo Sam cuando Mr. Stiggins, habiendo acabado de meditar, comenzó á

meterse los guantes, rotos por las puntas de los dedos, que dejaban pasar bien la mitad de cada uno de éstos, con lo que tiraba.

— Espero que esto os servirá para bien, Samuel — dijo mistress Weller solemnemente.

— Yo lo espero también, mamá — dijo Sam.

— Desearía que sucediese lo mismo á vuestro padre.

— Gracias, querida — dijo Mr. Weller. — ¿Cómo os encontráis ahora, amor mío?

— ¡Impío!

— Hombre pervertido — dijo el reverendo.

— Mi digna criatura — dijo Mr. Weller; — si no encuentro mejor luz que la vuestra, es probable que continúe viajando de noche hasta que me quede á pie de una vez. Pero mirad, mistress Weller, si la Pía, mi querido animal, permanece más tiempo en la cuadra, no estará tranquila cuando volvamos, y sabe Dios dónde enviará la silla con el pastor dentro.

Al oír esta suposición, el reverendo Stiggins recogió su sombrero y su paraguas con una consternación manifiesta, y propuso marchar en seguida. Mistress Weller consintió, y habiéndoles acompañado Sam hasta la puerta, les despidió respetuosamente.

— Adiós, Sam — dijo el viejo cochero.

— ¿Qué es eso de adiós? — preguntó Sam.

— Buenas tardes, entonces.

— ¡Ah! sí, ya estoy — replicó Sam; — buenas noches, viejo réprobo.

— Sammy — dijo por lo bajo Mr. Weller, mirando cuidadosamente en torno suyo: — mis respetos á tu principal, y dile que si hace reflexiones sobre este asunto me las comunique. Yo y un ebanista; tengo un plan... Un piano, Sammy, un piano — dijo Mr. Weller golpeando con la mano el pecho de su hijo, y retrocediendo después uno ó dos pasos para juzgar mejor el efecto de la comunicación.

— ¿Qué es lo que queréis decir?

— Un piano forzado, Samuelillo — replicó Mr. Weller de una manera aun más misteriosa. — Uno que se pueda alquilar, pero que no tocará.

— ¿Y para qué servirá entonces?

— Para decir á mi amigo el ebanista que se lo vuelva á llevar, ¿comprendes?

— No.

— Y no habrá máquina dentro; allí estarán cómodamente su sombrero y sus zapatos y respirará por los pies. Tenéis un pasaje dispuesto para la *Merica*. El gobierno de los mericanos no le dejará jamás, en tanto tenga dinero que gastar. El amo no tiene más que per-

manecer allí hasta tanto que mistress Bardell haya muerto ó que MMrs. Dodson y Fogg sean ahorcados, lo que es lo más probable entre ambas cosas, y en seguida vuelve y escribe un libro sobre los mericanos, y algo más, si los arregla convenientemente.

Mr. Weller expuso este rápido sumario de su complot con vehemencia, y en seguida, como si tuviera miedo de debilitar con otros discursos el efecto de tan prodigioso anuncio, hizo su saludo de cocherero y huyó.

Sam había recobrado apenas su gravedad ordinaria, gravemente alterada por la comunicación secreta hecha por su respetable padre, cuando se le aproximó Mr. Pickwick.

—¿Sam? — le dijo.

—¿Señor?

—Quiero dar la vuelta á la prisión, y deseo que me sigas. Sam, — añadió aquel hombre excelente sonriendo; — mira un prisionero conocido tuyo, que viene hacia aquí.

—¿Cuál, señor? ¿El caballero velado ó el interesante cautivo de las medias azules?

—Ni el uno ni el otro. Es uno de tus amigos más antiguos.

—¿De mis amigos!

—Estoy seguro de que le recuerdas mucho ó tienes menos memoria de tus antiguos conocidos de la que yo creía; ¡silencio! ¡Ni una palabra, ni una sílaba, Sam! ¡Helo aquí!

Durante este coloquio. Mr. Jingle se aproximaba. No tenía el aire tan miserable, y llevaba vestidos á medio uso, retirados, gracias á Mr. Pickwick, de las garras del prestamista sobre prendas. Sus cabellos habían sido cortados y llevaba camisa blanca; pero estaba aun muy pálido y delgado, marchaba lentamente apoyándose en un bastón, y se veía desde luego que había sido rudamente probado por las enfermedades y las necesidades. Se quitó el sombrero cuando le saludó Mr. Pickwick, y pareció quedar bastante avergonzado al reconocer á Sam.

Detrás de él, casi pisándole los talones, iba mister Job Trotter, que no contaba al menos entre sus defectos la falta de apego á su compañero. Estaba aun desaviado y sucio, pero su semblante no se hallaba ya en el estado que cuando su primer encuentro con mister Pickwick. Quitándose también el sombrero ante nuestro bondadoso amigo, murmuró algunas expresiones entrecortadas de reconocimiento, añadiendo, que sin mister Pickwick habrían muerto de hambre.

—Bien, bien — dijo Mr. Pickwick interrumpiéndole con impaciencia; — permaneced detrás de Sam: quiero

hablaros, Mr. Jingle; ¿podéis caminar sin mi brazo?

—Siempre estoy á vuestras órdenes, señor. No muy vivo; piernas vacilantes; cabeza pesada; especie de temblor de tierra.

—Vamos, dadme vuestro brazo — dijo Mr. Pickwick.

—No, no quiero: prefiero marchar solo.

—¡Locura! apoyaos en mí, lo quiero.

Viendo que Jingle estaba confuso, agitado y no sabía qué hacer, Mr. Pickwick puso término á sus incertidumbres tomando del brazo al ex comediante y llevándolo tras sí sin añadir una palabra.

Durante este tiempo, el continente de Samuel Weller expresaba el asombro más monstruoso, la mayor estupefacción que es posible imaginar. Después de haber paseado sus ojos de Job á Jingle y de Jingle á Job en un profundo silencio, murmuró entre dientes:

—¡Imposible! ¡imposible!

Y repitió esta palabra una docena de veces, después de lo cual pareció completamente privado de palabra y volvió á emprender la contemplación, ya del uno ya del otro, en una muda perplejidad.

—Vamos, Sam — dijo Mr. Pickwick mirando detrás de sí.

—Aquí estoy, señor — contestó Sam, siguiendo maquinalmente á su amo, pero sin quitar los ojos de bob Trotter, que trotaba á su lado.

Durante algún tiempo, Job tuvo sus ojos fijos en la tierra, mientras Sam los fijaba sobre él, tropezando con los que pasaban, cayendo sobre los niños y agarrándose á las barreras sin notarlos, hasta que Job, mirándole de soslayo, le dijo:

—¿Cómo os va, Mr. Weller?

—¡Es él! — exclamó Sam.

Y habiendo restablecido con certidumbre la identidad, exhaló su emoción en una especie de silbido agudo y prolongado.

—Las cosas han cambiado para mí, Mr. Weller.

—El aire es de eso, — contestó Sam examinando con evidente sorpresa los girones de su compañero; — pero es un cambio en mal, como dice el caballero cuando recibe una moneda falsa por una media corona.

—Tenéis razón — replicó Job sacudiendo la cabeza; — no hay, sin embargo, decepción ya, Mr. Weller. Las lágrimas — añadió con expresión de malicia momentánea, — las lágrimas no son la sola prueba del infortunio ni las mejores.

—Es verdad — exclamó Sam con tono expresivo.

—Pueden ser supuestas, Mr. Weller.

—Lo sé. Hay personas que las tienen siempre á pun-

to, y las dejan correr cuando quieren.

—Sí, mas ved cosas que no son fingidas, Mr. Weller; y para llegar á ellas, el procedimiento es largo y penoso.

Hablando así, mostraba Job sus mejillas hundidas, y remangando su levita, descubría un brazo tan temblon y descarnado, que parecía iba á romperse al menor choque.

—¿Qué es, pues, lo que habéis hecho? — exclamó Sam retrocediendo.

—Nada.

—¿Nada?

—Hace muchas semanas que no hago nada, y que no como tampoco.

Sam abarcó con una mirada la enjuta figura de mister Trotter y sus miserables vestidos, y cogiéndole después por el brazo, empezó á arrastrarle á viva fuerza.

—¿Dónde vais, Mr. Weller? — exclamó Job tratando vanamente de desasirse de la mano poderosa de su antiguo enemigo.

—Venid, venid — respondió Sam sin dignarse darle otra explicación. hasta el momento en que llegaron á la cantina y pidió un tarro de cerveza que sirvieron en seguida.

—Ahora — dijo Sam, — bebedme eso hasta la última gota y volved en seguida á poner el tarro ahí encima, para hacerme ver que habéis tomado la medicina toda entera.

—Mas, mi querido Mr. Weller...

—Tragadme eso — repuso Sam con entonación perentoria.

Amonestado de este modo. llevó Mr. Trotter el tarro á los labios y elevó el fondo lentamente y de una manera casi imperceptible: una vez tan sólo se detuvo para respirar con amplitud, pero sin apartar el bote de su cara; algunos momentos después, cuando le sostuvo con el brazo tendido y el fondo en alto, no cayó nada de él, á no ser dos ó tres copos de espuma que se desprendieron lentamente de los bordes.

—Bien apurado — dijo Sam; — ¿cómo os halláis después de esto?

—Mejor, señor; mucho mejor, me parece.

—Necesariamente; es como cuando se mete gas en un globo; os vais poniendo más gordo á la simple vista; ¿qué diríais de otro vaso de la misma tisana?

—Tengo bastante, caballero; os doy las gracias; pero tengo bastante.

—Y bien, entonces, ¿qué diréis de alguna cosa más sólida?

—Gracias á vuestro digno principal, hemos tenido á las tres una media cazuela de carne cocida con patatas.

—¿Cómo! ¿es él quien os ha dado provisiones?

—Sí, señor; y más que eso, Mr. Weller; como mi amo está un poco malo, ha alquilado una habitación para nosotros; estábamos antes en un cubil; vino á vernos por la noche, cuando nadie podía esperarlo. Mr. Weller. — continuó Job derramando lágrimas reales esta vez, — sería capaz de servir á ese hombre hasta caer muerto á sus pies.

—Cachaza, amigo mío, haced el favor de no realizar eso — exclamó Sam.

Job Trotter le miró con aire admirado.

—Os digo que no entiendo una palabra de eso — prosiguió Sam con firmeza. — Nadie le servirá excepto yo; y pues que hablamos de ello — continuó, pagando la cerveza, — voy á revelaros á mi vez otro secreto. No he oído jamás decir, ni leído en ningún libro de historia, ni visto en ningún cuadro, un ángel con pantalones y chaleco; no, ni aun en el teatro; pero á pesar de eso, os digo, Job, que es un verdadero ángel, un ángel de pura sangre, y desearía que me enseñaseis al hombre que sea capaz de sostener lo contrario.

Habiendo proferido esta provocación, que confirmó con numerosos gestos, se embolsó Sam la vuelta de su moneda y se fué en pos del objeto de su panegírico.

Mr. Pickwick estaba todavía con Jingle, y le hablaba vivamente sin mirar hacia los grupos variados y curiosos que les rodeaban.

—Bien — decía cuando Sam y su compañero se acercaron; — ya veréis cómo os va, y mientras tanto, reflexionad en ello. Cuando os encontréis bastante fuerte, me lo diréis y hablaremos. Ahora, volved á vuestra habitación; tenéis el aire fatigado, y no estáis en estado de permanecer mucho tiempo fuera.

Mr. Alfredo Jingle, á quien no restaba un destello de su antigua vivacidad, ni de la sombría desesperación de que había hecho alarde el primer día en que mister Pickwick le encontró en su miseria, saludó muy bajo sin hablar, y se alejó con lentitud, después de haberle hecho señas á Job para que no le siguiera inmediatamente.

—Sam — dijo Mr. Pickwick mirando en torno de sí con buen humor; — ¿no has encontrado curiosa esta escena?

—Ya lo creo, señor — respondió Sam.

Y añadió hablando consigo mismo:

—Los milagros no han acabado; ved á ese Jingle

cómo se pone también á la parte de los que hacen jugar las bombas de los ojos.

En la parte de la prisión donde se encontraba entonces Mr. Pickwick, el espacio circunscripto por los muros era bastante extenso para formar un buen juego de pelota; uno de los lados de él estaba cerrado por el muro mismo y el otro por la parte de la prisión que tenía vistas sobre San Pablo, ó mejor dicho, que hubiera tenido vistas sobre esta catedral, si se hubiera podido ver al través de la muralla. Allí se encontraban un gran número de deudores en movimiento ó en reposa, en todas las actitudes posibles de una inquieta tristeza. La mayor parte esperaba el momento de comparecer delante del tribunal de los insolventes; los demás eran enviados á prisión por cierto tiempo, que se esforzaban en pasar como mejor podían; algunos tenían un aire miserable; á otros no les faltaba cierto cuidado; el mayor número estaba desaseado; el menor menos mal puesto; pero holgazaneando, desperezándose ó arrastrándose, parecían prestar á todo tan poco interés y tener tan escasa animación, como los animales que van y vienen detrás de las cuerdas de un redil; otros prisioneros pasaban el tiempo en las ventanas que daban sobre los paseos; de éstos conversaban ruidosamente los unos con sus conocidos de abajo; los otros jugaban á la pelota con algunos venturosos personajes que les servían desde fuera; otros, en fin, miraban á los jugadores de pelota, ó á los chicos que pregonaban el juego; mujeres mal vestidas pasaban y repasaban en chancas, para dirigirse á la cocina, que estaba en un rincón; en otro, gritaban los chicos, jugaban y se pegaban. Los gritos de los jugadores y los golpes de pelota se mezclaban perpetuamente á estos mil ruidos diversos; todo era movimiento y tumulto, excepto en un miserable rincón, donde yacía pálido é inmóvil el cuerpo del prisionero muerto la noche precedente; [el cuerpo] ese es el término legal con que se expresa esa masa turbulenta de cuidados, de ansiedades, de afectos, de esperanzas, de dolores que componen al hombre vivo; el cuerpo del prisionero estaba rígido, testigo espantoso de los cuidados de tan buena madre.

—¿Queréis ver una tienda *desecante*, señor? — preguntó Job Trotter á Mr. Pickwick.

—¿Qué queréis decir? — respondió éste.

—Una tienda *desecante* — observó Sam.

—¿Y qué es eso, Sam?

—¡Bah! señor, es una tienda donde se venden licores; se explica con ella que está prohibido introducir licores espirituosos en las prisiones de los deudores; pero siendo este artículo singularmente apreciado, algunos

carceleros especuladores, persuadidos por ciertas consideraciones lucrativas, se han decidido á permitir á dos ó tres prisioneros despachar en sus habitaciones el regalo favorito de las damas y caballeros reducidos á prisión. Este uso, — continuó Job, — se ha ido introduciendo paulatinamente en todas las prisiones por deudas.

—Y es muy ventajoso — exclamó Sam, — porque los vigilantes tienen cuidado de apoderarse de todos los que se dedican al fraude y no les pagan, y cuando esto sucede, son muy elogiados en los periódicos por su vigilancia; de manera que se matan dos pájaros con una piedra; pues con ellos impiden á los demás que hagan el comercio, y sostienen una reputación.

—He aquí la cosa — añadió Job.

—¿Pero es—añadió Mr. Pickwick—que no se visitaban jamás esas habitaciones para saber si contienen bebidas espirituosas?

—Sí, ciertamente, señor; pero los vigilantes lo saben de antemano, previenen á los *desecantes*, y entonces... ¡vé á ver quién viene, Juan! y el inspector no encontraba nadie.

En tanto que se cambiaron de una parte y otra estas explicaciones, llamó Job á una puerta que fué inmediatamente abierta por un caballero mal peinado, se echó después cuidadosamente el cerrojo, y después que el caballero *desecador* miró á los recién venidos riendo, Job se puso también á reír, y Sam hizo otro tanto. Mr. Pickwick, pensando que se esperaba lo mismo de él, conservó un aspecto sonriente hasta el fin de la entrevista. El caballero mal peinado pareció comprender perfectamente esta silenciosa manera de entrar en negocio. Sacó de debajo de su lecho una gran botella que podía contener sobre un par de pintas, y llenó de ginebra tres vasos, que Job y Sam se apresuraron á despachar hábilmente. — ¿Queréis más? preguntó el caballero *desecante*. — No, gracias, dijo Job Trotter. Mr. Pickwick pagó, se quitó el cerrojo de la puerta, y como en aquel momento pasaba Mr. Roker, el caballero mal peinado le saludó amigablemente con la cabeza.

Al salir de allí, bajó Mr. Pickwick por las galerías y las escaleras, dando otra vez la vuelta á la casa.

A cada paso, en cada persona le parecía ver á Mivins y Smangle, y al vicario y al carnicero, porque toda aquella multitud parecía compuesta de individuos de una sola especie. La misma sociedad, el mismo tumulto, el mismo movimiento, los mismos síntomas característicos en todos los ángulos, lo mismo en los mejores que en los peores. Había por todas partes algo de turbulento y de inquieto, viéndose toda clase de gentes que se re-

unía y se paraba, como se ven pasar las sombras en los sueños de una noche agitada.

—Ya he visto bastante — dijo Mr. Pickwick, echándose en una silla, en un cuartito. — Mi cabeza está fatigada de estas escenas estrepitosas y mi corazón también. En adelante, seré prisionero en mi misma habitación.

Mr. Pickwick cumplió la palabra. Durante tres largos meses permaneció encerrado todo el día, no saliendo por la noche más que á respirar el aire, cuando la mayor parte de los otros prisioneros estaban en la cama, ó se regalaban en sus habitaciones. Su salud comenzaba á resentirse evidentemente con tan rigurosa reclusión; pero ni las reiteradas súplicas de sus amigos y de Mr. Perker, ni las advertencias aun más frecuentes de Sam, pudieron decidirle á cambiar una jota en su inflexible resolución.

CAPITULO XLVI

Donde se refiere un acto de delicadeza conmovedora, realizado por MMrs. Dodson y Fogg, no sin cierta dosis de broma.

Hacia el fin del mes de julio, un cabriolet de alquiler, cuyo número no se ha especificado, avanzaba rápidamente hacia Goswell-Street. Iban en él tres personas, además del conductor, colocado como de ordinario en su asientito del lado. Del testero pendían dos chales, pertenecientes según toda la apariencia á dos señoras de aspecto agrio, sentadas en dicho testero. Un caballero grueso y sumiso estaba cuidadosamente comprimido entre las dos damas, siendo inmediatamente regañado por la una ó por la otra, en cuanto aventuraba cualquier observación, por ligera que fuese. Estos tres personajes daban al mismo tiempo instrucciones contradictorias al cochero, que todas tendían al mismo objeto; detenerle á la puerta de mistress Bardell; pero en tan-

to que el grueso caballero pretendía que esta puerta era verde, las dos damas sostenían que era amarilla.

—Cochero — decía el caballero, — parad en la puerta verde.

—¡Qué sér tan insoportable! — exclamó una de las damas. — Cochero, deteneos en la casa que tiene la puerta amarilla.

El cochero, que había detenido su caballo tan bruscamente que por poco vuelca el cabriolet para parar á la puerta verde, al oír la nueva indicación se dejó caer sobre sus piernas diciendo:

—Arreglado entre vosotros. Para mí es igual.

La disputa volvió á comenzar con nueva violencia, y como una mosca atormentara al caballo en la nariz, empleó el cochero humanamente su odio en azotarle las orejas, siguiendo el sistema medicinal de los revulsivos.

—La mayoría es la que decide — dijo al fin una de las damas. — Cochero, la puerta amarilla.

Cuando el cabriolet hubo llegado triunfalmente delante de la puerta amarilla, haciendo más ruido que un carronato, siguió la observación de una de las damas, y después que el cochero bajó para ayudar á éstas, la cabecita redonda de Mr. Bardell se dejó ver en la ventana de una casa que tenía la puerta roja, algunos números más allá.

—¡Sér insoportable! — exclamó la primera dama, lanzando al caballero grueso una mirada capaz de reducirle á polvo.

—Pues, querida, tanto es vuestra falta como mía.

—¡Callaos, imbécil! La casa de la puerta roja, cochero. Si ha habido alguna pobre mujer á quien se haya reunido con una criatura que se complazca en ponerle en ridículo ante los extraños, puedo vanagloriarme de ser esa mujer.

—Debíais moriros de vergüenza, Raddle, — dijo la segunda dama, que no era otra que mistress Cluppins.

—Pero, decidme al menos: ¿qué es lo que he hecho?

—Callaos bruto, no me hagáis olvidar la secta á que pertenezco, y me rebaje hasta pegaros.

Durante esta conversación matrimonial, el cochero conducía al caballo ignominiosamente por la brida, y se detenía delante de la puerta roja, que Mr. Bardell había abierto ya. ¡Qué manera de presentarse delante de la puerta de una amiga! En vez de llegar con todo el fuego, con toda la furia del noble corcel, en vez de hacer que el cochero llamase á la puerta, en vez de abrir la portezuela con estrépito, y en el momento preciso para no sufrir una corriente de aire, en vez de hacerse

unía y se paraba, como se ven pasar las sombras en los sueños de una noche agitada.

—Ya he visto bastante — dijo Mr. Pickwick, echándose en una silla, en un cuartito. — Mi cabeza está fatigada de estas escenas estrepitosas y mi corazón también. En adelante, seré prisionero en mi misma habitación.

Mr. Pickwick cumplió la palabra. Durante tres largos meses permaneció encerrado todo el día, no saliendo por la noche más que á respirar el aire, cuando la mayor parte de los otros prisioneros estaban en la cama, ó se regalaban en sus habitaciones. Su salud comenzaba á resentirse evidentemente con tan rigurosa reclusión; pero ni las reiteradas súplicas de sus amigos y de Mr. Perker, ni las advertencias aun más frecuentes de Sam, pudieron decidirle á cambiar una jota en su inflexible resolución.

CAPITULO XLVI

Donde se refiere un acto de delicadeza conmovedora, realizado por MMrs. Dodson y Fogg, no sin cierta dosis de broma.

Hacia el fin del mes de julio, un cabriolet de alquiler, cuyo número no se ha especificado, avanzaba rápidamente hacia Goswell-Street. Iban en él tres personas, además del conductor, colocado como de ordinario en su asientito del lado. Del testero pendían dos chales, pertenecientes según toda la apariencia á dos señoras de aspecto agrio, sentadas en dicho testero. Un caballero grueso y sumiso estaba cuidadosamente comprimido entre las dos damas, siendo inmediatamente regañado por la una ó por la otra, en cuanto aventuraba cualquier observación, por ligera que fuese. Estos tres personajes daban al mismo tiempo instrucciones contradictorias al cochero, que todas tendían al mismo objeto; detenerle á la puerta de mistress Bardell; pero en tan-

to que el grueso caballero pretendía que esta puerta era verde, las dos damas sostenían que era amarilla.

—Cochero — decía el caballero, — parad en la puerta verde.

—¡Qué sér tan insoportable! — exclamó una de las damas. — Cochero, deteneos en la casa que tiene la puerta amarilla.

El cochero, que había detenido su caballo tan bruscamente que por poco vuelca el cabriolet para parar á la puerta verde, al oír la nueva indicación se dejó caer sobre sus piernas diciendo:

—Arreglado entre vosotros. Para mí es igual.

La disputa volvió á comenzar con nueva violencia, y como una mosca atormentara al caballo en la nariz, empleó el cochero humanamente su odio en azotarle las orejas, siguiendo el sistema medicinal de los revulsivos.

—La mayoría es la que decide — dijo al fin una de las damas. — Cochero, la puerta amarilla.

Cuando el cabriolet hubo llegado triunfalmente delante de la puerta amarilla, haciendo más ruido que un carronato, siguió la observación de una de las damas, y después que el cochero bajó para ayudar á éstas, la cabecita redonda de Mr. Bardell se dejó ver en la ventana de una casa que tenía la puerta roja, algunos números más allá.

—¡Sér insoportable! — exclamó la primera dama, lanzando al caballero grueso una mirada capaz de reducirle á polvo.

—Pues, querida, tanto es vuestra falta como mía.

—¡Callaos, imbécil! La casa de la puerta roja, cochero. Si ha habido alguna pobre mujer á quien se haya reunido con una criatura que se complazca en ponerle en ridículo ante los extraños, puedo vanagloriarme de ser esa mujer.

—Debíais moriros de vergüenza, Raddle, — dijo la segunda dama, que no era otra que mistress Cluppins.

—Pero, decidme al menos: ¿qué es lo que he hecho?

—Callaos bruto, no me hagáis olvidar la secta á que pertenezco, y me rebaje hasta pegaros.

Durante esta conversación matrimonial, el cochero conducía al caballo ignominiosamente por la brida, y se detenía delante de la puerta roja, que Mr. Bardell había abierto ya. ¡Qué manera de presentarse delante de la puerta de una amiga! En vez de llegar con todo el fuego, con toda la furia del noble corcel, en vez de hacer que el cochero llamase á la puerta, en vez de abrir la portezuela con estrépito, y en el momento preciso para no sufrir una corriente de aire, en vez de hacerse

dar un schal como si se llevase un doméstico propio, todo el gasto era perdido; aquello era más vulgar que ir á pie.

—Vaya, Tommy — dijo mistress Cluppins; — ¿cómo va esa pobre madre?

—Va muy bien; está en la sala de delante, ya dispuesta; yo también lo estoy.

Al hablar así Mr. Bardell, hundía sus manos en los bolsillos y se entretenía en saltar, dando con los talones en las aposentaderas.

—¿Viene alguien con nosotros? — volvió á preguntar mistress Cluppins aceptando sus pieles.

—Mistress Sanders va también, y yo; yo también voy.

—¡Peste de chicuelo! no piensa más que en él mismo. Decid, Tom, hombrecito...

—¿Hein?

—¿Quién viene más, amor mío? — continuó mistress Cluppins de una manera insinuante.

—¡Oh! mistress Rogers viene también — exclamó mister Bardell abriendo los ojos con todas sus fuerzas.

—¿Quién? ¿la dama que ha alquilado la habitación? — exclamó mistress Cluppins.

Mr. Bardell sepultó sus manos más profundamente en los bolsillos, y bajó la cabeza treinta y cinco veces, ni más ni menos, para demostrar que se trataba con efecto de la dama de la habitación.

—¡Vaya! — exclamó mistress Cluppins, — eso es una verdadera boda.

—¿Pues qué diriais si supieseis lo que hay en el buffet? — añadió Mr. Bardell.

—¿Pues qué hay, Tommy? — exclamó mistress Cluppins con aire seductor. — Estoy segura de que vais á decírmelo.

—No, no quiero, — repuso el interesante heredero sacudiendo la cabeza un número indeterminado de veces y volviendo á saltar sobre el escalón.

—¡Qué bestiecilla! — murmuró mistress Cluppins; — Tommy, contadme á vuestra querida Cluppins.

—Mamá no quiere; si no hablo, tendré; si hablo, no.

Y regocijado por esta agradable perspectiva, se dedicó el pródigo joven á sus manejos infantiles. Esta especie de interrogatorio había tenido lugar en tanto que mister Raddle, y el cochero disputaban sobre el precio de la carrera; habiendo terminado el altercado en ventaja del automedonte, entró mistress Raddle en la casa horriblemente alterada.

—¡Cielos! ¿qué tenéis, María Ana? — preguntó mistress Cluppins.

—¡Ah, Betsy! aun estoy temblando; Raddle no es

un hombre; lo deja todo á cargo mío.

Este ataque contra la virilidad del pobre Raddle no era leal; porque desde el principio de la disputa había sido puesto á un lado por su amable esposa y recibió la orden perentoria de cerrar el pico.

Fuera como fuese, no tuvo tampoco tiempo de defenderse. Al apercibirlos desde la ventana, mistress Bardell, mistress Sanders, la inquilina y la sirviente de la inquilina, salieron precipitadamente y llevaron á la interesante lady adentro, hablando todas á la vez y abrumándola con expresiones de simpatía y de piedad, como si hubiera sido la persona más degradada de la tierra; la depositaron en un sofá; y habiendo corrido la señora del primer piso á buscar un pomo de salvolote, cogió á mistress Raddle por el cuello y se lo aplicó bajo la nariz, con toda la solicitud propia del bello sexo. Después de numerosos espasmos, después de haber bregado bien la dama desconocida, se vió obligada á declarar que se encontraba mejor.

—¡Oh, pobre criatura! — exclamó mistress Rogers; — ¡Comprendo lo que sufre; lo comprendo muy bien!

—¡Ah, pobre criatura! Yo también lo sé — repitió mistress Sanders.

Y todas las damas empezaron á gemir de acuerdo, diciendo que ellas también sabían lo que era aquello y la compadecieron de todo corazón; hasta la criada de tres pies de alto y de trece años de edad, manifestaba su profunda simpatía.

—¿Pero qué es lo que sucede? — preguntó la señora Bardell.

—Sí — añadió mistress Rogers; — ¿qué es lo que os ha puesto en ese estado, señora?

—He sido contrariada — respondió mistress Raddle en tono de queja.

Todas las señoras echaron en seguida á Mr. Raddle miradas llenas de indignación.

—El hecho es — dijo este desgraciado caballero adelantándose, — el hecho es que cuando nos hemos bajado á la puerta, hemos tenido una disputa con el cochero.

Un grito de su mujer hizo imposible toda otra explicación.

—Raddle — dijo mistress Cluppins, — hariais bien en dejarnos solas con ella para hacerla volver en sí, pues no volverá mientras vos estéis aquí.

Todas las damas fueron de la misma opinión. Mister Raddle fué empujado fuera de la habitación y obligado á tomar el aire en el corredor. Hacía ya un cuarto de hora que se paseaba, cuando llegó á anunciarle mistress Bardell con aire solemne que podía entrar ya, pero que

debía tener cuidado con la manera de conducirse con su mujer.

Mistress Bardell sabía bien que él no tenía malas intenciones; pero María Ana no estaba muy fuerte, y si él no tenía cuidado, podría perderla en el momento que menos lo esperase, lo cual le ocasionaría después terribles remordimientos.

Mr. Raddle oyó todo esto y otras muchas cosas más, y entró por fin en la sala sumiso como un corderillo.

— ¡Dios mío! mistress Rogers — dijo mistress Bardell; — nadie os ha sido presentado. Mr. Raddle, señora; mistress Cluppins, mistress Raddle.

— Hermana de mistress Cluppins — observó mister Sanders.

— ¡Ah! ¡muy bien! — dijo mistress Rogers graciosamente, porque era locataria, y siendo su criada la que debía servir, estaba en el caso por su posición de ser más graciosa que íntima. — ¡Muy bien!

Mistress Raddle sonrió agradablemente, Mr. Raddle saludó y mistress Cluppins declaró que se tenía por muy dichosa en tener la honra de conocer á una persona de quien había oído decir tantas cosas agradables. Este bien acabado cumplimiento fué recibido por la dama del primer piso con una perfecta condescendencia.

— ¡Sabéis, Mr. Raddle — dijo mistress Bardell, — que debéis consideraros muy honrado con que vos y Tommy sean los únicos caballeros encargados de escoltar tantas damas al jardín español de Hampstead? ¿No sois de esa opinión, mistress Rogers?

— Sí, ciertamente; sí, señora — respondió mistress Rogers.

Todas las otras señoras repitieron:

— ¡Oh! ¡ciertamente!

— Sin duda alguna, señora, yo siento eso mismo — dijo Mr. Raddle frotándose las manos y dejando percibir cierta tendencia hacia la alegría. — Y aun recuerdo que decía á mistress Raddle cuando veníamos en el cabriolet...

Al oír esta palabra que evocaba tantos recuerdos penosos, aplicó de nuevo mistress Raddle su pañuelo á los ojos, y no pudo contener un grito. Mistress Bardell frunció el entrecejo mirando á Mr. Raddle para hacerle comprender que procedería mucho mejor callándose, y después pidió con aire digno á la criada de mistress Rogers que pusiera el vino en la mesa.

A esta señal fueron revelados los tesoros ocultos del *buffet*, con ilimitada satisfacción de los asistentes y en honor de la locataria. Eran una porción de platos de naranjas y de bizcochos, una botella de Oporto y otra

del célebre Jerez de las Indias Orientales. Con grande consternación de mistress Cluppins se iba á poner á contar Tommy cómo había sido interrogado por ella sobre el contenido del *buffet*; mas por fortuna, queriendo beber y hablar á un tiempo, se le atravesó un vaso de vino de Oporto, lo cual puso su vida en peligro por algunos momentos, y ahogó en germen su relato.

Después de este pequeño incidente, fué á buscar la compañía el coche de Hampstead, llegando después de dos horas sana y salva al Jardín Español. El primer acto del desgraciado Mr. Raddle pudo ocasionar una recaída de su tierna esposa, por haber pedido te para siete personas, cuando — como le hicieron observar todas las damas á la vez, — nada era más fácil que hacer beber á Tommy en la taza de alguno, ó en la de todos, cuando el mozo volviese la espalda, lo que hubiera ahorrado te para uno sin que ninguno hubiese dejado de beberlo.

De todas maneras ya no había remedio, y el te llegó con siete tazas, siete copitas y pan y manteca en la misma escala. Mr. Bardell fué elevado por unanimidad al sillón presidencial; mistress Rogers se colocó á su derecha, mistress Raddle á su izquierda, y la colación caminó con alegría y buen éxito.

— ¡Qué hermoso es el campo! — suspiró mistress Rogers; — en verdad que desearía vivir siempre en él.

— No os gustaría largo tiempo, señora — exclamó precipitadamente mistress Bardell, á quien no convenía que semejantes ideas tomasen cuerpo en el ánimo de su inquilina.

— Estoy segura, señora — dijo la pequeña mistress Cluppins, — que no estaríais contenta ni quince días; sois demasiado jovial y hartó querida y buscada en la ciudad.

— Es posible, señora, es posible — murmuró dulcemente la inquilina del primer piso.

— El campo — observó Mr. Raddle, recuperando un poco de seguridad y de alegría, — el campo es muy bueno para las personas solas, que no tienen nadie que se interese por ellas, ó para las personas que tienen penas en el corazón, y toda esa clase de cosas. El campo para un alma herida, ha dicho el poeta.

Entre todas las palabras que podía haber proferido el desgraciado caballero, no podía haber hallado otras peores. Mistress Bardell no dejó de romper en lágrimas á esta cita, y quiso dejar la mesa en seguida, lo que, visto por su tierno hijo, ocasionó que se pusiera á dar gritos espantosos.

— ¡Es posible, — exclamó mistress Raddle volviéndole

se con furor hacia la inquilina del primed piso — es posible que una mujer se haya casado con un ser tan insoportable, que convierte en diversión el herir su sensibilidad todo el día?

—Querida, — dijo Mr. Raddle con voz plañidera, — yo no podía pensar...

—Vos no tenéis el menor pensamiento, — añadió mistress Raddle con el mayor desdén. — Idos de aquí; no puedo sufriros delante de mi vista; sois un bruto.

—No os atormentéis, María Ana, — interrumpió mistress Cluppins. — Es necesario cuidar de vuestra salud, querida; no paráis vuestra atención en ella. Idos, Raddle, idos; ya sabéis que se empeora cuando os ve. Tened buen corazón.

—Sí, sí, — dijo mistress Rogers aplicando de nuevo su pomó; — haríais bien en tomar vuestro te solo, caballero.

Mistress Sanders, que según su costumbre estaba muy ocupada con el pan y la manteca, expresó la misma opinión, y Raddle se retiró sin chistar.

Una vez conseguido esto, se empeñaron las damas en elevar á Tommy á los brazos de su madre; pero como era un poco grande para esta maniobra de niños, se enredaron sus pies en la mesa del te, ocasionando alguna confusión entre las tazas y los platillos.

Dichosamente, como cierta especie de ataques, aunque contagiosos entre las señoras, duraran rara vez largo tiempo, después de haber abrazado á su hijito y de haber llorado sobre sus cabellos, volvió en sí mistress Bardell, lo puso en tierra, se admiró de haber sido tan poco razonable, y se sirvió otra taza de te.

En este momento se oyó el rodar de un carruaje que se aproximaba, y las damas, levantando los ojos, vieron un coche de plaza detenerse á la puerta del jardín.

—Aún viene gente, — dijo mistress Sanders.

—Es un caballero, — exclamó mistress Raddle.

—¡Calla! — exclamó mistress Bardell; — es mister Jackson, el joven de casa de Dodson y Fogg. ¿Habrá pagado Mr. Pickwick?

—U ofrecido el matrimonio, — sugirió mistress Cluppins.

—¡Cómo tarda en acercarse ese señor! — dijo mistress Rogers; — ¿por qué no despacha?

Sin embargo, Mr. Jackson, después de haber dirigido algunas observaciones á un hombre de traje negro y raído que acababa de bajar del carruaje, y que llevaba en la mano un bastón grueso, se dirigió hacia el lugar donde estaban sentadas las señoras, arremolinando sus cabellos en torno de las alas de su sombrero.

—¿Qué hay de nuevo, Mr. Jackson? — preguntó ansiosamente mistress Bardell.

—Nada, señora, — respondió Jackson. — ¿Cómo va, señora? Os pido perdón, señora, de teneros que molestar; pero la ley, señora...

Profiriendo estas palabras se sonrió Mr. Jackson y dió un nuevo giro á sus cabellos, haciendo un saludo común á todas las damas. Mistress Rogers hizo observar al oído de mistress Raddle que verdaderamente era aquel un joven muy elegante.

—He ido á vuestra casa, — continuó Jackson; — y sabiendo que estábais aquí, he tomado un carruaje y he venido. Tenemos necesidad de vos en el acto, mistress Bardell.

—¡Necesidad de mí! — exclamó la dama, á quien lo inesperado de esta noticia había hecho estremecer.

—Sí, — dijo Jackson mordiéndose los labios; — es un asunto muy importante, muy apremiante, y que no puede ser prorrogado. Dodson me lo ha dicho expresamente, y Fogg lo mismo; hasta tal punto que he conservado el carruaje para que vengáis.

—¡Qué cosa tan rara! — exclamó mistress Bardell.

Todas las damas convinieron en que era muy rara; pero fueron de opinión de que debía ser muy importante, puesto que Dodson y Fogg habían enviado á Hampstead. Añadieron, en fin, que puesto que el negocio era importante, haría bien mistress Bardell en marchar inmediatamente á su estudio.

Cuando se es llamado de una manera tan apremiante por sus encargados de negocios, da esto una especie de relieve que es del todo desagradable, y no lo fué á mistress Bardell. Podía esperar razonablemente que aquello la realzaría en el concepto de su locataria. Hizo muchas tonterías, afectó hallarse vejada y excitada, y concluyó también porque hacía bien en partir. En seguida añadió con voz persuasiva:

—¿Y no refrescaréis un poco, después de vuestra carrera, Mr. Jackson?

—No hay mucho tiempo que perder, y además tengo ahí un amigo, — dijo este señalando al hombre del bastón gordo.

—¡Oh! pero haced entrar á vuestro amigo.

—Os doy las gracias, — replicó Jackson con cierto embarazo.

—No está acostumbrado á la sociedad de las señoras, y eso le hace tímido; si queréis mandar al muchacho que le traiga alguna cosa, no estoy seguro de que lo beba, pero se puede ensayar.

Al acabar de decir estas palabras, se acercaban los

dedos de Jackson á su nariz con cierta expresi3n con que queria dar á entender que hablaba ir3nicamente.

El muchacho fué despachado inmediatamente hacia el caballero tímido, que consintió en tomar alguna cosa. Mr. Jackson tom3 también otra cosa, haciendo lo mismo las damas por espíritu de hospitalidad.

Habiendo declarado mister Jackson que era ya hora de partir, saltaron al coche mistress Sanders, mistress Cluppins y Tommy, dejando á las otras se3oras bajo la protecci3n de Mr. Raddle; mistress Raddle mont3 la última.

—Isaac, — dijo Jackson mirando á su amigo, que estaba sentado fumando un cigarro.

—¿Qué hay?

—Aquí está mistress Bardell.

—¡Ah! ya es tiempo de que yo lo supiese.

Habiendo entrado mistress Bardell en el carruaje, se coloc3 Mr. Jackson á su lado y partieron los caballos. Al ir marchando, admiraba mistress Bardell la perspicacia del amigo de Mr. Jackson.

—¡Qué malignos son estos hombres! — pensaba; — ¡cómo reconocen á las gentes!

Al poco tiempo, mistress Cluppins y mistress Sanders se habían dormido; Mr. Jackson dijo á la viuda del aduanero:

—¿Sabéis que los gastos de vuestro negocio son bastante pesados?

—Siento mucho que no hayan podido conseguir que os paguen; pero, ¡qué diablo! ya que emprendéis las cosas por especulaci3n, es necesario sufrir un descalabro de vez en cuando.

—Me había dicho que después del proceso habíais dado á Dodson y Fogg un pagaré por el importe de los gastos.

—Sí; por fórmula.

—Sin duda; por fórmula, como decís, — contest3 Jackson con tono seco.

El coche continu3 rodando y mistress Bardell se durmi3. Despert3 transcurrido alg3n tiempo, cuando el carruaje se detenía.

—¡Qué! — exclam3, — ¿estamos ya en Trecman's Court?

—No vamos desde luego hasta allá, — dijo Jackson; — ¿queréis tener la bondad de bajar?

Mistress Bardell obedeci3 maquinalmente, pues aún no había despertado del todo. Se encontr3 en un lugar desagradable; un gran muro con una verja en medio; en el interior del vestíbulo ardía un gran mechero de gas.

—Vamos, se3oras, — dijo el hombre del bast3n grueso dirigiéndose al interior del coche y sacudiendo á mistress Sanders para despertarla; — bajemos.

Habiendo empujado mistress Sanders á su amiga, bajaron; mistress Bardell, apoyada en el brazo de Jackson y conduciendo á Tommy de la mano, había entrado ya bajo el pórtico.

La habitaci3n donde las tres se3oras entraron en seguida era aún más singular que la entrada del edificio; ¡había allí tantos hombres de pie mirando fijamente á las damas!

—¿Qué lugar es este? — pregunt3 mistress Bardell deteniéndose.

—Es una de nuestras administraciones públicas, — respondi3 Mr. Jackson haciéndola pasar una puerta, volviéndose después, para ver si les seguían las otras mujeres.

—¡Atenci3n, Isaac! — exclam3.

—No tengáis cuidado, — respondi3 el hombre del bast3n grueso.

La puerta se cerr3 pesadamente tras ellos, y bajaron una escalera de algunos peldaños.

—Al fin, ya estamos, — exclam3 Jackson mirando en torno suyo con aire triunfante, — sanos y salvos; ¿eh, mistress Bardell?

—¿Qué es lo que queréis decir? — pregunt3 la dama cuyo coraz3n latía violentamente sin saber por qué.

—Vedlo, — respondi3 Jackson llevándola un poco aparte. — No os asustéis, mistress Bardell; no ha habido jamás hombre más delicado que Dodson, se3ora, ni más humano que Fogg. Era su deber como hombre de negocios hacerlos poner á la sombra por esos gastos; pero deseando economizar vuestra sensibilidad todo lo posible. ¡Qué consuelo para vos pensar en cómo ha tenido lugar esto! Estáis en prisión por deudas, se3ora; os deseo buenas noches, mistress Bardell; buenas noches, Tommy.

Habiendo dicho estas palabras, se alejó Jackson rápidamente con el hombre del bast3n grueso. Otro individuo que se encontraba allí con llaves en la mano, condujo á mistress Bardell casi desvanecida á un comedor del segundo piso. La desgraciada viuda lanz3 un grito de desesperaci3n; Tommy la acompañ3 con un gruñido; mistress Cluppins qued3 petrificada. En cuanto á mistress Sanders, huy3 sin más consideraciones, porque mister Pickwick, el hombre inocente y oprimido, estaba allí tomando su raci3n de aire cotidiano, teniendo cerca de sí á Sam Weller, que al apereibir á mistress Bardell, se quit3 el sombrero con m3fadora cortesía, en tanto

que su amo giraba indignado sobre sus talones.

—No embroméis mucho á esa pobre mujer, — dijo el carcelero á Sam Weller; — no hace más que llegar.

—Prisionera; — exclamó Sam volviendo á ponerse el sombrero; — ¿á petición de quién? ¿por qué? Hablad pronto, viejo.

—Dodson y Fogg, — respondió el hombre, — en virtud de un pagaré por gastos.

—¡Aquí, Job! ¡Job! — vociferó Sam precipitándose á lo largo del corredor; — corred á casa de Mr. Perker, Job; tengo necesidad de él en seguida. Ved un negocio que creo que será bueno para nosotros. ¡Ah! ¡qué buena farsa! ¡hurrah! ¿Dónde está el señor?

Pero nadie respondió á estas preguntas, porque en cuanto Job supo de que se trataba, había partido como un furioso, y mistress Bardell se había desvanecido por completo.

CAPITULO XLVII

Dedicado principalmente á los negocios del interés y la ventaja personal de Dodson y Fogg. Reparación de Mr. Winkle en circunstancias extraordinarias. La benevolencia de Mr. Pickwick es más fuerte que su obstinación.

Job Trotter, sin disminuir en nada su rapidez, corrió á todo lo largo de Holborn. Unas veces se abría paso por en medio de la calle, otras por la acera, otras por el arroyo, siguiendo el lugar por donde veía más probabilidades de avanzar en medio del tropel de carruajes, de hombres, de mujeres y de chicos, que atestaban la larga calle, sin reparar en ninguna clase de obstáculos. No se detuvo ni un segundo hasta llegar á la puerta de Gray's Inn; apesar de toda su diligencia, hacia media hora que se había cerrado cuando llegó, y antes que hubiese descubierto el ama de gobierno de Mr. Perker, que vivía con una de sus hijas, casada con un depen-

diente de comercio no residente, que vivía en cierto número de cierta calle, cerca de cierta carbonería, algo detrás de Gray's Inn Lane, no faltaban más que quince minutos para que sonase la hora de cerrar la prisión por la noche. Era necesario desenterrar todavía á Mr. Lowten en el antelocutorio de la *María y el Tronco*, y apenas le había comunicado Job el mensaje de Sam, cuando sonaron las diez.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Lowten; — no podréis volver esta noche, es muy tarde. Habéis tomado la llave de los campos, amigo mío.

—No os ocupéis de mí, — replicó Job; — yo puedo dormir, no importa dónde; pero sería conveniente ver esta noche á Mr. Perker, para que pueda conocer nuestro asunto mañana por la mañana.

—Mirad, — contestó Lowten después de reflexionar algunos instantes; — si se tratase de cualquier otra persona, no le gustaría á Perker que fuera á molestarle; pero como se trata de Mr. Pickwick, creo que puedo permitirme tomar un cabriolet por cuenta de los gastos del estudio para ir á buscarlo.

Habiéndose dedicado Mr. Lowten á seguir esta conducta, tomó su sombrero, rogó á la sociedad que hiciese ocupar su sillón por un vicepresidente durante su ausencia temporal, condujo á Job á la parada de coches más cercana, y escogiendo el de apariencia más rápida, dió al cochero estas señas: *Montagne Place, Russell Square*.

Mr. Perker había tenido gente á comer, como lo atestiguaban las luces que se percibían por las ventanas, el sonido de un piano cuadrado perfeccionado de salón, y el de una voz perfeccionable también de salón, que se escapaban por las mismas ventanas; todo, unido al olor un poco fuerte de vituallas, henchía la escalera. Era el hecho que un par de excelentes agentes de provincias habían ido á Londres, y Mr. Perker había reunido una agradable sociedad para recibirlos. Eran Mr Snicks, el secretario de la oficina de seguros sobre la vida; mister Prostant, el célebre abogado; tres procuradores, un comisario, un banquero quebrado, un abogado especial del Temple y su discípulo, pequeño joven de aire decidido, que había escrito un libro muy interesante sobre las leyes mortuorias, enriquecido con una porción de notas magistrales, y varios otros personajes tan amables como distinguidos.

Tal era la reunión de que se separó el pequeño Perker cuando se le anunció en voz baja que su pasante tenía que hablarle.

Al llegar al comedor encontró á Mr. Lowten con

que su amo giraba indignado sobre sus talones.

—No embroméis mucho á esa pobre mujer, — dijo el carcelero á Sam Weller; — no hace más que llegar.

—Prisionera; — exclamó Sam volviendo á ponerse el sombrero; — ¿á petición de quién? ¿por qué? Hablad pronto, viejo.

—Dodson y Fogg, — respondió el hombre, — en virtud de un pagaré por gastos.

—¡Aquí, Job! ¡Job! — vociferó Sam precipitándose á lo largo del corredor; — corred á casa de Mr. Perker, Job; tengo necesidad de él en seguida. Ved un negocio que creo que será bueno para nosotros. ¡Ah! ¡qué buena farsa! ¡hurrah! ¿Dónde está el señor?

Pero nadie respondió á estas preguntas, porque en cuanto Job supo de que se trataba, había partido como un furioso, y mistress Bardell se había desvanecido por completo.

CAPITULO XLVII

Dedicado principalmente á los negocios del interés y la ventaja personal de Dodson y Fogg. Reparación de Mr. Winkle en circunstancias extraordinarias. La benevolencia de Mr. Pickwick es más fuerte que su obstinación.

Job Trotter, sin disminuir en nada su rapidez, corrió á todo lo largo de Holborn. Unas veces se abría paso por en medio de la calle, otras por la acera, otras por el arroyo, siguiendo el lugar por donde veía más probabilidades de avanzar en medio del tropel de carruajes, de hombres, de mujeres y de chicos, que atestaban la larga calle, sin reparar en ninguna clase de obstáculos. No se detuvo ni un segundo hasta llegar á la puerta de Gray's Inn; apesar de toda su diligencia, hacia media hora que se había cerrado cuando llegó, y antes que hubiese descubierto el ama de gobierno de Mr. Perker, que vivía con una de sus hijas, casada con un depen-

diente de comercio no residente, que vivía en cierto número de cierta calle, cerca de cierta carbonería, algo detrás de Gray's Inn Lane, no faltaban más que quince minutos para que sonase la hora de cerrar la prisión por la noche. Era necesario desenterrar todavía á Mr. Lowten en el antelocutorio de la *María y el Tronco*, y apenas le había comunicado Job el mensaje de Sam, cuando sonaron las diez.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Lowten; — no podréis volver esta noche, es muy tarde. Habéis tomado la llave de los campos, amigo mío.

—No os ocupéis de mí, — replicó Job; — yo puedo dormir, no importa dónde; pero sería conveniente ver esta noche á Mr. Perker, para que pueda conocer nuestro asunto mañana por la mañana.

—Mirad, — contestó Lowten después de reflexionar algunos instantes; — si se tratase de cualquier otra persona, no le gustaría á Perker que fuera á molestarle; pero como se trata de Mr. Pickwick, creo que puedo permitirme tomar un cabriolet por cuenta de los gastos del estudio para ir á buscarlo.

Habiéndose dedicado Mr. Lowten á seguir esta conducta, tomó su sombrero, rogó á la sociedad que hiciese ocupar su sillón por un vicepresidente durante su ausencia temporal, condujo á Job á la parada de coches más cercana, y escogiendo el de apariencia más rápida, dió al cochero estas señas: *Montagne Place, Russell Square*.

Mr. Perker había tenido gente á comer, como lo atestiguaban las luces que se percibían por las ventanas, el sonido de un piano cuadrado perfeccionado de salón, y el de una voz perfeccionable también de salón, que se escapaban por las mismas ventanas; todo, unido al olor un poco fuerte de vituallas, henchía la escalera. Era el hecho que un par de excelentes agentes de provincias habían ido á Londres, y Mr. Perker había reunido una agradable sociedad para recibirlos. Eran Mr Snicks, el secretario de la oficina de seguros sobre la vida; mister Prostant, el célebre abogado; tres procuradores, un comisario, un banquero quebrado, un abogado especial del Temple y su discípulo, pequeño joven de aire decidido, que había escrito un libro muy interesante sobre las leyes mortuorias, enriquecido con una porción de notas magistrales, y varios otros personajes tan amables como distinguidos.

Tal era la reunión de que se separó el pequeño Perker cuando se le anunció en voz baja que su pasante tenía que hablarle.

Al llegar al comedor encontró á Mr. Lowten con

Job. Un candil, colocado en una mesa, alumbraba bastante medianamente, porque el principal gastador en otras cosas, sentía un desprecio bien natural hacia un pasante y todo lo del estudio, y no se había dignado mandar que se dieran otras luces.

—¿Qué es lo que hay de nuevo, Lowten? — preguntó Perker cerrando la puerta. — ¿Ha llegado alguna carta con algún paquete importante?

—No señor; pero ved aquí un mensajero de mister Pickwick.

—¿De Pickwick? — dijo el hombrecillo volviéndose vivamente hacia Job. — ¿Y qué es lo que hay?

—Dodson y Fogg han hecho encerrar á mistress Bardell por los gastos de su negocio.

—¡Imposible! — exclamó Perker.

—Parece que han hecho que les de un pagaré después del juramento.

—¡Por Júpiter! — exclamó Mr. Perker sacando las manos de sus bolsillos y golpeando enfáticamente el dorso de su derecha con la palma de la izquierda; — ¡por Júpiter, que esos bribones son los más hábiles que he visto!

—Y los más astutos que yo he conocido, señor, — añadió Lowten.

—Lo creo; no se sabe nunca por dónde cogerlos.

—Y tanta verdad como es eso, señor, — respondió Lowten.

Ambos, pasante y abogado, permanecieron silenciosos durante algunos minutos, con la fisonomía animada como si se hubieren hallado ocupados en reflexionar sobre uno de los más grandes descubrimientos que hayan podido enorgullecer la inteligencia humana. Cuando volvieron de aquel transporte de admiración, se descargó Job Trotter del resto de la comisión.

Perker inclinó la cabeza con aire pensativo, sacó después su reloj y dijo:

—Mañana, á las diez en punto, estaré allí. Sam tiene razón; decidse de mi parte. ¿Queréis tomar un vaso de vino, Lowten?

—Señor, os doy las gracias.

—Supongo que queréis decir que sí, — continuó el hombrecito cogiendo una botella y dos vasos.

Como efectivamente Lowten quería decir que sí, no añadió nada; pero dirigiéndose á Job, le preguntó á media voz, aunque bastante alto para que pudiera oírle Perker, si el retrato de este, que estaba colgado sobre la chimenea, no era un milagro de parecido. Job respondió necesariamente que sí, y después de estar servido el vino, bebió Lowten á la salud de Mr. Perker y de

sus hijos, y Job á la de Mr. Perker. Apesar de tanta atención, el caballero de los calzones de estambre no consideró como parte de su deber volver á acompañar á las gentes del estudio, ni valerse de la campanilla, por lo que nuestros dos mensajeros tuvieron que arreglarse por sí mismos para salir. El abogado volvió á entrar en el salón, el pasante en su taberna y Job en el mercado de Covent-Garden, para pasar allí la noche en un puesto de legumbres.

A la mañana siguiente, puntualmente á la hora marcada, el buen abogadillo llamó á la puerta de Mr. Pickwick. Sam le abrió apresuradamente.

—Mr. Perker, — dijo á Mr. Pickwick, que estaba sentado junto á la ventana en una actitud pensativa. Después de esto añadió:

—Me alegro mucho, señor, de que por casualidad hayáis venido; supongo que el señor ha de tener algo que decirnos.

Perker hizo comprender á Sam con una guiñada de inteligencia que no hablaría de su mensaje, y habiéndole hecho señal de que se acercara, le deslizó algunas palabras al oído.

—¿De veras, señor? ¿Es posible? — exclamó Sam retrocediendo de sorpresa.

Perker sonrió é hizo un gesto afirmativo. Sam miró al abogadillo, luego á Mr. Pickwick, después al techo, y después al abogado nuevamente; sonrió, empezó á reír á carcajadas, cogió su sombrero y desapareció sin más explicaciones.

—¿Qué significa todo eso? — preguntó Mr. Pickwick mirando á Perker con sorpresa. — ¿Qué es lo que ha puesto á Sam en ese estado extraordinario?

—¡Oh! nada, nada, — contestó el hombrecillo; — pero aproximad vuestra silla á la mesa, querido amigo, que tengo muchas cosas que decirnos.

—¿Qué papeles son esos? — preguntó Mr. Pickwick, viendo depositar al abogado sobre la mesa un legajo atado con una cinta roja.

—Los papeles de Bardell y de Pickwick, replicó Perker desatando la cinta con los dientes.

El filósofo hizo girar su sillón hacia la mesa, cruzó los brazos y miró á su abogado con aire severo, en tanto cuanto podía Mr. Pickwick tomar este aire.

—¿No os gusta oír hablar de esos asuntos? — prosiguió el hombrecillo, aún ocupado con su nudo.

—No, en verdad.

—Pues lo siento mucho, porque ese va á ser el asunto de nuestra conversación, y...

—Perker, — interrumpió precipitadamente mister

Pickwick, — desearía mejor que ese asunto no fuese jamás mencionado entre nosotros.

— ¡Bah! ¡bah! querido, — replicó el abogado deshaciendo su lío y mirando á su cliente con el rabo del ojo; — es indispensable que hablemos de ello. He venido aquí expresamente por ello, y es necesario que os dispongáis á oír lo que voy á deciros. No os apresuréis; si no estáis dispuesto, puedo aguardar; he traído un periódico y estaré á vuestras órdenes cuando queráis. Vedlo.

Al hablar así, el piquenito cruzó las piernas y aparentó ponerse á leer el *Times* con mucha tranquilidad y aplicación.

— Vamos, — dijo Mr. Pickwick con un suspiro que terminó, sin embargo, en una sonrisa; — Decid lo que queráis. Supongo que se trata aún de la vieja.

— Con una diferencia, mi querido amigo, — replicó Perker cerrando cuidadosamente el diario y metiéndolo en el bolsillo. — Mistress Bardell, la demandante, está bajo estos muros, señor.

— Ya lo sé.

— Muy bien; ¿y supongo que sabréis cómo ha venido? Quiero decir por qué causa y á petición de quién.

— Sí; es decir, he oído la versión de Sam sobre ello, — respondió Mr. Pickwick con indiferencia afectada.

— Estoy persuadido de que la versión de Sam será perfectamente correcta; ahora, mi querido amigo, he aquí la primera pregunta que tengo que dirigirós; ¿esa mujer debe permanecer aquí?

— ¿Permanecer aquí? — interrumpió Mr. Pickwick.

— Permanecer aquí, querido, — replicó Perker apoyándose en el respaldo de la silla y mirando fijamente á su cliente.

— ¿Y á qué preguntarme eso á mí? Eso depende de Dodson y Fogg; vos lo sabéis bien.

— Yo no sé nada de eso, — contestó Perker con firmeza. — Eso no depende ni de Dodson ni de Fogg; conocéis á los personajes tan bien como yo; eso depende única y enteramente de vos.

— ¿De mí? — exclamó Mr. Pickwick, levantándose con un movimiento nervioso y volviéndose á sentar en el momento.

El hombrecillo golpeó dos veces la tapa de su tabaquera, la abrió, tomó un polvo considerable, cerró la caja y articuló estas palabras:

— De vos solo; ya os he dicho, mi querido amigo, — prosiguió el abogado, á quien el polvo parecía haber dado más confianza, — ya os he dicho que su libertad próxima ó su eterna reclusión dependen de vos, y de vos sólo. Escuchadme hata el fin si queréis, y no desperdi-

ciéis tanto la energía, porque eso no conduce á nada más que á haceros dudar. Os digó, — continuó el hombrecito, estableciendo cada proposición sobre la punta de sus dedos, que no hay nadie más que vos que pueda retirarla de este abismo de miserias, y que vos no podéis hacer eso, sino poniendo los gastos del proceso, los de la demandante y los del procesor, en manos de esos bribones de *Freiman's Court*. Vamos, tened calma, os lo suplico.

Durante este discurso el semblante de Mr. Pickwick había sufrido los cambios más extraordinarios y estaba á punto evidentemente de dejar estallar su indignación; sin embargo, calmó su rabia como pudo, y Perker, reanimando su argumentación, tomó otro polvo de tabaco y prosiguió como sigue:

— He visto á esa mujer esta mañana. Pagando los gastos podéis obtener un descargo pleno y entero á vuestro favor; y lo que será para vos, estoy seguro, mucho más agradable, una confesión voluntaria escrita por ella bajo la forma de una carta escrita á mí, declarando que desde el principio de este negocio ha sido imaginado, fomentado y proseguido por esos individuos Dodson y Fogg; que siento profundamente haber servido de instrumento para atormentaros, y que me suplica interceda cerca de vos para obtener vuestro perdón.

— Si yo pago los gastos por ella, — exclamó Mr. Pickwick con indignación. — ¡Maravilloso documento en verdad!

— Nada hay de sí en el negocio, querido, — replicó Perker con aire triunfante. — He aquí la carta de que hablo; ha sido llevada á mi estudio esta mañana á las nueve por otra mujer, antes que yo haya puesto el pie en la prisión, antes que yo haya tenido ninguna comunicación con mistress Bardell, os lo juro por mi honor.

El abogadito cogió de entre sus papeles la carta en cuestión, la puso delante de Mr. Pickwick y se atestó las narices de tabaco durante dos minutos consecutivos.

— ¿Y eso es todo lo que tenéis que decirme? — preguntó dulcemente Mr. Pickwick.

— Yo no puedo decir todavía si la estructura del pagaré y las pruebas que pondremos reunir sobre la conducción de todo el negocio, serán suficientes para justificar una acusación de captación contra los dos abogados. No lo espero, querido; son demasiado hábiles para ello, pero sí podré asegurar que estos hechos, tomados en conjunto, son suficientes para justificarlos á los ojos de todo hombre razonable. Ved ahora mi razonamiento: ciento cincuenta libras esterlinas, son números redondos, no son nada para vos... sí, su veredicto es erróneo, ya lo sé,

pero entre tanto han decidido según su conciencia y contra vos. Se os presenta una ocasión de colocaros en una posición más ventajosa que la que obtenéis permaneciendo aquí; porque creedme, querido, para las personas que no os conocen, vuestra firmeza no será más que una obstinación brutal, que una terquedad criminal. No podéis, pues, dudar en aprovecharos de una ocasión que os devuelve vuestra libertad, vuestra salud, vuestros amigos, vuestras ocupaciones, vuestros entretenimientos; que libra á vuestro fiel servidor de una reclusión igual á la duración de vuestra vida, y por encima de todo os permite vengaros de una manera magnánime y según vuestro corazón, haciendo salir á esa mujer de un receptáculo de miseria y de vicios, donde no se encerraría á ningún hombre si de mí dependiese, y donde no puede confinarse por lo tanto á una mujer, sin un refinamiento de barbarie. Pues bien, querido Pickwick, os lo pregunto, no como hombre de negocios, sino como vuestro verdadero amigo; ¿dejaréis escapar la ocasión de hacer tanto bien por la miserable consideración de que unas cuantas libras esterlinas pasarán al bolsillo de un par de bribones, respecto á los cuales no hay otra diferencia que la de que mientras más hayan ganado de esa manera, tratarán de ganar más todavía y serán cogidos por consiguiente más pronto en alguna bellaquería que los lleve á la ruina? Os he sometido, amigo mío, estas débiles é imperfectas observaciones, y os suplico que reflexionéis sobre ellas; pesadlas en vuestro juicio tanto tiempo como queráis; yo esperaré con paciencia vuestra respuesta.

Antes que Pickwick hubiera podido replicar, antes que Perker hubiese tomado el vigésimo polvo de tabaco, que imperativamente exigía un discurso tan largo, oyeron en el corredor un ligero cuchicheo, seguido de un golpe dado en la puerta.

—¡Qué fastidio! ¡qué tormento! — exclamó mister Pickwick evidentemente conmovido por el discurso de su amigo. — ¿Quién está ahí?

—Yo, señor, — respondió Sam haciendo ver su cabeza.

—No puedo hablaros en este momento, Sam; me ocupo de un negocio.

—Os pido perdón, señor, pero hay aquí una dama que tiene una cosa urgente que deciros.

—No puedo verla, — replicó Mr. Pickwick, que tenía la imaginación llena de las visiones de mistress Bardell.

—No puedo creer eso, — contestó Sam sacudiendo la cabeza. — Si supiéseis quién está ahí, imagino que cam-

biaríais de parecer.

—¿Quién es, pues? — preguntó Mr. Pickwick.

—¿Queréis verla, señor? — insistió Sam teniendo la puerta entreabierta, como si hubiera escondido detrás un animal curioso.

—Será necesario, supongo, — dijo el filósofo, mirando á Perker.

—Ea, pues! esto va á comenzar, — exclamó Sam. — Adelante; tirad de la cortina y entrad los dos conspiradores.

Hablando así, abrió Sam enteramente la puerta, y se vió á Mr. Nathaniel Winkle, conduciendo por la mano la joven lady que había llevado en Dingley-Dell los borceguis fforrados, y que formaba en aquella ocasión un seductor compuesto de confección, de encajes, de rubor y de seda lila.

—¡Miss Arabella Allen! — exclamó Mr. Pickwick levantándose de la silla.

—No, mi querido amigo; mistress Winkle, — respondió la joven cayendo de rodillas; — perdonadme, mi respetable amigo, perdonadme.

Mr. Pickwick podía creer apenas en el testimonio de sus sentidos, y acaso no se habría dado por satisfecho, si su testimonio no hubiese sido confirmado por la fisonomía sonriente de Mr. Perker y por la presencia corporal de Sam y de la linda doncella, que desde el fondo del cuadro parecía contemplar con viva satisfacción la escena.

—¡Oh! mister Pickwick, — dijo Arabella con voz trémula y como alarmada de su silencio. — ¿No me perdonaréis mi imprudencia?

Mr. Pickwick no dió respuesta verbal á esta pregunta, pero se quitó precipitadamente los anteojos, y cogiendo las dos manos de la joven lady entre las suyas, la besó un gran número de veces, (acaso un número de veces mayor del absolutamente necesario); en seguida reteniéndola entre sus brazos, dijo á Mr. Winkle que era un pillo muy audaz y le mandó levantarse; á mister Winkle, que hacía gran tiempo se estaba rascando la nariz con el borde de su sombrero, en señal de arrepentimiento, y Mr. Pickwick después de haberle dado unos golpecitos en la espalda, dió un afectuoso apretón de manos al abogadito. Este, por su parte, para no quedarse atrás en materia de cumplimientos en semejante ocasión, besó con la mejor y más entusiasta intención á la desposada y á la linda doncella, y después de haber sacudido cordialmente la mano de Mr. Winkle, completó sus demostraciones de alegría tomando una cantidad de tabaco suficiente para hacer estornudar durante el resto

de su vida á media docena de narices ordinarias.

—Veamos, querida niña, — dijo Mr. Pickwick; — ¿cómo ha pasado todo eso? Sentaos y contadme vuestra historia. ¡Qué linda es, Perker! — continuó el excelente señor contemplando el semblante de Arabella con tanto placer y orgullo, como si hubiera sido su propia hija.

—¡Deliciosa, mi querido amigo! Si yo no estuviera casado os tendría envidia, dichoso bribón, — dijo Perker dando un puñetazo en la cintura de Mr. Winkle, que este caballero le devolvió inmediatamente; después de esto el uno y el otro rieron á carcajadas, aunque no tan fuerte como Sam Weller, que acababa de calmar su emoción abrazando también á la linda criadita detrás de la puerta de un armario.

—Sam, — dijo Arabella con la más dulce sonrisa imaginable; — nunca podría expresaros bastante mi reconocimiento; me acordaré siempre de vuestros buenos servicios en el jardín de Clifton.

—No penséis en eso, señora — respondió Sam; — yo no he hecho en eso más que ayudar á la Naturaleza, como dijo el doctor á la madre del niño que había muerto de una sangría.

—Mary, hija mía, sentaos — dijo Mr. Pickwick, poniendo fin á estos cumplimientos; — conque veamos, ¿cuánto tiempo hacé que estáis casados?

Arabella miró con aire confuso á su señor y dueño, que contestó:

—Hace sólo tres días.

—¡Sólo tres días! ¿y qué es lo que habéis hecho durante estos tres meses?

—¡Ah, sí! he ahí la cuestión — interrumpió mister Perker; — ¿Cómo podéis excusar tanta lentitud? Ya veis, la sorpresa de Pickwick es sólo porque eso no se haya hecho antes.

—La verdad es — replicó Mr. Winkle mirando á la joven, que se ruborizó, — la verdad es que he gastado mucho tiempo en poder persuadir á Bella para que huiese conmigo, y que después de persuadida ha pasado también mucho tiempo antes de hallar una ocasión. Mary tenía necesidad además de estar prevenida con un mes de anticipación, para dejar su colocación, y nosotros no podíamos pasar sin su asistencia.

—Bajo mi palabra — exclamó Mr. Pickwick, que había vuelto á colocarse sus anteojos y contemplaba sucesivamente á Arabella y á Mr. Winkle con el aire más esponjado que pueden dar á una fisonomía humana la benevolencia y el contento; — bajo mi palabra que habéis procedido de una manera muy sistemática. ¿Y vuestro hermano, está enterado de todo esto, queridi-

ta mía?

—¡Oh, no, no! — respondió Arabella cambiando de color. — Por vos solamente, mi querido Mr. Pickwick, es por quien debe saberlo. Es tan violento, tan preocupado, y ha sido tan... tan parcial en este asunto por su amigo Mr. Sawyer, que temo horriblemente las consecuencias.

—¡Ah! sin duda alguna — añadió Perker gravemente. — Es necesario que os encarguéis de ese asunto, mi querido amigo. Esos jóvenes, que os respetan, no escusarían á otra persona. Sólo vos podéis prevenir una desgracia. ¡Malas cabezas! ¡malas cabezas!

Y el hombrecillo tomó un polvo de tabaco amenazador, haciendo una mueca llena de duda y de ansiedad.

—Pero, ángel mío — dijo Mr. Pickwick con voz dulce; — ¿olvidáis que estoy prisionero?

—¡Oh! no, en verdad, no lo olvido, ni lo he olvidado jamás; nunca he dejado de pensar en lo grandes que deben ser vuestros sufrimientos en este horrible lugar; mas yo espero que consentiréis en hacer por nuestra dicha lo que no habéis querido hacer por la vuestra. Si mi hermano sabe esta noticia por vuestra boca, estoy segura de que nos reconciliaremos. Es el solo pariente que tengo en el mundo, Mr. Pickwick, y si no abogáis por mi causa, temo perder hasta este último pariente. Yo he cometido una falta, una falta muy grande, lo sé...

Aquí la pobre Arabella ocultó el rostro en su pañuelo y se puso á llorar amargamente.

El buen natural de Mr. Pickwick no era á propósito para resistir las lágrimas; pero cuando mistress Winkle, secando sus ojos, se puso á acariciarle y á suplicarle con los acentos más dulces de su voz, su indecisión fué aun mayor y se sintió en una situación más violenta, como lo dejaba ver suficientemente frotando con movimiento nervioso los cristales de sus anteojos, la nariz, los botines, la cabeza y los pantalones.

Sacando ventajas de estos síntomas de indecisión, mister Perker, á cuya casa había arribado la joven pareja por la mañana, recordó con la habilidad de un hombre de negocios, que Mr. Winkle *senior* no tenía aun conocimiento del importante paso que había dado su hijo; que el bienestar futuro de dicho hijo dependía enteramente del afecto que siguiera profesándole Mr. Winkle *senior*; que este afecto sería más difícil de conservar á medida que se le ocultase por más tiempo el importante suceso; que trasladándose Mr. Pickwick á Bristol para ver á Mr. Allen, podría ir igualmente á Birmingham, para ver á Mr. Winkle *senior*; y que, en fin, pudiendo Mr. Winkle *senior* considerar á Mr. Pickwick

como el mentor, y por decirlo así, el tutor de su hijo, debía el mismo Mr. Pickwick informarle personalmente de todas las circunstancias del negocio y de la parte que en él había tomado.

Mr. Tupman y Mr. Snodgrass llegaron bastante á propósito á esta parte del informe, porque como era necesario enterarles de lo que había pasado, la totalidad de los argumentos, con las diversas razones en pro y en contra, fué revista de nuevo; después de lo cual, cada uno de los presentes repitió á su vez, á su manera y á su gusto, todos los razonamientos que pudo imaginar. Suplicado Mr. Pickwick, abrumado de razones capaces de echar por tierra todas sus resoluciones y hasta de turbar su razón, tomó á Arabella en sus brazos, declaró que era una criatura encantadora, que desde que la había visto había sentido un vivo afecto hacia ella, y añadió al fin que no tenía valor para oponerse á la felicidad de los dos jóvenes y que podían hacer de él todo lo que quisiesen.

En seguida que oyó Sam esta confesión, se apresuró á despachar á Job Trotter al ilustre Mr. Pell, para pedirle el descargo de que Mr. Weller había tenido cuidado de proveerle, en la previsión de que alguna circunstancia inesperada podría hacerle necesario inmediatamente. En seguida cambió todo el dinero contante que tenía por veinticinco galones de cerveza, que distribuyó por sí mismo en el juego de pelota á todos los que quisieron beberlo, y después de esto, recorrió la prisión lanzando hurras, hasta que habiendo perdido la voz, recuperó sus hábitos pacíficos y filosóficos.

A las tres dejó Mr. Pickwick para siempre su pequeña habitación, atravesando, no sin pena, la turba de deudores que se apretaba en torno suyo para estrecharle la mano. Cuando llegó á la puerta se volvió y sus ojos brillaron con un resplandor celeste. En aquella confusión de semblantes pálidos y enflaquecidos, no veía uno solo que no hubiera sido más desdichado aun sin su simpatía y sin su caridad.

—Perker — dijo al abogadito, haciendo señas á un joven para que se aproximara; — he aquí á Mr. Jingle, de quien ya os he hablado.

—Muy bien, amigo mío, muy bien — respondió el hombre de negocios, mirando á Jingle con ojo escrutador. — Mañana volveréis á verme, joven, y espero que os acordaréis durante toda vuestra vida de lo que os he de comunicar.

El ex comediante saludó respetuosamente, tomó con mano trémula lo que le ofrecía Mr. Pickwick y se retiró.

—¿Supongo que conocéis á Job? — continuó nuestro

filósofo presentándole á Mr. Perker.

—Sí, conozco á esta buena pieza, — respondió el interpelado en tono de buen humor. — Id á ver á nuestro amigo, y estad aquí mañana á la una; ¿lo oís? ¿No tenéis nada más que encargarme, Pickwick?

—Nada más. Sam, ¿habéis dado á vuestro huésped el paquetito que os he entregado para él?

—Sí, señor; se ha echado á llorar y ha dicho que erais muy bueno y muy generoso, pero que desearía mejor que le hicierais inocular una buena apoplejía, en vista de que su viejo amigo, con quien ha vivido tanto tiempo, ha muerto, y de que él no podrá encontrar jamás otro.

—¡Pobre hombre! — dijo Mr. Pickwick; — ¡pobre hombre! Ea, ¡que Dios os bendiga, amigos míos!

Al despedirse el excelente señor de aquella manera, lanzó la multitud una ruidosa aclamación, y muchos individuos se precipitaron hacia él para estrechar de nuevo sus manos; pero él pasó su brazo por debajo del de Perker y se apresuró á salir de aquella casa, mucho más triste en aquel instante que cuando entró. ¡Ay! ¡cuántos seres infortunados quedaban detrás de él, y cuántos permanecen aun allí!

Aquella noche fué deliciosa para la sociedad que se había reunido en el hotel de *Jorge y el cuervo*. A la mañana siguiente salieron de aquel albergue hospitalario dos corazones ligeros y gozosos, cuyos propietarios eran Mr. Pickwick y Sam Weller. El primero fué depositado bien pronto en el interior de una buena silla de posta, y el segundo montó ligeramente en el asiento delantero.

—¡Señor! — gritó el criado á su amo.

—¿Qué hay, Sam? — respondió Mr. Pickwick, sacando la cabeza por la portezuela.

—Desearía que estos caballos hubiesen estado tres meses en prisión, señor.

—Y por qué, Sam?

—A fe mía — exclamó Sam frotándose las manos, — porque tomarían el galope más que aprisa.

CAPITULO XLVIII

De cómo Mr. Pickwick, con ayuda de Sam, procuró ablandar el corazón de Mr. Benjamin Allen y calmar el enojo de Mr. Roberto Sawyer.

Mr. Ben Allen y Mr. Bob, sentados frente á frente en la trastienda, se ocupaban en devorar un guiso de ternera y en hacer proyectos para el porvenir, recayendo naturalmente la conversación acerca de la clientela adquirida por Bob y sobre sus probabilidades de conseguir una renta suficiente, por medio de la honrosa profesión á que se había dedicado.

—Algo dudosas las creo — dijo el joven siguiendo el hilo de la conversación.

—¿Algo dudosas? — repitió Mr. Ben Allen.

Y después de haber avivado su inteligencia con un vaso de cerveza, añadió:

—¿Qué es lo que halláis algo dudoso?

—Las probabilidades de hacer fortuna.

—Ya lo había olvidado, Bob; la cerveza acaba de hacerme recordar que lo había olvidado. Es cierto, son dudosas.

—Es admirable — repuso Bob con aire reflexivo, — cómo me favorecen esas pobres gentes; llaman a mi puerta á todas las horas de la noche, toman una cantidad fabulosa de medicamentos, se ponen vegigatorios y sanguijuelas con una perseverancia digna de mejor suerte, y aumentan su familia de un modo verdaderamente hiperbólico; ¡seis letras de cambio que vencen en un mismo día, y todas confiadas á mi cuidado, Ben!

—Eso es muy consolador — contestó Mr. Ben Allen aproximándose al plato del guiso.

—¡Oh! ciertamente; esta clientela estaba perfectamente descrita en el anuncio; es una clientela... una clientela muy hermosa y nada más.

—Bob — dijo Mr. Ben Allen posando su cuchillo y su tenedor y mirando fijamente á su amigo. — Bob, voy á decirlo que es preciso hacer.

—Veamos.

—Es necesario que os hagáis dueño, tan pronto como os sea posible, de las mil libras esterlinas (25.000 francos) de Arabella.

—En treses consolidados, actualmente inscritos á su nombre, sobre el libro del gobernador y de la compañía del Banco de Inglaterra — añadió Bob Sawyer empleando la fraseología legal.

—Exactamente; ella disfrutará de esa fortuna á su mayor edad, ó cuando llegue á casarse; aun le falta un año para ser mayor, y si tuvieseis el suficiente atrevimiento, no se pasaría un mes sin que estuviese casada.

—Es una criatura encantadora, deliciosa, Ben; no tiene más que un defecto, que es á la vez una falta de buen gusto, y es que no me ama.

—Yo creo que no sabe á quién ama — replicó Mr. Ben con tono desdenoso.

—Es posible; pero yo creo que sabe á quién no ama, y esto es mucho más grave.

—Yo quisiera — exclamó Ben Allen apretando los dientes y hablando como un grosero salvaje que devora la carne dura de un lobo, después de haberle despedazado con sus uñas, más bien que como un caballero civilizado que come un guiso de ternera con cuchillo y tenedor; quisiera saber si hay algún miserable que haya intentado ganar su afecto; creo que le asesinaría, Bob.

—Si yo le encontrase — respondió Mr. Sawyer deteniéndose en medio de un largo trago de cerveza (*porter*) y mirando con aire feroz por cima del vaso, si yo le encontrara, le metería una bala en el vientre, y si no era bastante, le mataría extrayéndosela luego.

Benjamin miró pensativa y silenciosamente á su amigo durante algunos minutos, y luego dijo:

—¿No le habéis hecho nunca proposiciones directas, Bob?

—No; porque sabía que nada adelantaría.

—Se las haréis antes de veinticuatro horas, — repuso Ben con la calma de la desesperación. — Se casará con vos ó... dirá por qué no lo hace. Yo emplearé toda mi autoridad.

—Bien, vamos.

—Sí, amigo mío; veremos — repitió Ben Allen con acento feroz.

Calló durante algunos segundos, y añadió con voz reprimida por la emoción:

—La habéis amado desde su infancia, amigo mío; la amabais cuando estábamos juntos en el colegio, y desde entonces ella se hacía la gazmoña y desdenaba vuestra juvenil ternura. ¿Recordáis que un día, con todo el calor de un amor de niño, la instabais á que

aceptase una manzana y dos bizcochos anisados, envueltos en la cubierta de uno de vuestros cuadernos de escritura?

—Sí, lo recuerdo.

—¿Y os desairó sin duda?

—Sí; me dijo que yo había guardado largo tiempo el paquete en el bolsillo de mi pantalón, y que la manzana había adquirido un color desagradable.

—Me acuerdo de ello — respondió Mr. Allen con aire sombrío, — y que nos la comimos al punto, mordiendo en ella alternativamente.

Bob Sawyer recordó por un melancólico fruncimiento de cejas que también recordaba esta misma circunstancia, y los dos amigos permanecieron durante algunos minutos absortos en sus meditaciones.

Mientras se cambiaban estas reflexiones entre mister Bob Sawyer y Mr. Benjamin Allen, y mientras que el mozo de librea gris, admirándose de la inusitada prolividad de la comida, presagiando tristemente respecto de la cantidad del guiso de ternera que podría resultar sobrante, dirigía de vez en cuando una mirada llena de ansiedad al través de la puerta vidriera, un carruaje rodaba pacíficamente por las calles de Bristol. Era una especie de cupé, pintado de un triste color verde, tirado por un caballo cansado, y conducido por un hombre de aspecto taciturno, cuyas piernas estaban cubiertas como las de un *groom*, vestido por lo demás, exactamente como un cochero. Estas trazas son comunes á muchos carruajes sostenidos por viejas señoras económicas; y en efecto, en el de que nos ocupamos venía sentada una señora anciana, que se jactaba de ser su propietaria.

—¡Martín! — dijo la dama llamando al hombre taciturno por el vidrio de la ventanilla de enfrente.

—¿Qué se os ofrece? — respondió el aludido llevando la mano al sombrero.

—A casa de Mr. Sawyer.

—Allá iba.

La anciana hizo un signo de satisfacción á esta prueba de inteligencia de su sirviente; y éste, dando un fuerte latigazo al cansado animal, consiguió que á poco estuviesen delante de la casa de Mr. Bob Sawyer.

—Martín — dijo la dama cuando el carruaje se detuvo á la puerta de Mr. Bob Sawyer, sucesor de Nockemorf, — decid al mozo que tenga cuidado del caballo.

—Mejor lo cuidaré yo mismo — respondió el cochero-groom, posando el látigo sobre el imperial del cupé.

—No, es imposible; porque como vuestro testimonio

será muy interesante, quiero que entréis conmigo en la casa, y que no os separéis de mi lado durante la entrevista, ¿entendéis?

—Entiendo.

—¡Y bien! ¿qué os detiene?

—Nada.

Al pronunciar esta palabra, descendió pausadamente, llamó al mozo de librea gris, abrió la portezuela, bajó el estribo, y extendiendo su mano, envuelta en un guante de gamo de color obscuro, atrajo á la dama con tan poco cuidado como si se hubiera tratado de un lío de ropa.

—¡Ay! — exclamó la anciana; — ahora que por fin me hallo aquí, me siento tan agitada que estoy toda temblando.

Mr. Martín tosió afectadamente, cubriendo la boca con la mano, pero no dió otra señal de simpatía; la dama se calmó, y seguida de su criado, subió á la habitación de Mr. Bob Sawyer.

Tan luego como entró en la tienda, MMrs. Ben Allen y Bob Sawyer, que se habían apresurado á hacer desaparecer los licores y á esparcir drogas nauseabundas, para disimular el olor del tabaco, salieron á su encuentro manifestando transportes de placer y afecto.

—Mi querida tía — exclamó Benjamín; — ¡qué buena sois en haber venido á vernos! Tía, Mr. Sawyer, mi amigo; Mr. Sawyer, de quien ya os he hablado...

Aquí Mr. Ben Allen, en quien las frecuentes libaciones no dejaban de haber hecho algún efecto, añadió la palabra *Arabella* con un tono de voz que él creyó débil como un murmullo, pero que en realidad fué tan vigoroso y distinto, que ninguno hubiera podido dispensarse de oírlo, aun cuando para ello hubiera empleado toda la fuerza de voluntad posible.

—Mi querido Benjamín — dijo la anciana, que se esforzaba en recobrar su tranquilidad y que estaba temblando de pies á cabeza, — no os alarméis, hijo mío... pero creo que me será mejor hablar en particular á mister Sawyer por un instante, tan sólo por un instante.

—Bob — dijo Mr. Allen; — ¿queréis conducir á mi tía al laboratorio?

—Ciertamente — contestó Bob con tono profesional.

—Pasad por aquí, mi querida señora; no tengáis ningún temor, pues estoy persuadido de que lo remediarémos todo en muy poco tiempo. Aquí, mi querida señora; ya os escucho.

Hablando de este modo, Mr. Bob Sawyer conducía á la anciana lady á un sillón, cerraba la puerta, aproximaba una silla y esperaba á que le detallase los sín-

tomas de alguna enfermedad, de la que ya calculaba el provecho probable que podría ofrecerle.

Lo primero que hizo la anciana señora fué mover la cabeza repetidas veces y ponerse á llorar.

— Los nervios agitados — dijo el cirujano con complacencia; — bebida alcanforada, tres veces durante el día y una poción calmante á la noche.

— No sé por dónde principiar, Mr. Sawyer. Es tan triste, tan doloroso...

— No os atormentéis, señora; adivino lo que queréis decir. La cabeza está enferma.

— Me desesperaría el creer que lo estuviese el corazón, — repuso la dama con un profundo suspiro.

— No hay ni el más ligero peligro, señora; el estómago es la causa primitiva.

— ¡Mr. Sawyer! — exclamó la anciana estremeciéndose.

— No hay en ello la menor duda — prosiguió Bob con aire prodigiosamente sabio. — Un medicamento en tiempo oportuno hubiera prevenido todo esto.

— Mr. Sawyer — repitió la anciana con mayor agitación que antes; — esa conducta es impertinente, á menos de provenir de que no comprendéis el objeto de mi visita. Si hubiese sido dado á la medicina ó á la prudencia humana prevenir lo que ha sucedido, seguramente que no lo hubiera sufrido. Pero mejor será que hable á mi sobrino, — añadió estrujando con indignación su ridículo y levantándose al mismo tiempo.

— Esperad un momento, señora; temo no haberos comprendido bien. ¿De qué se trata?

— Mi sobrina, Mr. Sawyer, la hermana de vuestro amigo...

— Sí, señora — interrumpió Bob con impaciencia, porque la anciana lady, aunque en extremo agitada, hablaba con la más atormentadora lentitud; — sí, señora...

— Ha abandonado mi casa, Mr. Sawyer, hace cuatro días, bajo el pretexto de visitar á mi hermana, su tía, que tiene una gran pensión de señoritas al fin de la tercera milla, en donde hay un ebanista y una puerta de encina.

Al llegar aquí, la anciana se detuvo para enjugarse las lágrimas.

— Lleve el diablo al ebanista — exclamó Job, á quien la ansiedad hacía olvidar su dignidad facultativa. — Abreviad, yo os lo suplico.

— Esta mañana — continuó la dama con lentitud, — esta mañana, ella...

— Supongo que ha vuelto — interrumpió Bob con

viveza; — ¿no es verdad que ha vuelto?

— No, no ha vuelto; ha escrito.

— ¿Y qué dice? — preguntó Bob con impaciencia.

— Dice, Mr. Sawyer, y para esto os suplico que preparéis el ánimo de Benjamin, lenta, gradualmente, dice que es... tengo la carta en mi bolsillo, pero he dejado los anteojos en el carruaje, y sin ellos sería tiempo perdido ensayar mostraros el párrafo; en una palabra, dice que está casada.

— ¡Cómo! — dijo, ó más bien aulló Mr. Bob Sawyer.

— Casada — repitió la dama.

Bob no escuchó más; pero lanzándose del laboratorio á la tienda, gritó con voz de estentor:

— ¡Ben, hijo mío, Arabella ha levantado el campo!

Mr. Ben Allen, cuyas rodillas se elevaban cerca de medio pie sobre la cabeza, estaba próximo á dormirse tras el mostrador.

Apenas hubo oído tan pavorosa nueva, se precipitó sobre Martin, y enredando su mano en la corbata de este taciturno observador, expresó la benévola intención de estrangularle, lo cual principiaba efectivamente á ejecutar con esa rapidez que con frecuencia produce la desesperación, y que denotaba gran vigor y destreza quirúrgica.

Mr. Martin, que no era hombre afluente, que tenía poca confianza en sus dotes oratorias, se sometió durante algunos segundos á esta operación, con una fisonomía tranquila y complaciente. Apercibiéndose no obstante, que debía colocarle muy pronto en disposición de no poder reclamar nunca sus salarios, murmuró algunas representaciones, que no llegaron á articularse, y de un puñetazo tendió en tierra á Mr. Benjamin Allen; pero se vió obligado á seguirle en su caída, porque el templado joven no había soltado la corbata. Estaban, pues, los dos en el suelo, en actitud de continuar la lucha, cuando se abrió la puerta de la tienda, entrando dos inesperados personajes, Mr. Pickwick y Sam Weller.

En presencia de este espectáculo, la primera impresión de Sam fué que Martin estaba pagado por el establecimiento de Sawyer, sucesor de Nockemorf, para tomar algún medicamento violento, ó para tener algún acceso y someterse al experimento, ó para tragar alguna que otra vez algún veneno para atestiguar la eficacia de algún nuevo antídoto, ó para hacer no importa qué, en interés de la ciencia médica, y satisfacer el ardiente deseo de instrucción que ardía en el seno de los dos jóvenes profesores. Así es que, sin permitirse la menor intervención, Sam permaneció completamente tranquilo, esperando con apariencias del más vivo interés, el resul-

tado de la experiencia; pero no sucedió lo mismo á mister Pickwick, el cual se precipitó con su acostumbrada energía entre los dos combatientes, excitando á grandes gritos á los espectadores á que los separaran.

Esto deshabló á Mr. Sawyer, quien hasta entonces había permanecido como paralizado por el frenesí de su compañero. Con su ayuda, Mr. Pickwick puso en pie á Ben Allen; en cuanto á Martín, viéndose solo sobre el pavimento, se levantó mirando en su derredor.

—¿Qué ha sucedido, Mr. Allen? — dijo Mr. Pickwick.

—Eso atañe á mí, caballero — replicó Benjamín con provocativa altanería.

—¿Qué es lo que tiene? — preguntó Mr. Pickwick, volviéndose hacia Bob; — ¿se halla tal vez indispuerto?

Antes que el farmacéutico hubiese podido replicar, Ben Allen estrechó la mano de Mr. Pickwick y murmuró con voz doliente:

—¡Mi hermana, caballero, mi hermana!

—¿Es eso todo? — respondió Mr. Pickwick; — espero que nosotros arreglaremos ese asunto. Vuestra hermana está buena y en perfecta seguridad, mi querido caballero; yo estoy aquí para...

—Perdón, caballero — interrumpió Sam, que acababa de mirar por la puerta vidriera disgustado de hacer algo que pudiera interrumpir estas agradables operaciones; — pero hay allá adentro otra experiencia que hacer; una venerable anciana tendida sobre la alfombra, y que espera ser disecada, ó galvanizada, ó cualquier otra invención resucitante ó científica.

—¡La había olvidado! — exclamó Mr. Allen; — es mi tía.

—¡Bondad divina! — dijo Mr. Pickwick. — ¡Pobre señora! Con dulzura, Sam, con dulzura.

—Graciosa situación para un miembro de familia — observó Sam, colocando á la tía sobre una silla; — vamos, practicante, traed sales.

Esta última frase iba dirigida al mozo de librea gris, que había confiado el cupé á un watchmar y había entrado para saber qué significaba tanto ruido. Gracias á sus cuidados, á los de Mr. Bob Sawyer y á los de mister Ben Allen, que habiendo sido causa por su violencia del desmayo de su tía, se mostraba lleno de tierna solicitud para hacerla volver en sí, la anciana recobró los sentidos, y entonces el afectuoso sobrino, volviéndose hacia Mr. Pickwick con fisonomía dolorosamente contraída, le preguntó qué era lo que iba á decir cuando había sido interrumpido de una manera tan alarmante.

—¿Supongo que aquí no hay más que amigos? —

dijo Mr. Pickwick tosiendo para aclarar la voz y mirando al cochero Martín.

Esto recordó á Bob Sawyer que el mozo de librea gris estaba allí volviéndose todo ojos y oídos. Lo cogió por el cuello del vestido, y habiéndole echado fuera, dijo á mister Pickwick que podía hablar sin reserva.

—Vuestra hermana, mi querido caballero, — dijo el filósofo volviéndose hacia Ben Allen, — está en Londres, Luena y feliz.

—No es su felicidad el blanco de mis aspiraciones, caballero — respondió el amable hermano haciendo con la mano un gesto desdenoso.

Su marido sí que será para mí un blanco á doce pasos de distancia, — exclamó Bob, — y he de hacer una criba de ese cobarde bribón.

—Deteneos, caballero, — interrumpió Mr. Pickwick; — y antes de aplicar esos epítetos al caballero en cuestión, considerad á sangre fría la extensión de su falta, y acordaos sobre todo que es amigo mío.

—¡Cómo! — exclamó Mr. Bob Sawyer.

—¿Su nombre? — gritó Ben Allen; — ¿su nombre?

—Mr. Nathaniel Winkle — replicó Mr. Pickwick con firmeza.

A este nombre, Benjamín aplastó con disimulo sus anteojos con el tacón de la bota, recogió los fragmentos, que colocó en tres diferentes bolsillos, cruzó los brazos, se mordió los labios y lanzó miradas amenazadoras sobre la fisonomía dulce y tranquila de Mr. Pickwick. Al fin, rompiendo el silencio, dijo:

—¿Sois pues, vos, caballero, quien ha impulsado y confeccionado este matrimonio?

—Y yo supongo — interrumpió la anciana — que es el criado del señor á quien se ha visto rondar mi casa para tratar de sobornar á los míos, Martín.

—¿Qué? — contestó éste avanzando.

—Es este el joven á quien habéis visto en la calle y de quien me habéis hablado esta mañana?

Mr. Martín, que como ya se ha visto, era lacónico, se acercó á Sam, hizo una señal afirmativa con la cabeza, murmurando: «Este es el hombre.» Sam, que nunca era orgulloso, le dirigió una sonrisa amistosa y confesó en términos corteses que en efecto había visto á aquel botijo en alguna parte.

—¡Y yo — exclamó Benjamín — que he estado á punto de estrangular á ese fiel servidor! Mr. Pickwick, ¿cómo habéis tenido la audacia de consentir que ese individuo haya tenido participación en el rapto de mi hermana? Os suplico que me lo expliquéis, caballero.

—¡Sí, caballero — añadió Bob con violencia — ¡espli-

cadlo!

— ¡Es una conspiración! — repuso Ben.
— ¡Una verdadera trampa! — continuó Bob.
— ¡Un ardid vergonzoso! — prosiguió la anciana.
— En fin, os han engañado — observó Mr. Martin.
— Escuchadme, os ruego — dijo Mr. Pickwick, mientras que Mr. Ben Allen, humedeciendo copiosamente su pañuelo, se dejaba caer sobre el sillón en que sangraba á los enfermos. — Yo nada he intervenido en esto, salvo el haber querido estar presente á una entrevista entre los dos jóvenes, que no podía impedir, y de la que pensaba alejar toda razón de inconveniencia. He aquí toda la parte que he tomado en este asunto; y aun entonces estaba lejos de suponer que se tratase de un casamiento inmediato. Sin embargo — añadió Mr. Pickwick inmediatamente, — notad bien que no digo que lo hubiese impedido, aun cuando lo hubiese sabido.

— ¿Oís esto? — repuso Benjamín Allen; — ¿lo habéis oído todos?

— Así lo creo — prosiguió tranquilamente el filósofo mirando en derredor; — y espero que oirán también lo que me resta decir. — añadió en voz más alta y con rostro más animado, — y es que habéis obrado injustamente pretendiendo violentar las inclinaciones de vuestra hermana, cuando por el contrario, debierais haber procurado substituir á sus padres que perdió desde la infancia, por medio de vuestra ternura y complacencia. Respecto de mi joven amigo, diré tan sólo que relativamente á la fortuna, su posición es igual si no superior á la vuestra, y que rehusó positivamente oír una palabra más acerca de esto, á menos de expresarse con la conveniente moderación.

— Desearía añadir algunas observaciones á lo que ha expuesto el caballero que acaba de ocupar la tribuna — dijo entonces Sam adelantándose. — Una persona de la honorable sociedad me ha llamado individuo...

— Eso nada tiene que ver con la cuestión, Sam — interrumpió Mr. Pickwick; — callaos si queréis.

— Ceso, pues de hablar acerca de ello. Pero quizá cree el otro caballero que era él objeto de un afecto anterior, y no es así, supuesto que la joven lady ha declarado desde el principio que no podía sufrirlo; así es que nadie se ha dado por ofendido, y seguramente no se hallaría más adelantado, aun cuando la joven lady no hubiese visto jamás á Mr. Winkle. He aquí lo que deseaba observar, y espero que habré tranquilizado á ese caballero.

Una corta pausa siguió á esta consoladora observación, después de la cual, Mr. Ben Allen, levantándose

del sillón, protestó que jamás volvería á ver á Arabella, mientras que Mr. Bob, no obstante las lisonjeras seguridades de Sam, continuaba jurando que tomaría terrible venganza del afortunado marido.

Pero precisamente cuando el asunto había tomado este giro amenazador, Mr. Pickwick halló un aliado inesperado y poderoso en la anciana señora, admirada del modo con que había defendido la causa de su sobrina. Se acercó, pues, á Ben Allen y se aventuró á dirigirle algunas reflexiones consoladoras, siendo las principales que después de todo era de apreciar que la cosa no hubiese sido peor; que convendría hablar de ello lo menos posible; que al fin y al cabo no se había probado que fuera una tan grande desgracia; que lo hecho, hecho estaba; y que es preciso saber sufrir lo que no puede impedirse; con otros diferentes apotegmas de igual novedad y alcance.

A todo esto, Mr. Benjamín replicó que ni él ni ninguno de los presentes trataba de faltar al respeto á su tía; pero que siéndole igual y permitiéndole obrar á su gusto, él preferiría tener el gusto de aborrecer á su hermana hasta la muerte, y aun hasta más allá.

Al fin, y después de haberse anunciado cincuenta veces esta determinación, la anciana señora, levantándose repentinamente, preguntó con ademán majestuoso qué es lo que ella había hecho para no merecer ningún respeto á su edad y para verse obligada á suplicar á su propio sobrino, cuya historia podría contar desde cerca de veinticinco años antes de su nacimiento, y á quien había conocido antes de que le saliera el primer diente, sin contar con que había estado presente la primera vez que le cortaron el cabello, y había asistido igualmente á otra multitud de ceremonias de la infancia, de bastante importancia cada una de ellas, para merecer por siempre su afecto, obediencia y veneración.

Mientras que la buena señora exorcizaba así á mister Ben Allen, Mr. Pickwick se había retirado al laboratorio con Mr. Bob Sawyer, y éste, durante su conversación, había aplicado muchas veces á su boca cierta botella negra, bajo cuya influencia sus facciones habían ido tomando gradualmente una expresión tranquila y hasta jovial. Al fin, salió de la habitación botella en mano, y haciendo observar que sentía muchísimo haberse conducido como un loco, propuso beber á la salud y felicidad de mister y mistress Winkle, cuya satisfacción veía con tan poca envidia, que sería el primero en darles sus parabienes. Al oír esto, Mr. Ben Allen se levantó repentinamente de su asiento, tomó la botella negra, y brindó, bebiendo de tan buena gana, que su cara se

puso casi tan negra como la botella, porque el licor que contenía era bastante fuerte. En fin, la botella negra fué pasando de uno á otro, hasta que quedó vacía, y se cambiaron tantos apretones de manos y tantos cumplimientos, que hasta en la helada fisonomía de Mr. Martin llegó á dibujarse una sonrisa.

—Y ahora — dijo Bob frotándose las manos, — vamos á terminar la noche alegremente.

—Mucho siento verme obligado á volverme á mi hotel — contestó Mr. Pickwick: — pero ya hace tiempo que no estaba acostumbrado al movimiento, y el viaje me ha fatigado en extremo.

—Pero al menos tomaréis una taza de te, Mr. Pickwick, — dijo la anciana lady con una dulzura indescriptible.

—Os doy mil gracias, señora, pero me es imposible. El hecho es que la admiración, visiblemente en aumento, de la anciana era la principal razón que mister Pickwick tenía para retirarse: pensaba en mistress Bardell, y cada mirada de la amable tía, le daba escalofríos.

Habiendo absolutamente rehusado Mr. Pickwick detenerse, se convino, á propuesta suya, que Mr. Ben Allen le acompañaría en el viaje á casa del padre de Mr. Winkle, y que el carruaje estaría á la puerta al día siguiente, á las nueve de la mañana. Despidióse, pues, y seguido de Sam se volvió al hotel de *Buisson*. Es digno de atención que la cara de Mr. Martin experimentó horribles convulsiones, cuando al partir estrechó la mano de Sam, y que dejó escapar á la vez una sonrisa y un juramento. Las personas mejor enteradas de las maneras de este caballero, sacaban de estos síntomas la consecuencia de que estaba encantado de la sociedad de Sam, y que tenía vehemente deseo de hacer su conocimiento.

—¿Queréis un salón particular? — preguntó Sam á su amo, luego que llegaron al hotel.

—A fe mía — contestó éste — que, como ya he comido en la sala del café y como pienso acostarme pronto, no merece la pena. Ved qué personas se hallan en el salón de viajeros.

Sam volvió luego á decirle que sólo se hallaba un caballero tuerto, que bebía una ponchera de vino caliente con el fondista.

—Está muy bien, voy á reunirme á ellos.
—Es por demás gracioso el tal tuerto — dijo Sam, conduciendo á Mr. Pickwick. — Ha hecho beber al dueño del hotel de toda clase de licores, de tal manera que el pobre hombre ya no sabe si está sobre las suelas de sus zapatos ó sobre la copa de su sombrero.

Cuando Mr. Pickwick entró en la sala, el individuo á quien se aplicaba esta observación se disponía á fumar una enorme pipa holandesa, y tenía su único ojo constantemente fijo sobre el rostro del fondista.

Parece que acababa de contar al jovial anciano alguna historia sorprendente, porque aun éste dejaba escapar exclamaciones de sorpresa.

—¡Vamos, no lo hubiera creído! ¡Es lo más extraño que nunca he oído! ¡No creía que eso fuera posible!

—Vuestro servidor, caballero — dijo el tuerto á mister Pickwick: — hace una hermosa noche, caballero.

—Muy bella — contestó el filósofo.
Y se ocupó en mezclar aguardiente con agua caliente, que el mozo había colocado delante de él.

El tuerto le miraba con atención, y al fin le dijo:

—Creo que os he visto antes de ahora.
—No lo recuerdo.

—Eso no me admira, porque no me conociais. Pero yo conozco á dos de vuestros amigos, que estaban en *El Pavo de plata*, en Eatanswill, por la época de las elecciones.

—¿De veras?
—Sí: les he contado una aventura ocurrida á uno de mis amigos, llamado Tom Smart. ¿Habéis quizá oído hablar de él?

—Con mucha frecuencia — dijo Mr. Pickwick sonriendo. — Creo que era vuestro tío.

—No, no, solamente un amigo de mi tío.
—A pesar de eso, era un hombre admirable vuestro tío — dijo él volviendo la cabeza.

—Ya lo creo — contestó el tuerto. — Podría contaros una historia de ese mismo tío, que quizá os admiraría un poco, caballero.

—Contádmela, os lo suplico — se apresuró á decir Mr. Pickwick.

El tuerto sacó de la ponchera un vaso de vino caliente y lo bebió; aspiró una buena bocanada de humo de la pipa holandesa, y viendo que Sam se entretenía cerca de la puerta, le dijo que podía permanecer si quería, pues que nada había de secreto en su historia. Fijando, en fin, su único ojo sobre el dueño de la fonda, comenzó como se verá en el capítulo siguiente.

CAPITULO XLIX

Que contiene la historia del tío del viajante

Mi tío, caballero, dijo el viajante, era de lo más gracioso, jovial, divertido y maligno que ha existido jamás. Quisiera que le hubieseis conocido, caballero... pero no, reflexionándolo mejor, no lo quisiera, porque, siguiendo el orden natural, si le hubieseis conocido, ú os habríais muerto, ú os faltaría poco; habríais renunciado á correr el mundo, lo cual me privaría del placer de hablaros en este momento. Yo quisiera que vuestros padres y vuestras madres hubiesen conocido á mi tío, porque les hubiera agradado en extremo, principalmente á vuestras respetables madres. Estoy seguro de ello. Si entre sus numerosas virtudes existían dos que predominaban en las damas, me atrevería á decir que era su ponche y sus canciones báquicas. Perdonadme si me dejo arrebatar del melancólico recuerdo del mérito del que ya no existe: no se halla todos los días un hombre como mi tío, caballero.

Siempre he mirado como muy honroso para mi tío el haber sido compañero é íntimo amigo de Tom Smart, de la gran casa de Bilson y Slum, *Cateaton-Street, city*. Mi tío viajaba por Tiggin y Welps; pero durante algún tiempo hizo poco más ó menos el mismo viaje que Tom. El primer día que se encontraron, mi tío simpatizó con Tom, y Tom simpatizó con mi tío. Aun no hacía media hora que se conocían, cuando apostaron á quién haría mejor un bol de ponche y bebería más pronto. Díjose que mi tío le había ganado en cuanto á lo primero, pero en cuanto á lo segundo Tom consiguió ventaja por cerca de una media cucharilla de café. Tomaron entonces otro bol cada uno para beber mutuamente á su salud y desde entonces quedaron íntimos amigos. En todas estas cosas, caballero, hay un destino más fuerte que nosotros.

En cuanto á lo personal, mi tío tenía una línea menos de la talla ordinaria, pero tenía también una línea más de grueso de lo regular, y quizá su rostro tenía una

línea más de colorado que los rostros comunes. Tenía la cara más jovial y como nunca habréis visto otro, caballeros; participaba algo de polichinela, pero con una nariz y una barba mucho más pronunciadas; sus ojos brillaban siempre de alegría y sobre sus labios estaba perpetuamente posada la sonrisa; no una de vuestras sonrisas insignificantes, necias, vulgares, sino una verdadera sonrisa alegre, satisfecha, maligna. Una vez fué arrojado de su coche, y se abrió la cabeza contra un guardacantón; permaneció allí aturdido y el rostro tan desfigurado por la arena, que sirviéndose de su expresión energética, si su pobre madre hubiese podido volver al mundo, no le hubiera reconocido.

Y reflexionando, y dada la posibilidad de que le hubiera visto en esta ocasión, porque cuando su madre murió, mi tío no tenía más que dos años y siete meses, palabra de honor, caballeros, al mirar su rostro lleno de rozaduras, su nariz aplastada y el color rubicundo de su cara, estoy seguro que la buena señora no hubiera podido reconocerle. Sea de esto lo que quiera, él estaba allí tendido; y frecuentemente he oído decir que sonreía tan agradablemente, como si se hubiese caído por su gusto, y que después de haber sido sangrado y tan luego como había principiado, digámoslo así, á revivir, comenzó por incorporarse en su lecho, por reír, por abrazar á la joven que tenía la taza para la sangre; después de lo cual, había pedido inmediatamente una chuleta de carnero y nueces en dulce. Era muy aficionado á nueces en dulce, caballeros, y decía que comidas sin pan, hacían que se encontrase mejor la cerveza.

El gran viaje de mi tío tenía lugar en el otoño; entonces era cuando reunía los fondos y se encargaba de comisiones en el Norte.

Iba de Londres á Edimbourg; de Edimbourg á Glasgow; de Glasgow volvía á Edimbourg, y en fin, á Londres en el vapor.

Es preciso que sepáis que esta segunda visita á Edimbourg era puramente de placer; tenía la costumbre de venir á él por una semana, tiempo extristamente necesario para ver á sus antiguos amigos; y como él se desayunaba con éste, almorzaba con aquél, comía con el tercero y cenaba con otro, pasaba la semana de la manera más agradable. No sé si alguno de vosotros, caballeros, ha gustado alguna vez de un sólido desayuno escocés, substancial, abundante, y si ha ido después y á continuación á probar de un barril de ostras y una docena de botellas de cerveza fuerte, con uno ó dos frascos de Whiskey para terminar. Si os ha sucedido, vendréis conmigo en que es preciso tener la cabeza un

poco sólida, para hacer honor después de esto á la comida y á la cena.

¡Pero bendito sea Dios! Esto no era nada para mi tío; y tan acostumbrado estaba á ello, que lo consideraba como un juego. Le oí decir que podía hacer frente á las gentes de *Dundee* y volver á su casa sin dar un traspie; y sin embargo, caballero, las gentes de *Dundee* tienen cabezas y ponches tan fuertes como no podríais hallarlos entre los dos polos. He oído hablar de un hombre de *Dundee* y de otro de *Glasgow*, que bebieron durante quince horas consecutivas. En cuanto es posible asegurarlos, quedaron sofocados á un mismo tiempo; pero fuera de esto, caballeros, no fueron ninguna otra novedad.

Una noche, veinticuatro horas antes de la época que él había fijado para embarcarse, cenó mi tío en casa de uno de sus más antiguos amigos, que residía en la antigua ciudad de *Edimbourg*. Un tal *Mac*, no sé qué, con cuatro sílabas al final. Allí estaba la mujer del *Bailio*, y las tres hijas del *Bailio*, y un nieto del *Bailio*, y tres ó cuatro gruesas escocesas, de espesas cejas, á quienes el *Bailio* había reunido para festejar á mi tío y ayudarle á desterrar la melancolía. Fué una cena famosa. Comióse en ella salmón escabechado, merluza ahumada, una cabeza de cordero, morcilla, picadillo, celebrá plate escocés, que á mi tío le sentaba siempre á las mil maravillas. Otras muchas cosas, cuyos nombres he olvidado, se presentaron en la mesa; pero todas eran buenas. Las jóvenes eran amables; la mujer del *Bailio* parecía una de las mejores criaturas del mundo, y mi tío estuvo de un humor envidiable. Así es que durante toda la *soirée*, las jóvenes sonreían por lo bajo, la mamá reía con estrépito, y los alegres compañeros se desternillaban hasta el punto de sofocarse. No recuerdo con puntualidad el número de vasos de vino que se bebió cada uno después de la cena; pero lo que sé es que hacia la una de la mañana, el nieto del *Bailio* se quedó dormido en el momento de principiar por la vigésima vez una copla de la canción de *Burns*: *Oh! Willie brassa un picotín d'orge* (*Willie* tomó un celemin de cebada). Como desde hacia cerca de media hora era mi tío el solo convidado que permanecía firme en la mesa, le pareció que ya era tiempo de retirarse, á fin de hallarse en su casa á una hora regular, tanto más, cuanto que había estado bebiendo desde las siete de la tarde; creyendo no obstante, que no sería cortés irse sin decir nada, mi tío se lanzó á la tribuna, mezcló con aguardiente un vaso de ponche, se levantó para proponer un brindis, dirigió un discurso muy bello y muy lisonjero

y bebió con entusiasmo. A pesar de todo, ninguno se despertó. Mi tío bebió aun una copa de aguardiente puro esta vez, para que no le hiciera daño el ponche, y al fin, tomó su sombrero y salió á la calle.

Hacia mucho viento cuando mi tío cerró la puerta del *Bailio*; se encasquetó el sombrero, metió las manos en los bolsillos, y mirando al cielo, pasó rápidamente revista al estado de la atmósfera. Multitud de nubes pasaban por delante de la luna con frenética rapidez, obscureciéndola completamente unas veces, permitiéndola otras derramar toda su luz, y volviendo á obscurecerla con una celeridad increíble. Realmente, dijo mi tío dirigiéndose al tiempo, como si se hubiese sentido personalmente ofendido, esto no puede continuar así; no es este el tiempo que me conviene para mi viaje; no lo quiero á ningún precio, añadió con voz imponente. Después de haber repetido esto muchas veces, y después de haber recobrado su equilibrio, porque se hallaba algo aturdido por haber mirado por tanto tiempo á las estrellas, volvió á ponerse alegremente en marcha.

La casa del *Bailio* estaba en *Canongate*, y mi tío iba al otro extremo de *Leithwalk*; poco más de una milla de distancia. A derecha é izquierda se veían grandes casas aisladas, altas, agrietadas, cuyas fachadas estaban ennegrecidas por el tiempo, y cuyas ventanas, como los ojos de los ancianos, parecían hundidas y sin brillo. Seis, siete, ocho pisos, se apilaban como castillos de naipes, unos sobre otros, proyectando sus espesas sombras sobre la calle, haciendo la noche aun más oscura. Un pequeño número de faroles esparcidos á grandes distancias, no servía más que para indicar la sucia entrada de algunos portales estrechos ó de algunas escaleras tortuosas y complicadas, que conducían á los pisos superiores. Mirando todas estas cosas como quien las ha visto con frecuencia, ó sea sin ocuparse de ellas, mi tío marchaba por en medio de la calle, con cada dedo pulgar metido en cada uno de los bolsillos del chaleco, modulando de vez en cuando una canción con tal fuerza, que los pacíficos vecinos despertaban sobresaltados y permanecían temblando en sus lechos hasta que el sonido iba apagándose con la distancia; y convencidos entonces de que era algún beodo que se volvía á su casa, se abrigan y volvían de nuevo á dormirse.

Caballeros, os cuento minuciosamente cómo iba mi tío por en medio de la calle, con los pulgares en los bolsillos del chaleco, porque como él decía frecuentemente y con razón, nada hay de extraordinario en esta historia, si no comprendéis desde su principio que su espíritu no era inclinado á lo maravilloso ni á lo román-

tico.

Iba, pues, mi tío con los pulgares en los bolsillos de su chaleco, ocupando solo la calle, cantando, ora una endecha amorosa, ora una canción báquica, y silbando melodiosamente cuando se cansaba de Baco y de amor. Llegando así al puente del Norte, el cual reúne en este punto la antigua á la nueva ciudad de Edimbourg. Detúvose allí como un minuto á considerar el conjunto extraño é irregular de luces apiladas en el aire á tan grande altura, que se las confundiría con las estrellas, de un lado sobre las murallas de la fortaleza, y del otro sobre Calton-Hill, como si estuviesen iluminando castillos aéreos. A su pie, la antigua y pintoresca ciudad dormía pesadamente en su majestuosa obscuridad, mientras que el viejo trono de Arturo, que se elevaba imponente y sombrío, como un genio poderoso, parecía guardar y proteger el castillo y la capilla de Holyrood. Digo, caballeros, que mi tío se detuvo allí uno ó dos minutos para mirar en su derredor. Haciendo en seguida con la mano un amistoso saludo á la atmósfera, que se había despejado algún tanto, aunque la luna estaba próxima á ocultarse, volvió á ponerse en marcha, tan majestuosamente como antes, ocupando el medio de la calle, con gran dignidad y como quien desearía ver que se le disputara su posesión. Sin embargo, como no se hallaba allí nadie que estuviese dispuesto á mover querrela con tal motivo, continuó marchando con los pulgares en los bolsillos de su chaleco, y tan apacible como un cordero.

Cuando mi tío llegó al fin de *Leith-Walk*, le fué preciso atravesar un gran terreno aislado, al fin del que, en esta época, existía un cercado perteneciente á un carretero, que compraba á la administración de postas los carruajes fuera de servicio. Mi tío era aficionado á carruajes, viejos, nuevos, ó de una edad media; y le vino el capricho de separarse del camino, sin otro objeto que el de ir á mirar por entre la empalizada, una docena de antiguas sillas de posta, que recordaba haber visto allí en muy mal estado y desmanteladas. Mi tío, caballeros, era de un carácter decidido, tenía la cabeza dura; y no pudiendo ver á su gusto por entre las estacas, subió sobre ellas, y sentándose tranquilamente en una vieja lanza de coche, principió á considerar los restos de los carruajes con una gravedad notable.

Había allí quizá una docena ó más; mi tío no estaba seguro del número, y como era muy escrupuloso respecto de cifras, no le gustaba citar á la ligera. En fin, allí estaban todos mezclados y en un estado de desola-

ción no imaginable. Los faroles estaban rotos, las lanzas en malísimo estado, los muelles hechos pedazos, las cajas sin pintura; el viento silbaba al través de las aberturas, y la lluvia, posada sobre los imperiales, caía gota á gota en el interior, con un sonido sordo y lúgubre; eran, en fin, los esqueletos de las distintas sillas de posta, y en este lugar solitario, en esta hora de su muerte, tenían algo de lúgubre y horrible.

Mi tío apoyó la cabeza entre sus manos, y se puso á pensar en las gentes activas, de negocios, que habrían viajado en otro tiempo en estos viejos carruajes y que ahora estaban tan silenciosas y cambiadas como ellos. Pensó en los numerosos individuos que habrían conducido estos carcomidos esqueletos durante muchos años, al través de todas las estaciones, tantas noticias impacientemente esperadas, noticias de buen viaje y perfecta salud, tantos envíos de dinero y de letras de cambio. El comerciante, el amante, la esposa, la viuda, la madre, el estudiante y hasta el niño que se arrastraba hacia la puerta al oír llamar al cartero; ¡con qué ansiedad había esperado cada uno de estos la llegada de esa vieja silla de posta! Y ahora, ¿qué había sido de todos ellos? Caballeros, mi tío decía que había pensado en todo esto; pero yo sospecho que más bien lo habría leído después en algún libro, porque él declaraba positivamente que, contemplando estos esqueletos de carruajes, había caído en una especie de letargo, del que súbitamente le había sacado un reloj vecino, que daba las dos. Además, mi tío jamás se distinguió por reflexionar muy deprisa, y si realmente hubiese pensado en todas estas cosas, estoy convencido que no hubiera concluido hasta las dos y media. Creo, pues, poder afirmar que mi tío cayó en esa especie de letargo sin haber pensado en nada.

Sea lo que quiera, el reloj de la iglesia dió las dos. Mi tío se despertó, se frotó los ojos y dió un salto de alegría.

En un instante, y desde que el reloj dió las dos, este lugar desierto y abandonado, adquirió vida y actividad. Se abrieron las portezuelas de los coches; las guarniciones fueron restauradas, pintadas las cajas, encendidos los faroles, los cogines y almohadones estaban en su puesto, los mandaderos henchían los cofres de paquetes; los guardas colocaban ordenadamente las bañijas; los palafreneros arrojaban cubos de agua sobre las recompuestas ruedas; una porción de hombres se precipitaban por todas partes poniendo las lanzas á cada carruaje. Llegaban los viajeros, las maletas estaban embaladas; los caballos enganchados, en fin, era evidente que cada silla iba á partir al momento. Caballe-

ros, mi tío abría tan desmesuradamente los ojos, al ver todo esto, que nunca pudo explicarse cómo había podido tenerlos cerrados.

— ¡Vamos, vamos! — dijo una voz al lado de mi tío, al mismo tiempo que sintió que una mano se posaba sobre su espalda; — estáis anotado para un asiento de interior y ya es tiempo de subir.

— ¡Yo, anotado! — exclamó mi tío volviéndose.

— Si, ciertamente.

Mi tío, caballeros, nada pudo decir; tan admirado estaba. Lo más gracioso era que aunque había allí un gran número de personas y aunque á cada instante llegasen caras nuevas, nadie podía decir de dónde venían; parecían salir misteriosamente de debajo de la tierra ó de entre los aires, y desaparecer de la misma manera. Veía que un comisionista había puesto su equipaje en la silla y había recibido su propina, se volvía y ¡zas! ya había desaparecido. Antes que mi tío hubiese tenido tiempo para inquietarse por su situación, aparecía otra media docena, vacilando bajo el peso de enormes paquetes que parecía iban á aplastarlos. Otra singularidad es que los viajeros ostentaban trajes extraños; tenían grandes casacas bordadas, con largos faldones, vueltas enormes sin cuellos, y llevaban grandes pelucas con redicilla. Mi tío nada podía comprender de todo esto.

— Y bien, ¿subimos? — dijo el individuo que se había dirigido á mi tío.

Estaba vestido como un postillón, pero tenía una peluca en la cabeza y muchos adornos de pasamanería en sus mangas; llevaba en una mano una linterna y en la otra un trabuco.

— ¿Acabaráis de subir, Jack Martín? — repitió el guarda aproximando la linterna al rostro de mi tío.

— Está bien! — exclamó mi tío retrocediendo uno ó dos pasos. — ¡Vaya una familiaridad!

— Así está en la hoja — replicó el postillón.

— ¿Y no hay siquiera un mister delante? — preguntó mi tío, para quien su conductor, que no le conocía y le llamaba *Jack Martín* á secas, se tomaba una libertad que no habría aprobado la administración de correos, si hubiese tenido noticia de ello.

— No, no le hay — respondió friamente el conductor.

— ¿El asiento está pagado? — preguntó mi tío.

— Así se entiende.

— ¡Ah! ¡ah! pues bien, vamos; ¿en qué coche?

— En este — respondió el guarda mostrando una silla de postas gótica, cuya portezuela estaba abierta y el estribo bajado, y que hacía el servicio de Edimbourg á Londres.

— Esperad; aquí hay otros viajeros; dejadles subir. Mientras que hablaba, vió mi tío aparecer ante él de repente un joven caballero, con peluca empolvada y vestido azul, bordado de plata, cuyos faldones entrelazados estaban admirablemente cuadrados. Tiggin y Welps están tan al corriente de las novedades, caballero, como mi tío reconoció al punto aquellas telas. El extranjero llevaba además un pantalón de seda, medias de seda y zapatos con hebillas, encajes en los puños, un sombrero de tres picos y una espada pequeña; los picos del chaleco le llegaban hasta la mitad del vientre, y las puntas de la corbata le bajaban hasta la cintura. Se adelantó gravemente hacia la portezuela del coche y se quitó el sombrero sosteniéndolo encima de su cabeza y arqueando el dedo meñique, como suelen hacerlo algunas personas amaneradas al tomar una taza de té; colocó el pie en tercera, hizo un profundo soludo y tendió en fin la mano izquierda. Mi tío iba á adelantarse y á sacudirla cordialmente, cuando apercibió que aquellas atenciones no iban dirigidas á él, sino á una joven lady que apareció en aquel momento al pie del estribo, que llevaba un vestido de terciopelo verde de corte antiguo, y por todo adorno en la cabeza un capuchón de seda negro. Esta señora se volvió un instante, y descubrió á mi tío el semblante más hermoso que hasta entonces había visto, ni aun en pintura; cuando subió al coche, levantó la falda con la mano, y decía mi tío, con un juramento cada vez que repetía esta historia, que no hubiera creído jamás qué pies y piernas sostenían aquella perfección, á no haberlos visto con sus propios ojos.

Mi tío se había apercibido, sin embargo, de que la joven señora parecía asustada y que le había dirigido una mirada suplicante. Notó también que el joven de la peluca empolvada, á pesar de todas sus apariencias de respeto y de galantería, la había apretado mucho la mano para hacerla subir, y la había seguido inmediatamente. Estaba con ellos otro individuo de bastante mala traza. Este tenía una peluca negra, un vestido de color corinto, un enorme espadón y enormes botas que le subían hasta la mitad de los muslos. Cuando se sentó al lado de la encantadora dama, se confirmó mi tío en su primera idea de que iba á representarse algún drama sombrío y misterioso, ó que, como él decía, había allí algo que claudicaba. En un abrir de ojos se decidió á socorrer á la dama, si tenía necesidad de su ayuda.

— ¡Sangre y truenos! — exclamó el joven caballero, llevando la mano á la espada, cuando mi tío subió al carruaje.

— ¡Muerte é infierno! — vociferó el otro individuo, tirando de su espada y acometiendo á mi tío sin más ceremonias.

Mi tío no llevaba armas, pero se apoderó con gran destreza del sombrero de tres picos de su adversario, recibió la punta de la espada en mitad de la copa, apretó los dos lados y empuñó sólidamente la hoja.

— ¡Picadle por detrás! — gritó el hombre de mala facha á su compañero, tratando de recuperar su espada.

— ¡Que no le dé gana de hacerlo! — exclamó mi tío, levantando de una manera amenazadora el talón de sus zapatos claveteados. — ó le haré saltar los sesos, si los tiene, ó si no le romperé el cráneo!

Empleando al mismo tiempo todo su vigor, arrancó la espada á su adversario y la arrojó bizarramente por la portezuela.

— ¡Sangre y truenos! — volvió á gritar el joven caballero poniendo mano de nuevo á su espada, pero sin sacarla.

Acaso, como le decía mi tío, tendría miedo de asustar á la joven señora.

— Ahora, caballero — dijo mi tío ocupando tranquilamente su asiento, es inútil hablar de muerte, con ó sin infierno, delante de una señora, y ya hemos tenido bastante sangre y truenos para nuestro viaje. Así, pues, si no lo tomáis á mal, nos sentaremos pacíficamente en nuestros puestos, como viajeros tranquilos. ¡Hola, conductor! Haced el favor de recoger el cuchillo de degollar de este caballero.

Apenas había acabado mi tío de pronunciar estas palabras, cuando apareció el conductor á la portezuela con la espada. Al pasarla al interior, levantó su linterna y miró fijamente á mi tío, que apercibió con gran sorpresa en torno del carruaje como un hormigueo de conductores que tenían todos los ojos fijos en él. En toda su vida había visto tan gran número de rostros pálidos, de vestidos rojos y de miradas fijas.

— He aquí la cosa más extraña que me ha pasado en este día — pensó mi tío. — Permitídmelo que os devuelva vuestro sombrero, caballero.

El individuo de mala estampa recibió en silencio el sombrero de tres picos, miró atentamente el agujero que le había hecho en medio, y le colocó finalmente sobre la cima de su peluca, con una solemnidad que fué ligeramente disminuída por un estornudo que hizo caer su tricorneo sobre las rodillas.

— ¡En marcha! — gritó el conductor armado de la linterna, saltando por detrás á su asiento.

El coche partió. Al salir miró mi tío al través de los cristales, y vió que las otras sillas, con cocheros, guardas, caballos y viajeros, giraban en ronda al trote, con una celeridad de cerca de cinco millas por hora. Mi tío hervía de indignación, caballeros. Como buen negociante le parecía que no debía jugarse con la correspondencia, y resolvió acudir á la dirección de correos en cuanto estuviera de vuelta en Londres.

Sin embargo, bien pronto se concentraron todos sus pensamientos en la joven y bella señora, que estaba sentada al otro extremo del carruaje y tenía el rostro cuidadosamente envuelto en su capuchón. El hidalgo de traje azul se hallaba frente á ella, y á su lado el otro individuo de vestido corinto. Ambos parecían vigilarla atentamente; si crugían siquiera los pliegues de seda de su capuchón, veía mi tío al hombre de mala facha poner mano al montante, y estaba seguro, por la respiración del joven matamoros (la noche era muy negra para distinguir los semblantes) de que ponía unos ojos como si la quisiera tragar. Este manejo irritaba cada vez más á mi tío, y resolvió ver en qué paraba á toda costa. Profesaba una gran admiración á los ojos brillantes y á las caras bonitas, á los pies pequeños y á las lindas piernas; era, en fin, apasionado del sexo todo entero. Corre eso por las venas de la familia, caballeros; yo soy como él.

Mi tío empleó bastantes astucias para atraer la atención de la joven, ó por lo menos para entablar conversación con sus misteriosos acompañantes; pero todo fué en vano: los caballeros no querían, y la señora no podía hablar. De vez en cuando sacaba mi tío la cabeza por la portezuela y preguntaba en voz alta por qué no iban más deprisa; pero por mucho que gritase, nadie le hacía caso. Se replegaba entonces á su rincón y pensaba en el lindo semblante, en el pie pequeño, y en la fina pierna de su compañera de viaje. Con esto conseguía pasar un poco de tiempo, apartando su pensamiento de la extraña situación en que se veía, caminando siempre sin saber á dónde. En verdad que esto no le hubiera preocupado nunca mucho, porque mi tío, caballero, era un mozo emprendedor, nómada, sin miedo y sin cuidados.

De repente se detuvo el coche.

— ¡Oiga! — exclamó mi tío: — ¿qué nos sucede ahora?

— Descended aquí — dijo el conductor bajando el estribo.

— ¡Aquí! — dijo mi tío.

— Aquí — repitió el guarda.

- No lo haré, por cierto.
—Enhorabuena; permaneced, entonces, donde estáis.
—Esa es mi intención.
—Está bien.

Los otros viajeros habían escuchado este coloquio con mucha atención. Viendo que mi tío había resuelto que- darse, pasó el joven hidalgo ante él para hacer bajar á la dama. El hombre de mala facha inspeccionaba en aquel instante con mucha atención el agujero que des- honraba la copa de su tricornio. La joven dejó caer su guante al pasar en la mano de mi tío, y aproximando los labios á su rostro, tan cerca que sintió en la nariz su aliento tibio, murmuró muy bajo estas dos palabras:

—¡Socorredme, señor!

Mi tío se lanzó fuera del carruaje con tanta violen- cia, que le hizo saltar sobre sus muelles.

¡Hola! ¿cambiáis de parecer? — dijo el conductor cuando vio á mi tío sobre sus piernas.

Mi tío le miró durante algunos segundos, dudando si debería arrancarle su trabuco, dispararle á la cabeza del matamoros, romper las del resto de la reunión con la culata, coger á la joven señora, y desaparecer en medio del humo. Reflexionándolo bien, abandonó este plan como de una ejecución tan poco melodramática, y se contentó con seguir á los dos hombres misteriosos á una vieja casa, delante de la cual se había detenido el carruaje. Conduciendo entre ambos á la dama, dieron la vuelta á la casa, y mi tío se arriesgó en su perse- cución.

De todos los lugares arruinados y desolados que había encontrado mi tío durante su vida, era aquel el más desolado y el más arruinado. Se conocía que había sido aquello en otro tiempo grandioso, mas el techo esta- ba abierto por muchas partes y las escaleras rotas y des- vencijadas. En la habitación donde entraron los viaje- ros había una vasta chimenea, negra de humo, aunque no estaba calentada por ningún fuego. La ceniza blan- cuzca de madera quemada estaba aun esparcida por el hogar; mas éste estaba frío y todo parecía sombrío y triste.

—¡Vaya una cosa bonita! — dijo mi tío mirando en torno suyo; — una silla que hace seis millas y media por hora, y que se detiene indefinidamente en un agu- gero como este. Esto es demasiado, pero ya se sabrá; yo lo pondré en los periódicos.

Mi tío decía esto en voz bastante alta, y de una manera abierta y sin reserva, para enredar la conver- sación con los viajeros; pero éstos se contentaron con cuchichear entre sí, lanzándole miradas feroces. La

dama, que estaba al otro extremo de la habitación, se atrevió una vez á agitar su mano, como implorando la ayuda de mi tío.

Al fin, los dos desconocidos avanzaron un poco y la conversación comenzó.

—¡Buen hombre! — dijo el hidalgo del vestido azul; ¿supongo que no sabréis que esta es una habitación par- ticular?

—No, mi buen hombre, no sé nada — respondió mi tío. — Sólo que si esta es una habitación particular:, preparada expresamente, imagino que la sala pública debe ser lindamente confortable.

Diciendo esto, se estableció mi tío en un gran sillón y midió con la mirada á los dos caballeros tan exacta- mente, que Tiggin y Welps hubieran podido cortarles la tela de un vestido sin quitar ni poner una pulgada.

—¡Salid de esta habitación!—dijeron á una los dos hombres, empuñando sus espadas.

—¡Heim!—dijo mi tío tomando la apariencia de no comprender lo que querían decirle.

—¡Salid de esta habitación, ó sois muerto!—dijo el hombre de mala facha, echando su espadón al aire, y haciéndole dar vueltas por encima de su cabeza.

—¡Mátalo! ¡mátalo!—gritó el hombre del vestido azul, desenvainando también su espada y retrocediendo dos ó tres pasos—¡mátalo! ¡mátalo!

La dama exhaló un grito agudísimo.

Mi tío, caballeros, era notable por su arrojo y su pre- sencia de ánimo. Durante el tiempo en que había apa- rentado indiferencia, se había ocupado realmente en buscar, sin aparentarlo, algunos proyectiles ó algún arma defensiva; y en el momento mismo en que saca- ron las espadas, apercibió un viejo espadón de cazoleta con su vaina medio carcomida. La cogió de un salto, la hizo girar rápidamente sobre su cabeza, gritó á la dama que se retirase á un rincón, arrojó la vaina al hombre de mala facha, tiró una silla al hidalgo del vestido azul, y aprovechándose de su confusión, cayó sobre ambos arre- batadamente.

Existe una vieja historia, que no por ser vieja es menos buena, referente á un joven hidalgo irlandés, á quien preguntaron si tocaba el violón. — No lo sé, res- pondió, porque no he probado nunca. Esto podía apli- carse á mi tío y á su esgrima; jamás había tomado una espada en su mano, á no ser una vez, representando á Ricardo III, en un teatro de aficionados, y aún en aque- lla ocasión se había convenido en que Richmond le ma- tase por detrás sin simulacro de combate. En este, sin embargo, asaltaba á dos hábiles tiradores, poniéndose

en terciá y en cuarta, parandó, tirándose á fondo y combatiendo, en fin, de la manera más valerosa y más diestra, aunque hasta en aquel momento no había pensado tener la más ligera noción del arte de la esgrima. Esto manifiesta la verdad de aquel viejo proverbio:

«Ningún hombre sabe de lo que es capaz hasta que lo ha ensayado.»

El ruido del combate era terrible; los tres campeones juraban como carreteros y sus espadas sonaban de una manera más fuerte que todos los cuchillos y todas las máquinas de afilar del mercado de Newport entrechocándose. La joven dama, sin duda por alentar á mi tío, echó atrás en el momento más animado su capuchón, y le dejó ver una beldad tan sorprendente, que hubiéra combatidos contra cincuenta demonios para obtener de ella una sonrisa y morir después. Hasta entonces había hecho maravillas, pero con aquel espectáculo, empezó á dar los tajos propios de un gigante rabioso.

El hidalgo de vestido azul apercebió al volverse que la dama había desubierto su rostro; lanzó una exclamación de rabia y de celos, y volviendo su espada contra ella, la dirigió una estocada que hizo lanzar á mi tío un rugido de furor. La joven señora saltó lijeramente de lado, y apoderándose de la espada del joven antes de que hubiera podido levantarla, le empujó contra el muro, y pasándole la espada á través del cuerpo hasta la guarnición, le clavó sólidamente en el maderamen. Esto era un magnífico ejemplo; mi tío, con un grito de triunfo y un vigor irresistible, hizo retroceder á su adversario en la misma dirección, y blandiendo el espadón y dirigiéndolo contra el centro de una de las flores de su chaleco, le clavó al lado de su amigo. Los dos estaban allí, caballeros, agitando los brazos y las piernas en su agonía, como los muñecos de cartón que hacen mover los niños con un hilo. Después de este lance, he oído decir muchas veces á mi tío que esta era la manera más segura de desembarazarse de un enemigo, y que no presenta más que un inconveniente, el mucho gasto, puesto que exige la pérdida de una espada por cada hombre que se pone fuera de combate.

— ¡La silla! ¡la silla! — exclamó la joven dama precipitándose hacia mi tío y echándole sus hermosos brazos alrededor del cuello; — ¡aún podemos salvarnos!

— Verdaderamente, querida, — dijo mi tío, — eso no es dudoso; me parece que no hay nadie más á quien matar.

Mi tío estaba un poco fuera de sí, caballeros, al pensar que un pequeño intermedio no hubiera estado de más después de la carnicería, aunque no hubiera sido

más que por el contraste.

— No tenemos un instante que perder aquí, — continuó la joven lady; — este, — añadió dirigiéndose al del vestido azul, — es el hijo del poderoso marqués de Tilleville.

— ¿Y qué, querida? Temo que no ha de llevar jamás el título, — respondió mi tío mirando fijamente al joven, que estaba clavado en el muro como una mariposa. — Habéis extinguido al mayorazgo, amor mío.

— He sido robada á mi familia, á mis amigos, por un malvado, — exclamó la joven, cuya mirada brillaba de indignación; — este miserable me hubiera desposado á la fuerza antes de una hora.

— Imprudente bribón! — dijo mi tío echando una mirada de desprecio al heredero moribundo de los Tilleville.

— Como podéis juzgar por lo que habéis visto, sus cómplices estaban dispuestos á asesinarme si invocáis la ayuda de alguién. Si nos encuentran aquí somos perdidos; dentro de dos minutos será quizás tarde para huir. ¡A la silla! ¡á la silla!

Pronunciadas estas palabras, la joven, con las fuerzas agotadas por la emoción y por el esfuerzo que había hecho clavando al marqués de Tilleville, se dejó caer en los brazos de mi tío, que la llevó en seguida á la puerta de la casa. La silla estaba allí con cuatro hermosos caballos negros enganchados, pero sin cochero, sin conductor y hasta sin palafreneros á la cabeza de los caballos.

Caballeros, no creo ofender la memoria de mi tío diciendo que, aunque mozo, había tenido antes de aquel momento algunas damas en los brazos; creo también que tenía la costumbre de abrazar las mozas de las posadas, y sé que dos ó tres veces fué visto por testigos dignos de fe, depositando un beso en el cuello de algunas dueñas de hoteles de una manera bastante perceptible. Menciono estas circunstancias, á fin de que juzguéis de lo incomparable que sería la belleza de aquella joven lady, para afectar á mi tío como lo hizo; decía con frecuencia que viendo sus largos cabellos negros flotar sobre sus brazos y sus bellos ojos negros volverse hacia él cuando volvió en sí, se había sentido tan agitado y tan torpe, que sus piernas temblaban bajo él. Pero ¿quién puede mirar un par de lindos ojos negros sin sentirse torpe? Por mi parte, caballeros, yo no puedo, y conozco ciertos ojos que no me atrevería á mirar; palabra de honor.

— ¿No me abandonaréis nunca? — murmuró la joven señora.

— ¡Jamás! — murmuró mi tío.

Y lo pensaba como lo decía.

— ¡Mi bravo libertador! ¡mi excelente, mi querido libertador!

— ¡No me digáis esas cosas!

— Pues ¿y por qué?

— Porque vuestra boca es tan seductora cuando habláis, que tengo miedo de ser tan impertinente que me atreva á besarla.

La joven levantó la mano como para advertir á mi tío que no lo hiciera, y dijo... no, no dijo nada; se sonrió. Cuando miráis un par de labios, los más deliciosos del mundo, y cuando se dilatan dulcemente en una sonrisa maliciosa, si estáis bastante cerca de ellos y sin testigos, no podéis acreditar mejor vuestra admiración por su forma y su color bellissimo que besándolos. Eso fue lo que hizo mi tío y yo le elogio por ello.

— ¡Escuchad! — exclamó la joven temblando: ¿oís el ruido de las ruedas y los caballos?

— Es verdad, — dijo mi tío bajándose.

Tenía el oído fino, y estaba acostumbrado á reconocer el ruido de los carruajes; pero los que se aproximaban á ellos parecían tan numerosos y lo hacían tan grande, que le fué imposible adivinar el número. Parecía el ruido de cincuenta carruajes, tirado cada uno por seis caballos.

— ¡Somos perseguidos! — exclamó la joven torciéndose las manos: — ¡somos perseguidos! No tengo esperanza sino en vos.

Había tal expresión de temor en su encantadora fisonomía, que mi tío se decidió del todo; la llevó al coche, la dijo que no se asustara, apretó otra vez sus labios contra los suyos, y habiéndole advertido que levantara los cristales para precaverse del frío, montó en el pescante.

— Esperad, mi querido salvador, — dijo la joven lady.

— Quisiera hablaros una palabra. una sola palabra, ¡amigo mío!

— ¿Es necesario que baje? — preguntó mi tío.

La joven no respondió, pero sonreía siempre con una sonrisa tan encantadora, caballeros, que excusaba todo otro cumplimento. Mi tío estuvo en tierra en un abrir de ojos.

— ¿Qué es lo que hay, querida mía? — dijo metiendo la cabeza por la portezuela.

La dama se inclinaba entonces hacia él por casualidad, y le pareció más bella que nunca. Estaba demasiado cerca de ella en aquel momento, así era que no podía engañarse.

— ¿Qué es lo que hay, querida mía? — preguntó otra vez mi tío.

— ¿No amaréis jamás á otra mujer que á mí? ¿no os casaréis con otra?

Mi tío juró por todos los dioses que no se casaría jamás con otra mujer, y la joven lady retiró la cabeza y bajó los cristales.

Mi tío se lanzó de nuevo al pescante, se colocó con seguridad, igualó las riendas, tomó el látigo de la imperial, le hizo chasquear con inteligencia y ¡en marcha! Los cuatro caballos negros se lanzaron á galope tendido, con la vieja silla de posta tras ellos, devorando lo menos quince millas por hora. ¡Brrr! ¡Brrr! ¡Cómo corrían!

Sin embargo, el ruido de los coches se sentía cada vez más fuerte por detrás; aunque el viejo carruaje iba muy deprisa, los que le seguían iban aún más deprisa; los hombres, los caballos, los perros, parecían haberse aliado para detenerle; el ruido era espantoso, más por encima de todo él se elevaba la voz de la joven lady excitando á mi tío y gritándole:

— ¡Más vivo! ¡más vivo! ¡más vivo!

Volaban como el relámpago. Los árboles sombríos, los molinos, las casas, las iglesias, todos los objetos huían á derecha é izquierda como aristas llevadas por el huracán. Las ruedas resonaban como un torrente que rompe sus diques, y el ruido de la persecución se hacía cada vez más fuerte; sin embargo, mi tío oía aún á la joven, gritando con voz desgarradora:

— ¡Más vivo! ¡más vivo! ¡más vivo!

Mi tío empleaba el látigo y las riendas, y los caballos escapaban con tanta rapidez, que estaban blancos de espuma. La joven gritaba, sin embargo:

— ¡Más vivo! ¡más vivo!

Con la excitación de aquel momento, dió mi tío un golpe violento con el tacón de su bota sobre la tarima... y se apercibió de que empezaba á despuntar el alba, de que se encontraba sentado en el pescante de una vieja silla de posta de Edimburgo, en el lugar del postillón, temblando de frío, calado por la humedad y golpeando la tabla con los pies para hacerlos entrar en calor. Bajó apresuradamente, buscó á la encantadora joven en el interior... ¡Ay! no había ni portezuela, ni cogines en el carruaje; este era un simple armazón.

Mi tío vió que en todo aquello había algún misterio, y que todo había pasado exactamente como él tenía costumbre de contarle. Permaneciendo fiel al juramento que había hecho á la joven señora, rehusó por un amor muchas dueñas de posadas bastante apetecibles, y murió, en fin, soltero. Preguntaba con frecuencia por qué día

bles sería el haber descubierto, subiendo pacíficamente por encima de esta empalizada, que la sombra de los coches, de los caballos, de los guardas, de los cocheros y de los viajeros, tuviesen la costumbre de hacer viajes periódicos todas las noches, añadiendo que creía ser el único viviente á quien hubiesen tomado como pasajero en una de estas excursiones. Creo efectivamente que tenía razón, caballeros, ó á lo menos, yo no he oído hablar nunca de ningún otro.

—Lo que yo no comprendo es lo que esas sombras de sillas de posta pueden llevar en sus sacos, — dijo el huésped, que había escuchado la historia con profunda atención.

—¡Pardiez! ¡las cartas sin señas!

—¡Es verdad! No había yo caído en eso.

CAPITULO L

De cómo ejecutó su misión Mr. Pickwick, y cómo fué reforzado desde el principio por un auxiliar inesperado.

Los caballos fueron puntualmente enganchados al día siguiente á las nueve menos cuarto, y habiendo ocupado sus sitios, Mr. Pickwick y Sam, el uno en el interior y el otro en el exterior, recibió el postillón la orden de dirigirse á la casa de Mr. Sawyer, á fin de recoger allí á Mr. Benjamín Allen.

El carruaje llegó bien pronto ante la tienda donde se leía esta inscripción: *Sawyer, sucesor de Nockemorf*, y Mr. Pickwick, sacando la cabeza por la portezuela, vió con extrema sorpresa al joven mancebo de librea gris, ocupado en cerrar apresuradamente las maderas de las ventanas. Aquella era una ocupación extraordinaria á semejante hora de la mañana, lo que hizo pensar á nuestro filósofo que algún amigo ó pariente de Mr. Sawyer había muerto, ó que acaso el mismo Mr. Bob Sawyer habría hecho bancarrota.

—¿Qué es lo que ha pasado? — preguntó al mancebo.

—Absolutamente nada, señor, — respondió este abriendo su boca hasta las orejas.

—¡Todo va bien! ¡todo va bien! — gritó Bob apareciendo súbitamente en el dintel de la puerta con un pequeño saco de noche, estropeado y sucio, en una mano, y su grueso redingote y una bufanda en la otra. — Voy yo á ir con vos, viejo.

—¿Vos?

—Sí, y vamos á hacer una verdadera expedición. ¡Eh, Sam, tomad!

Habiendo llamado de este modo la atención de mister Sam Weller, cuya fisonomía expresaba mucha admiración por aquel procedimiento expedito, le lanzó Bob su saco de noche, que fué inmediatamente colocado en el pescante.

Hecho esto, el mismo Bob se puso á meterse con ayuda de su chico el gabán, harto estrecho para él, y aproximándose á la portezuela del carruaje, metió por ella la cabeza y se puso á reír estrepitosamente.

—¿Qué buena broma! — dijo enjugando con el faldón las lágrimas que la risa arrancaba de sus ojos.

—Mi querido señor, — le dijo Mr. Pickwick con algún embarazo, — yo no había pensado siquiera en que vos nos acompañaríais.

—Justamente, ese es el lado mejor que esto tiene.

—¡Ah! ¿ese es el lado mejor? — repitió Mr. Pickwick súbitamente.

—Sin duda; además del de dejar la botica que haga sus negocios por sí misma, puesto que no quiere hacerlos conmigo.

Habiendo explicado de este modo el fenómeno de las ventanas, que tanto había sorprendido á Mr. Pickwick, volvió á caer Mr. Sawyer en un éxtasis de júbilo.

—Pero qué, ¿seréis tan loco que vayáis á dejar vuestros enfermos sin medicina? — dijo Mr. Pickwick en tono serio.

—¿Por qué no? Y aún así ganaré todavía, puesto que no hay uno que me pague. Además, — añadió bajando la voz hasta el murmullo confidencial, — ellos también ganarán, porque careciendo casi de medicamentos, me había visto obligado á dar á todos el calomelano, lo que podría no haber sido conveniente á algunos. Así es que todo viene bien.

Había en esta respuesta una fuerza de razonamiento y de filosofía que Mr. Pickwick no esperaba. Reflexionó algunos instantes, y dijo después, aunque ya de una manera menos firme:

—Pero esta silla no puede contener más que dos per-

bles sería el haber descubierto, subiendo pacíficamente por encima de esta empalizada, que la sombra de los coches, de los caballos, de los guardas, de los cocheros y de los viajeros, tuviesen la costumbre de hacer viajes periódicos todas las noches, añadiendo que creía ser el único viviente á quien hubiesen tomado como pasajero en una de estas excursiones. Creo efectivamente que tenía razón, caballeros, ó á lo menos, yo no he oído hablar nunca de ningún otro.

—Lo que yo no comprendo es lo que esas sombras de sillan de posta pueden llevar en sus sacos, — dijo el huésped, que había escuchado la historia con profunda atención.

—¡Pardiez! ¡las cartas sin señas!

—¡Es verdad! No había yo caído en eso.



CAPITULO L

De cómo ejecutó su misión Mr. Pickwick, y cómo fué reforzado desde el principio por un auxiliar inesperado.

Los caballos fueron puntualmente enganchados al día siguiente á las nueve menos cuarto, y habiendo ocupado sus sitios, Mr. Pickwick y Sam, el uno en el interior y el otro en el exterior, recibió el postillón la orden de dirigirse á la casa de Mr. Sawyer, á fin de recoger allí á Mr. Benjamín Allen.

El carruaje llegó bien pronto ante la tienda donde se leía esta inscripción: *Sawyer, sucesor de Nockemorf*, y Mr. Pickwick, sacando la cabeza por la portezuela, vió con extrema sorpresa al joven mancebo de librea gris, ocupado en cerrar apresuradamente las maderas de las ventanas. Aquella era una ocupación extraordinaria á semejante hora de la mañana, lo que hizo pensar á nuestro filósofo que algún amigo ó pariente de Mr. Sawyer había muerto, ó que acaso el mismo Mr. Bob Sawyer habría hecho bancarrota.

—¿Qué es lo que ha pasado? — preguntó al mancebo.

—Absolutamente nada, señor, — respondió este abriendo su boca hasta las orejas.

—¡Todo va bien! ¡todo va bien! — gritó Bob apareciendo súbitamente en el dintel de la puerta con un pequeño saco de noche, estropeado y sucio, en una mano, y su grueso redingote y una bufanda en la otra. — Voy yo á ir con vos, viejo.

—¿Vos?

—Sí, y vamos á hacer una verdadera expedición. ¡Eh, Sam, tomad!

Habiendo llamado de este modo la atención de mister Sam Weller, cuya fisonomía expresaba mucha admiración por aquel procedimiento expedito, le lanzó Bob su saco de noche, que fué inmediatamente colocado en el pescante.

Hecho esto, el mismo Bob se puso á meterse con ayuda de su chico el gabán, harto estrecho para él, y aproximándose á la portezuela del carruaje, metió por ella la cabeza y se puso á reir estrepitosamente.

—¿Qué buena broma! — dijo enjugando con el faldón las lágrimas que la risa arrancaba de sus ojos.

—Mi querido señor, — le dijo Mr. Pickwick con algún embarazo, — yo no había pensado siquiera en que vos nos acompañaríais.

—Justamente, ese es el lado mejor que esto tiene.

—¡Ah! ¿ese es el lado mejor? — repitió Mr. Pickwick súbitamente.

—Sin duda; además del de dejar la botica que haga sus negocios por sí misma, puesto que no quiere hacerlos conmigo.

Habiendo explicado de este modo el fenómeno de las ventanas, que tanto había sorprendido á Mr. Pickwick, volvió á caer Mr. Sawyer en un éxtasis de júbilo.

—Pero qué, ¿seréis tan loco que vayáis á dejar vuestros enfermos sin medicina? — dijo Mr. Pickwick en tono serio.

—¿Por qué no? Y aún así ganaré todavía, puesto que no hay uno que me pague. Además, — añadió bajando la voz hasta el murmullo confidencial, — ellos también ganarán, porque careciendo casi de medicamentos, me había visto obligado á dar á todos el calomelano, lo que podría no haber sido conveniente á algunos. Así es que todo viene bien.

Había en esta respuesta una fuerza de razonamiento y de filosofía que Mr. Pickwick no esperaba. Reflexionó algunos instantes, y dijo después, aunque ya de una manera menos firme:

—Pero esta silla no puede contener más que dos per-

sonas, y yo la he ofrecido á Mr. Allen.

—No os ocupéis de mí un sólo instante; ya he arreglado eso; Sam me hará sitio en el asiento de detrás al lado suyo. Por lo demás, este pequeño cartel se va á poner en la puerta: *Sawyer, sucesor de Nockemorf, dirigirse enfrente, casa de mistress Cripps*. Mistress Cripps es la madre de mi groom. Mr. Sawyer lo ha sentido mucho, dirá mistress Cripps, pero no ha podido ser de otra manera; han venido á buscarle esta mañana para una consulta con los primeros cirujanos del país; no se podía pasar sin él, querían tenerlo á toda costa, una operación terrible. Y el hecho es, — añadió Bob, — que esto espero que me produzca más bien que mal. Si se pudiera anunciar mi marcha en el diario de la localidad, estaba hecha mi fortuna. ¡Pero ya está aquí Ben! ¡Ea, vamos arriba!

Profiriendo estas palabras precipitadas, empujó Bob al postillón hacia á un lado, echó á su amigo dentro del coche, cerró la portezuela, levantó el estribo, pegó el cartel sobre la puerta, la cerró, se metió la llave en el bolsillo, subió al lado de Sam y mandó partir al postillón, todo ello con rapidez tan extraordinaria, que el coche rodaba ya y Mr. Bob Sawyer formaba ya parte en la expedición con toda seguridad, antes de que mister Pickwick hubiera acabado de decidir si debía llevarlo ó no.

En tanto que el coche estuvo en las calles de Bristol, conservó Bob sus espejuelos verdes y mantuvo una gravedad conveniente, contentándose con enumerar diversas jocosidades para el entretenimiento especial de mister Samuel Weller; pero una vez en el camino, se despojó á la vez de sus anteojos y de su gravedad profesional y le obsequió con diferentes juegos que hubieran podido en la calle haber atraído la atención de los traseantes sobre el carruaje y hacerle objeto de una curiosidad más que ordinaria. Lo menos notable de estos arranques, fueron la estrepitosa imitación de una corneta de pistón y el desplegamiento ostentoso de un pañuelo de seda encarnado, fijado en el extremo de un bastón y agitado en el aire con aspecto de supremacía y provocación.

—No comprendo, — dijo Mr. Pickwick deteniéndose en medio de una grave conversación con Mr. Ben Allen sobre las buenas cualidades de Mr. Winkle y de su joven esposa, — no comprendo qué es lo que encuentra en nosotros de extraordinario la gente que pasa para examinarnos así.

—El buen aspecto del carruaje, — respondió Ben con un ligero sentimiento de orgullo; — apostaría algo á que no los ven semejantes todos los días.

—No es posible; puede que sea eso... y eso debe ser, — contestó Mr. Pickwick que se hubiera persuadido fácilmente de si debía ser aquello, mirando en aquel momento por la portezuela. — No había reparado que el continente de los que pasaban no indicaba ninguna admiración respetuosa, y que diversas comunicaciones telegráficas parecían cambiarse entre ellos y los habitantes exteriores del carruaje, comprendiendo, sin embargo, instintivamente que aquello podría tener algunas relaciones lejanas con el caracter bromista de Mr. Bob Sawyer.

—Espero, — dijo, — que nuestro bullicioso amigo no cometerá ninguna insensatez por detrás.

—¡Oh, no! — replicó Mr. Ben Allen; — excepto cuando está un poco excitado, Bob es la criatura más pacífica de la tierra.

En esto se oyó la imitación prolongada de una corneta de pistón, seguida inmediatamente por grandes gritos y hurras que salían evidentemente de la garganta y los pulmones de la *criatura más pacífica de la tierra*, ó en términos más claros, del mismo Mr. Bob Sawyer.

Mr. Pickwick y Mr. Ben Allen cambiaron una mirada expresiva, y el primero de estos señores, quitándose el sombrero y asomándose por la portezuela hasta el punto de quedar fuera todo su chaleco, llegó á percibir al fin al jovial farmacéutico.

Mr. Bob Sawyer estaba sentado, no ya en la trasera, sino sobre el techo del coche, con las piernas todo lo separadas que le era posible, llevando sobre una oreja el sombrero de Sam, teniendo en una mano un buen trozo de vianda, y en otra una enorme botella que acariciaba por turno, con aire de suave regocijo, saliendo de vez en cuando de la monotonía de esta operación, para lanzar gritos agudos ó para cambiar espirituales observaciones con los que pasaban. El pabellón sanguinario estaba cuidadosamente atado á la trasera, en posición vertical, y Mr. Samuel Weller, adornado con el sombrero de Bob, estaba en posición de despachar una doble ración de la vianda, con un aspecto animado y satisfecho, que anunciaba la entera aprobación de los procedimientos de su compañero.

Esto era bastante para irritar á un caballero que poseía el sentimiento de la conveniencia en tanto grado como Mr. Pickwick; pero no era esto todo el mal, sino que la silla de posta cruzaba en aquel momento con un carruaje público, cargado en el interior y en el exterior, de viajeros, cuya admiración se expresaba de una manera harto significativa. Las congratulaciones de una fami-

lia irlandesa que corría al lado de la silla pidiendo limosna eran también bastantes estrepitosas, sobre todo las del jefe de la familia, que parecía creer que aquel atalaje formaba parte de alguna demostración política y triunfal.

— ¡Señor Sawyer! — gritó Mr. Pickwick en estado de grande excitación: — ¡Señor Sawyer! ¡señor!

— ¡Ola! — respondió el amable joven inclinándose hacia un lado del coche con toda la tranquilidad imaginable.

— ¿Os habéis vuelto loco, caballero?

— ¡Absolutamente! No estoy más que alegre.

— ¡Alegre! ¡Quitadme ese escandaloso pañuelo rojo!

¡Exijo que lo quitéis, caballero! ¡Sam, quitadlo en seguida!

Antes de que Sam hubiera podido intervenir, mister Bob Sawyer recogió graciosamente su pabellón, lo metió en el bolsillo, hizo un corto saludo con la cabeza á Mr. Pickwick, y volviendo el cuello de la botella, lo aplicó á sus labios, haciéndole comprender de esta manera, sin pérdida de palabras, que le deseaba toda clase de satisfacciones y prosperidades. Después de ejecutada esta pantomima, volvió á colocar cuidadosamente el tapón, y mirando á Mr. Pickwick con aire benigno, tiró un buen bocado de su vianda, y sonrió.

— ¡Vamos! — dijo Mr. Pickwick, cuya cólera momentánea no era propósito para resistir la prueba del amable aplomo de Bob; — vamos, caballero, no hagáis esas tonterías, si queréis hacerme favor.

— No, no, — replicó el discípulo de Esculapio, cambiando de sombrero con Sam; — no lo he hecho de intento; el aire libre me había animado tanto, que no he podido contenerme.

— Pensad en el efecto que produce eso, — volvió á decir Mr. Pickwick con voz persuasiva; — tened alguna consideración á las conveniencias sociales.

— Sí, ciertamente, — replicó Bob; — esto no es del todo conveniente. Vaya, se acabó, señor.

Mr. Pickwick satisfecho de esta seguridad, volvió á meter la cabeza en el coche, pero apenas había reanudado la conversación interrumpida, cuando fueron sorprendidos por la aparición de un cuerpecillo opaco que golpeaba en el cristal, como para dar testimonio de la impaciencia con que deseaba ser admitido en el interior.

— ¿Qué es eso? — exclamó Mr. Pickwick.

— Parece una botella, — respondió Ben Allen, observando con mucho interés el objeto á través de sus anteojos. — Sospecho que ha de pertenecer á Bob.

Esta opinión era completamente exacta. Habiendo

atado Mr. Bob Sawyer la botella á la punta de su bastón, la hacia golpear contra la ventanilla, para invitar á sus amigos del interior á que participasen de su contenido en buena armonía y en buena inteligencia.

— ¿Qué haremos? — preguntó Mr. Pickwick mirando la botella; — esta idea es aún más absurda que la otra.

— Creo que valdria más cogerla y guardarla, — opinó Ben Allen; — lo tiene bien merecido.

— Ciertamente. ¿La cojo?

— Creo que es lo mejor que podemos hacer.

Mr. Pickwick bajó dulcemente el cristal y desató la botella del bastón. Este fué entonces retirado, y se oyó á Mr. Sawyer reír con todo su corazón.

— ¡Qué chico tan alegre! — dijo Mr. Pickwick con la botella en la mano.

— Ciertamente, — respondió Ben.

— No puede uno incomodarse con él.

— ¡Imposible!

Durante esta comunicación de sentimientos, había destapado Mr. Pickwick la botella.

— ¿Y qué es eso? — preguntó indiferentemente mister Allen.

— No sé, — respondió Mr. Pickwick con igual indiferencia; — parece ponche.

— ¿De veras? — dijo Benjamin.

— Al menos lo supongo, — dijo Mr. Pickwick, que no hubiera querido exponerse á decir una falsedad; — porque me sería imposible hablar con exactitud no habiéndolo probado.

— Pues no haríais mal en hacerlo. Es preciso para saber lo que es.

— ¿Opináis así? Pues si ese es vuestro gusto, no quiero dejar de complaceros.

Dispuesto siempre á sacrificar sus propios sentimientos á los deseos de sus amigos, Mr. Pickwick se ocupó largamente en gustar el contenido de la botella.

— ¿Pero qué es? — preguntó Mr. Allen interrumpiéndole con alguna impaciencia.

— ¡Es extraordinario! — respondió el filósofo pasándose la lengua por los labios; — no estoy muy seguro. ¡Ah, sí! — añadió después de haber gustado por segunda vez; — ¡es ponche!

Mr. Ben Allen miró á Mr. Pickwick y Mr. Pickwick miró á Mr. Ben Allen; Mr. Ben Allen sonrió, mas mister Pickwick se mantuvo serio.

— Merecía, — dijo este último con severidad, — merecía que nos lo bebiéramos todo hasta la última gota.

— Precisamente, en eso pensaba yo.

— ¡En ese caso!... pues bien, á su salud.

Y después de expresarse de esta manera, nuestro excelente amigo dió un tierno y prolongado beso á la botella, que pasó á Benjamín, no haciéndose este rogar para seguir tan buen ejemplo; las sonrisas que siguieron se hicieron recíprocas, y el punch desapareció gradual y alegremente.

—Después de todo, — dijo Mr. Pickwick saboreando la postrera gota, — sus ideas son realmente y en verdad muy alegres y muy divertidas.

—Sin duda alguna, — replicó Ben.

Y para probar que su amigo era uno de los más alegres compadres del mundo, contó lenta y detalladamente cómo su amigo había bebido tanto una vez, que adquirió una ardiente fiebre y había habido necesidad de afeitarlo. La relación de este agradable incidente duraba todavía, cuando el carruaje se detuvo delante del hotel de *La Campana*, en Berkeby Heath, para mudar de tiro.

—Comeremos aquí, ¿no es verdad? — dijo Bob metiendo la cabeza por la portezuela.

—¡Comer! — gritó Pickwick, — ¡cuando sólo hemos andado diez y nueve millas y aún nos faltan recorrer ochenta y siete!

—Precisamente por eso es necesario tomemos alguna cosa que nos ayude á soportar la fatiga, — replicó Bob.

—¡Oh! — volvió á decir Mr. Pickwick mirando el reloj, — es imposible de todo punto comer á las once y media de la mañana.

—Es cierto, muy justo, un almuerzo es lo que nos hace falta. ¡Ohé! ¡muchacho! Un almuerzo para tres personas, al instante; no pongáis los caballos hasta de aquí á un cuarto de hora; colocad en la mesa los fiambres que tengáis, con algunas botellas de cerveza *ale* y del mejor vino de madera.

Después de dar estas órdenes con suma oficiosidad y dándose una prodigiosa importancia, Mr. Bob Sawyer entró inmediatamente en la casa para velar en la ejecución de su mandato. Pasados cinco minutos, volvió declarando estaba presto, y sobre todo excelente.

Las cualidades del almuerzo justificaron plenamente las aserciones del farmacéutico, y sus compañeros le hicieron tanto honor como él mismo. Gracias á los esfuerzos de aquellos señores, el *ale* y el Madera desaparecieron prontamente; el frasco se llenó en seguida con el mejor equivalente que encontraron al punch y cuando nuestros amigos tomaron sus asientos en el coche, la corneta se hizo oír y el pabellón rojo se desplegó flotante, sin la más lijera oposición de parte de Mr. Pickwick.

En Tewkesbury se detuvieron á comer y también des-

pacharon alguna *ale*, una botella de Madera y de Oporto de extras; y en fin, el frasco fué vuelto á llenar por cuarta vez. Bajo la combinada influencia de tantos líquidos, Mr. Pickwick y Mr. Allen durmieron durante treinta millas de camino, entre tanto que Bob y Sam Weller cantaban un duo en sus asientos.

Había ya oscurecido del todo, cuando mister Pickwick se sacudió y despertó lo suficiente para mirar por la ventanilla. Cabañas esparcidas á los lados del camino, la negruzca tinte del hollín que manchaba los objetos visibles, la nebulosa atmósfera, los caminos cubiertos de cenizas y polvo de ladrillo, la luz de inflamados hornos á un lado y otro del camino, las nubes de humo que saliendo lentamente de altas chimeneas piramidales ennegrecían las cercanías, el brillo de cercanas luces, las pesadas carretas que se arrastraban por el camino cargadas de ruidosas barras de hierro ó de otras pesadas mercancías, todo, en fin, indicaba la aproximación á la gran ciudad de Birmingham.

El movimiento y ruido de trabajos serios era cada vez más sensible á medida que el carruaje avanzaba por las estrechas calles que conducen al centro de los negocios. Una activa multitud circulaba por todas partes, las luces brillaban hasta junto á los techos en las largas filas de ventanas, el rumor del trabajo brotaba de cada casa, el movimiento de las ruedas y balancines hacía temblar las paredes. Los fuegos, cuyos reflejos rojizos eran visibles á algunas millas, flameaban furiosamente dentro de los grandes talleres, y el ruido de los instrumentos, los acompasados golpes del martillo, el silbido del vapor y el estrépito de las máquinas retumbaban por todas partes con ruda y áspera armonía.

El carruaje llegó á las extensas calles y ante las brillantes tiendas que rodean al viejo hotel *Real*, antes que Mr. Pickwick hubiese comenzado á meditar la naturaleza delicada y difícil de la comisión que allí le traía.

Lo delicado de la comisión y la dificultad de llevarla á cabo convenientemente no se disminuía en manera alguna con la presencia voluntaria de Mr. Bob Sawyer. La verdad es que Mr. Pickwick no estaba de ningún modo encantado de gozar de la sociedad de ese señor, por más honorable que fuese, y hubiera dado con alegría cualquier regular cantidad por hacerlo transportar á cincuenta leguas de allí.

Mr. Pickwick no había tenido nunca comunicación personal con Mr. Winkle padre, aunque había recibido de él algunas cartas y á su vez había contestado satisfactoriamente sobre la conducta de Mr. Winkle joven. El sentía pues un extremecimiento nervioso al considerar

que no era un medio muy ingenioso para predisponerle á su favor hacerla la primera visita acompañado de Ben Allen y Bob Sawyer, ambos ligeramente peneques.

—De todos modos, — pensaba Mr. Pickwick procurando tranquilizarse él mismo, — es necesario que haga todo lo posible; tengo la obligación de verle esta misma tarde, porque así lo he ofrecido á su hijo; si estos dos jóvenes persisten en acompañarme, será conveniente acortar lo posible la entrevista, contentándome con esperar que por su propio honor no harán extravagancias.

Cuando Mr. Pickwick se consolaba con estas reflexiones, el coche se detenía á la puerta del viejo hotel *Real*. Ben Allen, medio despierto, fué sacado por Sam, y Mr. Pickwick pudo bajar á su vez. Introducido con sus compañeros en una confortable habitación, interrogó inmediatamente al camarero sobre la residencia de mister Winkle.

—Muy cerca de aquí, caballero, — le contestó el criado; — Mr. Winkle tiene un almacén en el muelle, pero vive á quinientos pasos de esta casa.

Entonces el camarero apagó una luz y la volvió á encender con la mayor lentitud posible, á fin de dar tiempo á Mr. Pickwick para que le dirigiese nuevas preguntas si por acaso estaba en su ánimo hacerlo así.

—¿Desearís alguna cosa, caballero? — dijo al fin sin esperanzas de ser interrogado; — ¿una comida, señor? ¿te ó café?

—En este momento nada.

—Muy bien, señor; ¿no queréis ordenar vuestra cena?

—Ahora no.

—Está bien, señor.

El camarero marchó suavemente hacia la puerta y deteniéndose de repente, se volvió y dijo con suma dulzura:

—Enviaré la criada?

—Sí, si gustáis, — respondió Mr. Pickwick.

—Y además, — añadió Bob, — traed un botella de agua de soda.

—¿Soda Water? Sí señor.

Después de estas palabras, el camarero, cuyo espíritu parecía libre de un grave peso después de haber obtenido la orden de servir, desapareció imperceptiblemente. En efecto, los camareros de hotel no andan ni corren; tienen una misteriosa manera de deslizarse, que no es dado ejecutar á los demás hombres.

Gracias á la Soda, se presentaron algunos síntomas de vitalidad en Ben Allen, que consintió en lavarse cara y manos y en dejarse acepillar por Sam. Mr. Pickwick

y Bob, habiendo igualmente reparado los desórdenes de sus vestidos ocasionados por el viaje, se pusieron en marcha cogidos del brazo hacia la casa de mister Winkle. Durante el camino, Bob impregnaba la atmósfera con un violento hedor de tabaco.

A un cuarto de milla y en una calle tranquila y aseada, se levantaba una vieja casa de ladrillos rojos; la puerta, á la cual se llegaba por tres escalones, tenía en una placa de cobre este nombre: Mr. Winkle. Los escalones eran muy blancos, los ladrillos muy rojos y la casa muy adecuada y apropiada.

Daban las diez, cuando Mr. Pickwick, Ben Allen y Bob Sawyer tocaban á la puerta. Una primorosa criada vino á abrir y se estremeció al ver tres extranjeros.

—¿Está en casa Mr. Winkle, amiga mía? — preguntó Mr. Pickwick.

—Va á cenar, caballero, — contestó la joven.

—Haced el favor de darle esta tarjeta y decirle que tengo un gran sentimiento en molestarle á estas horas, pero acabo de llegar y me es absolutamente necesario verle esta tarde.

La joven miró tímidamente á Mr. Sawyer, que expresaba con una asombrosa variedad de muecas la admiración que le inspiraban sus encantos; en seguida, lanzando una ojeada á los sombreros y gabanes colgados en el pasadizo, llamó á otra criada para que guardase la puerta interín ella subía con el recado. La centinela fué rápidamente relevada, porque la joven vino inmediatamente, pidió perdón á los tres amigos, por haberlos dejado en la calle, y los introdujo en una antesala, mitad despacho y mitad gabinete de vestir, cuyos principales muebles eran una mesa de despacho, un lavabo, un espejo de afeitarse, un tirabotas y perchas, un taburete, cuatro sillas, una mesa y un reloj viejo. Sobre la campana de la chimenea había una caja de hierro sujeta y fija al muro; en fin, un almanaque y un par de estantes de libros y papeles empolvados decoraban las paredes.

—Siento mucho haberos hecho esperar á la puerta, caballeros, — dijo la joven encendiendo una lámpara y dirigiendo á Mr. Pickwick una graciosa sonrisa; — pero yo no os conocía, y hay tantos aventureros que vienen á ver si logran poner la mano sobre algo, que realmente...

—No hay necesidad de excusas, mi querida niña, — replicó Mr. Pickwick con bondadoso buen humor.

—Ni por lo más mínimo, amor mío, — añadió Bob extendiendo alegremente los brazos y saltando de un lado de la habitación al otro, como para impedir la salida

inmediata de la joven.

Pero ella no se enterneció ni poco ni mucho por aquellas gracias, pues expresó bastante alto su expresión de que Mr. Bob Sawyer era un tuno, cuando él la quiso acariciar más expresivamente, ella le imprimió sus bonitos dedos en la cara y saltó fuera de la habitación con marcados ademanes de aversión y desprecio.

Priado de la sociedad de la joven sirviente, Mr. Bob Sawyer buscó diversión mirando la mesa de despacho, abriendo todos los cajones, fingiendo iba á abrir la cerradura del cofre, volviendo las hojas del almanaque, probándose las botas de Mr. Winkle *senior* por encima de las suyas, y haciendo sobre los muebles y adornos otras diversas y divertidas experiencias que causaban á Mr. Pickwick un horror y una agonía inexplicables, pero que proporcionaban á Mr. Bob un placer equivalente.

Al fin, la puerta se abrió, y un pequeño viejo con traje color de tabaco, cuya cara y cráneo eran exactamente parecidos á los de Mr. Winkle joven (si el viejo no estuviere algo calvo), entró trotando en la habitación, teniendo en una mano la tarjeta de Mr. Pickwick y en la otra un candelero de plata.

— Señor Pickwick, ¿cómo está usted? — dijo el viejecito dejando el candelero y tendiendo la mano. — Espero estaréis bien, caballero. Tengo mucho gusto en veros; sentaos, señor Pickwick, os lo ruego. ¿Este caballero es?...

— Mi amigo el señor Sawyer — respondió mister Pickwick, — un amigo de vuestro hijo.

— ¡Ah! — dijo Mr. Winkle mirando á Bob con cierto aire de disgusto. — Espero que igualmente estaréis bien.

— Muy satisfecho — replicó Bob.

— Este otro caballero — dijo Mr. Pickwick, — este señor, como veréis cuando hayáis leído la carta que os traigo, es un pariente... bastante próximo... ó quizás, mejor dicho, un amigo íntimo de vuestro hijo. Su nombre es Allen.

— ¿Ese caballero? — preguntó Mr. Winkle, mostrando con la tarjeta á Mr. Benjamín Allen, que estaba dormido en una posición tal que sólo se veía de él la espina dorsal y el cuello de su levita.

Mr. Pickwick estaba á punto de responder á la pregunta y recitar en seguida todos los nombres y honorables cualidades de Mr. Benjamín Allen, cuando el espiritual Bob, á fin de hacer comprender á su amigo la situación en que se encontraba, le dió en la parte más carnuda del brazo un fuerte pellizco. Ben se levanta

sobre sus pies dando un gran grito, pero apercibiéndose inmediatamente de la presencia de un extraño, se adelantó hacia Mr. Winkle, y sacudiéndole tiernamente las dos manos, durante cerca de cinco minutos, murmuró algunas palabras sin sentido y casi ininteligibles sobre el placer que tenía de verle. Perguntóle de una manera muy franca y hospitalaria si deseaba tomar alguna cosa después del paseo, ó si prefería esperar la comida, después de lo cual se sentó, miró alrededor suyo con aire abobado é idiota, como si no tuviese idea del sitio en que se encontraba, como efectivamente era verdad.

Todo esto aumentaba el embarazo de Mr. Pickwick, con tanta más razón, cuanto que Mr. Winkle expresaba un verdadero asombro, por no decir más, por la excéntrica conducta de sus dos compañeros. Con objeto de poner fin á tan molesta situación, sacó una carta del bolsillo, y presentándola á Mr. Winkle *senior*, dijo:

— Esta carta, caballero, es de vuestro hijo; veréis por su contenido que su bienestar y dicha futura dependen de la manera bondadosa y paternal con que la acobardáis. Quedaré sumamente agradecido si la leéis con calma, razonando en seguida conmigo sobre su objeto de un modo grave y conveniente. Ya podéis juzgar de la importancia de vuestra decisión para vuestro hijo, y cuál es su inmensa ansiedad, cuando ella me obliga á presentarme en vuestra casa á tan avanzada hora, — añadió Pickwick mirando ligeramente á sus dos compañeros, — y en circunstancias tan desfavorables.

Después de este exordio, Mr. Pickwick colocó en las manos del viejo asombrado cuatro páginas llenas de un supérfluo arrepentimiento; se sentó y examinó la cara y expresión del viejecito, con cierta inquietud, es verdad, pero con todo el aire franco y seguro de un hombre que ha aceptado un papel por el cual no tiene por qué ruborizarse ni defenderse.

El viejo negociante miró y volvió á mirar la carta antes de abrirla, examinó la dirección, su anverso y reverso, los lados, hizo microscópicas observaciones sobre el niño regordete impreso en el sello, fijó sus ojos en el semblante de Mr. Pickwick, y en fin, sentándose en la silla de despacho, y aproximando la lámpara, rompió el sobre, desplegó las hojas, y elevándolas cerca de la luz se preparó á leer.

Justamente en aquel momento Mr. Bob Sawyer, cuyo espíritu había permanecido inactivo algunos minutos, colocó sus manos sobre las rodillas, y arregló su fisonomía como la de un clown, imitando la del gracioso Mr. Grimaldi. Desgraciadamente, sucedió que Mr. Winkle, •n

lugar de ocuparse en leer profundamente su carta, como Bob creía, se le ocurrió mirar por encima, y conjeturando con fundamento que la cara en cuestión se había fabricado en burla de su propia persona, fijó sus ojos con tanta severidad sobre el culpable, que los rasgos de fisonomía de Mr. Grimaldi desaparecieron, transformándose en una expresión humilde y sobre todo confusa.

—¿Me habéis hablado, caballero? — preguntó mister Winkle, después de un amenazador silencio.

—No, señor — contestó Bob, que no tenía ya nada de clown, excepto el extraordinario color encarnado de sus mejillas.

—¿Estáis bien seguro, caballero?

—¡Oh! ciertamente; sí, señor, la verdad.

—Me había parecido — repitió el anciano *gentleman* con un énfasis lleno de indignación. — ¿Puede que me hayáis mirado, caballero?

—¡Oh! no, señor, de ninguna manera — dijo Bob del modo más político que pudo.

—Tengo mucho gusto en saberlo — replicó el anciano frunciendo las cejas con majestuoso aire.

Después aproximó la carta á la luz y comenzó á leer seriamente.

Mr. Pickwick le examinaba con atención, mientras él volvía de la última línea de la primera página á la primera línea de la segunda, de la última línea de la segunda á la primera de la tercera, de la última línea de la tercera á la primera de la cuarta, y de la última línea de la cuarta á la primera de la primera; pero aunque el matrimonio de su hijo se lo anunciaba en las doce primeras líneas, como lo sabía muy bien Mr. Pickwick, ninguna alteración de su rostro indicaba los sentimientos que tan importante noticia le producía.

Mr. Winkle leyó la carta hasta la última palabra, la dobló con la precisión de un hombre de negocios, y en el momento mismo en que Mr. Pickwick esperaba una gran explosión de sensibilidad, tomó la pluma, hundiéndola en el tintero, y dijo tan tranquilamente como si hablase de un asunto mercantil el más común.

—¿Cuál es la dirección de Nathaniel, señor Pickwick?

—Por ahora, en el hotel de *Jorge y el cuervo*.

—¿Jorge y el cuervo? ¿Dónde está?

—En la calle de Lombard, George Yard.

—¿En la ciudad?

—Sí.

El anciano caballero escribió la dirección al dorso de la carta y colocándola en el cajón, que cerró, dijo separando la silla y poniendo la llave en su bolsillo:

—¿Supongo que nada más tenemos que decirnos, señor Pickwick?

—¡Nada que decirnos, querido señor! — gritó el excelente hombre lleno de calurosa indignación. — ¡Nada que decirnos! ¿No tenéis opinión alguna que expresar sobre un acontecimiento tan importante en la vida de mi joven amigo? ¿Ninguna seguridad de la continuación de vuestro afecto y protección, transmitida por mi medio? ¿Nada que decir que le tranquilice, nada que pueda consolar la inquietud de la joven esposa, cuya dicha depende de él? Reflexionad, mi estimado señor, reflexionad.

—Precisamente yo reflexionaré. En este momento nada puedo decir; yo soy un hombre metódico, que no me meto jamás precipitadamente en ningún negocio, y por lo que veo, en este no me agradan absolutamente las apariencias. Mil libras esterlinas no son gran cosa, Mr. Pickwick.

—Tenéis mucha razón — dijo Ben Allen, suficientemente despierto para acordarse que él había gastado sus mil libras sin la más leve dificultad. — Sois un hombre inteligente, Bob, el señor es muy listo.

—Me encanta que me hagáis esa justicia — dijo mister Winkle, arrojando una despreciativa mirada sobre Mr. Ben Allen que movía la cabeza con profunda é inteligente seriedad. — Lo cierto es, Mr. Pickwick, que al permitir á mi hijo viajase bajo vuestros auspicios un año ó dos para que aprendiese á conocer el mundo y no entrase en él como un escolar que se deja atrapar por el primero que venga, no había hecho cuenta con esto. El lo sabe bien, y no quedará sorprendido si deo de sostenerle. Por último, el sabrá mi decisión, señor Pickwick. Entretanto, os deseo buenas noches. Margarita, abrid la puerta.

Durante este tiempo, Mr. Bob Sawyer hacía señas á su amigo, para indicarle dijese alguna cosa en su lugar, que fuese derecho al corazón, que diese en el clavo; así Ben improvisó sin previo exordio un pequeño y breve discurso, aunque lleno de calor.

—Señor — dijo mirando al viejo caballero con ojos opacos y fijos, y moviendo su brazo de abajo arriba; — vos... vos deberíais ruborizaros de vuestra conducta.

—En efecto — replicó Mr. Winkle, — como hermano de la joven, sois un excelente juez en la cuestión; — ¡vamos! basta. Os ruego, Mr. Pickwick, no añadáis nada. Buenas noches, señores.

Después de estas palabras, el viejo negociante tomó el candelero, y abriendo la puerta de la habitación, les mostró políticamente el corredor.

—Os arrepentiréis de vuestra conducta, caballero— dijo Mr. Pickwick, apretando los dientes para contener la cólera, porque comprendía cuán importante era todo para su joven amigo.

—Por lo menos en este momento soy de diversa opinión, — respondió Mr. Winkle con perfecta calma. — Vamos, señores, vuelvo á deseáros buenas noches.

Con paso irritado ganó la calle Mr. Pickwick; Bob Sawyer, completamente humillado por las resueltas maneras del viejo caballero, tomó el mismo partido; el sombrero de Ben Allen rodó cerca de ellos en la escalera, y la persona de Ben Allen siguió inmediatamente el mismo camino; por último, los tres compañeros se fueron á acostar en silencio y sin cenar. Pero antes de dormirse, Mr. Pickwick pensó que si él hubiera sabido qué hombre tan metódico era Mr. Winkle *senior*, seguramente no se hubiera encargado de tal comisión.

CAPITULO LI

En el que Mr. Pickwick encuentra antiguos conocimientos, afortunada circunstancia á la cual el lector deberá principalmente ardientes detalles de interés más abajo consignados, concernientes á dos grandes hombres políticos.

Quando Mr. Pickwick se despertó á las ocho de la mañana, el estado de la atmósfera no era en manera alguna propio para distraer su espíritu ni disminuir el abatimiento que le inspiraba el inesperado resultado de su embajada. El cielo estaba triste, el aire húmedo y frío, las calles mojadas y fangosas. El humo permanecía perezosamente suspendido encima de las chimeneas, como si le faltase energía para elevarse, y la niebla descendía lentamente, como si le hubiese faltado valor para caer. Un gallo de pelea, privado de su habitual animación, se balanceaba tristemente sobre una pata en el patio, entretanto que una borrica, bajo un estrecho co-

bertizo, tenía la cabeza de manera que á juzgar por su miserable continente, podía creerse meditaba el suicidio. En la calle sólo se veían paraguas y sólo se oía el ruido de los chanclos de madera y el repiqueteo del agua que goteaba de los techos.

Durante el almuerzo permaneció la conversación singularmente lánguida; Mr. Bob Sawyer mismo sentía la influencia del tiempo y la reacción de la excitación del día anterior. Siguiendo su propio y expresivo lenguaje, estaba completamente *aplastado*; á Mr. Ben Allen le pasaba lo mismo é igualmente á Mr. Pickwick.

En un largo intervalo de espera, fué leído y releído el último periódico de Londres con esa intensidad de interés que no se observa ni se conoce sino en los casos de extrema escasez y aburrimiento; no tuvieron luego menos perseverancia en contar y medir cada flor de la alfombra; ellos miraron por la ventana, y miraban demasiado frecuentemente, de manera que parecían realizar el cumplimiento de una obligación; ellos entablaron sin resultado diversas conversaciones sobre toda clase de objetos, y al fin, cuando el medio día llegó sin cambio favorable, Mr. Pickwick tiró resueltamente de la campanilla y pidió su carruaje.

El camino estaba lleno de fango, la neblina más fuerte que nunca, y el lodo era arrojado con tal fuerza dentro del coche abierto y en tal cantidad, que molestaba casi tanto á los del interior como á los del exterior. A pesar de todo, en el movimiento mismo, en el sentimiento de un cambio, de una acción, había algo preferible al hastío de quedar encerrado en una habitación sombría y ver por toda distracción caer la lluvia tristemente en una triste calle. Así, nuestros amigos se asombraron desde luego ellos mismos de haber estado tanto tiempo sin haber tomado su determinación.

Quando se detuvieron en Coventry para relevar, el vapor que salía de los caballos formaba tan espesa nube, que eclipsaba completamente al palafrenero; sólo se le oía gritar, en medio de la niebla, que él esperaba obtener la primera medalla de oro de la sociedad de humanidad, por haber quitado el sombrero al postillón, á quien el agua que corría por los bordes amenazaba ahogar infaliblemente, si el invisible caballero palafrenero no hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu de arrancárselo vivamente y enjugar frotando con paja la cara del náufrago.

—Eso es agradable — dijo Bob arreglando el cuello de su gabán y tapándose la boca con el chal para concentrar los vapores de un vaso de aguardiente que acababa de beber.

—Os arrepentiréis de vuestra conducta, caballero— dijo Mr. Pickwick, apretando los dientes para contener la cólera, porque comprendía cuán importante era todo para su joven amigo.

—Por lo menos en este momento soy de diversa opinión, — respondió Mr. Winkle con perfecta calma. — Vamos, señores, vuelvo á deseáros buenas noches.

Con paso irritado ganó la calle Mr. Pickwick; Bob Sawyer, completamente humillado por las resueltas maneras del viejo caballero, tomó el mismo partido; el sombrero de Ben Allen rodó cerca de ellos en la escalera, y la persona de Ben Allen siguió inmediatamente el mismo camino; por último, los tres compañeros se fueron á acostar en silencio y sin cenar. Pero antes de dormirse, Mr. Pickwick pensó que si él hubiera sabido qué hombre tan metódico era Mr. Winkle *senior*, seguramente no se hubiera encargado de tal comisión.

CAPITULO LI

En el que Mr. Pickwick encuentra antiguos conocimientos, afortunada circunstancia á la cual el lector deberá principalmente ardientes detalles de interés más abajo consignados, concernientes á dos grandes hombres políticos.

Quando Mr. Pickwick se despertó á las ocho de la mañana, el estado de la atmósfera no era en manera alguna propio para distraer su espíritu ni disminuir el abatimiento que le inspiraba el inesperado resultado de su embajada. El cielo estaba triste, el aire húmedo y frío, las calles mojadas y fangosas. El humo permanecía perezosamente suspendido encima de las chimeneas, como si le faltase energía para elevarse, y la niebla descendía lentamente, como si le hubiese faltado valor para caer. Un gallo de pelea, privado de su habitual animación, se balanceaba tristemente sobre una pata en el patio, entretanto que una borrica, bajo un estrecho co-

bertizo, tenía la cabeza de manera que á juzgar por su miserable continente, podía creerse meditaba el suicidio. En la calle sólo se veían paraguas y sólo se oía el ruido de los chanclos de madera y el repiqueteo del agua que goteaba de los techos.

Durante el almuerzo permaneció la conversación singularmente lánguida; Mr. Bob Sawyer mismo sentía la influencia del tiempo y la reacción de la excitación del día anterior. Siguiendo su propio y expresivo lenguaje, estaba completamente *aplastado*; á Mr. Ben Allen le pasaba lo mismo é igualmente á Mr. Pickwick.

En un largo intervalo de espera, fué leído y releído el último periódico de Londres con esa intensidad de interés que no se observa ni se conoce sino en los casos de extrema escasez y aburrimiento; no tuvieron luego menos perseverancia en contar y medir cada flor de la alfombra; ellos miraron por la ventana, y miraban demasiado frecuentemente, de manera que parecían realizar el cumplimiento de una obligación; ellos entablaron sin resultado diversas conversaciones sobre toda clase de objetos, y al fin, cuando el medio día llegó sin cambio favorable, Mr. Pickwick tiró resueltamente de la campanilla y pidió su carruaje.

El camino estaba lleno de fango, la neblina más fuerte que nunca, y el lodo era arrojado con tal fuerza dentro del coche abierto y en tal cantidad, que molestaba casi tanto á los del interior como á los del exterior. A pesar de todo, en el movimiento mismo, en el sentimiento de un cambio, de una acción, había algo preferible al hastío de quedar encerrado en una habitación sombría y ver por toda distracción caer la lluvia tristemente en una triste calle. Así, nuestros amigos se asombraron desde luego ellos mismos de haber estado tanto tiempo sin haber tomado su determinación.

Quando se detuvieron en Coventry para relevar, el vapor que salía de los caballos formaba tan espesa nube, que eclipsaba completamente al palafrenero; sólo se le oía gritar, en medio de la niebla, que él esperaba obtener la primera medalla de oro de la sociedad de humanidad, por haber quitado el sombrero al postillón, á quien el agua que corría por los bordes amenazaba ahogar infaliblemente, si el invisible caballero palafrenero no hubiera tenido la suficiente presencia de espíritu de arrancárselo vivamente y enjugar frotando con paja la cara del náufrago.

—Eso es agradable — dijo Bob arreglando el cuello de su gabán y tapándose la boca con el chal para concentrar los vapores de un vaso de aguardiente que acababa de beber.

—Completamente, así es — respondió Sam tranquilamente.

—No tenéis aire de hacer caso de ello.

—¡Vaya! señor; yo no sé qué bien me produciría prestar atención á ello.

—¡Ved una excelente respuesta, á fe mía!

—Verdaderamente, señor; todo lo que sucede está bien, como decía dulcemente el joven señor cuando recibió una pensión porque el abuelo de la mujer del tío de su madre había encendido una vez la pipa del rey con un eslabón fosfórico.

—No es esa mala idea — replicó Bob de una manera aprobativa.

—Justamente, eso mismo decía el joven cortesano durante toda su vida en los días de vencimiento.

Después de un corto silencio, Sam miró de reojo al postillón, y bajando la voz de manera que sólo fuera un misterioso cuchicheo, dijo á Mr. Bob:

—¿Habéis sido llamado alguna vez cuando erais aprendiz de lancetero para visitar un postillón?

—No, creo que no.

—Nunca habréis visto un postillón en un hospital, ¿no es verdad?

—No, no me acuerdo de haber visto ninguno.

—¿Habéis conocido un cementerio donde hubiese un postillón enterrado? ¿No es cierto que jamás habéis visto un postillón muerto? — preguntó Sam continuando su catecismo.

—No — replicó Bob.

—¡Ah! — dijo Sam con tono triunfante, — y jamás lo veréis; hay otra cosa que tampoco se verá nunca, un asno muerto. Nadie ha visto un asno muerto, excepto el caballero de calzón de seda negra, y aun ese era un asno francés; así, después de todo, él no era de pura sangre.

—¡Pero bien! ¿qué relación tiene todo esto con el postillón? — preguntó Bob.

—Ahí veréis; no quiero asegurar, como algunas personas muy sensatas, que los postillones y los asnos sean un sér inmortal ambos; pero ya veréis lo que yo digo, y es que cuando ellos se sienten demasiado pesados para trabajar, ellos se van el uno llevando al otro; un postillón para dos asnos es la regla. Lo que luego les sucede nadie lo sabe; pero es muy probable vayan á divertirse en un mundo mejor, porque no hay persona viviente que haya visto jamás divertirse á un postillón ni á un asno aquí en este mundo.

Desenvolviendo compendiosamente esta notable teoría, y citando en su apoyo diversos hechos estadísticos, Sam

Weller entretuvo el trayecto hasta Duchurch. Allí se obtuvo un postillón seco y caballos frescos. El relevo más próximo era Daventry, Towcester el que le seguía, y al fin de cada relevo llovía con más fuerza que al principiar.

—¿Sabéis, — dijo Bob en tono de reproche, metiendo la nariz por la portezuela del coche, cuando se detuvo delante de *La cabeza del sarraceno*, en Towcester, — sabéis que esto no puede continuar así?

—¡Ah, ya! — dijo Mr. Pickwick, que acababa de dormir algo, — tengo miedo de que atrapéis alguna humedad.

—¡Oh! ¡verdaderamente! ¡en efecto, creo que estoy ligeramente húmedo! — dijo Bob.

Y nadie podía negarlo, pues la lluvia corría de su cuello, de sus codos, de sus vestidos y de sus rodillas; su traje todo estaba tan luciente con el agua, que se hubiera podido creer que estaba empapado en aceite.

—Creo que estoy ligeramente húmedo — repitió Bob sacudiéndose y arrojando en derredor suyo una fina y menuda lluvia, como hacen los perros de Terranova al salir del agua.

—Pienso en que verdaderamente no es posible ir más lejos esta tarde — observó Ben Allen.

—Completamente fuera de la cuestión — añadió Sam aproximándose para asistir á la conferencia, — Es una crueldad con los animales hacerles salir en semejante tiempo. Aquí hay camas, señor; todo está limpio y confortable; una buena pequeña comida que puede esté lista en media hora; pollos, chuletas, vaca, judías verdes, una tarta, y primorosidad. Haréis bien en permanecer aquí, señor; así yo me atrevo á dar mi opinión gratis; consultad la gente de arte, como decía el doctor.

El dueño de *La cabeza del sarraceno* llegó muy á propósito en aquel momento para confirmar los elogios de Sam, relativamente á los méritos de su establecimiento, y para apoyar sus súplicas con gran número de aterradoras conjeturas, concernientes al estado de los caminos, de la dificultad de encontrar caballos de refresco en el siguiente relevo, la infalible certidumbre de que llovería toda la noche, y la certidumbre, igualmente infalible, de que el tiempo mejoraría en la mañana siguiente, con otras muchas razones seductoras, familiares á todos los fondistas.

—Sea — dijo Mr. Pickwick; — pero entonces necesito enviar una carta á Londres, para que pueda recibirse allí mañana por la mañana. De otro modo, tendría obligación de continuar el viaje, arrostrándolo todo.

El fondista hizo una mueca de placer. Nada era más fácil que enviar una carta envuelta en papel gris, en forma de paquete, sea por la posta ó por el carruaje de noche de Birmingham. Si el gentleman deseaba particularmente fuese entregada en seguida, podía escribir en el sobre *urgente*, por cuyo medio tendría la seguridad de que se llevaba inmediatamente, ó bien *media corona al portador, si es entregado este paquete en seguida*, lo que sería sin duda lo más seguro.

— ¡Está bien! — dijo Mr. Pickwick; — entonces vamos á detenernos aquí.

— Juan — gritó el fondista; — luces en el *sol*; encendido pronto el fuego, los caballeros están mojados. Por aquí, señores. Nos os cuidéis del postillón, señor; yo lo enviaré cuando llaméis. Entretanto, Juan, las velas.

Trajeron las bujías, se animó el fuego, y un nuevo haz se arrojó para su consumo. En diez minutos, un mozo ponía el mantel para la comida, se corrieron las cortinas, el fuego flameaba, y como sucede siempre en una fonda inglesa un poco decente, se hubiera creído al ver el arreglo de todas las cosas que los viajeros eran esperados desde hacía ocho ó nueve días lo menos.

Mr. Pickwick se sentó en una pequeña mesa y escribió rápidamente á Mr. Winkle una esquila en que le informaba simplemente que se había visto detenido por el mal tiempo, pero que llegaría con seguridad á Londres el día siguiente, dejando desde luego para entonces relatar detalladamente sus operaciones. Esta carta, arreglada de manera que pareciese un paquete, fué llevada inmediatamente al fondista por Sam.

Después de secarse en el fuego de la cocina, Sam volvió para quitar las botas á su amo, cuando al mirar por una puerta entreabierta, percibió un hombre grande, cuyos cabellos eran rojos. Delante de él, sobre una mesa, había un paquete de periódicos, y él leía el artículo político de uno de ellos con cierto aire de continuo sarcasmo, que daba á sus narices y á toda su fisonomía una expresión de soberbio y majestuoso desprecio.

— ¡Eh! — dijo Sam; — me parece que conozco á este individuo, y el lente de oro, y el sombrero de grandes alas vueltas. ¡Oh, yo he visto todo eso en Eatanswill, ó soy un necio!

En el mismo instante, y á fin de llamar la atención del entretenido caballero, fué acometido Sam de un ataque de tos bastante incómodo. El distraído lector se estremeció al oír el ruido, levantó su cabeza y su lente, y dejó percibir los profundos y pensativos rasgos de Mr. Pott, editor de la *Gaceta de Eatanswill*.

— Perdonad, señor — dijo Sam aproximándose al saludar. — Mi amo está aquí, señor Pott.

— ¡Chit! ¡chut! — exclamó Pott atrayéndose á Sam á la habitación y cerrando la puerta con una expresión de fisonomía llena de inquietud y misterio.

— ¿Qué es lo que pasa, señor? — dijo Sam mirando con asombro á su alrededor.

— Guardaos bien de nombrarme. Nosotros estamos en un país *amarillo*; si el terrible pueblo supiera que estoy aquí me haría mil pedazos.

— De veras, señor?

— Sí, yo sería víctima de su furor. Pero, por otra parte, joven, ¿qué deciais de vuestro señor?

— Que pasa la noche en esta posada con un par de amigos.

— ¿Mr. Winkle está también? — preguntó Pott frunciendo ligeramente las cejas.

— No, señor, quedó en su casa. Se ha casado.

— ¿Casado? — gritó Pott con aterradora vehemencia.

Se detuvo, sonrió con aire sombrío, y añadió en voz baja y en tono vengativo:

— Está bien hecho, tiene lo que merece.

Y habiendo así exhalado, con salvaje triunfo, su mortal odiosidad contra el enemigo abatido, Mr. Pott preguntó si los amigos de Mr. Pickwick eran azules. El inteligente criado, que sabía tanto del particular como el editor mismo, dió una respuesta muy satisfactoria, y Mr. Pott consintió en acompañarle á la cámara de Mr. Pickwick. Fué recibido con suma cordialidad, y se convino en comer juntos.

Cuando Mr. Pott hubo tomado puesto cerca del fuego, y nuestros viajeros dejaron sus botas mojadas para ponerse pantuflas, le preguntó Mr. Pickwick:

— ¿Cómo van los asuntos de Eatanswill? ¿Existe todavía *El Independiente*?

— *El Independiente* — replicó Pott, — arrastra todavía su languideciente y miserable vida, odiado y despreciado por el pequeño número de personas que conocen su vergonzosa y despreciable existencia; sofocado él mismo por los fétidos miasmas que esparce con profusión, aturdido y ciego por las exhalaciones mefíticas de su propio fango, el obscuro periódico, sin tener conciencia de su estado de degradación, se precipita rápidamente sobre el limo engañoso que parece ofrecerle un punto de apoyo cerca de las clases más bajas de la sociedad, pero que elevándose por grados, por encima de su detestada cabeza, le sumirá bien pronto y para siempre.

Habiendo lanzado con vehemencia su manifesto, sacado de su último artículo político, el editor se detuvo

para tomar aliento, y miró después majestuosamente á Bob.

—Vos sois joven, caballero — le dijo.

Mr. Sawyer inclinó la cabeza.

—Y vos también, señor — añadió Pott dirigiéndose á Ben Allen.

Este reconoció la agradable imputación.

—¿Y estáis ambos profundamente imbuídos en esos principios azules que yo he prometido á los pueblos de este reino defender y sostener mientras viva?

—¡Eh, eh! En cuanto á eso, no sé de ello gran cosa— replicó Bob—yo soy...

—No un amarillo; ¿no es verdad, señor Pickwick?— interrumpió el orador recabando su silla.—Vuestro amigo no es un amarillo, caballero.

—No, no—replicó Bob.—Yo soy una especie de tartan escocés, por ahora; un compuesto de todos los colores.

—Un vacilante—dijo Pott con voz solemne;—¡un vacilante! ¡Ah! si leyérais una série de ocho artículos que ha publicado la *Gaceta* de Eatansville, me atrevo á creer no permaneceríais largo tiempo sin afirmar vuestras opiniones en una base firme y sólida.

—Y yo creo, me atrevo á creer, me pondría todo azul antes de llegar al fin—añadió Bob.

Mr. Pott le miró de una manera sospechosa algunos minutos, y volviéndose hacia Mr. Pickwick, le dijo:

—Vos habréis leído, sin duda alguna, los artículos literarios que han aparecido por intervalos, en tres meses, en la *Gaceta* de Eatanswill, y que han excitado una atención tan general y... puedo decirlo, una admiración tan universal.

—¡Eh! Pero—replicó Pickwick, ligeramente turbado por la pregunta—el hecho es que he estado ocupado de tal manera por otros asuntos, que no he tenido real-mente posibilidad de verlos.

—Es necesario leerlos, caballero—dijo el editor con aire severo.

—Sí, ciertamente.

—Han aparecido bajo la forma de una crítica detallada, de una obra sobre la metamorfosis chinesca.

—¡Ah! muy bien... ¿Esos artículos son vuestros? Así lo espero.

—Son de mi crítico, caballero—replicó Pott con gran dignidad.

—¿Una cuestión tan abstracta como lo que parece?

—Efectivamente—respondió Pott, con las profundas maneras de un sabio.—El ha hecho, bajo mi dirección, estudios preparatorios. Según mis consejos, él se ha ayudado para eso con la *Enciclopedia británica*.

—¿De verdad? Yo no sabía que esa excelente obra contuviese nada sobre metafísica china.

—Caballero — dijo Pott, poniendo su mano sobre la rodilla de Mr. Pickwick, y mirando en derredor suyo con una sonrisa de superioridad intelectual, — él ha leído para la metafísica en la letra M, y para la china en la letra C; y él ha amalgamado los frutos de esta doble lectura, caballeros.

Las facciones de Mr. Pott irradiaron de tanta grandeza adicional, al recuerdo del poder del genio, y de los tesoros de ciencia desplegados en el docto trabajo en cuestión, que transcurrieron algunos minutos antes que Mr. Pickwick tuviese la osadía de principiar la conversación. Así, cuando el continente del editor hubo bajado gradualmente á su ordinaria expresión de supremacía moral, nuestro filósofo se atrevió á decirle:

—¿Me será permitido preguntaros qué gran objeto os lleva tan lejos de vuestra casa?

—El objeto que me guía y que me anima en mis gigantescos trabajos, — replicó Pott con grave sonrisa; — el bien de mi país.

—Ya suponía yo que sería alguna misión política.

—Sí, señor, tenéis razón — respondió Pott.

Después se inclinó hacia Mr. Pickwick y murmuró á su oído con voz lenta y cavernosa:

—Mañana tendrá lugar un baile amarillo en Birmingham.

—¿De veras! — exclamó Mr. Pickwick.

—Sí, señor; ¡y una cena amarilla!

—¿Es posible?

Pott afirmó el hecho con un movimiento de cabeza.

Aunque Mr. Pickwick parecía tan aterrado por esta comunicación, estaba tan poco versado en la política local, que no podía comprender suficientemente la importancia de la horrible conspiración de que se trataba. Mr. Pott se apercibió de ello, y sacando el último número de la *Gaceta* de Eatanswill, leyó con solemnidad el párrafo siguiente:

«Reunión clandestina de los amarillos»

«Un reptil contemporáneo ha vomitado recientemente su negro veneno, con la vana esperanza de manchar la pura nombradía de nuestro ilustre representante el honorable Samuel Slumkey, de ese mismo Slumkey á quien habíamos predicho mucho tiempo que llegaría á adqui-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

MEXICO

rir su posición actual, tan noble y tan querida, que él sería un día el honor y gloria de la patria y el atrevido defensor de nuestros derechos. Un reptil contemporáneo, repetimos, ha hecho innobles burlas con motivo de una cesta de carbón en *plaqué* soberbiamente cincelado, ofrecido al admirable ciudadano por sus encantados mandatarios. Ese miserable y obscuro escritor insinúa que el honorable Samuel Slumkey ha contribuido él mismo por medio de un amigo íntimo de su sumiller por más de las tres cuartas partes de la suma total de la suscripción. ¡Y bien! ¿Esa rastrera criatura no ve que si el hecho es cierto, sólo serviría para colocar al honorable Samuel Slumkey en una aureola más brillante aun, si eso fuera posible? ¿Su obtuso cerebro no comprende que ese amable y tierno deseo de cumplir los votos de los electores, debe hacerle más querido que nunca á los ojos de sus compatriotas que no son peores que los puercos, ó en otros términos, que no han caído tan bajo como nuestro contemporáneo? Tales son los miserables equívocos de los jesuíticos amarillos.

»Pero esos no son sus únicos artificios; la traición se esconde bajo la ceniza; nosotros declaramos atrevidamente, ya que se nos provoca á decirlo todo, y en su consecuencia nos colocamos bajo la salvaguardia de nuestro país y de sus constables, nosotros declaramos atrevidamente que se hacen en este momento mismo preparativos para un baile *amarillo*, que será dado en una ciudad *amarilla*, en el centro mismo de una población *amarilla*, que será dirigido por un maestro de ceremonias *amarillo*, al que asistirán cuatro miembros del parlamento *ultra-amarillos*, y donde sólo se admitirán billetes *amarillos*. ¿Se estremece nuestro contemporáneo? Que se despedace vanamente en su impotente maldad al leer estas palabras: *Nosotros estaremos allí*.

Después de lanzar esta filípica, el periodista, completamente fatigado, dobló el periódico diciendo:

—Ved, señores, ved el estado de la cuestión.

El fondista y el mozo entraron en aquel momento con la comida, Mr. Pott puso un dedo sobre sus labios para indicar que contaba con la discreción de mister Pickwick y que él le miraba como dueño de su vida.

Mr. Bob Sawyer y Benjamín Allen, que se habían dormido irreverentemente durante la lectura de la *Gaceta*, despertaron cuando se pronunció en voz muy baja la cabalística palabra *comer*; y efectivamente, así lo hicieron con buen apetito en cuanto se sentaron á la mesa.

Durante la comida y la sesión que siguió, Mr. Pott descendió por algunos momentos á ocuparse de asuntos

domésticos, informó que no conviniendo á su esposa los aires de Eatanswill, había ido á visitar diferentes fashionables establecimientos de aguas termales, á fin de recobrar su buen humor y acostumbrada salud.

Era esta una manera delicada de ocultar el hecho de que mistress Pott, ejecutando su amenaza de separación, frecuentemente repetida, y en virtud de un arreglo arrancado á Mr. Pott por su hermano el teniente, se había retirado para vivir con su fiel guardia de corps, con la mitad de los beneficios provenientes de la venta de la *Gaceta* de Eatanswill.

Mientras el ilustre periodista, cualesquiera que fuesen los diferentes asuntos que tratase, embellecía la conversación por pasajes extraídos de sus propias elucubraciones, un majestuoso forastero, sacando la cabeza por la portezuela de una diligencia, que se dirigía á Birmingham y que se había detenido delante de la fonda para dejar algunos paquetes, preguntó si podría encontrar en la fonda una buena cama.

—Con toda seguridad, ciertamente, caballero, — le dijo el fondista.

—¿Estáis seguro? ¿puedo contar con ello? — replicó el extranjero, cuyas maneras y miradas tenían algo de inquietu desconfianza.

—Sin duda ninguna, señor.

—Bien; cochero, me quedo aquí; conductor, mi saco de noche.

Y el forastero, después de desear buenas noches á sus compañeros de viaje, bajó del coche con aire de malísimo humor. Era un pequeño sujeto, cuyos cabellos negros y tiesos, semejabán á un erizo, ó mejor dicho á un cepillo, se levantaban derechos en su cabeza; su aspecto era hinchado y amenazante, sus maneras perentorias, sus ojos penetrantes é inquietos; todo su continente, en fin, anunciaba el sentimiento de una gran confianza en sí mismo, y la conciencia de una incommensurable superioridad sobre todo el resto del mundo.

Este caballero fué introducido en la habitación originariamente señalada á Mr. Pott, y el criado observó con mudo asombro que apenas se había dado luz á la bujía, cuando el extranjero, internando su mano en su sombrero, sacó un periódico y comenzó á leer con la misma expresión de indignación y desprecio que había brotado algún tiempo antes de la mirada majestuosa de Mr. Pott. El entonces recordó que la indignación de aquél había sido promovida por un periódico llamado *El Independiente*, de Eatanswill, mientras que el profundo desprecio del nuevo señor era excitado por la *Gaceta* de Eatanswill.

—Enviadme al dueño del hotel — dijo el forastero.

—Sí, señor.

El fondista llegó pocos momentos después.

—¿Sois el dueño? — preguntó el forastero.

—Sí, señor.

—¿Me conocéis?

—No tengo esa satisfacción, caballero.

—Mi nombre es *Slurk*.

El dueño inclinó ligeramente la cabeza.

—*Slurk*, señor — repetía el forastero con altanero ademán. — ¿Me conocéis ya, fondista?

Este se rascó la cabeza, miró al techo, luego al forastero y sonrió debilmente.

—¿Me conocéis?

El fondista pareció hacer un gran esfuerzo, y respondió al fin:

—No, señor, no tengo el gusto de conoceros.

—¡Gran Dios! — gritó el forastero golpeando la mesa con el puño; — ¡véase lo que es la popularidad!

El fondista reculó un paso ó dos hacia la puerta, y el forastero continuó, siguiéndole con los ojos:

—¡Véase el reconocimiento que alcanzan tantos años de estudio y trabajo sacrificados en favor de las masas! Yo bajo del carruaje, mojado, fatigado, y los habitantes no se precipitan á recibir su campeón; sus campanas quedan silenciosas, mi nombre mismo no despierta ninguna gratitud en sus entorpecidos espíritus. No es eso suficiente — continuó *Slurk* paseándose con agitación, — ¡no es eso bastante para hacer bullir la tinta de un hombre en su pluma y para decidirle á abandonar su causa para siempre!

—¿Desea el señor un grog de aguardiente? — dijo el fondista arriesgando una insinuación.

—Al rom — respondió *Slurk* volviéndose hacia él con gesto feroz. — ¿Hay fuego en alguna parte?

—Podemos encenderlo en un momento, señor.

—¡Sí! y que empiece á dar calor en el momento que vaya á acostarme. ¿Hay alguien en la cocina?

—Nadie, señor; hay un magnífico fuego, todo el mundo se ha recogido, y la puerta está cerrada por la noche.

—Muy bien; beberé mi grog cerca del fuego de la cocina.

Y sin más preámbulos, el forastero, tomando majestuosamente su sombrero y su periódico, marchó con solemnidad detrás del fondista. Llegado que hubo á la cocina, se dejó caer en una silla al lado del fuego, tomó su fisonomía despreciativa, y principió á leer y beber con silenciosa dignidad.

Seguramente un demonio de discordia, volando en aquel momento por encima de *La cabeza del sarraceno*, y mirando hacia abajo por pura curiosidad, apercibió á *Slurk* confortablemente sentado junto al fuego de la cocina, y en una habitación vecina á Mr. Pott ligeramente exaltado por el vino. Tan pronto como se apercibió de ellos el malicioso demonio, se dirigió á la dicha cámara con inconcebible rapidez, é introduciéndose al mismo tiempo en la cabeza de Bob Sawyer, le inspiró las siguientes palabras:

—Pues no es nada, hemos dejado apagar el fuego; esta lluvia ha enfriado muy bonitamente el aire.

—Muy cierto — dijo Mr. Pickwick tiritando.

—No sería mala idea fumar un cigarro junto al fuego de la cocina, ¿eh? ¿qué decís á eso? — añadió Bob, siempre excitado por el citado demonio.

—Me parece que sería muy comfortable — replicó Pickwick; — ¿qué pensáis de ello, señor Pott?

Mr. Pott dió fácilmente su asentimiento á la medida propuesta, y los cuatro viajeros se trasladaron inmediatamente á la cocina, llevando cada uno su vaso en la mano, marchando Sam Weller á la cabeza de la procesión á fin de mostrar el camino.

El forastero leía aun, levantó los ojos y se estremeció; Mr. Pott reculó un paso.

—¿Qué pasa? ¿qué hay ahí? — murmuró mister Pickwick.

—¡Ese reptil! — replicó Pott.

—¿Qué reptil? — exclamó Mr. Pickwick mirando alrededor, temeroso de pisar sobre alguna gigantesca serpiente ó sobre alguna araña hidrópica.

—¡Ese reptil! — murmuró Mr. Pott tomando el brazo de Mr. Pickwick y mostrándole al forastero; — ese reptil, *Slurk*, el de *El Independiente*.

—¿No sería mejor que nos retirásemos? — preguntó Mr. Pickwick.

—¡Jamás, señor, jamás! — replicó Pott.

Y tomando sitio al otro extremo de la chimenea, escogió un periódico en su paquete y principió á leer frente de su enemigo.

Mr. Pott, naturalmente, leía *El Independiente*, y Mr. *Slurk* leía la *Gaceta*, y cada caballero expresaba su desprecio por los escritos del otro, por medio de amargas befas y por sarcásticos refunfuños. En seguida pasaron á manifestaciones más francas, tales como ¡absurdo! ¡miserable! ¡atrocidad! ¡falsedad! ¡truhanería! ¡fango! ¡lodo! ¡porquería! y otras frases críticas de igual ó semejante naturaleza.

MMrs. Bob Sawyer y Ben Allen habían observado

ambos, con íntimo placer, aquellos síntomas de rivalidad, que añadían mucho gusto al cigarro, de que sacaban grandes y vigorosas humaredas. Cuando el fuego granado de observaciones comenzó á apaciguarse, el travieso Bob, dirigiéndose á Slurk con gran política, le dijo:

—¿Tendréis la bondad, caballero, de permitirme que recorra ese periódico cuando hayáis concluido?

—Poca, muy poca cosa encontraréis que merezca ser leído entre estas *despreciables fanfarronadas* — respondió Slurk lanzando á su rival satánica mirada.

—Yo os daré este al momento — dijo Pott alzando la cara, pálida de rabia, y con una voz que la misma causa hacía temblorosa, — y os divertiréis con la ignorancia de este *escribidor*.

Con terrible énfasis fueron lanzadas las palabras *despreciables* y *escribidor*, y la fisonomía de ambos editores comenzó á tomar provocativa expresión.

—La galimatía é infamia de ese miserable son verdaderamente repugnantes — continuó Pott afectando dirigirse á Mr. Bob Sawyer, pero lanzando al mismo tiempo una amenazadora mirada á Mr. Slurk.

Mr. Slurk se echó á reír con toda su alma, y, doblando el papel como para pasar á leer una nueva columna, declaró que, á pesar de todo, no le era posible evitar la risa que le promovían los absurdos de ese imbecil.

—¡Cuán crasa ignorancia! — exclamó Pott, pasando del rojo al carmesí.

—¿Habéis leído alguna vez las tonterías de ese hombre? — preguntó Slurk á Mr. Bob Sawyer.

—Nunca. ¿Pero es cosa tan mala?

—Detestable.

—¡Verdaderamente! — dijo Pott fingiendo estar aburrido en la lectura; — ¡esto es demasiado infame!

Slurk tendió su periódico á Bob Sawyer diciéndole:

—Si tenéis el valor de recorrer este conjunto de maldades, de bajezas, de perjurios, de traiciones, de hipocresías, siempre tendréis algún placer en reír del estilo poco gramatical de ese grosero ignorante.

—Caballero, ¿qué es lo que decís? — gritó Pott levantando la cabeza, todo tembloroso de furor.

—Nada os importa, caballero.

—¿No habéis dicho estilo poco gramatical, grosero ignorante?

—Sí, señor — replió Slurk; — y también diría *estilo altamente bestial*, si eso puede causaros algún placer.

Nada replicó Mr. Pott; pero después de doblar cuidadosamente *El Independiente*, lo arrojó al suelo, lo pa-

teó furiosamente bajo su bota, escupió encima, con gran ceremonia, y lo lanzó al fuego.

—Ved ahí — dijo retrocediendo su silla, — ved cómo trataría á la serpiente que ha vomitado ese veneno, si no me detuviesen, felizmente para él, las leyes de mi patria. Sí, sin esa consideración, le trataría de la misma manera.

—¡Tratadle de la misma manera! — gritó Slurk levantándose. — El no llamará en su auxilio á las leyes en semejante caso, estad seguro. ¡Tratadle, pues, de la misma manera, caballero!

—¡Escuchad! ¡escuchad! — decía Bob Sawyer.

—Nada podría ser más leal — observó Mr. Ben Allen.

—¡Tratadle de la misma manera, caballero! — repetía Slurk con altanero tono.

Mr. Pott le arrojó una mirada de desprecio capaz de helar á un horno.

—¡Tratadle de la misma manera! — continuaba el otro con voz cada vez más estridente.

—No quiero hacerlo, caballero — respondió mister Pott.

—¡Ah! ¿no queréis? ¿verdaderamente no queréis? — repitió Slurk con provocativo aire. — ¿Oís esto, señores? ¡El no quiere! No es que él tenga miedo, ni mucho menos; ¡oh, no! ¡él no quiere! ¡ja! ¡ja! ¡ja!

—Caballero — volvió á decir Pott conmovido por el sarcasmo; yo os miro como á una víbora. Os considero como á un hombre que está fuera de la sociedad, por su conducta imprudente, asquerosa, abominable. Vos no sois para mí, política ó personalmente, sino una víbora, ¡una simple víbora!

Indignado el independiente, no esperó el fin de esta declaración, sino agarrando su saco de noche, que estaba razonablemente provisto de bienes muebles, lo hizo girar en el aire mientras Pott se alejaba, y soltándole con gran ruido sobre la cabeza del gacetero, lo tendió en el suelo tan largo como era.

—¡Señores! ¡Gentlemen! — gritaba Pickwick, mientras Pott se levantaba y cogía la badila; — señores, reflexionad, ¡en nombre del cielo! ¡socorro! ¡Sam, aquí! Os suplico, señores... ¡Ayudadme á separarlos!

Y pronunciando estas incoherentes exclamaciones, mister Pickwick se precipitó entre los dos combatientes, justamente á buen tiempo para recibir sobre sus espaldas el saco de noche, de una parte, y la badila de la otra. Y sea que los órganos de la opinión pública de Watanswill estuviesen ciegos en su furor, sea que siendo sutiles razonadores, viesan una gran ventaja en tener

entre ellos un tercer partido para recibir los golpes, lo cierto es que no hicieron el más mínimo caso al filósofo, sino al contrario, desafiándose mutuamente con gran audacia, continuaron empleando la badila y el saco de noche.

Mr. Pickwick hubiera sufrido cruelmente por su mucha humanidad, si Sam, atraído por los gritos de su señor, no hubiera acudido al instante, y apoderándose de un saco de harina, no hubiese eficazmente intervenido, deteniendo el conflicto, hundiéndolo sobre la cabeza y espaldas del poderoso Pott, y sujetándole por debajo de los codos.

—Quitar el saco de noche al otro rabioso; — gritaron al mismo tiempo misters Ben Allen y Bob Sawyer, que hasta entonces se habían contentado con dar vueltas alrededor de los combatientes, lanceta en mano, dispuestos á sangrar al primer individuo desvanecido.

—Dejad vuestro saco, miserable y pequeña criatura, ú os ahogo con él.

Intimidado por esta amenaza, y por otra parte sin aliento, el independiente consintió en dejarse desarmar; Sam quitó entonces el sofocador con que cubrió á Pott, y le dejó libre diciendo:

—Marchaos á dormir tranquilamente, ó bien meto á ambos en un saco, lo cierro, y os dejo batir dentro á vuestro gusto. Y cuando os hayáis hecho una docena de pedazos, os dividiré en otros tantos, para enseñaros á que os conduzcáis mejor.

—Y vos, señor, — continuó dirigiéndose á su amo, — tened la bondad si gustáis de venir por aquí.

Y hablando así, tomó á Mr. Pickwick por el brazo y se lo llevó, mientras que los dos editores rivales eran conducidos á su cama por el fondista, bajo la inspección de misters Ben Allen y Bob Sawyer.

Durante el camino, los dos combatientes exhalaban todavía su aborrecimiento en sanguinarias amenazas, y se daban feroces pero vagas citas para el día siguiente. Apesar de todo, cuando ellos lo hubieron pensado mejor, encontraron que la prensa era el arma más terrible; ellos entonces principiaron sin descanso sus sangrientas hostilidades, y todo Eatanswill se asombró al verlos desplegar tan gran valor... sobre el papel.

Al día siguiente supieron nuestros amigos que los editores se habían marchado, desde el amanecer, en diferentes carruajes; y como el tiempo había mejorado, se pusieron á su vez en camino de Londres.

CAPITULO LII

Se anuncia un cambio serio en la familia Weller, y la caída prematura del hombre de la nariz roja.

Creyendo que su delicadeza no le permitía presentar sin preparación á MM. Ben Allen y Bob Sawyer al nuevo matrimonio, y deseando evitar en lo posible cualquier emoción á la sensibilidad de Arabella, Mr. Pickwick propuso á sus compañeros bajar, por el momento, en alguna parte, y que lo dejaran á él ir solo con Sam al hotel de *Jorge y el cuervo*. Consintieron en ello fácilmente, y situaron, en consecuencia, sus cuarteles en una taberna situada en los confines del Borough. Allí se encontraban en país conocido, pues en otros tiempos habían brillado frecuentemente sus nombres á la cabeza de ciertos largos y complejos cálculos apuntados detrás de la puerta con yeso.

—¡Hola! ¿sois vos? Buenos días, señor Weller, — dijo la bonita criada cuando encontró á Sam al abrir la puerta.

—Siempre es hermoso para mí el día que os veo, querida mía, — respondió Sam quedándose detrás, de manera que no lo oyese su amo. — ¡Qué bonita criatura sois, Mary!

—¡Vamos! señor Weller, ¡qué locuras decís! ¡Oh! concluid pues, señor Weller.

—¿Que concluya qué, querida mía?

—¡Eh! lo que hacéis... dejadme pues, señor Weller, dijo la bonita doncella sonriendo y empujando á Sam hacia la pared. — Me habéis arrugado la gorra, despeinado los cabellos y me impedís os diga tenéis una carta que os espera hace tres días. Acababais de partir cuando ella llegó, tiene encima *urgente*.

—¿Dónde está, amor mío?

—Yo he tenido cuidado de ella por causa vuestra; de otra manera estoy segura se hubiera perdido hace mucho tiempo. En verdad que es más de lo que merecáis.

Hablando así y expresando con una pequeña coquetería sus dudas, sus temores, sus esperanzas sobre la

entre ellos un tercer partido para recibir los golpes, lo cierto es que no hicieron el más mínimo caso al filósofo, sino al contrario, desafiándose mutuamente con gran audacia, continuaron empleando la badila y el saco de noche.

Mr. Pickwick hubiera sufrido cruelmente por su mucha humanidad, si Sam, atraído por los gritos de su señor, no hubiera acudido al instante, y apoderándose de un saco de harina, no hubiese eficazmente intervenido, deteniendo el conflicto, hundiéndolo sobre la cabeza y espaldas del poderoso Pott, y sujetándole por debajo de los codos.

—Quitar el saco de noche al otro rabioso; — gritaron al mismo tiempo misters Ben Allen y Bob Sawyer, que hasta entonces se habían contentado con dar vueltas alrededor de los combatientes, lanceta en mano, dispuestos á sangrar al primer individuo desvanecido.

—Dejad vuestro saco, miserable y pequeña criatura, ú os ahogo con él.

Intimidado por esta amenaza, y por otra parte sin aliento, el independiente consintió en dejarse desarmar; Sam quitó entonces el sofocador con que cubrió á Pott, y le dejó libre diciendo:

—Marchaos á dormir tranquilamente, ó bien meto á ambos en un saco, lo cierro, y os dejo batir dentro á vuestro gusto. Y cuando os hayáis hecho una docena de pedazos, os dividiré en otros tantos, para enseñaros á que os conduzcáis mejor.

—Y vos, señor, — continuó dirigiéndose á su amo, — tened la bondad si gustáis de venir por aquí.

Y hablando así, tomó á Mr. Pickwick por el brazo y se lo llevó, mientras que los dos editores rivales eran conducidos á su cama por el fondista, bajo la inspección de misters Ben Allen y Bob Sawyer.

Durante el camino, los dos combatientes exhalaban todavía su aborrecimiento en sanguinarias amenazas, y se daban feroces pero vagas citas para el día siguiente. Apesar de todo, cuando ellos lo hubieron pensado mejor, encontraron que la prensa era el arma más terrible; ellos entonces principiaron sin descanso sus sangrientas hostilidades, y todo Eatanswill se asombró al verlos desplegar tan gran valor... sobre el papel.

Al día siguiente supieron nuestros amigos que los editores se habían marchado, desde el amanecer, en diferentes carruajes; y como el tiempo había mejorado, se pusieron á su vez en camino de Londres.

CAPITULO LII

Se anuncia un cambio serio en la familia Weller, y la caída prematura del hombre de la nariz roja.

Creyendo que su delicadeza no le permitía presentar sin preparación á MM. Ben Allen y Bob Sawyer al nuevo matrimonio, y deseando evitar en lo posible cualquier emoción á la sensibilidad de Arabella, Mr. Pickwick propuso á sus compañeros bajar, por el momento, en alguna parte, y que lo dejaran á él ir solo con Sam al hotel de *Jorge y el cuervo*. Consintieron en ello fácilmente, y situaron, en consecuencia, sus cuarteles en una taberna situada en los confines del Borough. Allí se encontraban en país conocido, pues en otros tiempos habían brillado frecuentemente sus nombres á la cabeza de ciertos largos y complejos cálculos apuntados detrás de la puerta con yeso.

—¡Hola! ¿sois vos? Buenos días, señor Weller, — dijo la bonita criada cuando encontró á Sam al abrir la puerta.

—Siempre es hermoso para mí el día que os veo, querida mía, — respondió Sam quedándose detrás, de manera que no lo oyese su amo. — ¡Qué bonita criatura sois, Mary!

—¡Vamos! señor Weller, ¡qué locuras decís! ¡Oh! concluid pues, señor Weller.

—¿Que concluya qué, querida mía?

—¡Eh! lo que hacéis... dejadme pues, señor Weller, dijo la bonita doncella sonriendo y empujando á Sam hacia la pared. — Me habéis arrugado la gorra, despeinado los cabellos y me impedís os diga tenéis una carta que os espera hace tres días. Acababais de partir cuando ella llegó, tiene encima *urgente*.

—¿Dónde está, amor mío?

—Yo he tenido cuidado de ella por causa vuestra; de otra manera estoy segura se hubiera perdido hace mucho tiempo. En verdad que es más de lo que merecáis.

Hablando así y expresando con una pequeña coquetería sus dudas, sus temores, sus esperanzas sobre la

conservación de la carta, Mary la sacó del más bonito depósito que puede imaginarse, y la entregó á Sam, que la hesó inmediatamente con suma galantería y entusiasmado.

—Vaya, vaya, — dijo Mary arreglando su pañoleta con artificiosa ignorancia; — ¡tenéis el aire de haberos enamorado bien pronto de esa carta!

Sam sólo respondió con una mirada, cuya ardiente expresión no es posible describir; después, sentándose junto á Mary en el poyo de la ventana, abrió la carta y examinó el contenido.

—¡He! ¿qué quiere decir esto? — exclamó.

—Ninguna desgracia, ¿no es cierto? — dijo Mary mirando por encima de la espalda.

—¡Que Dios bendiga vuestros lindos ojos! — exclamó Sam volviéndose.

—No os ocupéis de mis ojos y pensad en vuestra carta, — replicó la encantadora niña.

Pero al hablar de esta manera, ella le miró de reojo con una mirada en que había tanta malicia y vivacidad, que era absolutamente irresistible.

Sam se serenó con un ligero beso y leyó lo que sigue:

«Markis Gran por Dorken.

Miércoles

»Mi querido Samuel:

»Llo tengo mucho centimiento de tener elplacer de anansiarte muy malas nuebas, tu madrepolítica atrapó una rreuma aconcecuencia dela imprudensia destar mucho tiempo en la lerva umeda de la yubia por aber esperado a un pastor que no abia podido mojar el pico mas temprano ysi tarde dela noche y como pasó muchas oras porque tuvo que aguardar á que sele pasace la borachera. el dotor a dicho que si ella ubiese tomado el grog caliente despues en lugar de aberlo tomado antes nole ubierapasa do eso. Sus rruedas fueron engrasadas y todo se a echo para acer que ciga rrodando tu padre. creia podria seguir marchando como el ordinario pero justamente cuando ella corria una buelta mi muchaho ella tomó el mal camino y bajó de la montaña con tal rra-

pides como no sea bisto nunca y por mas que el medico qiso darle al torno nada se consiguió porque ella izo su último rrelevo aller tarde alas seis menos veinteminutos abiendo echo el aparejo en menos tiempo que qualquier otro puede cer porque ella hubiese tomado menos bajage enel camino. Buestro padre dise que si quereis venir á berme Sami el sera muy satisfecho porque llo estoy muy solitario Sammivel. N. B el quiere que esto cea muy hortografiado y no como el abla que no está vien y como el tiene muchas cosas que arreglar el tiene por ceguro que buestro gobernador no rreusara vien ceguro que no se rreusara porquele conosco bien ansi os enbia sus deberes á los quales llo me junto y soi por la bida infernalmente afecto.»

«buestro padre»

«Tony Weller.»

—Vaya una carta, — dijo Sam; — ¿hay algún medio de comprender lo que quiere decir con sus yo y sus él? No es la letra de mi padre, excepto la firma de aquí en letras de grandes garabatos. Esta es su garra.

—Puede lo haya hecho escribir por otra persona, y que sólo haya firmado, — dijo la preciosa chica.

—Esperad un poco, — dijo Sam recorriendo la carta de nuevo, y deteniéndose aquí y allí para reflexionar. Tenéis razón. El caballero que la ha escrito contaba la desgracia sucedida de una manera conveniente, y luego viene el padre á mirar por encima del hombro y complica la historia metiendo en ella la nariz. Precisamente es así como él ha hecho siempre. Tenéis razón, Mary, mi querida Mary.

Reposado ya su espíritu sobre ese punto, Sam releyó la carta, y pareciendo que por primera vez se formaba una idea neta de su contenido, la cerró con aire mediatubundo, diciendo:

—Así la pobre criatura ha muerto. Yo lo siento; ella no hubiera tenido mal caracter si esos pastores la hubiesen dejado tranquila. Yo lo siento muchísimo.

Sam murmuró esas palabras con un tono tan serio que la linda muchacha bajó los ojos y tomó una fisonomía muy grave.

—De cualquier manera que sea, — prosiguió Sam, poniendo la carta en su bolsillo con un ligero suspiro, —

eso debía suceder como ha sucedido, y no hay ya remedio por otra parte, como decía la vieja señora después que se casó con su lacayo. ¿Es esto verdad, Mary?

Mary sacudió la cabeza y suspiró también.

—Es necesario pida licencia al emperador, por ahora.

Mary suspiró todavía; ¡la carta era tan conmovedora!

—Adiós, — dijo Sam.

—Adiós, — contestó la bella volviendo la cabeza.

—Un apretón de manos. ¿Es que no queréis?

La bonita criada alargó una mano que era muy bonita y pequeña, aunque era la mano de una sirvienta. Después, ella se levantó para marcharse.

—No me detendré mucho tiempo, — dijo Sam.

—Siempre estáis ausente, — contestó María dando á su cabeza el más ligero sacudimiento posible. — No hacéis más que llegar y ya os marcháis, Mr. Weller.

Sam aproximó más cerca de sí á la belleza doméstica, y comenzó á hablarla en voz baja. No tardó ella en volver el rostro y consintió en mirarle de nuevo, de modo que cuando se separaron se vió obligada á ir á su gabinete para volver á arreglar su gorra y sus cabellos antes de presentarse á su ama. Al mismo tiempo que subía la escalera muy despacio, hacia á Sam, por encima de la rampa, multitud de señas, prodigándole sus sonrisas.

—No me quedaré más de un día ó dos, caballero, — dijo Sam á Mr. Pickwick.

—Tenéis permiso para quedaros tanto como sea necesario, Sam.

Sam saludó.

—Diréis á vuestro padre que si en algo puedo servirle, estoy pronto á hacer en su favor todo lo que pueda.

—Muchas gracias, caballero; se lo diré.

Después de cambiar estas expresiones de buena voluntad é interés mútuo, se separaron amo y criado.

Serían las siete de la tarde cuando Samuel Weller bajó del asiento de una diligencia que pasaba por Dorking, á quinientos pasos de *El Marqués de Gramby*. La tarde estaba triste y fría, la pequeña calle negra y desierta, y la cara de madera del noble marqués, movida de un lado al otro por el capricho del viento, que la hacía sonar lanzando lúgubres gemidos, hacía parecer todo más melancólico que de costumbre; las persianas estaban bajas, las maderas cerradas en parte; no había un sólo ocioso junto á la puerta; la escena era silenciosa y desolante.

Viendo que no había nadie que pudiese responder á sus preguntas preliminares, Sam entró dulcemente y per-

cibió bien pronto al autor de su vida.

El viudo estaba sentado junto á una pequeña mesa, en el gabinete, situado detrás del mostrador. Fumaba su pipa teniendo los ojos atentamente fijos en el fuego. Los funerales evidentemente habían tenido lugar el mismo día, pues una gran banda de crespón negro, como de dos varas, estaba todavía sujeta al sombrero, que aún conservaba en la cabeza, y pasando detrás de la silla, descendía negligentemente hasta el suelo.

Mr. Weller estaba tan abstraído y en tan contemplativa disposición, que Sam le llamó repetidas veces por su nombre sin obtener resultado; él continuó fumando con la misma inmóvil y tranquila fisonomía, hasta el momento en que su hijo le despertó definitivamente poniendo la mano sobre su espalda.

—Sammy, — dijo Mr. Weller, — tú eres el bien venido.

—Os he llamado más de media docena de veces, — respondió Sam colgando su sombrero de un clavo, — pero vos no me oíais.

—Es verdad, — replicó Mr. Weller mirando todavía al fuego con gesto meditabundo. — Estaba lleno de *desvarrio*, Sammy.

—¿Y qué es eso? — preguntó Sam arrastrando una silla junto al fuego.

—Pensaba en ella.

Y el viudo al decir estas palabras, inclinó la cabeza hacia el cementerio de Dorking, para indicar que sus expresiones se referían á la *mistress Weller*.

—Yo creo, — continuó mirando fijamente á su hijo por encima de la pipa, como para asegurarle que la declaración que iba á oír, por extraordinaria é increíble que fuese, era hecha con toda calma y reflexión; — yo pensaba en que después de todo, tengo un gran sentimiento en que se haya marchado.

—¡Está bien! debéis tenerlo.

Mr. Weller hizo una señal de aprobación, y fijando de nuevo sus ojos sobre el fuego, se envolvió en una nube de humo y de reflexiones.

Después de un largo silencio, y arrojando la ceniza con la mano, prosiguió:

—Son muy racionales las observaciones que ella me ha hecho, Sammy.

—¿Qué observaciones?

—Las que ella me hizo cuando estaba enferma.

—¿Qué era ello?

—Algo como esto: «Weller, dijo, temo no haber sido con vos como debía. Sois un buen hombre, con buen corazón, y yo podía haber hecho nuestra casa más confort-

table. Ahora que es demasiado tarde, añadió, comprendo que si una mujer casada quiere ser devota, es necesario principie por cumplir sus deberes en su casa y que haga felices y confortables á todos aquellos que la rodean. Con tal que vaya á la iglesia ó á la capilla en tiempo conveniente, basta, no es necesario que ella se sirva de esas cosas para excusar su pereza, su gula ú otra cosa peor. Yo he hecho todo eso, decía, he gastado mi tiempo y mi dinero por gentes que empleaban su tiempo peor que yo. Cuando yo me haya marchado, espero, Weller, os acordaréis de mí, tal como yo era naturalmente, antes de haber conocido á esa gente.» — Susana, le dije, la verdad, mi chico, que yo estaba cogido, corto en aquellos momentos, yo lo confieso, Sammivel. — «Susana, le habéis sido muy buena mujer para mí y para el total; así no hablemos más del asunto. Recobrad las fuerzas, querida mía, y viviréis bastante tiempo para ver ablandar la cabeza de ese Sttinggins.» Esto la hizo sonreír, Sammivel. — dijo el viejo gentleman ahogando un suspiro con la pipa. Pero ella ha muerto á pesar de todo.

Al cabo de tres ó cuatro minutos, empleados por el honrado cochero en balancear lentamente la cabeza de un hombro al otro, fumando solemnemente, Sam creyó deber arriesgarse á ofrecer esos términos comunes de consuelo.

—Vamos, maestro, — dijo, — todos tendremos que pasar por lo mismo un día ú otro.

—Es verdad, Sammy.

—Hay en todo eso una providencia.

—Ciertamente hay una providencia, — respondió el padre con un signo de reflexiva aprobación; — sin eso, ¿qué sería de los empresarios de carros y pompas fúnebres?

Perdido en el inmenso campo de conjeturas que le abría esta reflexión, Mr. Weller puso su pipa sobre la mesa y atizó el fuego con aire pensativo.

Entre tanto que así se ocupaba, una cocinera regordeta, vestida de luto, que parecía dedicada á arreglar el mostrador, se introdujo en la habitación, y concediendo á Sam algunas sonrisas de reconocimiento, se colocó silenciosamente detrás de la silla de Mr. Weller, al cual anunció su presencia por una ligera tos, repetida bien pronto en más elevado tono.

—¡Eh! — dijo Mr. Weller retrocediendo precipitadamente su silla, y volviéndose tan precipitadamente que dejó caer la badila: — ¿qué es lo que pasa ahora?

—Tomad una pequeña taza de té, mi buen señor Weller, — dijo con zalamera voz la regordeta cocinera.

—No quiero nada, — replicó bruscamente el cochero.

—Marchaos á todos los... Idos á paseo, — dijo volviendo en sí y en tono más bajo.

—¡Véase como la desgracia cambia á todo el mundo! — exclamó la regordeta elevando los ojos al cielo.

—Eso por lo menos no me hará cambiar de estado,

—murmuró Mr. Weller.

—¡Verdaderamente no he visto un hombre de peor humor en mi vida!

—No os inquietéis por eso; es por mi bien, como decía el escolar cuando le pegaban.

La señora del puchero levantó la cabeza, llena de simpática expresión, y dirigiéndose á Sam, le preguntó si él no pensaba que su padre debía hacer un esfuerzo para distraerse y no ceder al abatimiento.

—Ve, el señor Samuel, — continuó ella, — eso es lo que yo le decía ayer. El sentirá que está muy solo. No se puede de otra manera, señor; pero debería procurar más valor, porque yo estoy bien segura que nosotros lo sentimos mucho y estamos dispuestos á hacer todo lo que podamos para consolarle. No hay en la vida situación más desgraciada que no pueda tener consuelo; eso era lo que á mi me decía una persona muy digna cuando mi marido se murió.

Aquí el orador cazuelista, poniendo la mano delante de la boca, tosió todavía y miró afectuosamente á mister Weller.

—Como no tengo necesidad de vuestra conversación en este momento, mamá, ¿queréis hacer el favor de retiraros? — le dijo el cochero con voz grave y firme.

—¡Está bien, muy bien, señor Weller! Sólo os he hablado por bondad de corazón, con seguridad.

—Es muy probable, mamá, Sammivel, conducid á la señora y cerrad la puerta detrás de ella.

Esta insinuación no la echó en saco roto la cocinera regordeta, porque salió de la habitación sin demora y cerró violentamente la puerta detrás de ella.

Mr. Weller se dejó caer en un sillón sudando copiosamente.

—Sammy, — dijo, — si yo quedase aquí solo una semana, nada más que una semana, muchacho mío, estoy seguro que esta mujer me obligaría á casarme con ella á la fuerza.

—¡Ella os quiere, pues, furiosamente?

—Ya lo creo, me ama mucho; yo no puedo contenerla. Si yo estuviese encerrado en un fuerte cofre de hierro con una cerradura privilegiada, ella encontraría medio de llegar hasta mí.

—¡Es terrible verse buscado de esa manera! — observó Sam sonriendo.

—No me enorgullezco por eso, Sammy, — replicó mister Weller atizando el fuego con vehemencia. — ¡Es una situación horrible! Positivamente me veo echado de mi casa por este motivo; apenas se habían cerrado los ojos de vuestra madrastra, cuando he aquí una vieja que me envía un frasco de dulces, otra uno de pepinillos, otra trae ella misma una gran taza de Manzanilla.

Mr. Weller se detuvo con aire de profundo disgusto, y mirando á su alrededor, añadió en voz baja:

—Todas eran viudas, Sammy, todas, excepto la de la manzanilla, que era una joven soltera de... cincuenta y tres años.

Sam contestó á su padre con una cómica mirada, y el viejo cochero se puso á partir un pedazo de carbón con una fisonomía tan vengativa y tan feroz, como si fuera la cabeza de alguna de las viejas antes mencionadas.

—En fin, Sam, — prosiguió, — no me siento en seguridad sino en mi pescante.

—¿Cómo es que allí os encontráis más seguro que en cualquier otra parte? — interrumpió Sam.

—Porque un cochero es un ser privilegiado, — replicó Mr. Weller mirando á su hijo fijamente; — porque un cochero puede hacer sin ser sospechoso lo que otro hombre no puede hacer; porque un cochero puede estar en amables y amigables relaciones con ochenta mil viajeras del bello sexo, sin que nadie piense jamás que él desea casarse con una sola. ¿Hay algún otro mortal que pueda decir otro tanto, Sammy?

—Verdaderamente, hay algo de ello, — respondió Sam con meditada fisonomía.

—Si tu gobernador hubiera sido un cochero, ¿crees tú le hubiera condenado el tribunal? Y suponiendo que las cosas hubiesen llegado á ese extremo, ellos nada habrían osado, mi chico.

—¿Por qué? — preguntó Sam en tono dudoso.

—¿Por qué? Porque hubiera sido contra su conciencia. Un verdadero cochero es una especie de término medio entre el celibato y el matrimonio; todos los hombres prácticos saben eso.

—Queréis decir que son los favoritos de todo el mundo y que nadie quiere abusar de su inocencia.

El padre Weller hizo una señal afirmativa con la cabeza; después añadió:

—Cómo ha llegado á suceder eso, yo no puedo decirlo. Por qué el cochero de diligencia posee tanta insinuación y es siempre mirado, buscado, adorado por todas las mujeres jóvenes en cada pueblo en que trabaja, yo no lo sé, ni puedo explicarlo; sólo diré que así sucede;

es una regla de la Naturaleza, una dispensa de la Providencia, como vuestra pobre madrastra tenía costumbre de decir.

—Una dispensa, — observó Sam corrigiendo al viejo.

—Muy bien, Sammivel, una dispensa, si así te agrada; yo siempre digo dispensa y así lo escriben donde se dan medicinas por nada, con tal que se lleve una botella; esto es todo.

Pronunciando estas palabras Mr. Weller refunfuñó y volvió á encender su pipa, luego tomando una expresión de fisonomía reflexiva, continuó como sigue:

—Por eso es, niño mío, que yo no veo utilidad en quedarme aquí para ser casado á la fuerza, y como yo no quiero separarme de los amables miembros de la sociabilidad, he resuelto seguir conduciendo la *involcable* y volver á mi *Bella salvaje* que es mi natural elemento, Sammy.

—¿Y en qué parará este establecimiento?

—El establecimiento, niño mío, fondos, clientela y mueblaje, será vendido por un buen contrato, y como tu política madre me mostró el deseo antes de morir de que del precio de la venta se tomen doscientas libras esterlinas para ponerlas en tu nombre en... ¿Cómo llamas tú esas maquinaciones?...

—¿Qué máquinas son esas?

—Esas historias que siempre suben y bajan en la ciudad.

—¿Los ómnibus?

—No; ¿esas historias que fluctuan siempre y que se mezclan siempre de una manera ó de otra con la Deuda nacional, los bonos del Tesoro y todo eso otro?

—¡Ah! ¿los fondos públicos?

—Sí, las fuentes públicas; doscientas libras esterlinas, que serán colocadas por tí en las *fondas* públicas á cuatro y medio por ciento, Sammy.

—Eso es muy amable de parte de la vieja señora haber pensado en mí, y yo se lo agradeceré.

—El resto será colocado á mi nombre, y cuando reciba el pasaporte para el otro mundo, todo será tuyo. Así toma cuidado, y no lo gastes todo de un golpe, mi joven, y ten cuidado no haya alguna viuda que conozca tu fortuna, porque entonces ya eres perdido y casado, que es lo mismo.

Después de esta paternal advertencia, Mr. Weller tomó su pipa con gran serenidad, teniendo el espíritu más aliviado al parecer después de la revelación que acababa de hacer á su hijo.

—Tocan á la puerta, — dijo Sam al cabo de un rato.

—Déjalos que toquen, — respondió el padre con dig-

nidad.

Sam permaneció inmóvil; otro golpe se oyó y luego otro y más tarde una serie sucesiva de ellos, y Sam preguntaba por qué no era admitida la persona que tanto ruido hacía.

— ¡Chut! — murmuró Weller con aire de aprensión; — no hagas caso, Sammy, puede que sea una viuda.

Al cabo de algún tiempo, el invisible alborotador, observando no se ocupaba nadie de él, se aventuró á entreabrir la puerta y lanzar una mirada en la habitación, y entonces se percibió por la abertura, no una cabeza femenina, sino los largos cabellos negros y la faz encarada de Mr. Stiggins.

La pipa del viejo cochero se le cayó de la mano.

El reverendo gentleman entreabrió la puerta por un movimiento imperceptible, hasta que la abertura fué suficiente para permitir el paso de su descarnado cuerpo; después se deslizó en el cuarto y cerró la puerta con cuidado y sin hacer ruido.

Volviéndose luego á Sam, levantó sus ojos y sus manos al techo, en testimonio del amargo pesar que le había causado la desgracia de la familia; después llevó el gran sillón á un rincón, cerca del fuego, y sentándose sobre el borde de la silla, sacó de su bolsillo un pañuelo oscuro y lo aplicó á los ojos.

Mientras esto pasaba, Mr. Weller permanencia en su silla, los ojos desmesuradamente abiertos, las manos sobre sus rodillas, todo su continente expresaba la más extraordinaria estupefacción. Sam colocado frente á frente de él, esperaba en silencio y con inquieta curiosidad el fin de esta escena.

Mr. Stiggins sostuvo por algunos momentos el pañuelo oscuro delante de sus ojos, gimiendo al mismo tiempo de una manera decente. Luego, habiendo comprimido su tristeza con un violento esfuerzo, colocó el oscuro pañuelo en su bolsillo, y se abotonó; en seguida atizó el fuego, frotóse las manos y miró á Sam.

— ¡Oh! mi joven amigo, — dijo rompiendo el silencio pero con voz muy baja; — ¡ved que gran aficción para mí!

Sam bajó lijeramente la cabeza.

— ¡Y hasta para los impíos igualmente! Eso hace daño al corazón.

Sam creyó oír murmurar á su padre alguna cosa sobre una nariz que pudiera también dañarse; pero mister Stiggins no lo oyó.

El reverendo aproximó su silla á Sam.

— ¡Sabéis, joven, — le dijo, — si ha legado la señora alguna cosa á Manuel?

— ¡Quién es ese señor? — preguntó Sam.

— La capilla... nuestra capilla... nuestros feligreses, nuestro rebaño, señor Samuel.

— Ella no ha dejado nada para el rebaño, nada para el pastor, nada para los animales, ni para los perros tampoco, — respondió Sam con tono resuelto.

Mr. Stiggins miró á Sam finamente, echó una ojeada al viejo gentleman que tenía cerrados los ojos como si durmiese, y aproximando todavía más su silla á Sam, le dijo:

— ¡Nada para mí, señor Samuel?

Samuel movió la cabeza.

— A mí me parece que debe haber algo, — dijo Stiggins poniéndose todo lo pálido que le era posible. — Recordaos bien, señor Samuel; ¿ni siquiera un pequeño recuerdo?

— Ni siquiera el valor de vuestro viejísimo paraguas.

— ¡Podría ser? — repuso Stiggins con cierta duda, después de algunos minutos de profunda reflexión; — ¿podría ser que ella me haya recomendado al cuidado del impío?

— Es muy probable, á juzgar por lo que me ha dicho; él me hablaba de vos hace un momento.

— ¡Verdaderamente! — exclamó Stiggins serenándose.

— ¡Ah! El ha cambiado; yo así lo espero. Nosotros podemos entretanto vivir juntos muy confortablemente, señor Samuel; yo puedo cuidar de su propiedad cuando os marchéis: mucho cuidado, creedme.

Sacando del fondo de su pecho un largo suspiro, mister Stiggins se detuvo para aguardar una respuesta; Sam bajó la cabeza y Mr. Weller dejó exhalar un sonido extraordinario, que no era ni un gemido, ni un gruñido, ni un suspiro, pero que parecía participar en algún grado del carácter de los tres.

Envalentonado Stiggins por ese sonido que él se explicaba como un arrepentimiento, miró en torno suyo, frotóse las manos, sollozó, sonrió, comenzó á llorar de nuevo, y en seguida, atravesando dulcemente la habitación, tomó un vaso de una bandeja muy conocida y puso en él cuatro pedazos de azúcar. Concluido este primer acto, miró de nuevo en derredor suyo, suspiró lúgubramente, luego entró á paso de lobo en el mostrador y volviendo con su vaso lleno hasta la mitad de rom, se aproximó á la jarra que ardía alegremente al fuego, mezcló su grog, le movió, le probó, se sentó, bebió un largo trago y se detuvo para tomar aliento.

Mr. Weller que había continuado haciendo grandes esfuerzos para parecer dormido, no dió señal ninguna de vida durante aquella operación; pero cuando Mr. Stig-

gins se detuvo para tomar aliento, se precipitó sobre él, arrancó el vaso de sus manos, le arrojó al rostro el resto del grog, lanzó el vaso en la chimenea, y agarrando por el cuello al reverendo gentleman, le aplicó violentamente un serie de puntapiés detrás del faldón de la levita, acompañando cada aplicación de su bota con enérgicos é incoherentes anatemas sobre toda la persona del aturdido pastor.

—Sammy, — dijo deteniéndose un momento, — méteme bien el sombrero.

Como hijo sumiso, Sam hundió el sombrero paternal, adornado de la larga banda de crespón, y el bravo cochero, volviendo á su ocupación más activamente que nunca, atravesó con Stiggins por el mostrador, á través del pasillo, á través de la puerta de la calle y llegó á la calle misma, continuando las aplicaciones del pie durante todo lo largo del camino, y su violencia, lejos de disminuir, parecía aumentarse todavía cada vez que la bota se levantaba.

Era un soberbio y regocijador espectáculo ver al hombre de la roja nariz, cuyo cuerpo temblaba de angustia, revolverse entre las garras de Mr. Weller, entre tanto que los puntapiés se sucedían furiosamente. Pero el interés redobló cuando el poderoso cochero, después de una lucha gigantesca, hundió la cabeza de Mr. Stiggins en un pilón lleno de agua, y allí la tuvo sumergida hasta que estuvo casi sofocado.

—¡Vaya! — dijo al fin permitiendo al reverendo retirarse la cabeza del agua y poniendo al mismo tiempo toda su energía en un último puntapie. — Enviadme aquí algunos de vuestros perezosos pastores, y yo los haré gelatina y los desgelatinaré en seguida. Sammy, dame el brazo, échame un vaso de aguardiente, estoy sin aliento, jovencito mío.

CAPITULO LIII

Comprende la suerte final de MM. Jingle y Job Trotter, junto con una mañana de grandes negocios en Gray's Inn Square, terminada con un doble golpe dado á la puerta de mister Perker.

Cuando Mr. Pickwick, después de prudentes preparaciones y numerosas seguridades de que no había motivo para perder las esperanzas, relató á Arabella el resultado poco satisfactorio de su visita á Birmingham, ella derramó copiosas lágrimas y se quejó en términos enternecedores de ser un desgraciado objeto de discordia entre el padre y el hijo.

—Querida niña, — dijo Mr. Pickwick con bondad, — todo no es falta vuestra; era imposible prever que el viejo Winkle estaría tan fuertemente prevenido contra el matrimonio de su hijo. Estoy seguro, — dijo mirando su bonita cara, — que él no comprende todo el placer que rehusa.

—¡Oh! mi querido señor Pickwick, — replicó Arabella: — ¿qué haremos si continúa enfadado con nosotros?

—Esperemos pacientemente que se tranquilice, querida niña, — replicó el excelente hombre con tono conciliante.

—Pero, querido señor Pickwick, ¿qué será de Nathaniel si su padre le niega la asistencia?

—En ese caso, querida jovencita, yo apostaría cualquier cosa á que él encontrará algún amigo que le ayude á hacer su camino en el mundo.

La significación de esta respuesta no era tan obscura que Arabella no la comprendiese; así, echando sus brazos al cuello de Mr. Pickwick, le abrazó tiernamente y sollozó con todas sus fuerzas.

—Vamos, — dijo él tomando sus manos, — nosotros esperaremos todavía algunos días y veremos si escribe ó si da alguna otra respuesta á la carta de vuestro marido. Si no recibimos contestación, tengo en la cabeza una docena de planes, de los cuales, uno solo bastaría

gins se detuvo para tomar aliento, se precipitó sobre él, arrancó el vaso de sus manos, le arrojó al rostro el resto del grog, lanzó el vaso en la chimenea, y agarrando por el cuello al reverendo gentleman, le aplicó violentamente un serie de puntapiés detrás del faldón de la levita, acompañando cada aplicación de su bota con enérgicos é incoherentes anatemas sobre toda la persona del aturdido pastor.

—Sammy, — dijo deteniéndose un momento, — méteme bien el sombrero.

Como hijo sumiso, Sam hundió el sombrero paternal, adornado de la larga banda de crespón, y el bravo cochero, volviendo á su ocupación más activamente que nunca, atravesó con Stiggins por el mostrador, á través del pasillo, á través de la puerta de la calle y llegó á la calle misma, continuando las aplicaciones del pie durante todo lo largo del camino, y su violencia, lejos de disminuir, parecía aumentarse todavía cada vez que la bota se levantaba.

Era un soberbio y regocijador espectáculo ver al hombre de la roja nariz, cuyo cuerpo temblaba de angustia, revolverse entre las garras de Mr. Weller, entre tanto que los puntapiés se sucedían furiosamente. Pero el interés redobló cuando el poderoso cochero, después de una lucha gigantesca, hundió la cabeza de Mr. Stiggins en un pilón lleno de agua, y allí la tuvo sumergida hasta que estuvo casi sofocado.

—¡Vaya! — dijo al fin permitiendo al reverendo retirarse la cabeza del agua y poniendo al mismo tiempo toda su energía en un último puntapie. — Enviadme aquí algunos de vuestros perezosos pastores, y yo los haré gelatina y los desgelatinaré en seguida. Sammy, dame el brazo, échame un vaso de aguardiente, estoy sin aliento, jovencito mío.

CAPITULO LIII

Comprende la suerte final de MM. Jingle y Job Trotter, junto con una mañana de grandes negocios en Gray's Inn Square, terminada con un doble golpe dado á la puerta de mister Perker.

Cuando Mr. Pickwick, después de prudentes preparaciones y numerosas seguridades de que no había motivo para perder las esperanzas, relató á Arabella el resultado poco satisfactorio de su visita á Birmingham, ella derramó copiosas lágrimas y se quejó en términos enternecedores de ser un desgraciado objeto de discordia entre el padre y el hijo.

—Querida niña, — dijo Mr. Pickwick con bondad, — todo no es falta vuestra; era imposible prever que el viejo Winkle estaría tan fuertemente prevenido contra el matrimonio de su hijo. Estoy seguro, — dijo mirando su bonita cara, — que él no comprende todo el placer que rehusa.

—¡Oh! mi querido señor Pickwick, — replicó Arabella: — ¿qué haremos si continúa enfadado con nosotros?

—Esperemos pacientemente que se tranquilice, querida niña, — replicó el excelente hombre con tono conciliante.

—Pero, querido señor Pickwick, ¿qué será de Nathaniel si su padre le niega la asistencia?

—En ese caso, querida jovencita, yo apostaría cualquier cosa á que él encontrará algún amigo que le ayude á hacer su camino en el mundo.

La significación de esta respuesta no era tan obscura que Arabella no la comprendiese; así, echando sus brazos al cuello de Mr. Pickwick, le abrazó tiernamente y sollozó con todas sus fuerzas.

—Vamos, — dijo él tomando sus manos, — nosotros esperaremos todavía algunos días y veremos si escribe ó si da alguna otra respuesta á la carta de vuestro marido. Si no recibimos contestación, tengo en la cabeza una docena de planes, de los cuales, uno solo bastaría

para haceros felices al momento. Ya veréis, querida mía, ya veréis.

Y diciendo estas palabras, Mr. Pickwick apretó suavemente la mano de Arabella y la dijo enjugase sus lágrimas para no atormentar á su marido. Bien pronto la joven siguió el consejo, pues era la mejor criatura del mundo, y cuando guardó su pañuelo y llegó Mr. Winkle, este encontró en su fisonomía la misma graciosa sonrisa y las mismas brillantes miradas que originariamente le cautivaron.

— Véase que situación tan aflictiva para esos chicos, — pensó al vestirse al día siguiente por la mañana. — Voy á ir á casa de Perker para consultarle este asunto.

Como además él tenía grandes deseos de ir á casa del bueno aunque pequeño abogado, para arreglar sus cuentas con él, almorzó deprisa y ejecutó sus intenciones tan rápidamente, que eran necesarios diez minutos todavía para que diesen las diez cuando llegó á Gray's Inn.

No habían llegado aún los dependientes, y el excelente Mr. Pickwick se encontraba en el patio á que daban las habitaciones de Perker; para pasar el tiempo se puso á la ventana.

El tan celebrado sol de una bella mañana de octubre parecía alegrar un poco hasta á las mismas casas viejas, y aún algunas de las carcomidas ventañas se mostraban casi regocijadas, gracias á la influencia de sus rayos.

Los pasantes de abogado llegaban por las diversas puertas, se precipitaban los unos después de los otros en el patio, y mirando el reloj, disminuían ó apresuraban el paso según la hora á la cual debía abrirse el despacho; las gentes de nueve y media llegaban con gran apresuramiento, y los gentleman de las diez marchaban con aristocrática lentitud. El reloj dió las diez, y la ola de los dependientes se aumentaba con más viveza que nunca, llegando cada uno de ellos con más transpiración que su predecesor. El ruido de puertas que se abrían y cerraban resonaban por todos lados; las cabezas aparecían como por encanto en las ventanas; los comisionistas, en su plaza del día; las mujeres de las casas, en chancas, se retiraban precipitadamente; el cartero corría de casa en casa, y toda la colmena legal se mostraba llena de agitación.

— Bien temprano os vemos por aquí, señor Pickwick, — dijo una voz detrás de nuestro sabio amigo.

— ¡Ah! ¡ah! ¡señor Lowten! — replicó Mr. Pickwick volviéndose.

— Hace un bonito calor al andar, — dijo Lowten sa-

cando del bolsillo una llave Bramah, provista de un pequeño aparato, para impedir la entrada al polvo.

— Parece que vos lo habéis sentido, — dijo Mr. Pickwick al pasante, que estaba más rojo que un cangrejo.

— He venido bastante de prisa. Eran las nueve y media cuando yo atravesaba el polígono; pero como he llegado antes que él, ya eso me es indiferente.

Consolado por esta reflexión, Mr. Lowten manejó el resorte de su llave, abrió la puerta, volvió á arreglar su llave, la guardó, recogió las cartas que el cartero había echado por el buzón, é introdujo á Mr. Pickwick en su gabinete. Allí, en un cerrar de ojos, se despojó de su levita, sacó de un pupitre y se puso un vestido rapado y liso por el uso, colgó su sombrero, cogió unas hojas de papel cartón dispuestas por clases alternativas con hojas de papel común, y poniendo su pluma sobre la oreja, frotóse las manos con aire de gran satisfacción.

— Ya véis, señor Pickwick, vedme ya completamente listo. Tengo el traje de oficina; el establecimiento está abierto; ya puede venir cuando quiera y lo más pronto posible. ¿No tiene usted un polvo de tabaco que ofrecerme?

— Desgraciadamente no tengo.

— ¡Tanto peor! Pero es igual, voy corriendo á buscar una botella de soda Water. ¿Tengo yo algo de feo en los ojos, señor Pickwick?

Consultado el filósofo, examinó desde cierta distancia los ojos de Mr. Lowten, y expresó su opinión de que aquellos no tenían más de feo que lo ordinario.

— Eso me tranquiliza, — repitió el poseedor de los ojos. — Nosotros no hemos pasado mal la noche pasada en la *Cepa*, y yo me siento muy divertido hoy. A propósito, señor Pickwick, Perker se ocupa de vuestro asunto.

— ¿Qué asunto? ¿las costas de mistress Bardell?

— No, el asunto del deudor de quien hemos comprado las deudas, de orden vuestra, con un descuento del cincuenta por ciento. Perker le sacará de la prisión y le enviará á Demerary.

— ¡Ah! Mr. Jingle, — dijo vivamente Mr. Pickwick. — ¡Y bien!

— Y bien, todo está arreglado, — respondió Lowten cortando al mismo tiempo una pluma. — El agente de Liverpool ha dicho que estaba agradecido de vos por más de una vez, de cuando estábais en negocios, y que él lo tomaría por vuestra recomendación.

— Muy bien, — respondió Mr. Pickwick: — me encanta eso.

— Pero, — dijo Lowten raspando otra pluma con el dorso de la cuchilla antes de cortarla; — ¡el es bona-

ohón?

—¿Cuál otro?

—¡Eh! ¿pero el criado ó el amigo?... Vos sabréis bien... Trotter.

—¡Bah! — exclamó Mr. Pickwick con una sonrisa; — siempre he pensado de él lo contrario.

—¡Pues bien! yo lo mismo, apesar de lo poco que le he tratado. Eso muestra solamente cómo puede uno equivocarse. ¿Qué diríais vos, si él va también á Demerary?

—¿Qué? ¿renunciaria á lo que aquí se le ofrece?

—El ha recibido con indiferencia el ofrecimiento que le hizo Perker de diez y nueve shillings por semana, con aumento, si se portaba bien. Dice que no puede separarse del otro. Ha persuadido á Perker para que escriba sobre nuevas costas, y se le ha encontrado alguna cosa sobre la misma propiedad... un poco menos ventajosa que lo que obtendría un convicto en la nueva Gales del Sur, si pareciese ante el tribunal con vestidos nuevos.

—¿Qué locura! — exclamó Mr. Pickwick, cuyos ojos brillaban: — ¡qué locura!

—¡Oh! es peor que la locura; es un averdadera bajeza, como veís, — replicó Lowten cortando la pluma con aire despreciativo. — Dice que es el único amigo que ha tenido en su vida, y que le permanecerá fiel, y todo como esto. La amistad, sin duda alguna, es una cosa buena, en su género. Por ejemplo, después de nuestro grog, somos muy buenos amigos todos en la Cepa, donde cada uno paga su escote. Pero que el diablo cargue con el que se sacrifica por otro; ¿no es cierto? Un hombre no debe tener más que dos cariños; el uno por el primero de los pronombres personales, y el otro por las mujeres en general; ese es mi sistema: ¡ja! ¡ja!...

Mr. Lowten concluyó esta profesión con una carcajada ruidosa, mitad de regocijo, mitad irónica; pero que fué cortada por el ruido de los pasos de Perker en la escalera. Al oír que se aproximaba, el pasante se lanzó á su silla con notable agilidad y se puso á escribir activamente.

Los saludos que cambiaron Mr. Pickwick y su consejero legal fueron muy cordiales y calurosos; pero apenas el cliente se había lanzado en el sillón del abogado, cuando se oyó un golpe en la puerta y una voz que preguntaba si Perker estaba visible.

—Escuchad, — dijo el pequeño señor, — es uno de nuestros vagabundos: el mismo Jingle, mi querido señor, ¿queréis verle?

—¿Qué creéis debo hacer? — preguntó Pickwick dudando.

—Pienso que sí; vamos, señor... es una cosa... en-

trad.

Obedeciendo á esa familiar invitación, Jingle y Job entraron en la habitación; pero al ver á Mr. Pickwick, se detuvieron confusos.

—Bien, — dijo Perker; — ¿conocéis á este caballero?

—Buenas razones para ello, — replicó Jingle adelantándose. — Mr. Pickwick, las más grandes obligaciones, salvada la vida, vuelto á flote. Jamás tendréis porque arrepentiros, señor.

—Tengo mucho gusto en oiros lo que decís, — respondió Mr. Pickwick; — tenéis mejor porte.

—Gracias á vos, señor; gran cambio, la prisión de Su Majestad, malsana, muy malsana, — dijo Jingle bajando la cabeza.

El estaba limpio y decentemente vestido, lo mismo que Job, que estaba de pié detrás de él, mirando fijamente á Mr. Pickwick con impúdica fisonomía.

—Cuándo salen para Liverpool? — preguntó Mr. Pickwick á su abogado.

—Esta tarde, caballero, á las siete, — dijo Job avanzando un paso, — por la gran diligencia de la ciudad, señor.

—¿Están tomados los asientos?

—Sí señor.

—¿Y vos estáis completamente decidido á partir?

—Completamente, caballero.

—En cuanto al equipo de Jingle, — dijo Perker en alta voz dirigiéndose á Mr. Pickwick, — yo me he cuidado de hacer un arreglo para deducir cada tres meses una pequeña suma de su salario, para reembolsarnos del dinero que hemos tenido que adelantarle. Yo desapruébo altamente hagáis por él alguna cosa que él no reconozca per sus propios esfuerzos y buena conducta.

—Ciertamente, — interrumpió Jingle con firmeza. — Espiritu justo, hombre de mundo, tiene razón, perfectamente razón.

—Pagando á sus acreedores, retirando sus vestidos del empeño, manteniéndole en la prisión, pagando el precio de su pasaje, — continuó Perker sin ocuparse de la observación de Jingle, — vos habéis ya perdido más de cincuenta libras.

—¡No perdidas! — gritó Jingle precipitadamente, — todo será devuelto. Yo trabajaré como un caballo hasta el último suspiro. La fiebre amarilla, puede ser... eso no puede impedirse... si no...

Jingle se detuvo, y dando en el fondo del sombrero con violencia, pasó su mano por los ojos y se sentó.

—El quiere decir, — añadió Job adelantándose algu-

nos pasos, — él quiere decir que si la fiebre amarilla no se lo lleva, que pagará todo el dinero. Si él vive, él lo hará, Mr. Pickwick; si vive, lo hará, señor Pickwick; yo no lo dejaré de la mano; estoy seguro que lo hará, caballero, — repitió Job con mucha energía; — no tendría inconveniente en jurarlo.

— Bien, bien, — dijo Mr. Pickwick, el cual, para detener la enumeración de sus beneficios, había hecho al abogadito una docena de señas que este se había obstinado en no ver. — Os comprometo únicamente á que juguéis con más moderación á la cruz, señor Jingle, y á no renovar vuestras relaciones con sir Thomas Blags. Por tal medio no dudo que conservaréis vuestra salud.

Mr. Jingle se sonrió con tal ocurrencia, pero al mismo tiempo estaba como cortado, por lo que Mr. Pickwick cambió de conversación diciendo:

— ¿Sabéis lo que ha sido de uno de vuestros amigos, un infeliz á quien he visto en Rochester?

— ¿Jemmy el lúgubre? — preguntó Jingle.

— El mismo.

— Valiente pillo, — dijo Jingle moviendo la cabeza, — vaya un mozo, genio mistificador, hermano de Job.

— ¡Hermano de Job! — exclamó Mr. Pickwick. —

Es verdad, ahora mientras más lo reparo, más semejanza encuentro.

— Siempre se ha encontrado semejanza entre nosotros, dijo Job con cierta malicia en los ojos, solamente que yo soy de un carácter serio y él es todo lo contrario. Ha emigrado á América, señor, porque se ocupaban mucho de él en este país. Después no hemos oído hablar de él.

— Eso me explica por qué no me ha pagado aún la novela de la vida real, que me había ofrecido una mañana sobre el puente de Rochester, donde él parecía meditar un suicidio. ¿Debo dispensarme de preguntar si su lúgubre conducta era natural ó afectada? — continuó Mr. Pickwick sonriendo.

— El sabía hacer todos los papeles, señor, y vos debéis consideraros como muy feliz de haberle escapado tan fácilmente. Ese hubiera sido para vos un conocimiento todavía más peligroso que...

Job miró á Jingle, dudó y añadió friamente.

— Que... el mío.

— Sabéis que vuestra familia daba grandes esperanzas, señor Trotter, — dijo el abogado cerrando una carta que acababa de escribir.

— Es verdad, señor, muchas.

— Espero que vos las deshonréis, — dijo Perker riendo. — Dad esa carta al agente cuando llegéis á Liverpool, y permitidme aconsejaros que no seáis tan hábi-

les en América. Si perdéis esta ocasión de rehabilitaros, merecéis ser ricamente colgados los dos, como espero devotamente que sucederá; entre tanto, podéis dejarme solo con Mr. Pickwick, porque tenemos varios asuntos que terminar y el tiempo es dinero.

Al decir esto, Mr. Perker miraba á la puerta con el deseo de abreviar todo lo posible la despedida.

Ellos fueron bastante breves, sobre todo Jingle. El dió las gracias al pequeño abogado en cortas y precipitadas palabras por la bondad y prontitud que había desplegado en socorrerlos; luego volviéndose á su bienhechor permaneció inmóvil algunos segundos, como incierto de lo que debía hacer ó decir. Job Trotter concluyó su perplejidad, porque haciendo un humilde y agradecido saludo á Mr. Pickwick, tomó dulcemente por el brazo á su amigo y le llevó fuera de la habitación.

— ¡Digno dúo! — dijo Perker cuando la puerta se cerró detrás de ellos.

— Yo espero se enmendarán, — replicó Pickwick. — ¿Qué esperáis de ello? ¿no hay probabilidades de enmienda?

Perker se encogió de hombros, pero observando el aire descorazonado de Mr. Pickwick, respondió:

— Necesariamente, hay alguna probabilidad; espero que será buena. Evidentemente están arrepentidos; pero como vos sabéis muy bien, están recientes aún los recuerdos de sus sufrimientos. Lo que ellos harán cuando esos recuerdos se borren, es un problema que ni vos ni yo podemos descifrar. Entre tanto, mi querido amigo, — añadió poniendo su mano en el hombro de Mr. Pickwick, — vuestra acción es igualmente honrosa, cualquiera que sea el resultado. Yo dejo á cabezas más hábiles que la mía el cuidado de decidir si esa especie de caridad tan clara, y que rara vez tiene lugar por el temor de ejercerla fuera de propósito, es una caridad real ó una mundana falsedad de la caridad. Pero aunque esos dos tontos cometiesen mañana un robo, mi opinión sobre vuestra conducta sería la misma.

Después de concluido este discurso, pronunciado con más animación que la que acostumbra los hombres de negocios, aproximó su silla al despacho y escuchó la relación que le hizo Mr. Pickwick de la obstinación del viejo Winkle.

— Esperad una semana, — dijo con cierto aire profético.

— ¿Creéis que se rendirá?

— Yo, sí; por otra parte bueno será ensayar los medios de persuasión de la joven señora, y por ahí debéis haber principiado.

Mr. Perker tomaba un polvo de tabaco con algunas contorciones de fisonomía algo grotescas, en honor del poder persuasivo de las jóvenes, cuando se oyó en la primera habitación un murmullo de preguntas y respuestas; después de un momento, Lowten tocó á la puerta.

— Entrad, — dijo el pequeño.

El pasante entró y cerró la puerta tras de sí con aire misterioso.

— ¿Qué es lo que hay? — le dijo Perker.

— Preguntan por vos, señor.

— ¿Quién?

Lowten miró á Mr. Pickwick, é hizo oír una ligera tos.

— ¿Quién pregunta por mí? ¿Qué tenéis que no podéis hablar, señor Lowten?

— ¡Eh!... pero... señor... MM. Dodson y Fogg.

— ¡Pardiez! — exclamó el abogado mirando su reloj; — yo les he citado á las once y media para terminar vuestro asunto, Pickwick. Esto es embarazoso; ¿qué haréis, querido señor? ¿Queréis pasar á la habitación vecina?

La habitación vecina era precisamente en la que estaban Dodson y Fogg. Mr. Pickwick, replicó con animado continente y grandes muestras de indignación que él quería permanecer donde estaba, en atención á que Dodson y Fogg debían tener vergüenza de presentarse á él, pero que él á su vez podía mirarles cara á cara sin ruborizarse, circunstancia que rogaba á Mr. Perker que observase.

— Muy bien, querido amigo, — dijo Perker; — sólo os diré solamente que si esperáis á que Dodson ó Fogg den muestras de vergüenza ó confusión delante de alguien ó de vos, si tal esperáis, sois el hombre más joven que he visto nunca. Hacedlos entrar, señor Lowten.

Lowten desapareció riendo sin ruido, y volviendo bastante pronto, introdujo formalmente á los dos asociados, Dodson primero y Fogg detrás.

— ¿Vosotros conoceréis ya á Mr. Pickwick, según creo? — dijo Perker inclinando la pluma en la dirección en que el filósofo estaba sentado.

— ¿Cómo estáis, señor Pickwick? — gritó Dodson con vibrante voz.

— ¡Eh! ¡eh! ¿cómo os encontráis, señor Pickwick? — repitió Fogg aproximando su silla y mirando en derredor sonriendo. — ¿Espero que estaréis bien esta tarde? Yo bien que conocía vuestra cara.

Mr. Pickwick inclinó muy ligeramente la cabeza en respuesta de los saludos, y viendo que Fogg sacaba un paquete del bolsillo, se levantó y se retiró á la ventana.

— No hay necesidad de que Mr. Pickwick se moleste, señor Perker, — dijo Fogg desatando el cordón rojo que rodeaba el paquete, y sonriendo de la manera más agradable. — Mr. Pickwick conoce ya este asunto. No hay secretos entre nosotros; así lo espero. ¡Jel! ¡je! ¡je!

— No; no hay ninguno casi, — añadió Dodson; — ¡ja! ¡ja! ¡ja! — y los dos socios se pusieron á reír ruidosamente, como se hace por lo regular siempre que se va á recibir dinero.

— Mr. Pickwick ha comprado bien el derecho de enterarse, — continuó Fogg con espiritual tono. — El total de la suma llega, señor Perker, á ciento treinta y tres libras esterlinas y cuatro peniques.

Perker y Fogg se ocuparon entonces en comparar papeles, volver hojas, y durante este tiempo, Dodson dijo á Mr. Pickwick con afable manera.

— No tenéis tan sólido continente como la última vez que tuve el gusto de veros, señor Pickwick.

— Es muy posible, — replicó nuestro héroe, que había lanzado á los dos hábiles prácticos mil miradas de indignación, sin que produjesen el más ligero efecto. — Es muy probable. Yo he sido perseguido y atormentado últimamente por bribones.

Perker tosió violentamente y preguntó á Mr. Pickwick si quería leer el periódico; pero éste se negó decididamente.

— Efectivamente, — dijo Dodson, — yo apostaría que habéis sido atormentado en la prisión. Hay allí muy malas gentes. ¿Dónde estaba vuestro cuarto, señor Pickwick?

— En el piso del café.

— ¡Oh! es cierto, es la parte más agradable del establecimiento.

— Muy agradable, — dijo Pickwick secamente.

La sangre fría de ese miserable era capaz de irritar al más paciente. Mr. Pickwick contenía con violentos esfuerzos su cólera; pero cuando Perker hubo escrito un mandato por la suma, y Fogg le puso en su cartera con triunfante sonrisa, que se comunicó igualmente á Dodson, él sintió que la sangre se le subía á la cabeza, hirviendo de indignación.

— Vamos, señor Dodson, — dijo Fogg satisfecho con el mandato que llevaba en el bolsillo y poniéndose los guantes, — estoy á vuestras órdenes.

— Muy bien, — respondió Dodson levantándose; — yo estoy á las vuestras.

— Tengo una gran satisfacción, — replicó con grata sonrisa Fogg, — en haber conocido á Mr. Pickwick. Espero, caballero, que no tendréis tan mala opinión de nos-

otros como la primera vez que tuve el gusto de encontrarlos.

— Espero que no, — añadió Dodson con el tono elevado de virtud calumniada. — Ya nos conocéis mejor, señor Pickwick; y cualquiera que sea la opinión que tengáis de los caballeros de nuestra profesión, os ruego creáis, señor, que no conservo rencor alguno por los sentimientos que expresasteis en nuestra oficina en la circunstancia á que hace referencia mi colega.

— ¡Oh! no, no, — dijo Fogg lleno de cristiana caridad.

— Nuestra conducta, señor, — continuó el otro asociado, — hablará por sí misma y nos justificará en todas ocasiones. Nosotros, hace muchos años que ejercemos, señor Pickwick, y tenemos la confianza de multitud de clientes honorables. Os deseo prosperidad, caballero.

— Prosperidad, señor Pickwick, — dijo Fogg, — y hablando así, puso su paraguas bajo el brazo, quitó el guante de la mano derecha, y tendió al filósofo indignado una mirada conciliadora. Este cerró sus puños en el fondo de sus bolsillos, y lanzó al abogado miradas llenas de despreciativa sorpresa.

— ¡Lowten! — gritó en el mismo instante Mr. Perker; — ¡abrid la puerta!

— Esperad un momento, — dijo Mr. Pickwick. — Yo quiero hablar, Perker.

— Querido amigo, — le contestó éste, que durante la entrevista había estado sumamente excitado de los nervios; — querido amigo, ya se ha dicho bastante sobre ese asunto. Quedemos así, yo os lo suplico, señor Pickwick.

— Señor, — dijo Pickwick con vivacidad, — ¡no quiero que se me haga callar! Señor Dodson, me habéis dirigido algunas observaciones...

Dodson se volvió, bajó dulcemente la cabeza, y sonrió.

— Me habéis dirigido alguna observación, — repitió Mr. Pickwick casi fuera de aliento, — y vuestro asociado me ha tendido la mano, y ambos habéis tenido conmigo cierto tono de generosa magnanimidad. Ese es un exceso de imprudencia, que ni aún de vosotros se podía esperar.

— ¿Cómo, señor? — gritó Dodson.

— ¿Cómo, señor? — repitió Fogg.

— ¿Sabéis que he sido víctima de vuestros pérfidos complots? ¿sabéis que soy el hombre que habéis preso y robado? ¿sabéis que érais los abogados contrarios en la causa Bardell y Pickwick?

— Sí señor, lo sabemos, — dijo Dodson.

— Necesariamente lo sabemos, — añadió Fogg, — aunque puede sea por azar.

— Veo lo recordáis con placer, — repuso mister Pickwick, ensayando por primera vez en su vida á producir una sonrisa amarga, y ensayándolo apesar de todo en vano. — Aunque he deseado deciros hace mucho tiempo en términos netos y claros, cuál es mi opinión sobre vuestra conducta, hubiera dejado pasar esta ocasión por deferencia á mi amigo el señor Perker, sin el tono inexcusable que habéis tomado y sin vuestra insolente familiaridad. ¡Y digo insolente familiaridad! — repitió mister Pickwick volviéndose hacia Fogg con tal vivacidad, que éste se retiró hasta la puerta.

— Tened cuidado, caballero, — gritó Dodson, — que aunque más grande y grueso, se había prudentemente colocado detrás de Fogg, y que hablaba por encima de la cabeza de su asociado con una cara sumamente pálida. — Dejaos maltratar Fogg; no le devolváis ninguno de sus golpes por ningún motivo.

— No, no, no se los devolveré, — decía Fogg reculando con gran gusto de su colega, que así iba llegando al exterior.

— Sois, — continuó Pickwick, — sois un par de truhanes, bribones y viles ladrones...

— Bien, — dijo Perker; — ¿eso es todo?

— Todo se resume en eso, — continuó Mr. Pickwick. — ¡Sois viles, indecentes, ladrones!

— Bien, bien, — dijo Perker con tono conciliador. — Queridos señores, él ha dicho todo lo que tenía que decir. Os ruego os marchéis. Lowten, ¿la puerta está abierta?

Mr. Lowten, que reía en silencio, respondió afirmativamente.

— Vamos, vamos; adiós, adiós; vamos, queridos señores, señor Lowten; ¡la puerta! — gritaba el bueno del abogado, empujando á Dodson y á Fogg fuera del despacho. — Por aquí, queridos señores. Terminemos esto, yo os ruego. ¡Qué diablo! señor Lowten, ¡la puerta! ¿Por qué no los conducís?

— Si hay justicia en Inglaterra, — dijo Dodson poniéndose el sombrero y mirando á Mr. Pickwick, — vos nos pagaréis esto.

— ¡Sois un par de ladrones!

— Recordad que nos las pagaréis bien! — gritó Fogg agitando su puño.

— ¡Enredadores! ¡pícaros! ¡ladrones! — continuó mister Pickwick sin cuidarse de las amenazas que se le dirigían.

— ¡Ladrones! — gritó corriendo por el patio mientras

que los dos abogados bajaban.

—¡Ladrones! — vociferó escapándose de las manos de Lowten y de Perker, y asomándose á la ventana de la escalera.

Cuando Mr. Pickwick se quitó de la ventana, su fisonomía estaba radiante, alegre y tranquila, y entrando en el despacho, declaró que había libertado á su conciencia de un gran peso, y que se encontraba entonces completamente dichoso.

Perker no dijo nada hasta que vació su tabaquera y envió á Lowten para llenarla; pero entonces le acometió un exceso de loca risa, que le duró cinco minutos, al cabo de los cuales hizo observar que debía incomodarse, pero que no podía pensar aun seriamente en el negocio, y que ofrecía enfadarse en cuanto le fuera posible.

—Entonces, — dijo Mr. Pickwick, — yo quisiera arreglar mi cuenta con vos.

—¿Es de la misma manera que habéis arreglado la otra? — preguntó Perker empezando nuevamente á reír.

—No exactamente, — respondió el filósofo sacando su cartera y sacudiendo cordialmente la mano del abogado. — Quiero hablar solamente de nuestra cuenta pecuniaria. Vos me habéis dado muchas pruebas de amistad, que yo no podré pagar nunca, aunque tampoco lo deseo, porque prefiero seguir siendo vuestro obligado.

Después de este prólogo, los dos amigos se engolfaron en las más complicadas cuentas, que fueron regularmente expuestas por Perker, é inmediatamente saldadas por Mr. Pickwick, con muchas muestras de aprecio y estimación.

Apenas estaba terminada esta operación, cuando se oyó llamar á la puerta del patio de la manera más violenta y espantosa. No era un repique ordinario, sino una sucesión constante y no interrumpida de formidables golpes, como si el aldabón hubiera adquirido el movimiento continuo, ó como si la persona que lo agitaba se hubiese olvidado de concluir.

—¡Ah! ¿qué es eso? — gritó Perker estremeciéndose.

—Yo creo que llaman á la puerta, — respondió mister Pickwick como si le pudiese quedar la menor duda de este hecho.

El aldabón contestó de un modo más enérgico que hubieran podido hacerlo las palabras, pues continuó golpeando sin un momento de reposo y con una fuerza y un ruido extraordinarios.

—Si esto sigue, — dijo Perker haciendo resonar su campanilla, — vamos á alborotar el barrio. Señor Lowten, ¿no oís que llaman?

—Voy al momento, señor, — replicó el dependiente. El aldabón pareció oír la respuesta, y como para asegurar que le era imposible esperar más tiempo, hizo un espantoso alboroto.

—Esto es insufrible, — dijo Perker tapándose las orejas.

Lowten, que se estaba lavando las manos en el gabinete negro, se precipitó hacia la puerta, y alzando el picaporte, se encontró en presencia de una aparición que será descrita en el capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CAPITULO LIV

Año 1625 MONTERREY, MEXICO

Conteniendo algunos detalles relativos á los golpes del aldabón, así como otras diversas particularidades, entre las que figuran notablemente ciertos descubrimientos que conciernen á Mr. Snodgrass y á una señorita.

El objeto que se presentó á los ojos del dependiente era un muchacho de prodigiosa gordura, vestido con librea de lacayo, que estaba de pie ante la puerta, pero con los ojos cerrados como para dormir. Lowten no había visto jamás un muchacho tan gordo, y su corpulencia extraordinaria, unida al reposo completo de su fisonomía, tan diferente de la que se debía esperar de tan intrépido alborotador, le llenaron de asombro.

—¿Qué queréis? — preguntó el dependiente.

El chico extraordinario no respondió una sola palabra, pero bajó la cabeza y Lowten creyó oírle roncar ligeramente.

—¿De dónde venís? — repitió el dependiente.

El muchacho gordo respiró profundamente, pero no se movió.

El dependiente repitió tres veces sus preguntas, y no obteniendo respuesta alguna, se preparó á cerrar la puerta, cuando de repente el muchacho abrió los ojos, los guiñó muchas veces, estornudó y extendió la mano co-

que los dos abogados bajaban.

—¡Ladrones! — vociferó escapándose de las manos de Lowten y de Perker, y asomándose á la ventana de la escalera.

Cuando Mr. Pickwick se quitó de la ventana, su fisonomía estaba radiante, alegre y tranquila, y entrando en el despacho, declaró que había libertado á su conciencia de un gran peso, y que se encontraba entonces completamente dichoso.

Perker no dijo nada hasta que vació su tabaquera y envió á Lowten para llenarla; pero entonces le acometió un exceso de loca risa, que le duró cinco minutos, al cabo de los cuales hizo observar que debía incomodarse, pero que no podía pensar aun seriamente en el negocio, y que ofrecía enfadarse en cuanto le fuera posible.

—Entonces, — dijo Mr. Pickwick, — yo quisiera arreglar mi cuenta con vos.

—¿Es de la misma manera que habéis arreglado la otra? — preguntó Perker empezando nuevamente á reír.

—No exactamente, — respondió el filósofo sacando su cartera y sacudiendo cordialmente la mano del abogado. — Quiero hablar solamente de nuestra cuenta pecuniaria. Vos me habéis dado muchas pruebas de amistad, que yo no podré pagar nunca, aunque tampoco lo deseo, porque prefiero seguir siendo vuestro obligado.

Después de este prólogo, los dos amigos se engolfaron en las más complicadas cuentas, que fueron regularmente expuestas por Perker, é inmediatamente saldadas por Mr. Pickwick, con muchas muestras de aprecio y estimación.

Apenas estaba terminada esta operación, cuando se oyó llamar á la puerta del patio de la manera más violenta y espantosa. No era un repique ordinario, sino una sucesión constante y no interrumpida de formidables golpes, como si el aldabón hubiera adquirido el movimiento continuo, ó como si la persona que lo agitaba se hubiese olvidado de concluir.

—¡Ah! ¿qué es eso? — gritó Perker estremeciéndose.

—Yo creo que llaman á la puerta, — respondió mister Pickwick como si le pudiese quedar la menor duda de este hecho.

El aldabón contestó de un modo más enérgico que hubieran podido hacerlo las palabras, pues continuó golpeando sin un momento de reposo y con una fuerza y un ruido extraordinarios.

—Si esto sigue, — dijo Perker haciendo resonar su campanilla, — vamos á alborotar el barrio. Señor Lowten, ¿no oís que llaman?

—Voy al momento, señor, — replicó el dependiente. El aldabón pareció oír la respuesta, y como para asegurar que le era imposible esperar más tiempo, hizo un espantoso alboroto.

—Esto es insufrible, — dijo Perker tapándose las orejas.

Lowten, que se estaba lavando las manos en el gabinete negro, se precipitó hacia la puerta, y alzando el picaporte, se encontró en presencia de una aparición que será descrita en el capítulo siguiente.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

CAPITULO LIV

Año 1825 MONTERREY, MEXICO

Conteniendo algunos detalles relativos á los golpes del aldabón, así como otras diversas particularidades, entre las que figuran notablemente ciertos descubrimientos que conciernen á Mr. Snodgrass y á una señorita.

El objeto que se presentó á los ojos del dependiente era un muchacho de prodigiosa gordura, vestido con librea de lacayo, que estaba de pie ante la puerta, pero con los ojos cerrados como para dormir. Lowten no había visto jamás un muchacho tan gordo, y su corpulencia extraordinaria, unida al reposo completo de su fisonomía, tan diferente de la que se debía esperar de tan intrépido alborotador, le llenaron de asombro.

—¿Qué queréis? — preguntó el dependiente.

El chico extraordinario no respondió una sola palabra, pero bajó la cabeza y Lowten creyó oírle roncar ligeramente.

—¿De dónde venís? — repitió el dependiente.

El muchacho gordo respiró profundamente, pero no se movió.

El dependiente repitió tres veces sus preguntas, y no obteniendo respuesta alguna, se preparó á cerrar la puerta, cuando de repente el muchacho abrió los ojos, los guiñó muchas veces, estornudó y extendió la mano co-

mo para volver á llamar. Aperciéndose de que la puerta estaba abierta, miró á su alrededor con estupefacción, y por último, fijó sus grandes ojos redondos sobre la fisonomía de Lowten.

¿Porqué diablos llamáis así? — le preguntó el dependiente con cólera.

—¿Cómo qué? — respondió el muchacho gordo con voz soñolienta.

—Como cuarenta cocheros de plaza.

—Es que mi amo me ha dicho que no deje de llamar hasta que me abran la puerta, temiendo que me duerma.

—¿Y bien! ¿qué recado traéis?

—El está abajo.

—¿Quién?

—Quiere saber si estáis en casa.

Entonces Lowten imaginó asomarse á la ventana. Viendo en su carroza á un señor de edad que miraba al aire con ansiedad, le hizo una seña y el caballero bajó inmediatamente.

—Es vuestro amo el que está en el carruaje, supongo, — dijo Lowten.

El muchacho bajó la cabeza de una manera afirmativa.

Cualquier otra pregunta vino á ser inútil por la presencia de Mr. Wardle, que habiendo subido con presteza la escalera y reconocido á Lowten, pasó inmediatamente á la habitación de Perker.

—¿Pickwick! — gritó, — vuestra mano, buen mozo. Hasta ayer no he sabido que os habíais dejado coger en el lazo. ¿Cómo habéis sufrido eso, Perker?

—No lo he podido impedir, amigo mío, — replicó el abogado con una sonrisa y un polvo. — Ya sabéis lo obstinado que es.

—En verdad que lo sé, pero me ha sorprendido apesar de eso; no lo podré olvidar en mucho tiempo.

Dicho esto, Wardle estrechó de nuevo la mano de Pickwick, después á Perker, y se dejó caer en una butaca, resplandeciendo más que nunca su semblante de dicha y de salud.

—¿Y bien! — dijo, — ¿he aquí curiosos cuentos. Un polvo, amigo Perker. ¿Habéis visto nada semejante?

—¿Qué queréis decir? — preguntó Pickwick.

—¿A fe mía! parece que todas las muchachas han perdido la cabeza. Me diréis quizás que esto no es nuevo, pero no por eso es menos cierto.

—¿Eh! querido amigo, — dijo Perker, — ¿ha venido á Londres expresamente para enseñarnos eso?

—No, no lo es del todo, aunque este sea el principal motivo de mi viaje. ¿Y Arabella, cómo está?

—Muy bien, — respondió Pickwick, — estoy seguro que tendrá mucho gusto en veros.

—¿La coquetilla de los ojos negros! Yo tenía pensado casarme con ella el mejor día, pero me alegro de esto verdaderamente.

—¿Cómo lo habéis sabido? — preguntó Pickwick.

—¿Oh! por mis hijas, como es natural. Arabella les ha escrito anteayer que se había casado sin el consentimiento del padre de su marido, y que usted había ido á pedirselo, cuando su negativa no podía ya impedir la boda; esto es todo. He pensado que esto era una ocasión apropiada para dar una lección á mis hijas, para hacerlas comprender qué cosa tan terrible es que las niñas se casen sin consentimiento de sus padres, y todo lo demás. Pero no he podido hacer la menor impresión sobre ellas. Encuentran mucho más terrible el que se haya celebrado el matrimonio sin doncellas, y lo mismo hubiera conseguido predicando á Joe.

—El viejo caballero se detuvo para reírse, y después de haberlo hecho á su satisfacción, continuó en estos términos:

—Pero eso no es todo, á lo que parece; eso no es más que la mitad de los complots y de las galanterías que se han maquinado. Desde hace seis meses caminamos sobre una mina que al fin ha estallado.

—¿Qué es lo que queréis decir? — exclamó Mr. Pickwick palideciendo. — ¿Creo que no se preparará ningún otro matrimonio secreto?

—No, no; no es cosa tan mala como eso.

—¿Qué es pues? ¿estoy yo interesado en ello?

—¿Debo yo responder á esa pregunta, Perker?

—Si no os comprometéis respondiendo á ella, mi querido señor.

—Pues bien, — dijo Mr. Wardle volviéndose hacia Mr. Pickwick, — sí, estáis interesado.

—¿Cómo! — exclamó este con ansiedad. — ¿En qué manera?

—Sois tan vivo de genio, que casi tengo miedo en decirlo. Sin embargo, si Perker quiere estarse con nosotros para prevenir una desgracia, me arriesgaré.

Habiendo cerrado la puerta de la alcoba y habiéndose fortificado con otro ataque á la tabaquera de Perker, comenzó el viejo caballero la revelación de este modo:

—El hecho es que mi hija Bella... Bella, la que se ha casado con el joven Trundle, ya sabéis...

—Sí, sí, ya sabemos, — dijo Mr. Pickwick con impaciencia.

—No me intimidéis al principiar. La otra noche, mi hija Bella se sentó á mi lado cuando Emilia fué á acos-

tarse con dolor de cabeza, y después de haberme leído la carta de Arabella, comenzó á hablarme de ese matrimonio. Y bien, papá, me dijo; ¿qué pensáis de eso? A fe mía, hija mía, respondí, creo que todo irá bien. Es necesario deciros que estaba sentado delante de un buen fuego, bebiendo pacíficamente mi grog, y que esperaba, dejando caer una palabra indecisa de vez en cuando, animarla para que siguiera su encantadora conversación inocente. Mis dos hijas son el vivo retrato de su pobre madre, y cuando más viejo me voy haciendo, más placer me causa el verme al lado de ellas. En aquel momento, su voz, su fisonomía, me transportaban á la época más agradable de mi vida, me hacían tan joven como en realidad lo soy aún todavía, aunque algo menos dichoso. Es un verdadero matrimonio de inclinación, dijo Bella después de un momento de silencio. Sí, querida, la contesté, pero no son esos los que obtienen mejor resultado.

— ¡Sostengo lo contrario! — interrumpió Mr. Pickwick con calor.

— Muy bien; sostened lo que os parezca cuando os toque hablar, pero no me interrumpáis.

— Os pido perdón.

— Concedido. — Papá, dijo Bella ruborizándose un poco, estoy disgustada de oiros hablar contra los matrimonios de inclinación. — Es verdad, hija mía, la contesté dándole golpecitos en las mejillas, que yo he cometido una ligereza hablando así, cuando tu madre contrajo matrimonio de inclinación y tú también. — No es eso lo que quiero decir, papá, lo que hay es que quiero hablaros de Emilia.

Mr. Pickwick se estremeció.

— ¿Qué os asusta todavía? — le preguntó Mr. Wardle deteniéndose en su narración.

— Nada, — respondió el filósofo; — continuad, os lo suplico.

— A fe mía que no he sabido nunca hilar bien una historia, — continuó bruscamente el viejo caballero; — es necesario que lo diga tarde ó temprano, y nos ahorrará bastante tiempo el que os lo diga de seguido. El hecho es que Bella se decidió á decirme que Emilia era muy desgraciada, que desde la última Navidad había estado en correspondencia constante con nuestro joven amigo Snodgrass, que se había decidido reflexivamente á huir con él para imitar la conducta de su amiga; pero que habiendo sentido ciertos impulsos de remordimiento, en atención á que yo siempre había estado dispuesto á dejar hacer á las dos lo que querían, había pensado que valía más empezar por hacerme el honor de preguntar-

me si me opondría á que se casaran de la manera ordinaria y vulgar. He aquí lo que hay, Pickwick, y ahora, si queréis reducir vuestros ojos á un tamaño natural y aconsejarme, os quedaré muy agradecido.

— Esta última frase, proferida por el honrado viejo con voz muy serena, no fué pronunciada sin motivo, porque las facciones de Mr. Pickwick habían tomado una expresión de sorpresa y curiosidad digna de observarse.

— ¡Snodgrass!... ¡desde Navidad!... — murmuró al fin todo confuso.

— Desde Navidad, — repuso Wardle. — Es claro, y ha sido necesario que tuviéramos cataratas en los ojos para no descubrirlo antes.

— No comprendo nada de esto, — murmuró Pickwick, — no comprendo nada.

— Pues, sin embargo, es bien fácil de comprender, — volvió á decir el viejo encolerizado. — Si hubiérais sido más joven, habríais estado en el secreto desde mucho antes. Además, — añadió después de vacilar un poco, — debo deciros que no sabiendo nada de esto, venía excitando á Emilia, de cuatro ó cinco meses antes, á fin de que recibiera favorablemente á un joven caballero de la vecindad, si podía por supuesto, pues yo no trataba de forzar su inclinación. Estoy seguro de que como una chiquilla que es, para realizar su mérito y para aumentar el ardor de Mr. Snodgrass, le habrá pintado esto con los colores más sombríos, y que ambos habrán concluido porque son una pareja muy perseguida, y no tienen otro recurso que el matrimonio clandestino ó una hornilla de carbón. ¿Qué es lo que hemos de hacer?

— ¿Qué es lo que habéis hecho? — preguntó Pickwick.

— Yo?

— Quiero decir ¿qué es lo que habéis hecho al saber eso por vuestra hija mayor?

— He hecho naturalmente una porción de tonterías.

— Es muy justo, — dijo Perker, que había asistido á aquel diálogo, estrujando su cadena, rascándose la nariz y dando otras señales de impaciencia; — es muy natural, pero ¿qué clase de tonterías?

— Monté en cólera y asusté tanto á mi madre que se puso mala.

— Está muy puesto en razón, — observó Perker; — ¿y qué más?

— He gritado y he reñido durante todo el día siguiente; pero cansado ya de fastidiar á todo el mundo y de fastidiarme yo mismo, he alquilado un coche en Muggleton y he venido aquí con pretexto de traer á Emilia á ver á Arabella.

— Mistress Wardle está aquí con vos, pues? — preguntó Pickwick.

— ¡Pues no! Está en este momento en el hotel de Osborne, á menos que vuestro osado amigo no se la haya llevado después de haber yo salido.

— ¿Os habéis, pues, reconciliado? — preguntó Perker.

— ¡Cá, no señor! Ella no ha hecho más que languidecer y llorar desde entonces, excepto ayer tarde, entre el te y la cena, que entonces ha hecho una parada muy grande para escribir una carta, de lo que he hecho yo como que no me apercibía.

— Vamos, ¿queréis consultarme en este negocio, por lo que veo? — dijo Perker mirando sucesivamente la fisonomía reflexiva de Mr. Pickwick y el aspecto inquieto de Mr. Wardle, y tomando muchas veces consecutivas del estimulante favorito.

— Lo spongo, — respondió Wardle mirando á Pickwick.

— Ciertamente, — replicó éste.

— Entonces, — dijo Perker levantándose y rechazando su silla, — mi parecer es que os vayáis los dos á pasear á pie ó en coche, como queráis, porque para lo que he de hacer me estorbáis. Podéis hablar juntos de este negocio, y si no está arreglado la primera vez que nos veamos, os diré lo que haya que hacer.

— Eso es satisfactorio hasta cierto punto, — dijo Wardle, que no sabía si debía reír ú ofenderse.

— ¡Bah, bah! mi querido señor, yo os conozco á los dos mucho mejor que os conocéis vosotros mismos. Lo que habéis de arreglar lo tenéis ya arreglado en vuestro interior.

Y el abogadito, al decir esto, golpeó con su tabaquera los respectivos vientros de Pickwick y Wardle, poniéndose los tres á reír juntos, pero sobre todo los dos últimos, que se dieron y sacudieron las manos sin ninguna razón aparente.

— ¿Coméis hoy conmigo? — dijo Wardle á Perker, mientras este le llevaba hasta la puerta.

— No puedo prometéroslo, mi querido señor. En todo caso yo pasaré por vuestra casa esta tarde.

— Os espero á las cinco. ¡Vamos, Joe!

Habiendo despertado á Joe con gran trabajo, partieron los amigos en el carruaje de Mr. Wardle. Joe se colocó detrás en el asiento que su amo había hecho poner por humanidad, porque si se hubiera quedado á pie, hubiera caído abajo y se hubiera matado al primer sueño.

Le hicieron conducir primero á *Jorge y el cuerno*. Allí supieron que Arabella había salido con su doncella

en un coche de plaza, para ir á ver á Emilia, de quien había recibido una esquelita. Como Wardle tenía algunos negocios que arreglar en la ciudad, despidió el coche y al grosero dormilón para el hotel, con el objeto de prevenir que á las cinco volvería con Mr. Pickwick á comer.

El dormilón se volvió, encargado de este mensaje, durmiéndose sobre su asiento tan pacíficamente como si se hubiera hallado sobre un lecho sostenido por muelles de reloj. Por una especie de milagro se despertó él mismo cuando el coche se detuvo, y sacudiéndose vigorosamente para aguzar sus facultades, subió la escalera para ejecutar su comisión.

Pero, fuese que las sacudidas que había llevado el gordinfón hubiesen despertado en él ideas nuevas, suficientes para hacer olvidar las ceremonias y formalidades ordinarias, fuera, lo que también era posible, que no hubieran sido suficientes estas ideas para impedirle que se durmiese de nuevo subiendo la escalera, el hecho fué que entró en el salón sin haber llamado previamente á la puerta, y apercibió un caballero, sentado amorosamente en el sofá, cerca de miss Emilia, y teniendo un brazo pasado por su cintura, mientras Arabella y la linda doncella aparentaban mirar atentamente por una ventana al otro extremo de la habitación. Al verlos, el dormilón dejó escapar una exclamación, las mujeres gritaron y el caballero lanzó un juramento, casi simultáneamente.

— ¿Qué venis á buscar aquí, miserable? — exclamó el caballero, que no era otro sino Mr. Snodgrass.

El mofetudo, prodigiosamente espantado, respondió con laconismo:

— ¡Señora!

— ¿Qué me queréis, estúpida criatura? — preguntó Emilia volviendo la cabeza.

— Mi amo y Mr. Pickwick vendrán á comer á las cinco.

— ¡Salid de esta habitación! — volvió á exclamar Mr. Snodgrass, cuyos ojos lanzaban llamas sobre el estupefacto joven.

— ¡No! ¡no! ¡no! — exclamó precipitadamente Emilia. — Arabella, querida, aconsejadme. — Emilia y mister Snodgrass, Arabella y Maria celebraron consejo en un rincón, hablando vivamente, pero en voz baja, durante algunos minutos que el mofetudo empleó en dormir.

— Joe, — dijo Arabella volviendo con la más seductora sonrisa; — ¿cómo os va, Joe?

— Joe, — dijo Emilia, — sois un buen muchacho; no os olvidaré, Joe.

—Joe, — añadió mister Snodgrass adelantándose hacia el admirado mozo y tomándole la mano, — no os había reconocido; aquí hay cinco shillins para vos, Joe.

—Yo os debo otros cinco, — añadió Arabella, — porque ya sabéis que somos antiguos conocidos; — y acordó una segunda sonrisa aun más encantadora.

La percepción de este era poco rápida; pareció al principio singularmente admirado por aquella súbita revelación que se operaba en su favor, y aún miró en torno suyo con aspecto alarmado; pero al fin, su ancha fisonomía empezó á mostrar algunos síntomas de una sonrisa proporcionalmente expansiva, después de lo cual, apretando una media corona en cada uno de sus bolsillos por encima, dejó escapar una ronca carcajada. Fué la primera y única vez de su vida que se le oyó reír.

—Veo que nos comprende, — dijo Arabella.

—Será necesario hacerle tomar alguna cosa sobre la marcha, — observó Emilia.

Faltó poco para que el gordinflón volviera á romper la risa. Después de haber hablado otro poco en voz baja, María salió diligentemente del grupo y dijo:

—Yo voy á comer con vos hoy, señor, si queréis.

—Por aquí, — respondió el muchacho con presteza. — Hay abajo un famoso pastel de carne.

Diciendo esto, el gordo dormilón bajó la escalera para conducir á María, y por todo el camino cautivaba su linda compañera la atención de los mozos y ponía de mal humor á las criadas.

El pastel de que el gordo había hablado con tanta ternura se encontraba aún en efecto en la cocina; se le añadió un bifteack, un plato de patatas y un jarro de cerveza.

—Sentaos, — dijo Joe. — ¡Qué fortuna! ¡qué buena comida! ¡qué hambre tengo!

Habiendo repetido cinco ó seis veces estas exclamaciones, con una especie de entusiasmo, se sentó á un extremo de la mesa, mientras María se colocaba al otro.

—¿Queréis un poco de esto? — dijo el gordinflón hundiéndose en el pastel su cuchillo y su tenedor hasta el mango.

—Un poco, si gustáis.

Habiendo servido Joe á María un poco de pastel y un mucho á sí mismo, inclinándose hacia delante en su silla y dejando caer sus manos con el tenedor y el cuchillo sobre sus rodillas, dijo lentamente:

—Sois bonita de veras; ¿lo sabéis?

Esto fué dicho con aire de admiración bastante liasonjero; pero había algo todavía en los ojos del joven gordo que anunciaba más al caníbal que al hombre ena-

morado.

—¡Vaya, Joe! — exclamó María afectando ruborizarse; — ¿qué es lo que queréis decir?

El gordinflón, recobrando gradualmente su posición primitiva, replicó sólo con un profundo suspiro, permaneció pensativo durante algunos momentos y bebió un largo trago de cerveza: después de esto, suspiró otra vez y se aplicó más sólidamente al pastel.

—¡Qué persona tan amable es miss Emilia! — dijo María después de un prolongando silencio.

—Yo conozco otra más amable.

—¿De veras?

—Sí, de veras, — repuso el gordinflón con inusitada viveza.

—¿Cómo se llama?

—¿Cómo os llamáis vos?

—María.

—Ese es su nombre; sois vos.

El gordinflón, para hacer más expresivo este cumplimiento, le añadió una mueca y dió á sus pupilas una combinación, de la que resultó ponerse bizco, cuando creía lanzar una mirada asesina.

—No me habléis así, — dijo María, — que no me habláis seriamente.

—¡Bah, cuando lo digo!

—¿Y qué?

—¿Vais á venir con frecuencia?

—No, me voy mañana.

—¡Oh! — replicó el mofetudo con un tono excesivamente sentimental; — ¡cuánto placer hubiéramos tenido en comer juntos si os hubieráis quedado.

—Yo podría venir algunas veces aquí á veros, si quisierais hacerme un servicio, — respondió María arrojando el mantel para fingir embarazo.

El mofetudo miró alternativamente al pastel y al fuego, como si hubiera pensado que todo servicio debía hallarse ligado con comestibles.

Y sacando después de su bolsillo una de sus medias coronas, la contempló con inquietud.

—No me comprendéis, — continuó María.

El miró nuevamente su media corona, y respondió con voz débil:

—No.

—Las señoritas querrían que no hablaseis al caballero viejo del joven caballero que se encuentra arriba, y yo también lo querria.

—¿Y eso es todo? — respondió el gordinflón evidentemente aliviado de un gran peso y volviendo á guardar su moneda; — no diré nada; podéis estar bien segura.

—Mirad, Mr. Snodgrass ama mucho á miss Emilia y miss Emilia ama mucho á Mr. Snodgrass, y si contáis lo ocurrido, el viejo os llevará lejos, al campo, y no podréis allí ver á nadie.

—No, no diré nada, — repitió el gordiflón resueltamente.

—Y seréis un buen muchacho. Pero ahora es necesario que yo suba para arreglar á mi señorita para la hora de comer.

—No os vayáis todavía.

—Es indispensable; adiós por ahora.

El dormilón, con la galantería de un joven elegante, tendió los brazos para tomar un beso, pero como no era necesaria gran agilidad para escapar de él, su amable domadora desapareció antes de que los hubiese cerrado. Al encontrarse chasquedo de este modo, el apático joven comió una ó dos libras de bifeack con aire sentimental y se durmió profundamente.

En el salón tenían tantas cosas que decirse, tantos planos que concertar para el caso en que la crueldad de Mr. Wardle hiciese necesario un raptó ó un matrimonio secreto, que hacía cuatro horas y media que Mr. Snodgrass estaba allí cuando se despidió definitivamente. Las damas corrieron á la habitación de Emilia para arreglarle, y el caballero cogió su sombrero y salió del salón; pero apenas se hallaba en el corredor, cuando oyó la voz de Mr. Wardle. Miró por la escalera y le vió subir seguido de otras varias personas. En su confusión y no conociendo las entradas y salidas del hotel, volvió á entrar precipitadamente en la habitación de que acababa de salir, de la una pasó á la otra que era la alcoba de Mr. Wardle, cerró la puerta dulcemente en el mismo momento que las personas que había apercibido entraban en el salón. Reconoció fácilmente sus voces: eran mister Wardle, Mr. Pickwick, Mr. Nathaniel Winkle y mister Benjamin Allen.

—Es una fortuna que haya tenido bastante presencia de espíritu para evitarlos. — pensó mister Snodgrass sonriéndose y marchando de puntillas hacia otra puerta situada cerca del lecho: — esta puerta dará al mismo corredor y puedo marcharme por ella cómoda y tranquilamente.

No había más que un obstáculo para que se fuese tranquila y cómodamente: el de que la puerta se hallaba cerrada con doble vuelta y no tenía puesta la llave.

—¡Mozo! — dijo el viejo Wardle restregándose las manos, — dadnos hoy de vuestro mejor vino.

—Sí señor.

—Haced saber á esas señoras que estamos aquí de

vuelta.

—Sí señor.

Mr. Snodgrass deseaba también ardientemente hacer saber á las señoras que había vuelto; hasta se atrevió á decir al criado al través del ojo de la cerradura:

—¡Mozo!

Pero pensando cuerdamente que podría atraer á otra persona, y acordándose de que había leído por la mañana en su periódico y bajo el epígrafe de *Crónica de los Tribunales* los infortunios de un caballero arrestado en un hotel vecino, por haberse hallado en una situación semejante á la suya, no quiso llamar más y se sentó sobre una maleta, temblando violentamente.

—No esperaremos á Perker ni un minuto — dijo Mr. Wardle mirando su reloj; — él es siempre exacto y estará aquí á la hora marcada si tiene intención de venir, y si no no hay que ocuparse de él. ¡Ah, Arabella!

—¡Mi hermana! — exclamó Benjamin Allen envolviéndola en sus brazos de una manera dramática.

—¡Oh, Ben! ¡querido, cómo hueles á tabaco! — dijo Arabella aparentemente sofocada por aquella muestra de afecto.

—¿Te parece?... ¿es posible?

Era en efecto tan posible, que acababa de dejar una reunión de diez ó doce estudiantes de medicina en una taberna al lado de un buen fuego.

—¡Cuán contento estoy de volverte á ver! Dios te bendiga, Arabella.

—Pero querido Ben — dijo Arabella echándose atrás, — no me aprietes así, que me ahogas.

En este punto de la reconciliación. Mr. Ben Allen se dejó vencer por la sensibilidad, por el tabaco y la cerveza, y paseó sus ojos por los asistentes al través de los espejuelos húmedos.

—¿Y no me decís nada á mí? — preguntó Mr. Wardle abriendo los brazos.

—Al contrario — dijo Arabella por lo bajo, recibiendo los abrazos y las cordiales felicitaciones del viejo caballero; — sois un malvado, un cruel, un monstruo.

—Sois una rebelde — replicó Wardle en el mismo tono, — y me veré obligado á cerraros mi casa; las personas como vos, que se han casado á despecho de todo el mundo, deberían ser entredichas en la sociedad. Pero vamos — añadió más alto, — ya está la comida; os sentaréis á mi lado. Joe, muchacho del demonio, ¿estáis muy despierto?

Efectivamente, con gran admiración de su amo, el moffetudo se hallaba en un estado de vigilancia muy notable. Sus ojos permanecían abiertos cuan grandes

eran y no manifestaban deseos de cerrarse; había también en sus maneras una vivacidad igualmente inexplicable, y cada vez que sus miradas encontraban las de Emilia ó las de Arabella, sonreía haciendo una mueca. Mr. Wardle hubiera jurado que les había visto hacer guiños.

Esta alteración en las costumbres del dormilón nacía del sentimiento de su nueva importancia y de la dignidad que había adquirido, llegando á ser el confidente de las jóvenes señoras. Sus sonrisas y sus guiños eran otras tantas seguridades condescendientes que ofrecía de que podían contar con su fidelidad. Sin embargo, como aquellos signos eran más propios para inspirar sospechas que para alejarlas, y como eran además algo embarazosos, Arabella respondía de tiempo en tiempo por un fruncimiento de cejas y por un movimiento de reprensión; pero el gordiflón no veía en esto más que una invitación á estar sobre aviso, y volvía á guñar y á sonreír con más asiduidad para dar á entender que comprendía perfectamente.

—Joe — dijo Mr. Wardle; después de buscarla infructuosamente en todos sus bolsillos; — ¿mi caja de tabaco está sobre el sofá?

—No, señor.

—¡Ah, ya me acuerdo! La he dejado esta mañana sobre el tocador.

El mofetudo fué á la habitación vecina, y después de algunos minutos de ausencia, volvió con la tabaquera, pero también con el semblante más pálido con que haya podido volver jamás un mofetudo.

—¿Qué es lo que te ha pasado? — exclamó mister Wardle.

—No me ha pasado nada — respondió Joe con inquietud.

—¿Habéis vito aparecidos? — preguntó el viejo caballero.

—¿O es que acaso habéis bebido? — sugirió Allen.

—Creo que tenéis razón — murmuró Wardle al otro lado de la mesa; — está borracho, seguramente.

Ben Allen respondió que lo creía; y como habían ocurrido muchos casos semejantes, se confirmó Wardle en el pensamiento que trataba de insinuarse en su cerebro hacía media hora, y llegó á la conclusión de que el muchacho se había efectivamente achispado.

—Observadle con atención algunos minutos — murmuró. — y veréis que realmente está bebido.

El hecho era que el infortunado joven había cambiado solamente una docena de palabras con Mr. Snodgrass, que éste le había suplicado se dirigiese á algún amigo

para que le pusiera en libertad, y que le había empujado después hacia afuera, con la caja de tabaco, por miedo á que una ausencia más prolongada hiciera concebir sospecha. Al entrar en el comedor, Joe había quedado algunos instantes sin saber qué hacer, y después dejó la habitación para ir á buscar á María; pero María había vuelto á *Jorge y el cuervo*, después de haber arreglado á su señora, y el mofetudo volvió cada vez más confuso.

Mr. Wardle y Ben Allen cambiaron muchas miradas de inteligencia.

—Joe — dijo Mr. Wardle.

—Sí, señor.

—¿Por qué habéis salido?

El dormilón miró con aire confuso á cada uno de los convidados y balbuceó que él no sabía nada.

—¡Ya! no sabéis nada. Llevad ese queso á mister Pickwick.

Mr. Pickwick, que se encontraba en perfecto estado de salud y de humor, había estado delicioso durante toda la comida, y parecía enredado en aquel momento en una interesante conversación con Emilia y mister Winkle. Encorvando graciosamente su cabeza é irradiando pacíficas sonrisas, agitaba dulcemente la mano derecha para dar más fuerza á sus observaciones. Tomó un pedazo de queso en su plato, é iba ya á volverse para continuar su conversación, cuando el gordiflón se inclinó hasta poner su cabeza al nivel de la de mister Pickwick, dirigió su dedo por detrás de su espalda, como para indicarle alguna cosa, é hizo al mismo tiempo la mueca más ridícula que jamás se ha visto.

—¡Qué! — exclamó Mr. Pickwick sobresaltado; — ¿qué es lo que hay? ¡eh! ¡eh!

Y se detuvo al observar que Joe acababa de enderezarse y estaba ó afectaba estar profundamente dormido.

—¿Qué es lo que hay? — preguntó Mr. Wardle.

—Vuestro criado es muy singular — continuó mister Pickwick mirando á Joe con aire inquieto. — Os admirará lo que voy á decir, pero bajo mi palabra que temo á veces tenga la cabeza desarreglada.

—¡Oh, no digáis eso, Mr. Pickwick! — exclamaron al mismo tiempo Emilia y Arabella.

—No lo repetiré — dijo el filósofo en medio de un profundo silencio y aun de un espanto general; — pero sus maneras conmigo en este instante eran para causar alarma. ¡Ay! ¡ay! — gritó Mr. Pickwick saltando sobre su silla; — os pido perdón, señoras, pero acaba de pincharme en una pierna... realmente es muy pe-

ligroso.

— ¡Esto es ya demasiado! — vociferó el viejo Wardle con cólera. — ¡Tirad de la campanilla, llamad á los mozos, ya estoy hartó!

— ¡Yo no estoy hartó! — exclamó al fin el mofetudo, cayendo de rodillas delante de su señor, mientras éste le cogía por la solapa; — ¡yo no estoy hartó!

— Entonces estás loco, que es todavía peor; ¡llamad á los mozos!

— Yo no estoy loco, estoy muy en mi juicio — replicó Joe, rompiendo á llorar.

— Entonces, ¿por qué diablos pincháis en la pierna á Mr. Pickwick?

— Porque no me quería mirar, y yo tenía una cosa que decirle.

— ¿Qué le queréis decir? — preguntaron media docena de voces á la vez.

Joe suspiró, miró á la puerta de la alcoba, suspiró otra vez y enjugó las lágrimas con las yemas de los índices.

— ¿Qué es lo que queréis decirle? — preguntó mister Wardle sacudiéndole.

— ¡Deteneos! — dijo Mr. Pickwick; — dejadme hablarle. — ¿Qué es lo que deseáis comunicarme, buen muchacho?

— Yo quería hablaros bajo.

— Vos queréis morderle la oreja, á lo que supongo — interrumpió Mr. Wardle; — no os acerquéis, Pickwick, está rabioso. Tirad de la campanilla para que se lo lleven abajo.

En el momento en que Mr. Winkle cogía el cordón de la campanilla, fué detenido por exclamaciones de sorpresa universales. El amante cautivo, con una fisonomía purpurada de confusión, había salido súbitamente de la alcoba y hacia un saludo general á la reunión.

— ¡Oh! ¡oh! — exclamó Mr. Wardle saltando la solapa de Joe y retrocediendo un poco. — ¿Qué es lo que esto significa?

— Señor — contestó Mr. Snodgrass, — yo estoy oculto en la alcoba inmediata desde que habéis vuelto.

— Emilia, hija mía — dijo Mr. Wardle en tono de reproche, — sabéis hasta qué punto odio las mentiras y los escondrijos; esto no tiene nada de decoroso y es inexcusable. Yo no merezco semejante cosa, Emilia.

— Querido papá — dijo Emilia, — yo ignoraba que estuviese ahí; Arabella os lo puede decir y Joe también y todo el mundo. ¡Augusto, en nombre del cielo, explicaos!

Mr. Snodgrass, que esperaba solamente á que qui-

sieran escucharle, contó en seguida cómo se había visto colocado en aquella situación embarazosa; cómo el temor de excitar discusiones domésticas había sido la sola causa que le había movido á evitar el encuentro con mister Wardle; cómo lo que él quería era simplemente marcharse por otra puerta, y cómo en fin, hallándola cerrada, se había visto obligado á quedarse contra su voluntad. Terminó diciendo que se encontraba colocado en una situación penosa, pero que lo sentía menos ya, pues le proporcionaba una ocasión de declarar delante de todos sus amigos comunes que amaba profunda y sinceramente á la hija de Mr. Wardle que tenía el orgullo de confesar que su inclinación era correspondida, y que aun cuando se viese separado de ella por millones de leguas, aunque el mismo Océano hiciese rodar entré ambos sus olas infinitas, no olvidaría jamás por un solo instante aquel dichoso día en que por la primera vez, etc., etc., etc.

Habiendo perorado de esta manera, saludó de nuevo Mr. Snodgrass á la reunión, miró dentro de su sombrero y se dirigió hacia la puerta.

— ¡Deteneos! — gritó Mr. Wardle. — ¿Por qué, en nombre de todo lo que es...

— Inflamable — sugirió dulcemente Mr. Pickwick, pensando que podía venir algo peor.

— Pues bien, en nombre de todo lo que es inflamable — dijo Mr. Wardle adoptando esta variante, — ¿por qué no me lo habéis dicho á mí desde luego?

— ¿O por qué no me lo habéis confiado á mí? — añadió Mr. Pickwick.

— Pero veamos — dijo Arabella, encargándose de la defensa; — ¿á qué viene hacer esas preguntas ya, sobre todo cuando sabéis que habéis escogido, con miras interesadas, un yerno mucho más rico, y que sois tan malo y tan arrebatado, que todo el mundo os teme excepto yo? Dadle un apretón de manos y haced que le sirvan algo de comer, por el amor de Dios; ya veis su aire hambriento; y os lo suplico, haced que á vos también os traigan vuestro vino, porque estaréis insoportable hasta que hayáis bebido siquiera un par de botellas.

El buen viejo tiró á Arabella de una oreja, la besó sin el más ligero escrúpulo, besó igualmente á su hija con el mayor afecto, y sacudió cordialmente la mano de Mr. Snodgrass.

— Tiene razón en una cosa por lo menos — dijo alegremente; — llamad para que me traigan vino.

El vino llegó, y al mismo tiempo Perker. Mr. Snodgrass fué servido en una pequeña mesa, y cuando hubo comido, arrastró su silla al lado de Emilia sin la más

ligera oposición por parte del viejo caballero.

La velada fué encantadora. El pequeño Perker estaba de humor. Contó muchas historias cómicas y cantó una romanza seria, que pareció tan cómica como sus anécdotas. Arabella estuvo deslumbradora, Mr. Wardle jovial, Mr. Pickwick armonioso, Mr. Ben Allen estrepitoso, los amantes silenciosos, Mr. Winkle chistoso y toda la reunión en extremo gozosa.



CAPITULO LV

Mr. Salomón Pell, ayudado de un comité escogido de cocheros, arregla los negocios de Mr. Weller senior.

—Samuelito — dijo Mr. Weller á su hijo al día siguiente de los funerales, — lo he encontrado, creo que está aquí.

—¿Qué es lo que habéis encontrado?

—El testamento de tu madrastra, Samuel, que hace los arreglos que te he dicho.

—¿Qué! ¿no os había dicho ella dónde estaba?

—Ni por asomo, Samuelito! Estábamos ya para arreglar nuestras pequeñas diferencias, yo la levanté y la aconsejaba que se pusiera en pie con tanto afán, que he olvidado hablarla de eso. Además que no sé si la habría hablado, aun cuando me hubiese acordado; porque, Samuel, me parece una cosa muy mal hecha atormentar á una persona con sus bienes cuando se le asiste en una enfermedad. Es como si metierais la mano en el bolsillo de un viajero de imperial que hubiese sido lanzado á tierra, mientras le ayudabais á levantarse y le preguntabais suspirando cómo se encontraba.

Después de haber ilustrado con esta figura su pensamiento, abrió Mr. Weller su cartera y sacó de ella un papel medianamente sucio, sobre el cual se hallaban inscritos diferentes caracteres amontonados con notable confusión.

—He aquí el documento, Samuelito; lo he encontrado

en la teterita negra, sobre la tabla del armario del mostrador. Allí metía los borradores de sus apuntes antes de acostarse, y se los he visto sacar bastantes veces. ¡Pobre criatura! Podía haber llenado de testamentos todas las teteras de la casa sin cuidado, porque no probaba esta bebida en sus últimos tiempos, excepto en las reuniones de temperancia, en que se usaba una infusión de te, para elevar los espíritus por encima del nivel miserable de la carne.

—¿Y qué es lo que dice? — preguntó Sam.

—Lo mismo que te he contado, hijo mío; doscientas libras esterlinas por vía de legado á mi hijo político Samuel, y el resto de mis propiedades de toda clase á mi marido Mr. Antonio Weller, á quien nombro mi único testamentario.

—¿Y eso es todo?

—Todo; y como es claro y satisfactorio para ambos, que somos las dos partes interesadas, supongo que podremos desde luego echar este pedazo de papel al fuego.

—¿Qué vais á hacer, loco? — exclamó Sam apodándose del papel, mientras su padre atizaba inocentemente el fuego para arrojarlo en él. — En verdad que sois un ejecutor más vivo de lo que pensáis.

—¿Por qué? — preguntó Mr. Weller con aire severo y las tenazas en la mano.

—¿Por qué? Porque es necesario que sea legalizado y asegurado y jurado y que se llenen todas las formalidades.

—¿Pero todo eso es de veras? — preguntó mister Weller dejando las tenazas.

Sam guardó cuidadosamente el testamento en su bolsillo, contestando por medio de un gesto que hablaba seriamente.

—Entonces voy á decirte una cosa — dijo Mr. Weller después de algunos momentos de meditación; — este es un negocio que afecta al amigo íntimo del canciller. Es necesario que Pell meta aquí la nariz; es un mozo muy á propósito para una cuestión de ley difícil. Vamos á presentar esto en seguida ante el tribunal de insolventes, Samuel.

—¿Yo no he visto jamás un viejo tan destornillado! — exclamó Sam coléricamente. — *Old Baileys* y el tribunal de insolventes y los *alebis* y toda clase de bataolas bailan en su cerebro. Lo mejor que podéis hacer es poneros vuestro vestido de los domingos y veniros conmigo á la ciudad á arreglar este negocio, y no estar ahí peyorando sobre cosas que no entendéis.

—Está bien, Samuelito, y estoy de acuerdo contigo en que eso podría facilitar nuestros negocios; pero ten

ligera oposición por parte del viejo caballero.

La velada fué encantadora. El pequeño Perker estaba de humor. Contó muchas historias cómicas y cantó una romanza seria, que pareció tan cómica como sus anécdotas. Arabella estuvo deslumbradora, Mr. Wardle jovial, Mr. Pickwick armonioso, Mr. Ben Allen estrepitoso, los amantes silenciosos, Mr. Winkle chistoso y toda la reunión en extremo gozosa.



CAPITULO LV

Mr. Salomón Pell, ayudado de un comité escogido de cocheros, arregla los negocios de Mr. Weller senior.

—Samuelito — dijo Mr. Weller á su hijo al día siguiente de los funerales, — lo he encontrado, creo que está aquí.

—¿Qué es lo que habéis encontrado?

—El testamento de tu madrastra, Samuel, que hace los arreglos que te he dicho.

—¿Qué! ¿no os había dicho ella dónde estaba?

—Ni por asomo, Samuelito! Estábamos ya para arreglar nuestras pequeñas diferencias, yo la levanté y la aconsejaba que se pusiera en pie con tanto afán, que he olvidado hablarla de eso. Además que no sé si la habría hablado, aun cuando me hubiese acordado; porque, Samuel, me parece una cosa muy mal hecha atormentar á una persona con sus bienes cuando se le asiste en una enfermedad. Es como si metierais la mano en el bolsillo de un viajero de imperial que hubiese sido lanzado á tierra, mientras le ayudabais á levantarse y le preguntabais suspirando cómo se encontraba.

Después de haber ilustrado con esta figura su pensamiento, abrió Mr. Weller su cartera y sacó de ella un papel medianamente sucio, sobre el cual se hallaban inscritos diferentes caracteres amontonados con notable confusión.

—He aquí el documento, Samuelito; lo he encontrado

en la teterita negra, sobre la tabla del armario del mostrador. Allí metía los borradores de sus apuntes antes de acostarse, y se los he visto sacar bastantes veces. ¡Pobre criatura! Podía haber llenado de testamentos todas las teteras de la casa sin cuidado, porque no probaba esta bebida en sus últimos tiempos, excepto en las reuniones de temperancia, en que se usaba una infusión de te, para elevar los espíritus por encima del nivel miserable de la carne.

—¿Y qué es lo que dice? — preguntó Sam.

—Lo mismo que te he contado, hijo mío; doscientas libras esterlinas por vía de legado á mi hijo político Samuel, y el resto de mis propiedades de toda clase á mi marido Mr. Antonio Weller, á quien nombro mi único testamentario.

—¿Y eso es todo?

—Todo; y como es claro y satisfactorio para ambos, que somos las dos partes interesadas, supongo que podremos desde luego echar este pedazo de papel al fuego.

—¿Qué vais á hacer, loco? — exclamó Sam apodándose del papel, mientras su padre atizaba inocentemente el fuego para arrojarlo en él. — En verdad que sois un ejecutor más vivo de lo que pensáis.

—¿Por qué? — preguntó Mr. Weller con aire severo y las tenazas en la mano.

—¿Por qué? Porque es necesario que sea legalizado y asegurado y jurado y que se llenen todas las formalidades.

—¿Pero todo eso es de veras? — preguntó mister Weller dejando las tenazas.

Sam guardó cuidadosamente el testamento en su bolsillo, contestando por medio de un gesto que hablaba seriamente.

—Entonces voy á decirte una cosa — dijo Mr. Weller después de algunos momentos de meditación; — este es un negocio que afecta al amigo íntimo del canciller. Es necesario que Pell meta aquí la nariz; es un mozo muy á propósito para una cuestión de ley difícil. Vamos á presentar esto en seguida ante el tribunal de insolventes, Samuel.

—¿Yo no he visto jamás un viejo tan destornillado! — exclamó Sam coléricamente. — *Old Baileys* y el tribunal de insolventes y los *alebis* y toda clase de bataolas bailan en su cerebro. Lo mejor que podéis hacer es poneros vuestro vestido de los domingos y veniros conmigo á la ciudad á arreglar este negocio, y no estar ahí peyorando sobre cosas que no entendéis.

—Está bien, Samuelito, y estoy de acuerdo contigo en que eso podría facilitar nuestros negocios; pero ten

presente lo que te digo; no hay nadie como Pell, no hay nadie como Pell en un asunto legislativo.

—No pido yo tampoco á ningún otro; ¿pero estás dispuesto á venir?

—Espera un minuto, Samuel — replicó Mr. Weller arreglándose la bufanda, con ayuda de un espejito clavado en la ventana: — espera — añadió pugnando por introducirse en su gabán á costa de las más asombrosas contorsiones; — cuando seas tan viejo como tu padre, no entrarás en tus vestidos tan fácilmente como ahora, hijo mío.

—Si yo no pudiera entrar más fácilmente que entráis vos ahora, consentiría en ser ahorcado si me los ponía así.

—Tú piensas así al presente — replicó Mr. Weller con la gravedad de los años, — pero ya te aperibirás de que vas siendo más razonable á medida que vayas siendo más gordo; la gordura y la sabiduría van siempre juntas, Samuelillo.

Habiendo expresado esta infalible máxima, resultado de sus muchos años y observaciones personales, llegó Mr. Weller por una hábil inflexión de su cuerpo á abotonarse el primer botón de su pesado redingote. Habiendo reposado algunos segundos para tomar aliento, cepilló su sombrero con el codo y manifestó que se hallaba dispuesto.

—¿Qué verdad es que ven más cuatro ojos que dos, Samuelillo! — dijo Mr. Weller conduciendo su carruaje por el camino de Londres. — Como esta propiedad es una tentación para el hombre de justicia, tomaremos dos de mis amigos con nosotros, que estarán sobre sus falones por si hace algo inconveniente; dos de los que he visto el otro día. Son los mejores concedores de caballos que has encontrado jamás.

—¿Y son hombres de negocios también?

—El hombre que sabe formar un juicio pericial de un caballo, puede formarlos de todo lo demás — respondió Mr. Weller tan dogmáticamente que Sam no se atrevió á contradecir su aforismo.

A consecuencia de esta resolución, puso Mr. Weller en planta los servicios del caballero de tez marmórea y de los dos gruesos cocheros, escogidos seguramente á causa de su amplitud y de su sabiduría proporcional. El quinteto se trasladó á la taberna de *Portugal street*, de donde se despachó un mensajero al tribunal de insolventes, para requerir la inmediata presencia de mister Salomón Pell.

El mensajero le encontró en la sala, ocupado en tomar una frugal colación, compuesta de un bizcocho y un

chorizo. Los negocios andaban algo lánguidos en aquel momento; así fué, que apenas el mensajero le sopló al oído lo que pasaba, guardó los restos de su desayuno en un profundo bolsillo, en unión de otros documentos profesionales, y se dirigió á buscar á sus clientes con tanta rapidez, que había llegado á la sala de la taberna cuando el mensajero no había podido salir aun de la audiencia.

—Caballeros — dijo Mr. Pell tocando su sombrero, — os ofrezco mis servicios, y no lo digo por adularos, pero no hay en el mundo otras cinco personas que me hubieran hecho salir del tribunal en el día de hoy.

—¿Muy ocupado? — preguntó Sam.

—Ocupado por encima de las espaldas, como decia mi amigo el difunto lord canceller cuando se pasaba lista en la cámara de los lores; no estaba nada contento, se resentía mucho de aquellas listas. Muchas veces he pensado en que no podía resistirlas.

Al acabar estas palabras, bamboleó Mr. Pell su cabeza y se detuvo; Mr. Weller, tocando con el codo á su vecino para hacerle fijarse en los conocimientos de hombres distinguidos en negocios que poseía, preguntó en seguida á aquél si las fatigas en cuestión habían producido algún mal efecto permanente en la salud de su noble amigo.

—Yo no creo que le rindieran jamás — replicó Pell, — y aun estoy seguro que no. «Pell, me decia con frecuencia, ¿cómo diablos podéis sostener todo el trabajo que hacéis? Eso es un misterio para mí. — Pell, añadía suspirando y mirándome con alguna envidia, una envidia amistosa como comprenderéis, caballeros, pura envidia amistosa en que yo no paraba la atención; Pell, vos sois sorprendente, verdaderamente sorprendente.» ¡Ah! le hubierais querido mucho si le hubierais conocido, caballeros. Dadme un vaso de rom, querida.

Habiendo dirigido esta última frase á la criada, con expresión de dolor comprimido, Mr. Pell suspiró, miró sus papeles y después al techo, bebió su rom, y acercó más la silla á la mesa.

—Sea como quiera — añadió, — un hombre de mi profesión no tiene el derecho de pensar en sus amistades privadas, cuando se requiere su asistencia legal. Permittedme, sin embargo, un paréntesis, caballeros, que desde la última vez que os he visto, he tenido que llorar sobre una circunstancia melancólica.

Mr. Pell sacó su pañuelo pronunciando la palabra *llorar*, pero no hizo de él otro uso que enjugar una gota de rom que tenía en el labio superior.

—Lo he visto en el *Adversiter*, Mr. Weller — conti-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

nuó; — ¡Y decir que no tenía más que cincuenta y dos años!

Esta exclamación de un alma tierna y pensadora, fué dirigida al hombre de tez marmórea, cuya mirada había concentrado casualmente Mr. Pell. Desgraciadamente, la comprensión de éste era bastante nebulosa, por lo que se agitó en su silla declarando que en verdad... en cuanto á eso... no había medio de decir cómo habían llegado las cosas á aquel punto. Proposición sutil, difícil de deshacer con argumentos, y que por consecuencia no fué contradicha por nadie.

—He oído decir que era una señora bastante bella, Mr. Weller — continuó Pell con aire de simpatía.

—Sí, señor, así era — contestó el cochero, que aunque no gustaba de aquel medio de entrar en materia, pensaba que el hombre de negocios, en vista de su larga intimidad con el lord canciller, debía entender más que él de política y buenas maneras. — Era una mujer bastante bella cuando la conocí, caballero; estaba entonces viuda.

—Ved qué casualidad — dijo Pell, mirando á los asistentes con dolorosa sonrisa; — mistress Pell también era viuda.

—Es un hecho extraordinario — observó el hombre de tez marmórea.

—Sí, es una singular coincidencia — murmuró Pell.

—Sin embargo — dijo Mr. Weller un poco cargado, — hay más viudas que solteras que se casan.

—Muy bien, muy bien — repuso Pell; — tenéis razón por completo, Mr. Weller. Mistress Pell era una mujer elegante y completa; sus maneras hacían la admiración general del vecindario. Yo me enorgullecía al verla danzar; ¡había algo tan firme, tan noble, y sin embargo, tan natural en su continente!... Su aspecto, caballero, era el de la misma sencillez. ¡Ay! Permitidme una pregunta, Mr. Samuel, — añadió en voz baja; — ¿vuestra madre era alta?

—No mucho.

—Mistress Pell era alta, era una mujer soberbia, de una magnífica figura, y cuya nariz, caballeros, había sido hecha para imperar; ¡ella estaba muy apegada, mucho! Tenía además una familia distinguida; el hermano de su madre, señores, había quebrado por más de ochocientas libras esterlinas.

—Ahora — interrumpió Mr. Weller, que había dado muestras de hallarse impaciente durante la anterior conversación, — ahora, para hablar de negocios...

Estas palabras sonaron como una música deliciosa en los oídos de Mr. Pell. Trataba de adivinar desde

su llegada si había algún negocio que tratar, ó si había sido invitado simplemente para tomar la parte de su bol de ponche ó de grog, y la duda se hallaba resuelta sin que él hubiese manifestado ningún deseo capaz de comprometerlo. Puso su sombrero sobre la mesa, y sus ojos brillaron al decir:

—¿Y el negocio de que se trata?... ¿eh? ¿Hay alguno de estos caballeros que desee presentarse ante el tribunal? Tenemos necesidad de un arresto; un arresto amigable será bastante. ¿Supongo que estamos entre amigos?

—Dadme el documento, Samuel — dijo Mr. Weller á su hijo, que parecía gozar admirablemente con aquella excusa. — Lo que nosotros deseamos, señor, es la *vetrificación* de esto.

—Una *vetrificación*, mi querido señor, una *vetrificación* — observó Pell.

—Eso es — contestó Mr. Weller agriamente; — *vetrificación* ó *vetrificación*, es lo mismo. Si vos no me comprendéis, espero encontrar otro que me entienda.

—No he tratado de ofenderos, Mr. Weller — respondió Pell con voz dulce. — Vos sois el ejecutor á lo que veo, — añadió echando una ojeada al papel.

—Sí, señor.

—¿Esos otros caballeros son legatarios, á lo que presumo? — añadió Pell con una sonrisa congratulatoria.

—Samuel es el locatario — replicó Mr. Weller; — estos otros caballeros son amigos míos, que han venido aquí para ver de que todo pase de la manera debida; son como árbitros.

—¡Oh, muy bien! No tengo ninguna razón para oponerme á ello; os pediré sólo la pequeña suma de cinco libras esterlinas para comenzar. ¡Eh! ¡eh! ¡eh!

Habiendo decidido el comité que podrían ser adelantadas las cinco libras esterlinas, produjo Mr. Weller esta suma. Hubo en seguida una consulta sobre nada, en la que Mr. Pell demostró á perfecta satisfacción de los árbitros que si el arreglo de aquel negocio hubiera sido confiado á otra persona que á él, lo habría echado á perder, por razones que no explicaba claramente porque eran sin duda alguna satisfactorias. Despachado aquel punto importante, tomó el hombre de ley, para volverse, tres chuletas rociadas de cerveza y de aguardiente, y toda aquella tropa se dirigió hacia Doctor's-Commons.

Al día siguiente se hizo otra visita á Doctor's-Commons; pero los testimonios, indispensables, fueron un poco revesados para un palafrenero borracho, que se negaba obstinadamente á proferir otra clase de juramentos que juramentos profanos, con grave escándalo de un procurador y un delegado del lord canciller. En la se-

mana siguiente fué preciso hacer todavía otras visitas á Doctor's-Commons, después á la oficina de derechos de herencia, y después de redactar un contrato para la venta de la posada, á ratificar dicho contrato, á redactar los inventarios, á acumular masas de papel, á despachar desayunos, á engullir comidas y á hacer otra porción de cosas igualmente necesarias y provechosas. Mr. Salomón Pell, su dependiente y su saco verde se rehinchieron tan bien, que hubiera costado mucho trabajo reconocer en ellos al mismo hombre, al mismo dependiente y al mismo saco verde que paseaban de vacío algunos días antes en Portugal Street.

Habiendo sido arreglados al fin todos aquellos importantes asuntos, se fijó un día para la venta y conversión en rentas de su precio, que debía llevar á efecto Wilkins Flasker, agente de negocios, que vivía en las inmediaciones del Banco, el cual había sido recomendado por Mr. Salomón Pell.

Aquel era una especie de día de fiesta, y nuestros amigos se habían ataviado correspondientemente. Las botas de Mr. Weller habían sido untadas recientemente, y sus vestidos arreglados con un cuidado especial. El caballero de tez marmórea llevaba en la botonadura de su gabán una enorme dalia guarnecida con algunas hojas, y los de los dos amigos estaban adornados de ramos de laurel y de otros árboles verdes. Los tres llevaban los vestidos de los días de fiesta, iban envueltos hasta la barba y llevaban encima la más grande cantidad de ropas posible, lo que ha sido siempre *el non plus ultra* para los cocheros públicos desde que los coches de plaza fueron inventados. Mr. Pell les esperaba á la hora designada en el lugar ordinario de reunión. También él se había puesto un par de guantes y una camisa blanca, deshecha por desgracia en los puños y el cuello á consecuencia de los frecuentes lavados.

—Las dos menos cuarto — dijo mirando al reloj de la sala. — El mejor momento para ir á casa de mister Flasker es las dos y cuarto.

—¿Qué pensáis de una gota de cerveza, caballero? sugirió el hombre de tez marmórea.

—¿Y de un pedacillo de vaca fiambre? — dijo el segundo cochero.

—¡Atención! ¡atención! — exclamó Pell.

—O bien de unas ostrillas — añadió el tercer cochero, que era un señor de voz ronca, soportado por dos enormes pilares.

—A fin de felicitar á Mr. Weller por su nueva propiedad — añadió el hábil hombre de negocios. — ¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh!

—Yo estoy dispuesto, caballero — respondió mister Weller. — Sam, tira de la campanilla.

Sam obedeció, y habiendo sido llevados en seguida la cerveza, la vaca y las ostras, fueron en seguida despachadas. En una operación en que cada cual tomó parte tan activa, sería inconveniente hacer ninguna distinción; no obstante, si algún individuo mostró más capacidad que otro, fué el cochero ronco, porque despachó una pinta de vinagre con sus ostras, sin que su semblante le hiciese traición manifestando la emoción más pequeña.

Cuando se retiraron las conchas de las ostras se colocó su vaso de aguardiente y agua delante de cada uno de aquellos señores.

—Mr. Pell — dijo Mr. Weller removiendo su grog, — mi intención era proponer un brindis en esta ocasión por el legado; pero Samuelillo me ha indicado por lo bajo (aquí Mr. Samuel Weller, que hasta entonces había comido sus ostras con tranquilas sonrisas, gritó con voz sonora «¡atención!») que sería mejor dedicar el licor, si deseamos todo género de prosperidades, á daros las gracias por la manera que habéis tenido de conducir mi negocio. A vuestra salud, caballero.

—Esperad un instante — exclamó el caballero de tez marmórea con rabiosa energía; — ¡yo llevaré la voz!

Hablando así se levantó y sus compañeros hicieron lo mismo; paseó sus miradas por la reunión, levantó la mano, y al mismo tiempo cada uno de aquellos señores hizo una larga aspiración y llevó el vaso á los labios; pasado un momento, el corifeo bajó la mano y cada vaso fué depositado sobre la mesa completamente vacío. Es imposible describir el efecto eléctrico de esta imponente ceremonia; sencilla, conmovedora, y llena á la vez de dignidad, combinaba todos los elementos de la grandeza.

—Caballeros — dijo entonces Mr. Pell, — todo lo que puedo decir es que semejantes muestras de confianza son muy honorosas para un hombre de negocios. No quisiera parecer egoísta, caballeros, pero estoy satisfecho, por nuestro propio interés, de que os hayáis dirigido á mí. Si hubiérais caído entre las garras de algunos miembros ínfimos de la profesión, os hubiérais encontrado al cabo de mucho tiempo en la calle de los Desollados. ¡Pluguiera á Dios que viviese mi noble amigo para ver como he conducido este negocio! No digo esto por amor propio, pero pienso... no, caballeros, no os molestaré con mi opinión sobre el particular. Se me encuentra generalmente aquí, caballeros, mas si no estoy aquí ni al otro lado de la calle, ved mis señas. Hallaréis mis precios muy moderados y muy razonables; no hay hombre que

se ocupe más que yo de sus clientes, y creo poder jactarme de conocer algo mi profesión. Si podéis recomendarme vuestros amigos, os quedaré muy obligado, caballeros, y ellos os lo quedarán también cuando me conozcan. A vuestra salud, caballeros.

Habiendo expresado sus sentimientos de aquella manera, colocó Mr. Salomón Pell tres tarjetas delante de los amigos de Mr. Weller, y mirando de nuevo el reloj, manifestó la creencia de que ya era tiempo de partir. Comprendiendo esta insinuación, pagó Mr. Weller el gasto, después de lo cual, el testamento, el legatario, el hombre de negocios y los árbitros dirigieron sus pasos hácia la Cité.

La oficina de Wilkins Flasher, esq. agente de negocios, estaba en el primer piso, en un corredor, detrás del Banco; la casa de Wilkins Flasher, esq., estaba en *Briston Surrey*; el caballo y el carruaje de Wilkins Flasher, esq., estaba en una cuadra adyacente; el *groom* de Wilkins Flasher, esq., estaba en el camino de *West-End*, para llevar una citación á su deudor; el pasante de Wilkins Flasher, esq., había ido á comer, de modo que fué el mismo Wilkins Flasher quien gritó ¡adelante! cuando Mr. Pell y sus compañeros llamaron á la puerta de su despacho.

—Buenos días, señor, — dijo Pell saludando obsequiosamente. — Deseamos hacer una pequeña transferencia, si gustáis.

—Bien, bien, entrad — respondió Mr. Flasher; — sentaos un momento, soy con vosotros en seguida.

—Gracias, señor, no tenemos prisa — contestó Pell. Tomad una silla, Mr. Weller.

Mr. Weller ocupó una silla, Sam un taburete y los demás ocuparon lo que pudieron encontrar, y se pusieron á contemplar un almanaque y otros dos ó tres cartones pegados en la pared, con tan grandes ojos y tanta reverencia, como si hubieran estado admirando las más grandes obras de los más antiguos maestros.

—Vamos, ¿queréis apostar media docena de botellas de Burdeos? — dijo Wilkins Flasher, esq., reanudando la conversación que la entrada de Mr. Pell y sus compañeros había interrumpido un momento.

Esto se dirigía á un joven caballero muy elegante, que llevaba el sombrero sobre la oreja derecha, y que recostado indolentemente en una mesa, se ocupaba en matar moscas con una regla; Wilkins Flasher, esq. se balanceaba sobre dos pies de un taburete mu elevado, agujereando diestramente con la punta de su cortaplumas el centro de una oblea pegada sobre una cajita de cartón. Los dos caballeros llevaban chalecos muy abier-

tos, corbatas muy bajas, botas muy pequeñas, anillos muy gruesos, relojes pequeños, cadenas muy gordas, pantalones muy simétricos y pañuelos perfumados.

—Yo no apuesto nunca media docena; una docena si queréis.

—¡Convenido, Simmery, convenido!

—¡Primera calidad!

—Naturalmente — replicó Wilkins Flasher, esq.,

E inscribió la apuesta en una cartulina con un lapicero de oro.

El otro caballero la inscribió igualmente sobre otra cartulina con un lapicero de oro.

—He leído esta mañana un aviso referente á Boffer — dijo en seguida Mr. Simmery; — ¡pobre diablo! Ha sido ejecutado.

—Os apuesto diez guineas contra cinco á que se corta el pescuezo.

—Aceptado.

—Esperad, me arrepiento — dijo Wilkins Flasher pensándolo; — acaso se ahorque.

—No importa — repuso Mr. Simmery sacando el lapicero de oro; — consiento en ello. Pondremos se destruirá.

—Se suicidará.

—Convenido, Flasher, diez guineas contra cinco á que Blander se suicidará. ¿En cuánto tiempo pondremos?

—En quince días.

—Es mucho — replicó Mr. Simmery, deteniéndose un momento para matar una mosca. — Pongamos una semana.

—Partamos la diferencia, diez días.

—Bien, diez días.

En consecuencia, se registró doblemente sobre las cartulinas que Boffer debía suicidarse en el espacio de diez días, sin lo cual Wilkins Flasher, esq., pagaría á Frank Simmery, esq., la suma de diez guineas, mas que si Boffer se suicidaba en este intervalo, Frank Simmery, esq., pagaría cinco guineas á Wilkins Flasher, esq.

—Siento que haya tronado — dijo Wilkins Flasher, esq. — Daba unas comidas famosas.

—¡Qué buen Oporto tenía! ¿eh? Mañana envió mi mayordomo á la subasta, para comprar algunas botellas de sus sesenta y cuatro.

—¡Diantre! el mío ha de ir también. Cinco guineas á que el mío sube la puja al vuestro.

—Convenido.

Se hizo otra inscripción sobre las cartulinas, y habiendo matado Mr. Simmery todas las moscas y aceptado

todas las apuestas, se alargó hasta la Bolsa para ver lo que pasaba allí.

Wilkins Flasher, esq., condescendió entonces en recibir las instrucciones de Mr. Salomon Pell, y habiendo llenado los huecos de algunos impresos, invitó á la reunión á seguirle al Banco. Durante el camino, mister Weller y sus amigos abrian grandes ojos llenos de admiración por todo lo que veían, en tanto que Sam examinaba todas las cosas con una sangre fría que no podía turbar nada.

Habiendo atravesado una galería llena de movimiento y de ruido, y pasado cerca de dos porteros que parecían haberse ataviado para rivalizar con la bomba de incendios, pintada de rojo y relegada á un rincón, llegaron nuestros personajes á la oficina donde debía ser despachado su negocio y donde Pell y Flasher los dejaron solos algunos momentos para subir al despacho de los testamentos.

—¿Qué sitio es ese? — preguntó el hombre de tez marmórea al oído de Mr. Weller mayor.

—La oficina de consolidados — contestó el albacea testamentario.

—¿Y quiénes son esos caballeros que están de pie detrás de los mostradores? — preguntó el cochero romo.

—Consolidados reducidos, supongo — contestó Weller.

—¿No son consolidados reducidos, Samuelito?

—¡Cómo! ¿suponéis que los consolidados son seres vivos? — dijo Sam con cierto desdén.

—Yo creía eso — replicó Mr. Weller; — ¿pues qué son?

—Empleados — respondió Sam.

—¿Y por qué comen todos jamón y bizcochos?

—Porque ese es su deber, supongo. Es una parte del sistema comer eso todo el día.

Mr. Weller y sus amigos no tuvieron tiempo para reflexionar sobre aquella particularidad del sistema financiero de Inglaterra, porque en esto llegaron Pell y Flasher, que les condujeron hacia la parte del mostrador sobre la cual se hallaba inscrita una gran W sobre un cartelón negro.

—¿Qué es eso? — preguntó Mr. Weller á Mr. Pell llamándole la atención sobre el mencionado cartelón.

—La primer letra del nombre de la difunta — contestó el hombre de negocios.

—Esto no puede seguir así — dijo Mr. Weller volviéndose hacia los árbitros; — aquí hay algo que no marcha bien; no puede, no puede esto seguir así.

Los árbitros interpelados expresaron inmediatamente la opinión de que el negocio no podía ser terminado

legalmente bajo la letra W, y esto, según todas las probabilidades, lo hubiera retardado un día por lo menos, si Sam no hubiera tomado inmediatamente un partido, poco respetuoso en apariencia, pero decisivo. Cogiendo á su padre por el cuello del gabán, le echó contra el mostrador y le tuvo allí clavado hasta que hubo puesto su firma sobre un par de documentos, lo cual no era negocio muy corto, por la costumbre que tenía Mr. Weller de no escribir letras sino con molde. Durante el tiempo que duró la operación, tuvo lugar por esto el empleado de mondar, cortar y despachar tres manzanas.

Como Mr. Weller insistía en vender su parte, todos ellos se dirigieron desde el Banco á la puerta de la Bolsa.

Después de una corta ausencia, Wilkins Flasher, esq., volvió con nuestros amigos, llevando una orden de pago de quinientas treinta libras esterlinas, contra Snuth Payne y Snuth, cuyas quinientas treinta libras representaban al cambio del día la porción de rentas de la segunda mistress Weller, aferente á Mr. Weller senior.

Las doscientas libras esterlinas de Sam quedaron inscritas á su nombre, y Wilkins Flasher, esq., después de haber recibido su comisión, la dejó caer indolentemente en su bolsillo, y se marchó contoneándose hacia su despacho.

Mr. Weller estaba obstinadamente decidido á no cambiar su orden sino por soberanos; pero habiéndole representado los árbitros que se vería obligado á hacer el gasto de un saco para llevarlos, consintió en recibir la suma en billetes de cinco libras esterlinas.

—Mi hijo y yo — dijo al salir de casa del banquero, — tenemos un compromiso especialísimo para esta tarde, y quisiera por lo mismo dejar terminado aquí este asunto por completo. Vamos, pues, á alguna parte para acabar de arreglar nuestras cuentas.

Habiéndose encontrado un salón tranquilo en una taberna de la ciudad, se produjeron y examinaron en ella las cuentas. La cuenta de Mr. Pell fué tasada por Sam, y algunos de los artículos no fueron aceptados por los árbitros; y aunque Mr. Pell declaró con las más solemnes seguridades que eran demasiados duros con él, aquella operación fué, sin embargo, la más provechosa que nunca había hecho, y sirvió para quitarle durante más de seis meses el cuidado de su habitación, de su alimento y del lavado de la ropa.

Habiendo tomado los árbitros la última copa, se dieron todos estrechos apretones de manos, y partieron, porque tenían viajes para aquella misma tarde. Mister Salomon, viendo que no había ya nada más que beber

ni que comer, se despidió también de la manera más amigable, y Sam quedó solo con su padre.

—Hijo mío — dijo Mr. Weller guardando su cartera en el bolsillo del pecho; — aquí hay mil ciento ochenta libras esterlinas, con los billetes que acaban de darme por la cesión del bono y demás. Ahora, Samuelillo, vuelve la cabeza del caballo hacia el lado de *Jorge y el cuervo*.

CAPITULO LVI

Mr. Weller asiste á una importante conferencia entre Mr. Pickwick y Samuel. — Un caballero viejo, con vestido color de tabaco, llega inopinadamente.

Mr. Pickwick estaba solo, pensando en muchas cosas, y principalmente en lo que debería hacer por la joven pareja, cuyo estado incierto era para él continuo objeto de ansiedades y temores, cuando María, entrando precipitadamente en la habitación, se acercó á la mesa y le dijo:

—Señor, Samuel está abajo y pregunta si su padre puede veros.

—¿Por qué no?

—Gracias, señor — dijo María, volviéndose hacia la puerta.

—¿Hace mucho tiempo que está allí Sam?

—No, señor; no hace más que venir, y dice que no os molestará mucho.

María se apercibió sin duda de que había comunicado esta última noticia con excesivo calor, ó notó acaso la sonrisa de buen humor con que Mr. Pickwick la observaba cuando hubo acabado de hablar. El hecho fué que bajó la cabeza y se puso á examinar la punta de su delantal con más atención de la que era absolutamente indispensable.

—Decidles que vengan en seguida.

María, visiblemente contenta, se marchó rápidamente con su mensaje.

Mr. Pickwick dió dos ó tres vueltas por la habitación, acariciando su barba con la mano izquierda, y pareciendo sumergido en profundas reflexiones.

—Vamos — dijo al fin con entonación dulce, aunque melancólica; — vamos, es el mejor medio que tengo para recompensar su fidelidad. Es preciso; el destino de un solterón es ver á los que le rodean formar nuevos lazos y abandonarle. No tengo ningún derecho para esperar que á mí me pase otra cosa. No, no — añadió más alegremente, — sería egoísmo é ingratitude; debo considerarme dichoso con encontrar esta ocasión de establecerme. Soy dichoso, necesariamente soy dichoso.

Estaba Mr. Pickwick tan absorto en estas reflexiones, que habían llamado tres ó cuatro veces á la puerta sin que lo oyese. Sentándose rápidamente, tomó el aire amable que tenía de ordinario, y gritó:

—¡Entrad!

Sam Weller apareció seguido de su padre.

—Estoy encantado de veros volver, Sam. ¿Cómo os va, Mr. Weller?

—Muy bien, señor, muchas gracias — contestó el viejo. — ¿Espero que á vos os irá bien, señor?

—Perfectamente, os doy las gracias.

—Desearía hablar alguna cosa con vos un momento, si podéis concederme cinco minutos.

—Cuanto queráis. Sam, dad una silla á vuestro padre.

—Gracias, Samuel; ya he cogido aquí una. Hace un tiempo hermoso, señor — dijo Weller sentándose y poniendo en tierra su sombrero.

—Muy hermoso para la estación en que estamos — replicó Mr. Pickwick; — muy hermoso.

—El tiempo más hermoso que yo he conocido — añadió Mr. Weller.

Al llegar aquí fué acometido de un violento acceso de tos, y cuando hubo terminado ésta se puso á hacer señas, guiños y gestos suplicantes ó amenazadores á su hijo, que se obstinaba maliciosamente en no ver nada.

Mr. Pickwick, apercibiéndose de que el viejo se hallaba embarazado, fingió ocuparse en cortar las hojas de un libro, esperando á que Mr. Weller le dijese el objeto de su visita.

—No he visto jamás un muchacho tan obstinado como tú — dijo al fin el viejo cochero, mirando á su hijo con aire indignado. — Jamás, en mi vida, ni en mis días.

—¿Pues qué ha hecho, Mr. Weller? — preguntó mister Pickwick.

ni que comer, se despidió también de la manera más amigable, y Sam quedó solo con su padre.

—Hijo mío — dijo Mr. Weller guardando su cartera en el bolsillo del pecho; — aquí hay mil ciento ochenta libras esterlinas, con los billetes que acaban de darme por la cesión del bono y demás. Ahora, Samuelillo, vuelve la cabeza del caballo hacia el lado de *Jorge y el cuervo*.

CAPITULO LVI

Mr. Weller asiste á una importante conferencia entre Mr. Pickwick y Samuel. — Un caballero viejo, con vestido color de tabaco, llega inopinadamente.

Mr. Pickwick estaba solo, pensando en muchas cosas, y principalmente en lo que debería hacer por la joven pareja, cuyo estado incierto era para él continuo objeto de ansiedades y temores, cuando María, entrando precipitadamente en la habitación, se acercó á la mesa y le dijo:

—Señor, Samuel está abajo y pregunta si su padre puede veros.

—¿Por qué no?

—Gracias, señor — dijo María, volviéndose hacia la puerta.

—¿Hace mucho tiempo que está allí Sam?

—No, señor; no hace más que venir, y dice que no os molestará mucho.

María se apercibió sin duda de que había comunicado esta última noticia con excesivo calor, ó notó acaso la sonrisa de buen humor con que Mr. Pickwick la observaba cuando hubo acabado de hablar. El hecho fué que bajó la cabeza y se puso á examinar la punta de su delantal con más atención de la que era absolutamente indispensable.

—Decídes que vengan en seguida.

María, visiblemente contenta, se marchó rápidamente con su mensaje.

Mr. Pickwick dió dos ó tres vueltas por la habitación, acariciando su barba con la mano izquierda, y pareciendo sumergido en profundas reflexiones.

—Vamos — dijo al fin con entonación dulce, aunque melancólica; — vamos, es el mejor medio que tengo para recompensar su fidelidad. Es preciso; el destino de un solterón es ver á los que le rodean formar nuevos lazos y abandonarle. No tengo ningún derecho para esperar que á mí me pase otra cosa. No, no — añadió más alegremente, — sería egoísmo é ingratitud; debo considerarme dichoso con encontrar esta ocasión de establecerme. Soy dichoso, necesariamente soy dichoso.

Estaba Mr. Pickwick tan absorto en estas reflexiones, que habían llamado tres ó cuatro veces á la puerta sin que lo oyese. Sentándose rápidamente, tomó el aire amable que tenía de ordinario, y gritó:

—¡Entrad!

Sam Weller apareció seguido de su padre.

—Estoy encantado de veros volver, Sam. ¿Cómo os va, Mr. Weller?

—Muy bien, señor, muchas gracias — contestó el viejo. — ¿Espero que á vos os irá bien, señor?

—Perfectamente, os doy las gracias.

—Desearía hablar alguna cosa con vos un momento, si podéis concederme cinco minutos.

—Cuanto queráis. Sam, dad una silla á vuestro padre.

—Gracias, Samuel; ya he cogido aquí una. Hace un tiempo hermoso, señor — dijo Weller sentándose y poniendo en tierra su sombrero.

—Muy hermoso para la estación en que estamos — replicó Mr. Pickwick; — muy hermoso.

—El tiempo más hermoso que yo he conocido — añadió Mr. Weller.

Al llegar aquí fué acometido de un violento acceso de tos, y cuando hubo terminado ésta se puso á hacer señas, guiños y gestos suplicantes ó amenazadores á su hijo, que se obstinaba maliciosamente en no ver nada.

Mr. Pickwick, apercibiéndose de que el viejo se hallaba embarazado, fingió ocuparse en cortar las hojas de un libro, esperando á que Mr. Weller le dijese el objeto de su visita.

—No he visto jamás un muchacho tan obstinado como tú — dijo al fin el viejo cochero, mirando á su hijo con aire indignado. — Jamás, en mi vida, ni en mis días.

—¿Pues qué ha hecho, Mr. Weller? — preguntó mister Pickwick.

—No quiere empezar, señor; sabe que yo no soy capaz de explicarme por mí mismo, cuando hay alguna cosa particular que decir, y permanece ahí como una roca, sin ayudarme con una sílaba. Me deja á mitad del camino para que os haga perder el tiempo y yo me ofrezca en espectáculo. Esa no es una conducta filial, Samuelito — continuó Mr. Weller enjugando su frente; —no tiene nada de eso.

—Dijisteis que queríais hablar — replicó Sam; — ¿cómo podía yo saber que os habíais atragantado desde el principio?

—Has visto bien que no era capaz de desenredarme, que me había puesto en el peor camino, que retrocedía hacia la acera, y otras cosas desagradables; y á pesar de ello, no quieres darme la mano. Me avergüenzo de ti, Samuel.

—El hecho es, señor — dijo Sam saludando ligeramente, — el hecho es que acabamos de retirar el dinero...

—Muy bien, Samuel, muy bien — interrumpió mister Weller agitando la cabeza con aire satisfecho. — Yo no quiero ser duro contigo, Samuelito. Así se ha de empezar, llegando al grano en seguida. De veras te digo: ¡muy bien, Samuelito!

En el exceso de su contento hizo Mr. Weller una considerable cantidad de movimientos de cabeza, y esperó con aire atento á que Samuel continuase su discurso.

—Sam — dijo Mr. Pickwick apercibiéndose de que la entrevista prometía ser más larga de lo que había imaginado, — podéis sentaros.

Sam saludó de nuevo, sentándose después. Habiéndole dirigido su padre otra ojeada expresiva, continuó:

—El padre ha tomado quinientas treinta libras esterlinas...

—Todo consolidado — interrumpió Mr. Weller á media voz.

—No hace mucho al caso que sean ó no consolidadas — repuso Samuel; — ¿no son quinientas treinta libras esterlinas?

—Justamente, Samuelito.

—A lo que ha añadido por la venta de la posada...

—Por el arrendamiento, los muebles y la clientela, — replicó Mr. Weller.

—Con qué reunir en todo mil ochocientas libras esterlinas.

—Os felicito con placer, Mr. Weller, — dijo mister Pickwick, — por haber hecho tan buenos negocios.

—Esperad un momento, — dijo el sabio cochero le-

vantando la mano en ademán suplicante. — Sigue, Samuelito, sigue.

—Desea mucho, — continuó Samuel después de un momento de vacilación, — y yo deseo lo mismo, colocar ese dinero en paraje seguro; porque si lo guarda se lo va á prestar al primero que se lo pida, ó á gastarlo en caballos, ó á dejar caer la cartera en medio de la calle, ó á hacer una momia egipcia con su cuerpo, de una manera ó de otra.

—Muy bien, Samuelito, — interrumpió Mr. Weller con un aire tan complaciente como si su hijo hubiera hecho el mayor elogio de su previsión.

—He aquí por qué, — continuó Samuel apretando con inquietud el ala de su sombrero, — he aquí porque lo ha reunido hoy y ha venido aquí conmigo para decir... esto es, para ofrecer... ó en otros términos, para...

—Para decir esto, — interrumpió Mr. Weller con impaciencia; — que la moneda no me servirá á mí para nada, puesto que generalmente no hago más que conducir el coche, y como no tengo sitio donde ponerlo, á menos de pagar un conductor para que tenga cuidado de ella ó que la meta en una de las bolsas del coche, lo que sería una tentación para los viajeros, si vos me hacéis el favor de tenerme cuidado de ello, os quedaré muy reconocido. Acaso, — añadió Mr. Weller levantándose y yéndose á hablar al oído de Mr. Pickwick, — acaso pueda servir para pagar una parte de aquella condenación... En fin, todo lo que tengo que deciros es que la guardaréis hasta que yo os la vuelva á pedir.

Diciendo estas palabras, colocó Mr. Weller su cartera sobre las rodillas de Mr. Pickwick, cogió su sombrero y se salió de la habitación con una celeridad que no era de esperar en un sujeto tan corpulento.

—¡Sam, detenedle! — exclamó Mr. Pickwick con toda su seriedad. — ¡Traedmele sobre la marcha! ¡mister Weller! ¡deteneos, deteneos!

Sam vió que no había que hacer otra cosa que lo que su señor le mandaba. Cogió á su padre por el brazo cuando bajaba la escalera, y le volvió á conducir á viva fuerza ante Mr. Pickwick.

—Amigo mío, — dijo éste cogiéndole la mano, — vuestra honrada confianza me confunde.

—No hay de qué, señor, — insistió el cochero con aire obstinado.

—Os aseguro, amigo mío, que tengo más dinero del que me hace falta; más del que podrá gastar nunca un hombre á mi edad.

—No se sabe lo que se puede gastar hasta que se ha gastado.

—Es posible, pero como yo no quiero experimentarlo, no es nada probable que me vea en necesidad. Os suplico que volváis á tomar esto, Mr. Weller.

—Está bien, — contestó el viejo cochero con aire descontento; — pero tened por seguro, Samuel, que yo haré un acto desesperado con esta propiedad; ¡un acto desesperado!

—Yo no os obligo á ello, — respondió Samuel.

Mr. Weller reflexionó durante algunos minutos y abotonando después su gabán con aire resuelto, dijo:

—Tomaré un portazgo.

—¿Qué? — preguntó Sam.

—Un portazgo, — repitió Mr. Weller entre sus dientes apretados. — Decid adiós á vuestro padre, Samuel; dedico el resto de mi carrera á tener un portazgo.

Esta amenaza era tan terrible, Mr. Weller parecía tan dispuesto á llevarla á cabo y tan profundamente ofendido por la repulsa de Mr. Pickwick, que el buen hombre, después de algunos momentos de reflexión, le dijo:

—Vamos, vamos, Mr. Weller, guardaré vuestro dinero; acaso pueda hacer más bien que vos con esa suma.

—¡Pardiez! — exclamó Mr. Weller serenándose; — ya lo creo que podréis hacer más bien que yo con ese dinero, señor.

—No hablemos más de ello, — dijo Mr. Pickwick guardando la cartera en su mesa. — Os quedo sinceramente obligado, amigo mío. Ahora, serenaos; tengo un parecer que pedir.

La risa contenida de triunfo que había desfigurado no sólo el rostro, sino los brazos y las piernas y todo el cuerpo de Mr. Weller mientras se guardaba la cartera, fué reemplazada por la gravedad más majestuosa al oír las palabras anteriores.

—Dejadnos un instante, Sam. — dijo Mr. Pickwick. Sam se retiró inmediatamente.

El corpulento cochero, tomando un aire singularmente profundo, quedó prodigiosamente admirado cuando Mr. Pickwick abrió el discurso diciendo:

—Supongo que no sois un gran partidario del matrimonio, Mr. Weller.

El padre de Sam sacudió la cabeza, más no tuvo bastantes fuerzas para hablar; estaba petrificado por el pensamiento de que alguna pícara viuda hubiera podido sacar de sus casillas á Mr. Pickwick.

—Cuando habéis subido la escalera con vuestro hijo, ¿habéis reparado en una joven?

—He visto á una muchacha, — respondió lacónicamente Mr. Weller.

—¿Qué tal os ha parecido, Mr. Weller? Decídmelo francamente.

—He visto que estaba llenita y que tiene los miembros proporcionados, — contestó el cochero con aire de inteligente.

—Es muy cierto, tenéis razón; ¿pero qué habéis pensado de sus maneras?

—¡Eh! ¡eh! son agradables, señor, muy conformes.

No hay bastantes datos para comprender el sentido que daba Mr. Weller á la última palabra; más como el tono con que la había pronunciado indicaba evidentemente que era una expresión favorable, quedó Mr. Pickwick tan satisfecho como si hubiera entendido con claridad.

—Me inspira mucho interés, Mr. Weller, — continuó Mr. Pickwick.

Mr. Weller tosó.

—Quiero decir que tomo interés por su bien y porque sean dichosos y prosperen; ¿comprendéis?

—Perfectamente, — respondió Mr. Weller, que no comprendía una palabra.

—Pues esta joven está en relaciones con vuestro hijo.

—¡Con Samuel Weller! — exclamó el padre.

—Precisamente.

—Es natural, — dijo Mr. Weller después de algunos momentos de reflexión; — pero es un poco alarmante; es necesario que Samuelillo tenga cuidado.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que tenga cuidado de no decirlo en un momento de inocencia nada que pueda servir para probar la violación de una promesa de matrimonio. No se puede jugar con esas cosas, Mr. Pickwick. Cuando ellas tienen echadas sus cuentas sobre vos, no sabe uno cómo desenredarse, y mientras más lo pensáis, más os amarran. Yo me casé así la primera vez, señor, y Samuel es la consecuencia de la maniobra.

—No me animáis mucho para concluir lo que tenía que deciros, pero creo, sin embargo, que lo mejor es acabar de una vez. No solamente está comprometida esa joven con vuestro hijo, sino vuestro hijo está también comprometido con ella.

—¡Pues está bien! ¡Vaya una cosa para llegar á oídos de un padre! ¡Lindas cosas por cierto!

—Los he observado en distintas ocasiones, — prosiguió Mr. Pickwick sin hacer comentarios sobre las exclamaciones del viejo cochero, — y no me queda duda alguna. Suponed ahora que yo desease establecerlos como marido y mujer en una situación en que pudiesen vivir decentemente. ¿Qué pensáis vos de ello, Mr. Weller?

Mr. Weller recibió primero con violentos gestos una

proposición que implicaba el matrimonio para una persona á quien él tenía afecto; pero como Mr. Pickwick, razonando con él, insistió formalmente en que María no era viuda, se fué poniendo poco á poco más tratable. Mr. Pickwick tenía demasiada influencia sobre su ánimo y el cochero había sido además singularmente sorprendido por los encantos de la joven, á la que había lanzado ya algunas ojeadas muy poco paternales.

Al fin declaró que no era él quien podía oponerse á los deseos de Mr. Pickwick, y que seguiría siempre su opinión con el mayor gusto. Nuestro excelente amigo le cogió apresuradamente la palabra, y sin darle tiempo para reflexionar, hizo comparecer á su doméstico.

—Sam, — dijo Mr. Pickwick tosiendo un poco como si tuviera algo en la garganta; — papá y yo hemos tenido una conversación acerca de vos.

—Sobre tu interés, Samuelito, — dijo Mr. Weller con tono protector, calculado para producir efecto.

—No soy bastante ciego todavía, Sam, para no haberme apercebido hace tiempo de que sientes algo más que amistad hacia la doncella de mistress Winkle.

—¿Oyes, Samuelito? — añadió Mr. Weller con aire magistral.

—Espero, señor, — dijo Sam dirigiéndose á su amo, — que no habrá ningún mal en que un joven se fije en una muchacha sumamente agradable y de muy buena conducta.

—Ninguno, — dijo Mr. Pickwick.

—De ningún modo, — añadió Mr. Weller con voz afable pero magestuosa.

—Lejos de pensar que haga mal es una cosa tan natural, — añadió Mr. Pickwick, — estoy dispuesto á favorecer vuestros deseos, habiendo tenido ya una pequeña explicación con vuestro padre, y como él es de mi opinión...

—No siendo esa persona viuda, — indicó Mr. Weller.

—No siendo esa persona viuda, — repitió Mr. Pickwick sonriendo, — deseo libraros de la sujeción que os impone vuestra situación cerca de mí, y dar testimonio de mi reconocimiento por vuestra fidelidad, procurando que podáis casaros con esa joven en seguida, y sostener de una manera independiente vuestra familia. Yo tendré una gran satisfacción, — prosiguió Mr. Pickwick, cuya voz, hasta entonces temblorosa, había recuperado su ordinaria elasticidad; — tendré una gran satisfacción y felicidad en cuidar por mí mismo de vuestro bienestar en lo sucesivo.

Hubo durante algunos instantes un profundo silen-

cio, después del cual dijo Sam en voz baja y entrecortada pero firme:

—Os estoy muy agradecido de vuestra bondad, señor, que es verdaderamente digna de vos; pero eso no se puede hacer.

—¡Que eso no se puede hacer! — exclamó Mr. Pickwick con asombro.

—¡Samuelillo! — dijo Mr. Weller con dignidad.

—Y digo que eso no se puede hacer, — repitió Sam con elevado tono. — ¿Qué sería de vos, señor, entonces?

—Querido joven, — respondió Mr. Pickwick, — los últimos acontecimientos que han tenido lugar entre mis amigos, cambian por completo mi modo de vivir en lo porvenir. Por otra parte, voy siendo viejo, tengo necesidad de reposo y tranquilidad; mis viajes han concluido, Sam.

—¿Cómo puedo saber eso, señor? Lo creéis en este momento, pero suponed que cambiáis de opinión, lo que no es imposible, pues tenéis aún el ardor de un joven de veinticinco años; y entonces, ¿qué sería de vos sin mí? Eso no se puede hacer, señor, no se puede hacer.

—Muy bien, Samuelillo, hay mucha razón en todo eso, — hizo observar Mr. Weller con animada voz.

—Yo hablo después de serias reflexiones, Sam, — replicó Mr. Pickwick moviendo la cabeza. — Las escenas extrañas y nuevas no me convienen ya; mis viajes han concluido.

—Muy bien, señor, razón de más para que tengáis al lado quien os conozca y procure vuestro bienestar. Si queréis tener un joven más elegante, tomadle; eso es bello, eso es bueno; pero con sueldo ó sin él, con permiso ó sin permiso, mantenido ó sin mantener, con habitación ó sin habitación, Sam Weller, á quien habéis tomado en el viejo parador del Borough, se adhiere á vos, suceda lo que suceda; ¡y todo el mundo podrá decir lo que quiera, nadie se lo impide!

Al concluir esta declaración, que Sam hizo con gran emoción, su padre se levantó de la silla, y olvidando todas las consideraciones debidas al lugar y á la etiqueta, agitó su sombrero por encima de la cabeza, dando tres vehementes exclamaciones.

—Hijo mío, — dijo Mr. Pickwick cuando Mr. Weller se serenó algo, avergonzado de su propio entusiasmo; — hijo mío, debéis tener igualmente consideración con la jovencita.

—Yo considero á esa joven, señor; yo he tenido en cuenta á la joven, la he dicho mi posición y ella consiente en esperar hasta que yo pueda; yo creo que ella cumplirá su promesa: si no la cumple, no será lo que yo creo

de ella, y entonces renunciaré á mi vez con entera voluntad. Vos me conocéis bien, señor; he tomado mi partido y nada podrá hacerme cambiar.

—¿Quién tendría valor para combatir esa decisión? De seguro no era Mr. Pickwick. La desinteresada adhesión de sus humildes amigos le inspiraban en aquel momento más orgullo y regocijo que el que pudieran promoverle diez mil protestas de los más grandes personajes de la tierra.

Mientras esta conversación tenía lugar en la habitación de Mr. Pickwick, un viejecito con traje color de tabaco, seguido de un mozo con una maleta, se presentaba á la puerta del hotel. Después de asegurar una habitación donde pasar la noche, preguntó al criado si no había en la casa una cierta mistress Winkle, y al ser contestado afirmativamente:

—¿Está sola? — volvió á preguntar.

—Creo que sí, señor; puedo llamar á su doncella si vos...

—No, no hay necesidad, — interrumpió el viejecito vivamente. — Conducidme á su habitación sin anunciarme.

—¡Pero, señor! — decía el mozo.

—¿Sois sordo?

—No señor.

—Está bien. Conducidme á la habitación de mistress Winkle sin anunciarme.

Y dando esta orden, el viejecito introdujo cinco shillins en la mano del mozo y le miró fijamente.

—Verdaderamente, señor, yo no sé si...

—¡Vamos! concluiréis por hacerlo, lo veo bien; así vale más hacerlo al instante, lo que nos ahorrará el tiempo.

Había en las maneras del viejecito tanta tranquilidad y decisión, que el mozo guardó los cinco shillins en el bolsillo y le condujo sin añadir una palabra.

—¿Es aquí? — dijo el extranjero; — bien, podéis retiraros.

El mozo obedeció, no sin preguntarse quién sería y qué querría aquel caballero. Este esperó hubiese desaparecido para tocar á la puerta.

—Entrad, — dijo Arabella.

—¡Hum! en verdad que es muy bonita voz, pero eso no es nada.

Diciendo estas palabras, abrió la puerta y entró en la habitación. Arabella, que se preparaba á trabajar, se levantó viendo á un desconocido, algo confusa, pero con una confusión llena de gracia.

—No os molestéis, señora, os lo ruego, — dijo el in-

cógnito cerrando la puerta detrás de él. — ¿Mistress Winkle, según creo?

Arabella inclinó la cabeza.

—¿Mistress Winkle, que se ha casado con el hijo del viejo mercader de Birmingham? — continuó el desconocido examinando á Arabella con visible curiosidad.

Arabella inclinó otra vez la cabeza y miró á su alrededor con alguna inquietud, como si pensase en llamar á alguien.

—¿A lo que veo, señora, mi visita os sorprende? — dijo el anciano caballero.

—Un poco, lo confieso, — respondió Arabella asombrándose más y más.

—Tomaré una silla, señora, si lo permitís, — dijo el desconocido sentándose y sacando tranquilamente unos lentes de su bolsillo y colocándoselos en la nariz. — ¿Vos no me conocéis, señora? — dijo mirando á Arabella tan atentamente, que ella principió á alarmarse.

—No señor, — respondió tímidamente.

—No, — repitió el incógnito moviendo su pierna derecha; — no sé cómo no me conocéis. Vos sabéis mi nombre apesar de eso, señora.

—¿Lo creéis así? — dijo Arabella toda temblorosa, sin saber por qué. — ¿Puedo rogaros me lo recordéis?

—Inmediatamente, señora, inmediatamente, — respondió el desconocido que todavía no la quitaba los ojos de la cara. — ¿Os habéis casado hace poco?

—Sí señor, — replicó Arabella con voz apenas perceptible, y poniendo á un lado la costura, porque un pensamiento que antes se le había ocurrido, se le presentaba nuevamente con más insistencia.

—¿Sin haber hecho presente á su marido la conveniencia de consultar á su padre desde luego y del cual depende, según creo?

Arabella llevó el pañuelo á los ojos.

—¿Hasta sin esforzaros en saber por algún medio indirecto cuáles eran los sentimientos del viejo sobre un punto que le interesaba tanto como este?

—No puedo negarlo, señor, — balbuceó Arabella.

—¿Y sin tener por vuestra parte bastantes bienes para asegurar á vuestro esposo una compensación por las ventajas á que renuncia no casándose según los deseos de su padre? He aquí lo que los jóvenes llaman una afección desinteresada hasta que tienen hijos; entonces se les ocurre pensar de diferente modo.

Las lágrimas de Arabella corrían abundantemente mientras se excusaba diciendo que era joven é inexperta, que únicamente el cariño la había arrastrado, y que había estado privada del cuidado y los consejos de sus pa-

dres casi desde la infancia.

—Mal hecho ha estado, — dijo el anciano caballero con tono más dulce; — muy mal hecho: ha sido novelesco, mal calculado, absurdo.

—La culpa es mía; mía sola, señor, — replicó la pobre Arabella llorando.

—¡Bahl no es culpa vuestra; supongo que él se haya enamorado de vos... Pero sí, — añadió el desconocido con aire maligno, — sí; es vuestra la culpa, porque él no podía impedirlo.

Este pequeño cumplido, ó la extraña manera con que lo hizo el viejo caballero, ó el cambio de sus maneras, que se habían tornado mucho más dulces, ó quizás estas tres causas reunidas, arrancaron á Arabella una sonrisa en medio de sus lágrimas.

—¿Dónde está vuestro marido? — preguntó bruscamente el desconocido, para disimular una sonrisa que había iluminado su propio rostro.

—Lo espero de un momento á otro, señor. Lo he persuadido para que pasee un poco esta mañana. Es muy desgraciado y está muy abatido por no haber recibido noticias de su padre.

—¡Ahl le está bien empleado, lo merece.

—El lo sufre por mí, y yo también sufro por él, porque soy la causa de su pena.

—No os atormentéis por su causa, querida mía; lo merece bien. Estoy encantado, completamente encantado por lo que le concierne.

Apenas habían salido estas palabras de los labios del viejo caballero, cuando se dejaron oír pasos en la escalera. Arabella y el desconocido parecieron reconocerlos á un tiempo mismo. El viejecito se puso pálido, y haciendo un violento esfuerzo para aparentar tranquilidad, se levantó cuando Mr. Winkle entró en la habitación.

—¡Padre mío! — exclamó este retrocediendo de asombro.

—Sí señor, — respondió el viejecito. — ¿Qué es lo que tenéis que decirme, caballero?

Mr. Winkle guardó silencio.

—¿Creo que os avergonzáis de vuestra conducta?

Mr. Winkle siguió guardando silencio.

—¿Os avergonzáis de vuestra conducta, caballero, sí ó no?

—No señor, — dijo al fin Mr. Winkle pasando el brazo de Arabella bajo el suyo; — no me avergüenzo ni de mi conducta ni de mi mujer.

—¿De veras? — dijo irónicamente el caballero pequeño.

—Siento mucho haber hecho ninguna cosa que os haya ofendido, ó que haya podido disminuir vuestro afecto hacia mí; pero debo deciros al mismo tiempo, señor, que no tengo ningún motivo para avergonzarme de mi elección, así como tampoco debéis ruborizaros vos de tenerla por hija política.

—Dame tu mano Nathaniel, — dijo el anciano con voz conmovida. — Abrazadme, angel mío; sois después de todo una criatura encantadora.

Pasados algunos minutos, Mr. Winkle fué á buscar á Mr. Pickwick y le presentó á su padre, que cambió con él apretones de mano durante cinco minutos consecutivos.

—Mr. Pickwick, — dijo el viejecito con aire franco y sin ceremonias, — os doy las gracias sinceramente por todas las bondades que os debe mi hijo. Soy un poco vivo de genio, y la última vez que os he visto os habré sorprendido y acaso no os haya tratado con toda la consideración debida. Ya he podido juzgar por mí mismo y estoy más que satisfecho. ¿Queréis que os dé más excusas?

—Ni la sombra de una, — contestó Mr. Pickwick; — habéis hecho la sola cosa que faltaba para completar mi felicidad.

A consecuencia de esto, hubo otro rato de cambio de apretones de manos que se prolongó más de cinco minutos, con acompañamiento de cumplidos que tenían el mérito, harto grande y harto original, de ser sinceros.

Sam había vuelto respetuosamente á llevar á su padre á la bella salvaje, cuando á su regreso encontró al lacayo gordinflón que volvía de llevar un billete de Emilia Wardle.

—¡Oid! — le gritó el joven fenómeno, que parecía extraordinariamente dispuesto á hablar, — escuchad; María es una joven muy bella, ¿no es verdad? A mí me gusta mucho, ¿estáis? — añadió guiñando el ojo.

Sam no pudo dar contestación verbal; completamente petrificado por las confidencias del gordo joven y por la presunción que revelaban sus gestos, le miró fijamente durante un minuto; pero al fin le dió la respuesta que creyó oportuna, conduciéndole por la solapa á la esquina de la calle y despidiéndole con un puntapie confidencial también, pero ceremonioso.

Después de hecho esto, entró en el hotel silbando tranquilamente.

CAPITULO LVII

En el que se disuelve definitivamente el club de los Pickwickianos, y terminan todas las cosas á satisfacción de todo el mundo.

Durante una semana después de la llegada de mister Winkle á Birmingham, Mr. Pickwick y Sam Weller se ausentaban del hotel durante todo el día, sin que se les viera más que á la hora de comer y notándose sólo que se daban el uno y el otro un aire de misterio y aún de importancia muy ageno á su carácter. Era evidente que se preparaba algún acontecimiento notable; pero todos se perdían en conjeturas acerca de lo que podía ser. Algunos, entre los cuales se encontraba Mr. Tupman, se sentían inclinados á pensar que Mr. Pickwick proyectaba alguna alianza matrimonial, pero las señoras rechazaban como imposible esta idea. Otros pensaban más bien que tenía en proyecto alguna expedición lejana y estaba arreglando sus preparativos; pero esta opinión había sido desautorizada por el mismo Sam, que acosado á preguntas por María, había asegurado solemnemente que no se trataba de emprender nuevos viajes. Por fin, y después de haberse puesto á torturar los cerebros de toda la sociedad durante seis días, se decidió unánimemente que Mr. Pickwick sería invitado á dar una explicación de su conducta y á declarar de una manera franca y terminante cuál era la causa por que privaba de su compañía á unos amigos que debía constarle se hallaban llenos de admiración por su persona.

Con este objeto invitó Mr. Wardle á todo el mundo á comer en el *Hotel de la Adelfa*, y después que el vino de Burdeos hubo dado la vuelta á la mesa por dos veces, entró gravemente en materia en los términos que siguen:

—Mi querido Pickwick, estamos muy inquietos deseando saber en qué hemos podido ofenderos para que nos abandonéis así, consagrando todo vuestro tiempo á esos paseos solitarios á que os habéis dedicado hace algunos días.

—¡Qué cosa tan singular! — exclamó Mr. Pickwick; —precisamente tenía intención de daros cuenta hoy mismo por completo de ello; así es que si queréis servirme otro vasito de vino, satisfaré inmediatamente vuestra curiosidad.

La botella de vino de Burdeos pasó de mano en mano con una rapidez extraordinaria, y Mr. Pickwick, contemplando con una sonrisa gozosa á todos sus amigos, dijo al fin:

—Todos los cambios que han ocurrido entre nosotros, esto es, el matrimonio que se ha verificado y el matrimonio que va á llevarse á efecto con las consecuencias que envuelven, han hecho necesario para mí que piense seriamente y que arregle mis proyectos para el porvenir. He decidido retirarme á los alrededores de Londres, á un lugar alegre y tranquilo. He visto una casita que me conviene, y la he comprado y amueblado. Ya está dispuesta para recibirme y espero establecerme en ella de seguida. Cuento, por supuesto, con que podré pasar todavía muchos años dichosos en tan pacífico retiro, y que podré regocijarme durante el resto de mis días con la sociedad de mis amigos, y que me seguirán después de mi muerte sus afectuosos recuerdos.

Mr. Pickwick se detuvo al llegar aquí, y pudo oírse en torno de la mesa un murmullo dulce y triste.

—La casa que he escogido—continuó nuestro héroe—se halla en Dulwich, en una de las situaciones mas agradables que pueden encontrarse en los alrededores de Londres; tiene un gran jardín, y las habitaciones están arregladas de manera que no falta en ellas ninguna de las comodidades necesarias á la vida; hasta se puede asegurar que no está desprovista de elegancia, como podréis juzgar por vosotros mismos. Sam me acompañará allí, y he ajustado además, bajo los auspicios y siguiendo el parecer de Perker, un ama de gobierno, un ama bastante vieja, y los demás criados que el mismo Perker ha considerado necesarios. Me propongo consagrar este modesto retiro, haciendo que se celebre en él una ceremonia por la que tomo el mas grande interés; deseo, si mi amigo Wardle no se opone á ello, que la boda de su hija se celebre en esta nueva morada el día en que tome posesión de ella.

—La felicidad de las personas jóvenes—añadió mister Pickwick un poco conmovido—ha sido el mayor placer de mi vida, y mi corazón se rejuvenecerá cuando vea, bajo mi mismo techo, completarse la dicha de unos amigos que me son tan singularmente queridos.

Mr. Pickwick se detuvo nuevamente. Arabella y Emilia sollozaban.

—Me he comunicado personalmente y por escrito con el club—continuó el filósofo—le he hecho conocedor de mis proyectos. Durante nuestra larga ausencia os he visto divididos por disensiones intestinas; mi retirada, unida á otras circunstancias, ha provocado su definitiva disolución. El *Club Pickwickiano* ha dejado ya de existir.

Por mas frívolas que hayan podido parecer mis investigaciones á ciertas gentes—continuó Mr. Pickwick con entonación solemne—no me arrepentiré jamás de haber dedicado dos años de mi vida á la investigación de las diferentes variedades de caracteres de la especie humana. Habiendo consagrado toda mi vida á los negocios positivos y á la persecución de la fortuna, esto me ha servido para ver abrirse delante de mí numerosos puntos de vista de que no tenía la menor idea, y que, lo espero, han ensanchado mi inteligencia y perfeccionado mi espíritu. Si el bien que he podido hacer ha sido escaso, me vanaglorio de que el mal ha sido mucho menor. Espero, por lo tanto, que al declinar mi vida, cada una de las aventuras que he corrido no me traerá más que recuerdos consoladores y agradables. Y ahora, mis queridos amigos, ¡que Dios os bendiga á todos!

Diciendo estas palabras, Mr. Pickwick llenó el vaso y lo llevó á sus labios con mano temblorosa; sus ojos se bañaron de lágrimas cuando sus amigos se levantaron simultáneamente para aprobar y aclamar su determinación desde el fondo de sus corazones.

Había poco que arreglar para el matrimonio de mister Snodgrass. Como no tenía padre ni madre, y había sido durante su menor edad pupilo de Mr. Pickwick, éste conocía perfectamente el estado de su fortuna. La cuenta que rindió á Mr. Wardle le satisfizo completamente, como después de todo le hubiera satisfecho cualquier otra cuenta, puesto que el buen viejo dió á Emilia una dote considerable, y habiéndose fijado el matrimonio para cuatro días después, el poco tiempo concedido para los preparativos hizo perder la cabeza á tres costureras y á un sastre.

Tres días antes, habiendo hecho poner caballos de posta á su carruaje, partió Mr. Wardle para ir á buscar á su madre en Dingley-Dell. La anciana señora, á quien comunicó las noticias con su acostumbrada impetuosidad, se desmayó por el momento; pero habiéndose reanimado en breve, dió las órdenes oportunas para el empaquetamiento de los objetos necesarios para su viaje. Se colocó lo primero su vestido de brocado y se puso á referir algunas circunstancias análogas que habían concurrido en la boda de la hija mayor de lady Follim-

glower. Este relato duró tres horas, y no se hallaba más que mediado después de haber transcurrido todo este tiempo.

Era necesario informar á mistress Trundle de los prodigiosos preparativos que se hacían en Londres, y como su situación era entonces muy interesante, le fué comunicada esta nueva por medio de Mr. Trundle, por miedo de que le causara una impresión demasiado fuerte. Pero no la impresionó lo más mínimo, porque escribió en seguida á Muggleton para que le hicieran un sombrero nuevo y un vestido de satin negro, manifestando además su intención de asistir á la ceremonia. Al oír mister Trundle estas palabras, envió á buscar al doctor. El doctor decidió que mistress Trundle debía saber mejor que nadie la disposición en que se sentía, á lo que mistress Trundle contestó que se sentía bastante fuerte para ir hasta Londres, y que iría. El doctor, que era un hombre hábil y prudente, sabía lo que era bueno para él mismo, igualmente que para sus enfermos y enfermas; su dictámen fué por lo tanto el de que si mistress Trundle permanecía en su casa, sufriría de tal manera que esto le causaría mayor mal y mucha más incomodidad que podría producirle el viaje, y que por tanto era necesario dejarla partir. Partió, en efecto, y el doctor tuvo la atención de enviarle una docena de pociones para beber dura te todo el camino. Como por adición á todos estos embarazos, había sido encargado Mr. Wardle de llevar dos cartitas para dos jóvenes que debían oficiar como señoritas, ó especie de damas de honor. Las dos señoritas, al saber tan importante noticia, se desesperaron de no tener qué ponerse ni tiempo para hacer nada en una ocasión semejante, circunstancia que no pareció afectar tan tristemente á los papás de las indicadas señoritas. Sin embargo, se arreglaron y ajustaron un poco los vestidos viejos, se fabricaron á la lijera sombreros nuevos, y las dos señoritas se pusieron tan presentables y lindas como era de esperar. Además, como lloraron en las circunstancias y lugares oportunos el día de la ceremonia, y como temblaron y se asustaron apropósito, todo el mundo convino en que habían desempeñado sus funciones admirablemente.

Cómo llegaron á Londres los dos parientes pobres, si fueron á pie, montaron detrás de los coches, treparon en carretas ó se llevaron mutuamente, no sabemos decirlo; pero el hecho fué que llegaron antes que Mr. Wardle, y fueron los primeros que llamaron á la puerta de mister Pickwick el día del matrimonio. Sus fisonomías se habían trocado en sonrisas y cuellos de camisas.

Fueron recibidos cordialmente, porque la pobreza ó

riqueza no tenían influencia sobre el noble corazón del filósofo.

En los nuevos criados era todo animación, todo vivacidad; Sam se hallaba en un estado sin igual de buen humor y María resplandeciente de belleza y de preciosas cintas de colores.

El novio, que habitaba la casa de Mr. Pickwick hacía dos ó tres días, salió galantemente para reunirse con la novia en la iglesia de Dulwich, acompañado de mister Pickwick, Ben Allen, Sawyer y Tupman. Sam iba en la parte exterior del coche, vestido con una brillante librea inventada expresamente para aquella ocasión, llevando en la botonadura cintas blancas, gaje de amor de la señora de sus pensamientos.

Aquella gozosa sociedad se reunió con los Wardle, los Winkle, la novia, las señoritas de honor y los Trundle; y cuando hubo terminado la ceremonia, todos los carruajes rodaron hacia la casa de Mr. Pickwick. El almuerzo y Mr. Perker los aguardaba en ella.

Allí acabaron de disiparse las pequeñas nubecillas de melancolía, engendradas por la solemnidad de la ceremonia. Todos los semblantes resplandecían con la alegría más pura, y no se oían más que cumplimientos y congratulaciones. El césped de delante de la casa, el jardín de atrás, el pequeño invernadero, el comedor, el salón, las alcobas, la sala de fumar, y sobre todo los gabinetes de estudio, con sus cuadros, sus acuarelas, sus cofres góticos, sus mesas extranjeras, sus libros sin número, sus grandes ventanas abiertas sobre un hermoso prado y una bella perspectiva, y en fin, las cortinas, los tapices, las sillerías, los sofás, todo era tan lindo, tan cómodo, tan sólido y de un gusto tan exquisito según lo que decía cada cual, que no había manera de decidir qué era lo que debía admirar más.

En medio de todo aquello, Mr. Pickwick permanecía de pie, y su fisonomía estaba radiante de sonrisas á las que no habría podido resistir ningún corazón de hombre, de mujer ni de niño. Parecía el más dichoso de todos los asistentes, apretaba á cada paso las manos de todos, y cuando las suyas no estaban tan ocupadas, las restregaba una contra otra con placer y una emoción indecibles. Se volvía hacia todas partes á cada nueva expresión de contento, de curiosidad ó de admiración, y encantaba á todo el mundo por su aire de regocijo y de bondad suprema.

Se anunció que estaba servido el desayuno.

Mr. Pickwick condujo á la cabecera de una gran mesa á la anciana madre de Mr. Wardle, tan elocuente como de costumbre sobre el asunto de Tollinglower; Mr. Ward

le se puso al otro extremo, los amigos se colocaron como pudieron y Sam tomó su puesto de honor detrás de la silla de su señor.

Las risas y las conversaciones se suspendieron por un momento; Mr. Pickwick después de haber dicho el *benedicite*, se detuvo un momento y paseó su mirada en torno suyo. Lágrimas de alegría corrieron por sus ojos al contemplar aquella reunión.

Vamos á despedirnos de nuestro amigo, en uno de esos momentos de alegría pura y sin mezcla de dolor alguno, que viene á embellecer de tiempo en tiempo nuestra pasajera existencia. Hay noches sombrías sobre la tierra, pero la alegre aurora parece aún más bella por el contraste. Ciertas personas, asemejándose á los buhos y á los murciélagos, tienen mejores ojos para las tinieblas que para la luz; nosotros, que no nos parecemos á ellos, sentimos un placer mucho más grande en echar una última mirada á los compañeros imaginarios de tantas horas de soledad, en un momento en que el relámpago de la felicidad los ilumina con sus claridades pasajeras.

Este es el destino de la mayor parte de los hombres, aún de los que no pasan del estío de la vida; adquirir en el mundo algunos amigos sinceros y perderlos, siguiendo las leyes de la Naturaleza. Este es también el destino de los novelistas, crearse amigos fantásticos y perderlos, siguiendo el curso del arte.

Pero no es este todo el infortunio de los últimos; se ven también obligados á dar además cuenta de sus amigos, después que los han perdido.

Para someternos á esta costumbre, evidentemente detestable, añadiremos aquí una corta noticia biográfica de la sociedad reunida en casa de Mr. Pickwick.

Mister y mistress Winkle, admitidos ya completamente á la gracia de Mr. Winkle *senior*, se hallaron pronto instalados, en una casa nueva, adificada á menos de una milla de la de Mr. Pickwick. Habiendo aceptado mister Winkle el cargo de corresponsal de su padre en la City, cambió su antiguo vestido por el que ordinariamente llevan los ingleses, y conservó ya en adelante el exterior de un cristiano civilizado.

Mister y mistress Snodgrass, se establecieron en Dingley-Dell, donde compraron y cultivaron una pequeña heredad, más bien para ocuparse en algo que para sacar producto de ella. Mr. Snodgrass manifestándose de vez

en cuando distraído y melancólico, conserva todavía entre sus amistades y conocimientos la reputación de gran poeta, aunque no sepamos que haya escrito nunca cosa alguna con que reanimar esta creencia. Conocemos muchos personajes célebres en la literatura, en la filosofía ó en los otros ramos del saber humano, cuya alta reputación no estaba basada en fundamentos más sólidos.

Cuando Mr. Pickwick se hubo establecido y fijado definitivamente, y después de haberse casado sus amigos, Mr. Tupman tomó un alojamiento en Richmond, donde ha venido residiendo desde entonces. En los días de verano se pasea constantemente por la playa con aire juvenil y juguetón, con el que es admirado por la numerosas lady's de cierta edad que habitan aquellos parajes en una virtuosa soledad. No ha arriesgado después, sin embargo, nuevas proposiciones.

MM. Bob Sawyer y Ben Allen, después de haber hecho bancarota, pasaron juntos á Bengala como cirujanos de las Indias. Han sufrido la fiebre amarilla catorce veces cada uno, resolviendo después de esto tratar de tener alguna abstinencia. Desde entonces les va bien.

Mistress Bardell continúa alquilando sus habitaciones á caballeros solos y agradables. Saca buenos provechos; pero no ataca ya á nadie por promesas de matrimonio. Sus aliados MM. Dodson y Fogg continúan aún en los negocios; se han hecho con grandes rentas y son considerados como los más hábiles entre todos los hábiles.

Sam Weller cumplió su palabra y permaneció dos años sin casarse; pero habiendo muerto al acabar este plazo la anciana ama de gobierno de Mr. Pickwick, elevó éste á María á dicha dignidad, con la condición de casarse en seguida con Sam, la que obedeció sin murmurar. Tenemos datos para suponer que esta unión no fué estéril, porque se ha visto muchas veces á los niños jugando á la reja del jardín.

Mr. Weller *senior* siguió conduciendo su carruaje durante un año todavía; pero habiendo sido atacado de la gota, se vió obligado á retirarse. Afortunadamente el contenido de su cartera había sido tan bien colocado por Mr. Pickwick, que pudo vivir muy á sus anchas en una excelente posada cerca de Shooter's Hill. Allí es reverenciado como un oráculo, se vanagloria de su intimidad con Mr. Pickwick y conserva su inestinguible aversión á las viudas.

El mismo Mr. Pickwick continúa residiendo en su nueva casa, y emplea sus horas de ocio, ora en poner en orden los recuerdos de que hizo presente al secretario del Club antes citado, ora en hacer que le lea Sam, cu-

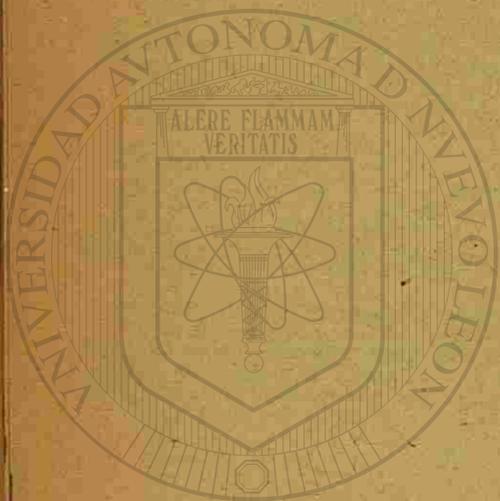
yas observaciones no dejan nunca de procurarle mucho entretenimiento. Al principio le causaron trastorno las numerosas súplicas que le dirigieron Mr. Snodgrass, mister Winkle y Mr. Trundle para que sirviese de padrino á sus hijos; pero ya se ha habituado y lleva estas funciones como una cosa muy sencilla y con toda regularidad.

No ha tenido nunca motivo para arrepentirse de sus bondades con Jingle y con Job Trotter, porque estos dos personajes han llevado á ser, con el tiempo, miembros respetables de la sociedad. Sin embargo, han rehusado siempre volver al teatro de sus antiguas tentaciones y de sus primeras caídas.

Mr. Pickwick está ya un poco achacoso, pero su alma es siempre joven. Se le puede ver todavía ocupado frecuentemente en contemplar los cuadros de la galería de Dulwich, ó en los días buenos, dar un agradable paseo por los contornos. Es conocido de toda la gente pobre por las inmediateces, que no dejan jamás de quitarse el sombrero con respeto cuando pasa. Los niños le idolatran, y mejor sería decir que todos los vecinos lo hacen.

Todos los años asiste á una gran reunión de familia, en casa de Mr. Wardle, y en esta ocasión, como en todas las demás, es invariablemente acompañado por su fiel Sam: porque existe entre el amo y su servidor una unión tan recíproca y sólida, que sólo la muerte podrá romperla.

FIN



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UABO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUARAMANGA
FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES
DEPARTAMENTO DE MATEMÁTICA

